EL
SACERDOTE SANTO

O SEAN

CONSEJOS Y MEDIOS PARA ADQUIRIR

LA

SANTIDAD SACERDOTAL Y PERFECCIONARSE EN ELLA

POR EL

ABATE H. DUBOIS

NUEVA TRADUCCION CASTELLANA

POR

J. L. M.



MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
San Bernardo, 7.
—
1923



EL SACERDOTE SANTO

Madrid.—Imp. del A. de H. del S. C. de Jesús. Juan Bravo, 8.

AL LECTOR

No es ciertamente España, esta patria de Fray Luis de León, de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de Fray Luis de Granada y de tantos otros nobilísimos espíritus engolfados en la contemplación de las grandezas de Dios y ajenos a terrenales concupiscencias; no es esta patria, en verdad, el país donde con más abundancia se cosechan hoy místicas flores, y donde se mantiene intenso y ardiente aquel santo fervor religioso de nuestros cristianos antepasados. Castigada por turbulencias y arrebatos fieros, lanzada por extraviados caminos, ni los fieles gozan de aquella tranquilidad que permite aun al más despegado de las cosas celestiales elevar su vista de cuando en cuando hacia nuestro Padre que está en los cielos, ni el que a la vida contemplativa consagra sus horas halla sitios donde acogerse y retirarse, ni los maestros de la verdad encuentran fácilmente quien recoja sus palabras y quien oiga sus consejos.

Por eso no se escriben libros dedicados exclusivamente a la devoción y a la piedad con aquella superabundancia fecunda de otros tiempos; por eso las prensas, que tantas publicaciones fatigan, no

dan a luz obras que en otras naciones más afortunadas brotan como brotan las plantas en ameno vergel. Pero ni el exclusivismo nacional es compatible con la caridad cristiana, ni ha de renunciarse al bien, que de los extraños procede, si tal calificativo puede emplearse en materias de religión; ni nosotros habíamos de pararnos en escrúpulos de esta índole cuando nos propusimos divulgar el excelente libro del abate *Dubois,* rector un tiempo del gran Seminario de Coutances. De aquí que al editar la versión castellana de *El Buen Sacerdote,* creamos prestar un verdadero servicio a esa respetable clase encargada de la dirección de las conciencias, y de aquí que, sacrificando toda esperanza de lucro, no hayamos vacilado en dar a conocer uno de los libros que mayor aceptación ha alcanzado en la nación vecina, aceptación que anuncia ya por adelantado los méritos de esa interesante publicación.

Reducido a estas sobrias indicaciones el elogio que de la mencionada obra nos cumple hacer, nada diremos de la versión castellana, hecha con la escrupulosidad propia del caso; nada de la santidad del sacerdocio y de la influencia que con sus palabras y sus obras han de ejercer en la sociedad los ministros del altar, esos seres excepcionales cuya humildad ha de correr parejas con la dignidad de que se hallan investidos, y que envidiarían los ángeles si la envidia cupiese en los bienaventurados. Para presentar el libro que al público ofrecemos, bástenos decir que aparece dividido en tres partes, a cual más interesantes y dignas de atenta meditación, donde las observaciones del ilustrado autor se confirman y refuerzan con sagrados textos y con citas de los doctores de la Iglesia, y donde los

sacerdotes hallarán estímulos y alicientes que les sostengan e impulsen en la grande y penosa misión que por institución divina les está encomendada.

Trata la primera de aquéllas, en general, del carácter de los ministros del altar y de las especialísimas dotes que han de adornarles, de la santidad sacerdotal, de la necesidad de ésta, de lo que bajo este punto de vista han sido, son y deben ser los sacerdotes. En la segunda se explanan juiciosísimas reflexiones acerca de las virtudes que deben adornar a los clérigos, como primer medio de santificación; y en la tercera se completan las doctrinas expuestas, recomendando las obras, de acuerdo con el sagrado texto, *operibus credite et non verbis,* como eficacísimo recurso para alcanzar y conservar la santidad, desentendiéndose de preocupaciones y distingos dañosísimos y perturbadores. Cuánta sea la sinceridad y el espíritu de caridad cristiana que respira la obra del abate Dubois, fuera ocioso encarecerlo, cuando el lector ha de advertirlo a pocas páginas que hojee del libro que le presentamos. Con lo dicho basta para llamar su atención, y no hemos de distraerle por nuestra parte con observaciones innecesarias. Trazar juicios críticos sería en nosotros ingerencia impropia de nuestra incompetencia y del cometido que como editores nos incumbe.

EL SACERDOTE SANTO

PRIMERA PARTE

NECESIDAD DE LA SANTIDAD SACERDOTAL.—¿QUÉ HEMOS SIDO HASTA HOY EN ORDEN A ESTA SANTIDAD?—¿QUÉ SOMOS?—¿QUÉ QUEREMOS SER?

1.—Cuando el hombre se propone un fin cualquiera, especialmente si es de gran importancia, necesario es que ante todo se convenza de la necesidad de conseguirlo. Conforme con este principio, que nadie pone en duda, antes de entrar en pormenores prácticos acerca de los medios que el sacerdote debe emplear para adquirir y perfeccionar la santidad que Dios le exige, vamos a demostrarle su indispensable necesidad.

He aquí tres aspectos, bajo los cuales deseamos se lea esta primera parte de nuestra labor:

1.ª Nunca el sacerdote puede ser excesivo en santidad, si ha de llenar cumplidamente el ministerio divino que le está confiado.

2.ª Muchos sacerdotes están lejos de ser tan santos como deberían serlo.

3.ª Cuanto más santo es el sacerdote, más glorifica a Dios, más almas salva y más seguro está de salvarse a sí mismo,

Estas reflexiones deben prevenirnos contra la idea, demasiado común por desgracia, de que podemos tranquilizarnos, siempre que estemos o creamos estar en un estado de santidad, suficiente en concepto nuestro para no considerarnos en vías de reprobación.

¡Cuántos millares de almas hállanse hoy en el cielo que estarían en el infierno si un Francisco Javier, por ejemplo, un Vicente Ferrer y otros muchos hubieran así pensado!

CAPITULO PRIMERO

Necesidad especial de la santidad en el sacerdote.—Pruebas de esta necesidad.

2.—Para demostrar la necesidad de la santidad sacerdotal, hay un medio bien sencillo: basta poner a la vista de nuestros lectores las Epístolas de San Pablo a Timoteo y a Tito. Si con espíritu de fe se hace de ellas un estudio profundo, el sacerdote tiene por fuerza que entrar en sí mismo y decirse con íntima convicción: pues que soy sacerdote, debo ser un sacerdote santo. ¿Qué cosa, en efecto, más ejecutiva que aquellas multiplicadas recomendaciones que el Espíritu Santo nos dirige, por boca del grande Apóstol, para hacernos santos? No hay frase, no hay palabra, digámoslo así, que no encierre una regla de conducta, y, lo que es más, una regla de conducta que no nos es común con los simples fieles, sino que de especial y hasta de exclusiva manera concierne a nosotros.

Entresaquemos algunos pasajes; son tan claros y tan directos, que sería inútil todo comentario, y hasta debilitaría su robusta energía: *Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate. Dum venio, attende lectioni, exhortationi et doctrinae. Noli negligere gratiam quae in te est, quae data est tibi per prophetiam, cum impositione manuum Presbyterii. Haec meditare, in his esto; ut profectus tuus manifestus sit omnibus. Attende tibi et doctrinae: insta in illis; hoc enim faciens et te ipsum salvum facies et eos qui te audiunt.—Est quaestus magnus pietas cum sufficientia. Nihil enim intulimus in hunc mundum: haud dubium quod nec aufferre quid possumus.—Habentes autem alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus.—Radix omnium malorum est cupiditas.—Tu autem, o homo Dei, haec fuge: sectare vero justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem.—Labora sicut bonus miles Christi Jesu.—Nemo militans Deo, implicat se negotiis saecularibus.—Sollicite cura te ipsum probabilem exhibere Deo operarium inconfusibilem. Profana et vaniloquia devita.—Vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto.—Certa bonum certamen fidei; apprehende vitam aerternam in qua vocatus es.*

Basta; véase, pues, si la piadosa y atenta lectura de estas inmortales epístolas deberá ser motivo más que suficiente para que tomemos la generosa resolución de aspirar sin descanso a la santidad, que en ellas de tan positiva manera se nos prescribe. Mas, para acabar de persuadirnos, añadamos a este divino lenguaje otras graves consideraciones, sólidamente apoyadas en autoridades de gran peso.

3.—Establezcamos ante todo algunos principios

fundamentales, relativos a la santidad en general; tan comúnmente se hallan admitidos, que nos limitaremos a enunciarlos.—Todos los hombres están llamados a la santidad.—Dios concede siempre las gracias necesarias para llegar a ella.—La patria de los santos es el reino de los cielos, y nada entra en ellos que esté manchado.—En la santidad hay diversidad de grados.—No es necesario el grado supremo para merecer el cielo.

Estos dos últimos principios son los de que más comúnmente se abusa, para contituirse con tranquilidad en un estado permanente de imperfección. Si no hay amor ardiente a Dios, ni gran celo por la santificación de la propia alma, ni horror al pecado venial, ni resolución firme a combatir los defectos ordinarios, sólo se piensa en garantirse del pecado mortal; y cuando hay la creencia de hallarse habitualmente preservado de culpa grave, déjase a los fervorosos seguir su saludable marcha, deteniéndose con los laxos en los caminos de la tibieza.

Malo, malísimo fuera, sin duda, que un simple fiel de tal modo se condujese, pues que a todos se ha dicho: *Sancti estote, quia ego sanctus sum.—Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.—Estote perfecti, sicut e Pater vester coelestis perfectus est;* pero este desorden sería mucho menos repugnante que hallándose en almas llamadas a santidad sobreeminente, en religiosos, por ejemplo, y sobre todo en sacerdotes.

Para evitar, pues, un escollo tan fecundo en naufragios, no perdamos jamás de vista esta verdad incontestable, a saber, que por más que en la santidad haya diversos grados, ésta debe, sin embargo, ser mucho más elevada en unos sujetos que en

otros, como nos lo declara Jesucristo mismo con esta palabras: *Cui multum datum est, multum quaeretur ab eo.* Pues qué, teniendo nosotros con Dios relaciones más íntimas y frecuentes que los seglares, ejerciendo funciones que los ángeles mismos no pueden desempeñar, estando por razón de nuestro estado encargados de santificar a los pueblos recibiendo, en fin, de Dios diariamente y con abundancia notoria gracias de elección y predilección, ¿no es evidente, acaso, que por lo mismo debemos ser más santos, mucho más santos que los simples fieles, que jamás reciben semejantes favores?

Conforme a este principio, cuya razón proclama la justicia, el ángel más elevado de los nueve coros es más santo que el del coro menos glorioso. Por este principio, también San Juan Bautista, profeta e inmediato precursor de Jesucristo, que ve con sus propios ojos a Aquel que él anuncia, que prepara sus caminos, que le confiere el bautismo, y que tiene con él relaciones hasta entonces nunca oídas, es santificado en el vientre de su madre y proclamado por Jesús mismo el más santo de los hijos de los hombres nacidos antes que él. Por este principio, en fin, María, que tuvo con el Hijo de Dios un género de relaciones que nadie compartirá jamás con ella, la relación de maternidad, es la más santa, la más perfecta, la más esplendente en gracia, en mérito y en gloria de todas las criaturas salidas de las manos de Dios; por esto su concepción fué inmaculada, su vida entera de una santidad sin sombra, su muerte milagrosamente suave, y mientras Dios sea Dios, los ángeles y los santos la venerarán como a su augusta soberana. . . . .

4.—Extendamos ahora este principio, mejor di-

cho, apliquémoslo al sacerdote, y veamos si no debe ser su glorioso patrimonio una santidad eminente y privilegiada.

Puesto que la santidad de una criatura debe medirse por la dignidad de que se halla investida, y por las relaciones que dicha dignidad establece entre Dios y ella, ¿cuál deberá ser la santidad del sacerdote? ¿Dónde hallar una dingnidad semejante a la que se le confirió el día de su última ordenación? ¿Quién podrá nunca dar de ella cabal y exacta idea? Hay aquí un abismo de grandeza, en cuya contemplación se pierde y confunde el humano entendimiento. *Grandis sacerdotum dignitas!* exclama San Jerónimo. No es posible dejar de admirarla; mas pretender explicarla detallamente sería casi debilitar su noción.

Mirad al sacerdote en el ejercicio de un acto cualquiera de su ministerio, y si a la luz de la fe examináis la función que desempeña, infaliblemente os habrá de impresionar la excelencia del acto. Y así debe ser; porque el sacerdote, cuantas veces obra como tal, nada tiene ya de común con los viles intereses de la tiera. Ciérnese sobre ella, y la domina desde la altura de su sacerdocio. La esfera a que la mano de Dios lo levantó es de todo punto espiritual, celestial. Siempre en contacto inmediato con Dios, es el ejecutor de sus voluntades adorables en orden a las almas, el verdadero ministro de Jesucristo, el continuador de su obra. No vivo yo ya, puede decir como en otro tiempo decía San Pablo al contemplar esta dignidad suprema de que también se hallaba adornado; el hombre ha desaparecido desde que soy sacerdote, y Jesucristo es quien vive en mí: *Vivo... jam non ego, vivit vero in me Christus;* como si dijese: Jesús

me absorbe, me transforma; tan a menudo me le incorporo, que todo mi sér hállase reemplazado por el suyo; yo soy sus ojos, sus brazos, sus manos, sus pies, su carne, su alma, su corazón; *Vivo... jam non ego, vivit vero in me Christus.*

5.—Sigamos al sacerdote en algunas de sus funciones, y veremos si hay exageración en lo dicho.

¿A quién representa, por ejemplo, cuando por medio de sus insuflaciones, bendiciones y exorcismos lanza a Satanás del alma del recién nacido haciendo en cambio descender al Espíritu Santo, que se incorpora a esta pobre criatura desde el momento en que le confiere el bautismo? ¿No es por ventura Jesucristo quien habla por su boca, quien bendice por su mano, quien santifica por su soplo, quien bautiza, en fin, por medio de su sagrado ministerio? *Hic est qui baptizat in Spiritu Sancto.* Sí, dice el Bautista, aquel sobre quien veáis descender la paloma, aquel es quien bautiza: *Hic est qui baptizat in Spiritu Sancto.* Bautice en buen hora Pedro, dice San Agustín, a ello tiene derecho; pero sepa que Jesucristo es quien bautiza por su medio: *Petrus baptizat, hic est qui baptizat.* Bautice Pablo pero sepa también a su vez que Jesucristo es quien bautiza por su ministerio: *Paulus baptizat: hic est qui baptizat.*

6.—Y cuando esa criatura ya regenerada da su adiós a la infancia; cuando su inteligencia, saliendo como de entre una nube, pide otro alimento distinto del grosero que desarrolla al cuerpo a que está unida, ¿a quien representa el sacerdote cuando ve a ese joven cristiano mezclarse entre los numerosos niños de su edad, agrupándose todos como corderillos en derredor de su pastoral báculo? ¿En nombre de quién habla a este infantil auditorio?

¿Cuál es la doctrina que deposita en el alma de estos niños? ¿Es suya por ventura, o es de Dios mismo la palabra que cae de sus labios? No hay duda de que la doctrina que anuncia es la de Jesucristo; es más, ni aun Jesucristo se la atribuye a sí propio, sino que la hace derivar de su Padre: *Mea doctrina non est mea, sed ejus qui missit me.*

7.—Y cuando más tarde ese mismo niño, hecho ya hombre, aumente la asamblea de los fieles y venga a recoger al pie del púlpito las divinas enseñanzas, que como de fuente pura e inagotable caerán de la boca del ministro sagrado, ¿a quién representará el sacerdote? ¿A nombre de quién hablará? ¿De quién será el sonido, voz, trompeta y órgano, sino de aquel que le tiene dicho: *Annuntia populo meo scelera eorum... Praedica verbum; insta opportune, importune... Opus fac evangelistae... Ite docete omnes gentes?* ¡Ay de él, si cesa de hablar a lo Dios para hablar a lo hombre! ¡Ay de él, si no teme hacer de esta palabra tres veces santa una profanación sacrílega, que San Agustín compara a la profanación misma de la Sagrada Eucaristía: *Non minus reus erit, qui verbum Dei perperam audierit, quam qui corpus Christi in terram cadere sua negligentia praesumpserit... Non minus, est verbum Dei quam corpus Christi.*

8.—Y cuando la eficacia de esta divina palabra haya tocado a alguna Magdalena, derribado a algún Pablo o convertido a algún Agustín, ¿a quién representa el sacerdote, al venir esas conquistas de la gracia pidiéndole humildes y llorosas el perdón de sus pecados? ¿Qué hombre es ese, que sin ruido ni aparato alguno, se coloca misteriosamente en un retirado rincón de la iglesia, se encierra en un obscuro confesonario, cambia algunas

palabras en voz baja con los penitentes que de rodillas le escuchan, levanta de vez en cuando la mano en señal de poder, formula una sentencia decisiva, y con tres palabras que profieren sus labios, cierra el infierno, abre el cielo y transforma a cada instante los pecadores en santos? ¿Es verdaderamente el hombre, o es Dios mismo quien se sienta en el tribunal de misericordia? Sacerdotes de Jesucristo, ¿qué hacemos nosotros en este tribunal sagrado? Distribuimos palabras, es verdad; pero, ¿acaso nos han ofendido personalmente aquellos a quienes perdonamos? No, por cierto. Y, sin embargo, lo regular es que se pida el perdón a la persona ofendida. ¿Qué vienen, pues, a pedirnos estos pecadores contritos? ¡Ah! ¡Ultrajaron a todo un Dios, y para obtener el perdón, dirígense llorosos a un hombre tan pecador como ellos!

¡Oh misterio de estupenda grandeza por parte del hombre, y de condescendencia misericordiosa por parte de Dios! Sí, sacerdote de Jesucristo, el lugar que ocupas es el de Jesucristo mismo; suyo es el ministerio que ejerces, y en su nombre y en virtud del poder divino que te ha confiado es como tú dices con absoluta suprema autoridad, a todo pecador penitente: *Ego te absolvo*. Y es tan verdad que es Dios quien se sienta cuando tú te sientas, que, si algún juez de la tierra, traspasando sus límites, quisiese invadir tu misterioso dominio, y pedirte cuenta de los secretos que los hijos de Dios depositaron en tu poder, puedes decir, es más, con toda seguridad *debes* decir: Yo no sé nada de lo que me preguntáis. La razón es obvia: porque no como hombre, sino como representante de Dios, sabes lo que se te ha dicho al oído. Repito que reemplazas a Dios; suyas son, pues, las sentencias que tú pronuncias;

y entonces... ¡qué dignidad la tuya! ¡Qué estupenda dignidad aquella que confundía a los judíos y les era objeto de escándalo, cuando con acento de indignación decían: *Quis potest dimittere peccata, nisi solus Deus?*

9.—Pero dejemos este santo tribunal en que ocupamos el lugar de todo un Dios, y subamos al altar, donde, no sólo vamos a reemplazar a Jesucristo, sino a producirlo. Aquí faltan las palabras: *deficiunt verba;* toda expresión es defectuosa; respiramos una atmósfera de maravillas que nos embarga, y de tal manera nos penetra, que si nos ilumina una fe pura, no podremos menos de adorar con temblor al Dios tres veces santo, a quien todos los días obliga a descender del cielo a nuestras manos el poder de nuestras palabras.

¡El sacerdote católico en el altar! ¡Oh Dios! ¡Qué espectáculo! ¡Un hombre, a cuya palabra baja todo un Dios desde el cielo a la tierra, cuando dice literalmente y como si Jesucristo mismo lo dijera: *Hoc est enim corpus meum!* ¡Un hombre, que con sólo articular cinco palabras obra el milagro de la transubstanciación, inmola al Hijo de Dios en el ara del sacrificio, tiene en éxtasis a la corte celestial, hace llover diluvios de gracias sobre la tierra, detiene el rayo suspendido sobre millares de pecadores, arranca almas del fuego del purgatorio, y deliciosamente refrigera a las que todavía no pueden salir de él; un hombre, que hace y renueva estos prodigios todos los días de su vida, sin que Jesucristo ponga jamás resistencia a la autoridad de su palabra, ¿es en verdad un hombre? ¿Pertenece a la masa común de los hombres? Y los ángeles que le acompañan; los ángeles que le envidiarían su dignidad, si de envidia fueran capaces; los ángeles que a la luz de Dios ven

tantas grandezas hacinadas en el centro de la humanidad, por otra parte tan desdichada y mísera, ¿posible es que sólo vean un hombre ordinario en el sacrificador cotidiano del Dios que ellos adoran?

10.—Hagamos alto y no agotemos con nuestras admiraciones las fuerzas del alma. Antes bien, repleguémonos en nuestro interior, y así, embargados como estamos por las estupendas maravillas que venimos contemplando, seriamente y puesta la mano sobre el pecho, preguntémonos: ¿posible es que dignidades de esta naturaleza exijan meramente una santidad ordinaria a los que de ellas están investidos? ¿Es realmente lo que debe ser aquel sacerdote que se coloca, no ya precisamente en la línea de los pecadores (que esto haría temblar), sino en uno de los grados inferiores de la perfección cristiana? ¿Posible es que un sacerdote de tal conducta considere sin turbación y confusión la piedad de muchedumbre de fieles, tan inferiores a él en la escala de la grandeza como superiores en la de la santidad? ¿Tiene de sí propio los sentimientos elevados con que le favorecen esos fieles piadosos, almas abrasadas por el amor divino, que le consideran como la sombra de Dios mismo, y que, instruídas en la escuela del Espíritu Santo, gradúan su santidad, como debiera él hacerlo, por la sublimidad de sus funciones y la divinidad del sacerdocio? De antemano subscribimos las respuestas que a estas cuestiones se den en el santuario de la conciencia.

Subir al altar, inmolar en él todos los días a Jesucristo y alimentarse de su propia substancia, ¿a quién se le ocurre decir que esto no exige una santidad sin mancilla?

Sentarse en el santo tribunal con la especial misión de reconciliar a los pecadores con Dios, enfer-

vorizar a los tibios, perfeccionar a los justos, consolar, ilustrar y dirigir a millares de almas por los caminos de la salud y de la perfección cristiana, ¿es esto obra de un sacerdote sin piedad? ¿No lo es más bien de un santo?

Subir al púlpito, anunciar desde él los divinos oráculos a una muchedumbre de cristianos; tocar la trompeta divina, explicar y hacer gustar el santo Evangelio y su rigor austero; predicar todas las virtudes, estigmatizar todos los vicios, y... hallarse, no obstante, manchado con lo mismo que reprende en los demás: ¿es esto llenar su deber de Apóstol como siervo fiel? ¿Y es creíble que Dios quede satisfecho con tal servicio?

Ser a los ojos de los hombres la imagen de Jesucristo sobre la tierra, ser su ministro y colaborador, ejercer su sagrado ministerio corriendo como El en pos de los pecadores, de los afligidos y de los pobres para salvarlos a todos y a todos abrasarlos en el amor divino: ¿puede hacerse esto, y hacerse bien, con un corazón frío, con una piedad lánguida, ni aun con una santidad ordinaria y común?

11.—Por lo demás, es tan evidente la necesidad de la santidad en el sacerdote, descansa en principios tan sólidos, tan palpables, digámoslo asi, que con un ligero conocimiento de ellos, aun el menos avanzado en las vias de la justicia cristiana comprendería perfectamente y al primer golpe de vista la particular obligación que a todo sacerdote incumbe de ser un santo.

Figurémonos un salvaje, uno de esos desventurados que de hombre apenas tiene la figura, sáquesele de la selva en que vive, e instrúyasele en nuestra santa religión, no a fondo, que no es menester tanto, sino lo suficiente para que tenga una idea

exacta de los principales dogmas del Cristianismo. Dígasele, por ejemplo, que hace más de diez y ocho siglos, estando universalmente corrompidos y degradados los hombres, no pudiendo por sí mismos aplacar la cólera divina, hízose hombre el Verbo eterno de Dios, Dios mismo, para salvar al hombre; que para esto nació en un establo, ganó el pan con el sudor de su frente y sufrió una larga y acerba pasión; que en la víspera de su dolorosa muerte confirió a ciertos hombres, hasta entonces semejantes a los demás, los poderes divinos que él tenía, y que, eligiéndolos para ser sus sucesores, sus representantes y ministros, les dirigió estas admirables palabras: "Así como mi Padre me ha enviado, así "os envío yo a vosotros; id, predicad, bautizad, sa- "crificadme en el altar, perdonad los pecados, ce- "rrad el infierno, abrid el cielo: aquí tenéis las lla- "ves de uno y otro; haced, en fin, cuanto me habéis "visto hacer por la salvación de los hombres; sed "los depositarios de mi poder; haced aún más, trans- "ferid a otros el poder que yo os comunico; per- "petuad así el sacerdocio que dejo establecido, a "fin de que hasta el día en que yo venga a juzgar "vivos y muertos, haya sacerdotes que a mi ejem- "plo sean predicadores celosos de la más pura mo- "ral, salvadores de almas siempre ocupados en dis- "putarlas al demonio, poderosos mediadores cons- "tantemente colocados entre la humana perversidad "y la santidad divina, y obligados, en fin, por ra- "zón de su estado, a trabajar sin descanso en la re- "conciliación del hombre pecador con el Dios tres "veces santo." Esto, y nada más que esto, digamos al pobre salvaje, que tales verdades oye por vez primera; preguntémosle después cuál es el hombre que en la sociedad cristiana debe ser más santo,

más perfecto, más brillante en virtudes; y veremos que no vacila un instante en señalar al sacerdote.

12.—Empero no es necesario que vayamos a buscar entre los salvajes ni en los bosques del Nuevo Mundo una demostración, que en el seno de nuestra religión hallamos.

Jesucristo en los años de su vida pública sobre la tierra era seguido de numerosas turbas que le escuchaban, le preguntaban y admiraban, y que al ver sus milagros exaltaban la santidad de su doctrina confesando públicamente su divinidad. Claro es que a todos amaba tiernamente, manifestándoles este amor con repetidas obras de misericordia. Pero, por más que todos sin excepción le fuesen en grado extremo queridos, tenia, sin embargo, algunos amigos privilegiados, íntimos, a quienes dispensaba el honor de sus confidencias secretas, destinándoles a la gloria de reemplazarle bien pronto en sus funciones divinas.

Ya se comprende que nos referimos a sus Apóstoles y discípulos. Ahora bien: ¿quién tenía en aquel tiempo el deber de amar con más intensidad a Jesucristo? ¿De quién podía justamente exigir más adhesión, más rectitud y más celo? Es evidente, que de ellos. Y en efecto, ¿por qué miramos con tanto horror el crimen de Judas y la negación de San Pedro, sino por la convicción profunda que de esta verdad tenemos? Cierto es que detestamos el deicidio de los Judíos; pero detestamos mil veces más la traición abominable del pérfido Iscariote. El contraste de su título de Apóstol con la enormidad de su crimen nos llena de indignación, y la justa idea de que hubiera debido tener en el corazón tanto amor como tuvo hiel, que hubiera debido ser tan santo como fué infame, nos absorbe hasta el punto

de no poder expresar con exactitud el sentimiento de horror que nos ocupa. Como Apóstol, debiera amar vivamente a Jesucristo, y lo entrega a sus verdugos; como Apóstol, debiera ocuparse en salvar a las almas, y arroja la suya propia en el fondo del infierno; como Apóstol, en fin, debiera edificar al mundo, y es su escándalo y execración.

Hieren tanto estos contrastes, que sublevan el ánimo, dejando en él cierto linaje de amargos sentimientos imposibles de dominar. Pero, ¿de dónde viene este sentimiento irresistible, sino de aquel claro principio de rigurosa justicia, en cuya virtud, cuanto más estrechos son los lazos que nos ligan a Jesucristo, mayor es también la obligación en que estamos de servirle con fidelidad?

13.—Las verdades que, en demostración de la necesidad de la santidad sacerdotal, venimos exponiendo, hállanse con enérgica precisión resumidas en aquella ya citada sentencia de nuestro divino Salvador: *Cui multum datum est, multum quaeretur ab eo.* Y ¿quién recibe más gracia que el sacerdote, si no entorpece su curso con infidelidades y resistencias? ¿Quién medir podrá la lluvia de bendiciones y dones celestiales que sobre su frente cayeron el día de su ordenación, si es que realmente fué por Dios llamado a esta suprema dignidad, y se halló con las disposiciones exigidas?

Dadas las buenas disposiciones del sujeto, toda vocación legítima, sea cualquiera la profesión de que se trate, obtiene siempre de la bondad divina las gracias necesarias para bien desempañarla; y estas gracias son más o menos considerables según que el estado a que uno es llamado exige socorros más o menos abundantes para desempeñarlo dignamente. Ahora bien: con arreglo a este principio que

nadie pone en duda, ¿qué cúmulo de gracias no ha menester el joven ordenando que, débil y sin experiencia, va a trepar la montaña de Dios, a hacerse su particular confidente, el ejecutor de sus grandes designios, el sacrificador de su Hijo, el perpetuo mediador, en fin, entre la tierra culpable y el cielo irritado? Obligado por razón de su ministerio a trabajar con ahinco, no sólo en su propia salud, sino en la de las almas que se le confían, ¿quién duda de que, no poniendo obstáculo, ha de recibir la plenitud de gracias que necesita para sí y para sus hermanos?

Además, ¿quién es capaz de saber la infusión de dones espirituales que se opera en el alma de este joven en el momento en que con verdad se le puede ya decir: *Tu es sacerdos in aeternum?* En aquel instante sublime, misterios inefables pasan que sólo Dios conoce a fondo, pero que a las veces también se traducen en el nuevo sacerdote, primero por un santo estremecimiento, después por suspiros y lágrimas, y últimamente, por actos eminentes de virtud y de santidad. Sí; cuando hay verdadera vocación, se responde a ella con fidelidad, y realmente se toma a Dios por exclusivo patrimonio, renunciando de todo corazón y para siempre a las frivolidades de la tierra y a los vanos placeres del mundo: la Sangre de Jesucristo, alimento cotidiano del sacerdote, cae sobre su alma como lluvia de gracias, comunicándole aquella fe que hace prodigios, aquellas virtudes que edifican, aquella caridad que abrasa y aquellos transportes de celo que impresionan y convierten a los pecadores más endurecidos. Tal es el efecto que producen estos divinos favores, cuando descienden sobre el corazón de un sacerdote digno de recibirlos.

Y de gracias tan preciosas y múltiples, gracias

de predilección que forman el verdadero patrimonio del sacerdote, ¿no habrá Dios de pedir cuenta exacta al que las recibe? Y no concediéndoselas sino para santificarse a sí propio y santificar cuanto le rodea; sabiendo además Dios que cada una de estas gracias es el precio de la Sangre de su Hijo, ¿permitirá al sacerdote que las deje estériles, relevándole del deber de utilizarlas en la adquisición de la santidad que le preceptúa? ¿Contentaráse Dios, en cambio de tan ricos dones, con una santidad común y laica, si así hablar podemos? No, esto no puede ser; esto sería una inversión del orden, que necesariamente implicaría la negación de la soberana justicia de Aquel que dijo: *Cui multum datum est, multum quaeretur ab eo.*

14.—Pero aun cuando Dios no exigiese a los sacerdotes la santidad en interés de sus propias almas; aun cuando éstos no corriesen riesgo alguno por sus negligencias en esta línea, es incontestable que aun así hállanse en el deber de aspirar incesantemente a llenar la esencial obligación que como sacerdotes contrajeron, de trabajar sin descanso en salvar almas.

Ya lo hemos dicho en la *Práctica del celo eclesiástico* (núm. 4): el sacerdote es un *salvador de almas*: tal es su verdadero título. Sus pensamientos, sus palabras, sus actos todos, deben dirigirse a fomentar y asegurar la gloria de Dios por medio de esta santa obra. Este es el fondo de sus obligaciones, su deber de estado, y el punto fundamental sobre que girará el interrogatorio que habrá de sufrir cuando un día el Juez Supremo le dirija estas formidables palabras: *Redde rationem villicationis tuae.*

Y dada esta rigurosa obligación, ¿cómo podrá llenarla no siendo un sacerdote santo? ¿De qué ardor

ha de poder disponer para correr en pos de las almas de los pecadores, si se siente lánguido y tibio por la salud de la suya propia? ¿Qué fuego podrá comunicar a los otros, si es de hielo para sí mismo? ¿Qué sacrificios se impodrá para salvar a sus hermanos, cuando respecto a sí ante el más débil obstáculo se detiene? Cierto que los santos arrastraban consigo poblaciones inmensas, que dirigían al cielo; pero ¿por qué? Porque eran santos ya por sí, y a los otros daban de su abundancia y plenitud. ¿Y podrá darles algo quien está desnudo de virtudes y nada hace para llenar este vacío?

No insistamos más en esta consideración, pues que ya tuvimos ocasión de desarrollarla extensamente en un capítulo especial de la *Práctica*, al que remitimos al lector (1).

15.—Hay, por fin, una circunstancia que debiera inspirarnos el deseo de trabajar con afán en adquirir la santidad sacerdotal y hacernos sentir su necesidad indispensable, y es la de que los seglares, aun los más perversos, quieren ver en nosotros aquello mismo que en sí no tienen ni piensan tener, es decir, una santidad extraordinaria, una perfección que corresponda a la alteza de nuestra dignidad.

Sí, esos hombres escandalosos que caminan por entre densas tinieblas, que se hallan saturados de vicios, que son frívolos, inconsecuentes, extraños a la religión y a cuanto con ella se relaciona, esos hombres quieren que el sacerdote sea un santo, y, so pena de ser víctima de su mordacidad sarcástica, exigen que se eleve tanto en la esfera de la santidad, cuanto ellos bajan y se hunden en la de la corrupción. Que se desvíe un poco de esta san-

(1) *Práctica del celo eclesiástico*, primera parte, cap. 1.

tidad, y ellos serán los primeros en recordársela; que no haga caso de sus avisos, y ellos le harán sentir, con esa ironía ofensiva y profundamente humillante para el sacerdote que sabe apreciar su malignidad, que él no es lo que debe ser, que mancilla su bandera, que se aseglara, que no tiene de sacerdote más que el traje, y hasta, como hemos tenido el dolor de oir alguna vez, que no cree en lo mismo que predica.

Todo lo contrario sucede con respecto al sacerdote santo. La impiedad más declarada lo rodea de respetos y lo colma de elogios. Sí, los libertinos mismos, esos hombres en quienes parece no haber gusto sino por el fango, saben todavía evocar de su corazón depravado alabanzas en favor del sacerdote santo. La lengua más envenenada exalta sus virtudes. Su dulzura, su modestia, su graciosa sencillez, su desinterés, su vida de retiro y estudio, y todo ese cortejo de virtudes que de continuo le acompañan, concílianle la estima universal, obligando a que buenos y malos digan: ¡Ved ahí un verdadero sacerdote! ¡Ved ahi un sacerdote que comprende la altura y perfección de su divino ministerio!

CAPITULO II

Continuación del mismo asunto.—Nuevas pruebas sobre la necesidad de la santidad sacerdotal.

16.—En vista de las graves y numerosas consideraciones que preceden, nada tiene de extraño que autoridades imponentes insistan con particular energía en la necesidad de la santidad sacerdotal. Mil y mil pasajes del Antiguo Testamento nos manifiestan la gran suma de santidad que Dios exigía para aquel sacerdocio puramente figurativo; ¿qué perfección, pues, no deberá exigir de este sacerdocio real, tan superior a aquél como el cielo es a la tierra?

Veamos lo que el Espíritu Santo nos dice a este respecto. San Pablo es su órgano; y, ¿cuál es su lenguaje? Nos encarga que seamos *irreprensibles, siendo como somos los dispensadores y ecónomos de Dios*; nos prohibe ser *orgullosos, coléricos, sensuales, ávidos de sórdido lucro;* y, al contrario, nos prescribe que seamos *dulces, afables, sobrios, justos y santos;* impónenos la obligación de edificar a los fieles *con nuestros discursos, nuestra conducta para con el prójimo, nuestra caridad, nuestra fe, nuestra castidad;* vuelve después a lo mismo, y, con todo el vigor de su celo, nos recuerda la necesidad en que estamos de establecer en nosotros el reinado de la piedad y de todas las virtudes, por medio de estas enérgicas palabras: "Huye, hombre de Dios, de todo lo que Dios detesta:" *Tu autem, o homo Dei, haec fuge; sectare vero justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem.* Temoroso, en fin, de que se mirasen todas estas recomendaciones como

meros consejos, adopta de parte de Dios, no ya el lenguaje del Apóstol que exhorta, sino del soberano que manda, y con autoridad divina y solemnidad de expresión no acostumbrada, nos dice: *Praecipio tibi, coram Deo qui vivificat omnia, et Christo Jesu qui testimonium reddidit sub Pontio Pilato bonam confessionem*... ¿Qué vais a ordenar, oh grande Apóstol, a continuación de esta introducción imponente? *Praecipio tibi... ut serves mandatum sine macula, irreprehensibile usque in adventum Domini nostri Jesu Christi.*

Si, pues, así habla el Espíritu Santo, ¿cómo es posible creer que seamos sacerdotes según el corazón de Dios, llevando una vida tibia y lánguida?

17.—Herederos de la doctrina del grande Apóstol los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, veamos qué nos dicen sobre la imprescindible necesidad de la santidad sacerdotal. Aquí tendríamos que citar volúmenes enteros, y verdaderamente que en punto a elección de citas, nunca hemos experimentado mayor embarazo.

Estos santos personajes, nuestros maestros y guías, empiezan por recordarnos la suprema dignidad de nuestra profesión con aquella energía de estilo que revela desde luego el alto concepto que de ella tienen.

San Ambrosio la llama profesión deífica, *deifica professio,* y añade que sobrepuja infinitamente a todas las grandezas de este mundo: *nihil excellentius in hoc saeculo.* La coloca, no sólo sobre la de los reyes y emperadores, sino hasta sobre la de los ángeles: *Praetulit vos, sacerdotes, regibus et imperatoribus, praetulit vos, angelis.*

San Gregorio Nacianceno, primero, y Santo Tomás después, dicen que los ángeles mismos tributan

veneración al sacerdocio: *Sacerdotium ipsi quoque angeli venerantur*, y, en efecto, añade San Ligorio, los ángeles todos del cielo reunidos no pueden absolver de un solo pecado.

San Agustín, al contemplar la dignidad del sacerdote en el altar, dejó escritas estas palabras, que no traducimos temerosos de alterar su sentido, pero que recomendamos al lector altamente. *O venerabilis sanctitudo manuum! O felix exercitium! Qui creavit me sine me, ipse creavit se mediante me.* ¡Qué lenguaje! ¡Y qué altura revela en el sacerdote a quien va dirigido!

El Papa Inocencio III, considerando el inmenso poder de los sacerdotes, no vacila en colocarlos, bajo este respecto, aun sobre María Santísima: *Licet beatissima virgo*, dice, *excellentior fuit apóstolis, non tamen illi, sed istis Dominus claves regni coelorum commisit;* y San Bernardino de Sena, el amante tierno de María, se permite dirigirse a ella diciéndole: *Virgo benedicta, excusa me, quia non loquor contra te; sacerdotium praetulit me super te.*

18.—¡Con qué rigor demuestran Padres y Doctores la necesidad en que estamos de ser santos y eminentemente perfectos, siempre que exaltan nuestro augusto ministerio!

"Sí, dice San Ambrosio, la santidad del sacerdote debe exceder en mucho a la de los legos; es más, en esta línea, el sacerdote no debe tener nada de común con la multitud." *Nihil in sacerdote commune cum multitudine. Vita sacerdotis praeponderare debet, sicut praeponderat gratia.*

San Juan Crisóstomo, después de hacer resaltar como los demás la sublimidad del sacerdocio, colocando al sacerdote por cima de los ángeles en dignidad, añade estas palabras, que nunca medita-

remos bastante: *Nonne accedentem ad altare sacerdotem, sic purum esse oportet ac si in ipsis coelis collocatus, inter coelestes illas virtutes medius staret?—Quaero ex te,* dice en otra parte, *quorum illum* (*sacerdotem*) *in ordine collocabimus? quantam vero integritatem ab eo exigemus? quantam religionem? Considera enim quales manus haec administrantes esse oporteat, qualem linguam quae verba illa effundat!... quo solari radio non puriorem esse oportet manum carnem Christi dividentem? linguam quae tremendo nimis sanguine rubescit?—Sacerdos,* añade en otro pasaje, *debet vitam habere immaculatam, ut omnes in illum veluti in aliquod exemplar excellens, intueantur. Idcirco nos elegit Deus ut simus quasi luminaria et magistri caeterorum, ac velut angeli versemur in terris.*—¿Qué deberá pensar el sacerdote tibio al escuchar este lenguaje?

San Agustín nos declara terminantemente, que todo clérigo, por sólo serlo, tiene *hecha profesión* de observar una vida santa: *Clericus duo professus est: sanctitatem et clericatum.*

San Gregorio en su *Pastoral* (que, dicho sea de paso, debiera ser el manual del sacerdote), pronuncia esta sentencia: NECESSE EST *ut sacerdos, mortuus omnibus passionibus, vivat vita divina.*

Magna dignitas sacerdotum, exclama San Lorenzo Justiniano, *sed magnum est pondus. In alto gradu positi, oportet quoque ut in virtutum culmine sint erecti.*

19.—Pongamos término a estas citas, escogidas entre mil y mil que todavía podríamos hacer, y prescindiendo también de otros conceptos de santos doctores, que para algunos tal vez serían meras fórmulas oratorias más bien que decisiones rigurosamente exactas, limitémonos a añadir algu-

nas graves e imponentes palabras del príncipe de los teólogos, el Angel de las Escuelas. Encarecidamente rogamos atención a nuestros dignos compañeros.

Los sacerdotes, dice Santo Tomás (no olvidemos que aquí habla como teólogo), los sacerdotes deben ser no sólo virtuosos, sino PERFECTOS EN VIRTUD: *perfecti in virtute esse debent.* Y desarrollando más su pensamiento, dice: *Ordines sacri praeexigunt sanctitatem; unde pondus ordinum imponendum parietibus jam per sanctitatem desiccatis, id est, ab humore vitiorum.* Pensemos bien los dos razones que alega en apoyo de su decisión. Es la primera, que así como el ordenado se hace superior a los legos por su dignidad, así debe serlo también por su santidad; *Ad idoneam executionem ordinum* NON SUFFICIT BONITAS QUALISCUMQUE, SED REQUIRITUR BONITAS EXCELLENS, *ut sicut illi qui ordinem suscipiunt super plebem constituuntur gradu ordinis, ita et superiores sint merito sanctitatis.* La segunda razón es, que dando la ordenación potestad para ejercer las más altas funciones en el altar, es necesario que el que las desempeña tenga una santidad mayor aún que la que reclama el estado religioso: *Quia per sacrum ordinem aliquis deputatur ad dignissima ministeria, quibus ipsi Christo servitur in sacramento altaris, ad quod* REQUIRITUR MAJOR SANCTITAS INTERIOR QUAM REQUIRIT ETIAM RELIGIONIS STATUS.

Y ahora preguntamos: ¿puede hablarse de manera más precisa? ¿Puede decirse algo que más perentoria y teológicamente pruebe la necesidad en que se halla todo sacerdote de observar una vida santa, vida que esté en armonía con la eminencia de sus funciones?

20.—Por lo demás, y si queremos otra prueba

todavía más concluyente que el testimonio de los doctores y de los teólogos, la tenemos en la autoridad de la Iglesia. ¿Quién, en efecto, es capaz de enumerar los Concilios y los cánones conciliares en que se prescribe la santidad a todos los miembros de nuestra augusta corporación? Siempre y en todas partes ocúpase sin descanso en santificar a los sacerdotes, trazándoles reglas de perfección, señalándoles los peligros que deben evitar, e imponiéndoles severas obligaciones.

Qui sancti non sunt, dice el Concilio IV de Cartago, *sancta tractare non debent.*

Eam vos virtutem induite, dice el 4.º sínodo de Milán, *quasi lumen aliquod, vestram sanctitatem elucere. Quae si magna in aliis vitae christianae institutio requiritur; certe in vobis, qui mysteriorum Dei ministri divinaeque gratiae dispensatores estis, major inesse debet.*

Moneant Episcopi, dice el Tridentino, *suos clericos in quocumque ordine fuerint, ut conversatione, sermone, scientia, Dei populo praeeant, memores ejus quod scriptum est: Sancti estote, quia ego sanctus sum.* Y para que no pueda creerse que esta santidad estriba meramente en exención de pecados graves, añade el Santo Concilio estas palabras, que nunca debiéramos olvidar: *Levia etiam delicta, quae in ipsis maxima essent, effugiant sacerdotes.*—Y en otra parte dice: *Decet omnino, clericos in sortem Domini vocatos, vitam moresque componere, ut habitu, gestu, incessu, sermone aliisque omnibus rebus, nil nisi grave, moderatum ac religione plenum prae se ferant.* En otro pasaje, en fin, y a propósito de la celebración de la Misa, la más augusta de nuestras funciones, nos recuerda el género de perfección que en nosotros reclama con estas palabras: *Necessarium fa-*

temur, nullum aliud opus adeo sanctum et divinum tractari posse quam hoc tremendum mysterium. Satis apparet omnem operam in eo esse ponendam, ut QUANTA MAXIME FIERI POTEST, INTERIORI CORDIS MUNDITIA PERAGATUR.

Como se ve, es exacto y no encierra exageración alguna todo cuanto sobre santidad sacerdotal han dicho doctores y teólogos, pues que el lenguaje de éstos es el mismo que el de la Iglesia.

21.—No debe, pues, causar ya extrañeza que esta Iglesia santa, de tales sentimientos animada, corrobore con actos sus palabras, y que nunca juzgue hace demás cuando se trata de santificar a sus sacerdotes y de hacerlos más y más dignos de su ministerio.

¿Por qué los separa de la masa laical, imponiéndoles reglas especiales, estableciendo para su santificación estatutos y ordenanzas que no hace para los simples fieles, sino porque quiere que, jefes del rebaño de Jesucristo, lleguen a un grado de santidad más elevado que el de las ovejas que apacientan?

¿Por qué les inculca con insistencia tanta el renunciar a los vanos placeres y locas alegrías del siglo, obligándoles a dar a estas cosas el último adiós, desde que al penetrar en el santuario les impone la sobrepelliz, símbolo de la inocencia, y haciéndoles decir en este momento que sólo a Dios quieren por porción de su heredad: *Dominus pars haereditatis meae et calicis mei?* ¡Qué! Esta ceremonia solemnemente practicada al pie de los altares por un príncipe de la Iglesia, ¿es por ventura una vana formalidad? ¿No revela, por el contrario, el vivo deseo que la Iglesia tiene de trabajar desde el principio en la santificación de sus ministros?

¿Por qué les impone con tan rigurosa inflexibilidad la ley del celibato, esa ley que forma la gloria del sacerdote católico, y que le conquista estimación hasta en el ánimo del embrutecido salvaje? ¿Para qué esta ley, sino para recordar al sacerdote que entre sus obras espirituales y divinas y las obras carnales no hay ya nada de común; que el sacramento del matrimonio, a pesar de su santidad, le está prohibido; que su carne no debe estar en contacto sino con la de Jesucristo; y que la parte corporal de su ser está en cierto modo espiritualizada, divinizada, desde que se hizo tabernáculo vivo, do se encierra Jesucristo cada día, y en que este divino Salvador no quiere ver ni aun la más ligera sombra de mancilla?

¿Por qué nos hace la Iglesia vestir un traje tan diferente del de los seglares? ¿Por qué desciende hasta prescribir su color y forma? ¿Por qué la amenaza de penas, a veces graves, si se abandona este hábito sin razón suficiente? ¿Para qué todo esto, sino para que este vestido sin semejante sea en cierto modo la particular divisa de nuestra santidad, nos sirva de perpetuo admonitor, y por su color lúgubre nos recuerde que estamos muertos para el mundo y para nosotros mismos, así como por su forma nos traiga a la memoria que en nuestras personas debemos retratar la modestia de nuestro divino Salvador, haciendo que brille a la vista de los hombres: *Modestia vestra nota sit omnibus homonibus?* Sí, por cierto; las intenciones de la Iglesia son que este santo hábito sea la expresión de la santidad del que le viste.

¿Por qué tiene en su seno esta misma Iglesia esos venerandos establecimientos, conocidos con el nombre de *Seminarios,* y que son como los se-

milleros del sacerdocio? ¿Por qué, desde que los fundó, tan celosamente los conserva, exigiendo que todo aspirante al clericato pase algunos años en estas santas casas? ¡Ah! Demasiado lo sabemos; su ánimo es ciertamente que los llamados por Dios al sacerdocio beban en estas fuentes divinas la ciencia y la virtud que han menester.

La Iglesia no establece seminarios para aquellos de sus hijos que se dedican a ciencias profanas. Los que estudian derecho, medicina u otra facultad, no se separan del mundo, y hacen su carrera en medio del torbellino de las más populosas ciudades. Bastan los medios ordinarios para aquellos que sólo aspiran a funciones comunes. Pero cuando se trata de formar un sacerdote, cambia la escena; porque la importancia de la obra reclama vigor especial en los medios. Funda la Iglesia casas especiales; coloca en ellas los sacerdotes más recomendables por sus talentos y virtudes: hace que en estos santos retiros florezca la piedad, el recogimiento, la regularidad más edificante; y allí, en el fondo de aquella soledad, tan propia para fundar la semilla del sacerdocio, es donde forma en virtud y ciencia a sus jóvenes levitas, disponiéndoles a recibir, lo más dignamente posible, los sagrados órdenes, hasta elevarlos al presbiterado.

Por cierto, amados y venerables compañeros, que todo esto predica elocuentemente la santidad ¿Qué son, en efecto, tantos medios de santificación, sino otras tantas bocas por las que la santa Iglesia de Jesucristo nos grita sin cesar: sed santos, *sancti estote;* purificaos sin cesar los que pretendéis el honor de llevar, no sólo los vasos del Señor, sino al Señor mismo: *Mundamini qui fertis vasa Domini?*

22.—¡Oh, y qué bien comprendían estas altas verdades aquellos que, sobrecogidos ante la grandeza del sacerdocio y la eminente santidad que reclama, miraban con terror la pesada carga que se les quería imponer! ¡Qué bello es ver hombres tan eminentes como San Cipriano, San Atanasio, San Martín, San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, San Fulgencio, huir presurosos para sustraerse a las apremiantes solicitaciones del pueblo y del Clero! ¡Qué edificante ver a un Atanasio, un Anatolio, un Agustín y otros muchos, consagrados en cierto modo a su pesar! ¡Se me ha hecho violencia!, exclamaba el grande Obispo de Hipona: *Vis mihi facta est merito peccatorum meorum.*

Tan grande era en algunos este santo pavor, que les llevaba a excesos en verdad admirables. Así vemos que un Efrén se finge loco; un Ambrosio ataca por sí mismo su propia reputación, y un Ammonio se corta las orejas y amenaza con cortarse también la lengua si se insiste en elevarlo al sacerdocio.

No sé de un sólo santo, dice San Cirilo de Alejandría, que no haya temido el peso enorme del divino ministerio: *Omnes sanctos reperio, divini ministerii ingentem veluti molem formidantes.*

Y no vayamos a creer que estos sentimientos sólo se manifestaron en los bellos tiempos del cristianismo, aquellos en que era la fe tan viva como puras las costumbres; no. En todos los siglos se estremecieron los santos al pensar en la dignidad sacerdotal y en la perfección que requiere. Todos conocen las admirables palabras de San Vicente de Paúl: "Eran tales, dice su historiador, "el piadoso Abelly, los sentimientos que abrigaba "sobre la excelencia y altura del carácter sacerdo-

"tal, así como sobre la indispensable obligación "que impone a los que le reciben de observar una "vida *enteramente pura, santa y angélica,* que des- "pués se le oía decir con frecuencia: *si yo no fuera "ya sacerdote, jamás podría resolverme a serlo; tan "indigno me considero."*

23.—Detengámonos ya. No hemos agotado por cierto la importantísima materia de que venimos ocupándonos; pero cuéstanos trabajo creer que lo hasta aquí dicho no haga con el favor de Dios alguna favorable impresión en el ánimo piadoso de nuestro lectores. Antes bien, estamos persuadidos de que si son ya santos, se aplicarán a serlo más todavía; y si por desgracia no lo fueren, lanzarán un profundo suspiro por lo pasado, preparando sin dilación un reparador porvenir que dignamente corresponda a la santidad de su profesión.

Puestos en la presencia de Dios, enfrente de nuestra conciencia, que se abre como un libro delante de nuestros ojos, preguntémonos, amadísimos compañeros, y pregúntese cada uno de por si: ¿Seré yo un sacerdote según el corazón de Dios, si en vez de correr por el camino de la santidad, con aquel generoso ardor que Dios me manda y las gentes desean ver en mí, perezosamente languidezco en ellos? ¿Seré yo santo, con aquella santidad verdaderamente sacerdotal cuya necesidad acabo de ver demostrada, no siendo mortificado, sino sensual, avaro, ocioso, disipado, amante del juego y del regalado trato? ¿Seré yo santo en el grado que debo serlo, familiarizándome con los defectos hasta el punto de no pensar en combatirlos, o viendo sin emoción debilitarse progresivamente mis ya flacas virtudes en lugar de robustecerlas?

¿Seré yo santo, con aquella santidad comunicativa y simpática que arrastra y conduce a los pueblos por los caminos de la salud, no inquietándome apenas al ver que muchedumbre de pecadores se precipitan a mi vista en el infierno?

Dadme diez sacerdotes celosos, decía San Felipe de Neri, y el mundo está convertido.

¡Oh Dios! Derramad, derramad gracias a mares sobre vuestra santa Iglesia, pero señaladamente sobre los sacerdotes, que son sus columnas, y que por su santidad deben ser su ornamento y gloria.

CAPITULO III

¿Qué hemos sido en un principio, en orden a la santidad sacerdotal? ¿Qué somos hoy?—¿Qué queremos ser en adelante?

24.—Si después de haber seriamente meditado las consideraciones que preceden no sentimos, allá en nuestro interior, un movimiento extraordinario de ferviente piedad y un vivo deseo de crecer en perfección, señal es cierta de una virtud débil e insegura.

Pues que somos sacerdotes, reconozcamos la necesidad, la imperiosa necesidad de ser sacerdotes santos. Ser sacerdote y no ser santo es una verdadera anomalía, un contrasentido, un estado de oposición formal a la voluntad de Dios, en razón a que a nosotros, más que a los simples fieles, van dirigidas estas palabras: *Sancti estote, quia ego sanctus sum.—Qui... sanctus, sanctificetur adhuc.*

Veamos ahora si abundamos en este linaje de sentimientos, y, para saberlo, descendamos a nos-

otros mismos: traigamos a la memoria el pasado, observemos el presente y preveamos el porvenir, considerando, en orden a la perfección sacerdotal, qué hemos sido, qué somos, qué queremos ser.

25.—*¿Qué éramos en los primeros días de nuestra profesión?*

Torrentes de luz nos proporciona esta pregunta, poniendo tal vez en relieve ciertos defectos que no hemos solido disimular, como si en el juicio de Dios pudieran defectos disimulados pasar por defectos corregidos.

¡Qué bellos, qué puros y serenos fueron aquellos años, tan velozmente pasados en nuestro Seminario! ¡De qué gemidos y lágrimas fué acompañada aquella confesión que reparó los desórdenes de nuestra primera edad, reemplazando nuestra locura con una sabiduría divina, nuestros remordimientos con paz inefable, y nuestros vicios quizá con virtudes puras! ¡Qué dulces aquellas horas que al pie del altar pasábamos, haciendo a Jesucristo vivas protestas de amor y de inviolable fidelidad.

¡Qué edificantes conversaciones con nuestros piadosos condiscípulos, o con algún director celoso, a cuya experiencia interrogábamos para disponernos a llenar bien después el sagrado ministerio! ¡Qué bien ocupados fueron aquellos días que se deslizaron con tanta rapidez, sin que quedase entre las horas de ocupación y las prácticas de piedad ninguno de esos vacíos que sólo producen disgusto y tedio! ¡Qué delicada y fácil de alarmar era nuestra conciencia! ¡Qué temores, sin motivo las más veces! ¡Qué frecuentes, y aun importunas visitas a nuestro confesor, quien, por toda respuesta a nuestras consultas, nos decía sonriendo:

"Eso no es nada, hijo mío: vete en paz, y comulga como de ordinario."

¡Qué santa vida, en una palabra! ¡Qué edificante! ¡Qué bello espectáculo a los ojos de Dios y de los hombres! ¡Felices días, de los cuales ¡ay! para muchos sólo queda quizá un amargo recuerdo! Sí, amargo; porque, cuando deja uno de ser lo que fué en otro tiempo y debiera continuar siendo, el recuerdo de días más santos es un recuerdo que traspasa y desgarra.

26.—Continuemos nuestra marcha retrospectiva, y recordemos aquel día en que, después de algunos años de retiro, estudio, ejercicios de piedad y reflexiones serias, recibimos de nuestro venerable Prelado la abrumadora carga del sacerdocio. ¡Qué día aquel, amados compañeros, qué día aquél en que se nos dijo: *Tu es sacerdos in aeternum!* ¿Qué lengua será capaz de expresar la turbación de la noche que precedió a aquel día? ¿Quién pintar la emoción que experimentamos al despertar y decirnos, allá en el fondo de nuestra alma: *Hoy es?* ¡Qué estremecimiento en todo nuestro ser, cuando a la luz de la fe que iluminaba nuestro espíritu reflexionábamos en la admirable transformación que, pasados algunos instantes, íbamos a experimentar!

¡Y qué, cuando de rodillas ante el Obispo, consagró nuestras manos por medio de la unción santa; y cuando, haciéndonos tocar los instrumentos del augusto Sacrificio, poniéndonos así en posesión del altar, pronunció estas palabras: *Accipe potestatem offerre sacrificium Deo missasque celebrare, tam pro vivis quam pro defunctis!* ¡Qué, cuando con el Obispo pronunciábamos las palabras de la consagración! ¡Qué, cuando, extendiendo las manos sobre nuestras cabezas, nos confirió el admirable poder de perdonar

los pecados! ¡Qué, en fin, cuando, después de exigirnos para él y sus sucesores la formal promesa de respeto y obediencia, nos bendijo al final con estas patéticas palabras: *Benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos, ut sitis benedicti in ordine sacerdotali; et offeratis placabiles hostias pro peccatis atque offensionibus populi omnipotenti Deo, cui est honor et gloria per omnia saecula saeculorum!*

¡Ah! Si cuando estas ceremonias tenían lugar, haciendo derramar lágrimas, asi a nosotros como a los que asistían a este tierno y divino espectáculo, se hubiera llegado a nosotros alguno, iniciado por Dios en el secreto de nuestro porvenir, y nos hubiera dicho: "Ese fervor será reemplazado dentro de poco tiempo por tibia indiferencia, y aun tal vez por helor glacial; a ese santo estremecimiento que ahora os agita cuerpo y alma, sucederá una insensibilidad completa; esa misa que habéis celebrado con el Obispo, en medio de los transportes de la fe más viva, será seguida de otras, celebradas quizá sin preparación, sin recogimiento, sin fervor, sin piedad y con tal precipitación que hasta excitará la crítica de los mundanos", ¿hubiéramos podido dar crédito a semejante revelación?

27.—Pero dejemos el seminario: ¿qué éramos en los primeros días de nuestro sacerdocio? ¡Qué fervor al subir al altar por vez primera! ¡Qué preparación antes de ofrecer con nuestras manos el tremendo sacrificio! ¡Cuántas ceremonias truncadas, no por verdadera ligereza ni distracción, sino por cuidado excesivo y aun más bien por temor y sobrecogimiento! ¡Oh! Sí; es que aquel día y otros muchos después éramos sacerdotes santos. Entonces amábamos tiernamente a Jesucristo, y Jesu-

cristo nos amaba con mayor ternura todavía. Éramos humildes, infinitamente pequeños a nuestros propios ojos, temíamos y temblábamos ante la más ligera apariencia del mal, y nos hallábamos constituídos en una especie de habitual estupor a vista de los prodigios de que a toda hora éramos débil instrumento.

Y no era sólo el altar lo que nos sobrecogía y ponía espanto, que también el tribunal de la penitencia nos aterraba. ¿Quién no se acuerda de la primera entrada en este asilo de la misericordia? ¡Qué celo por la salvación de los pecadores! ¡Qué vivas, que patéticas y calurosas exhortaciones, templadas solamente por el embarazo y la timidez! ¡Qué turbación, al levantar por vez primera nuestra mano para absolver! ¡Qué afán, en el principio de nuestro ministerio, de consagrar el talento, las fuerzas, la piedad, el tiempo, todo nuestro ser, en fin, a la gloria y buen éxito de nuestro apostolado! ¡Ah! ¡Qué santas eran nuestras obras en aquel tiempo! ¡qué bien hechas nuestras oraciones! ¡qué dulces consuelos saboreábamos en el examen cotidiano de conciencia, en la lectura espiritual, en las visitas al Santísimo Sacramento! Nunca faltaba ni un solo eslabón en la cadena de nuestras prácticas de piedad.

Por otra parte, este fervor, tan dulce para nosotros, no era estéril para los demás. Viéndole resplandecer en todas nuestras obras, admirábanse las gentes, y bendecían a Dios por haberles dado un sacerdote tan edificante y lleno de celo por la salud de sus almas. Los pecadores sentíanse atraídos por cierto secreto encanto, los fieles experimentaban arrebatos extraordinarios de ferviente piedad y amor divino, y la grey entera saludaba

gozosa los primeros actos de este santo ministro, del que esperaba preciosísimas gracias y muy abundantes consuelos.

Tal era nuestro estado, porque, desengañémonos, esta pintura no es un vano ideal ofrecido como alimento adecuado a fantasías ávidas de emociones. No; es, por el contrario, la representación exacta de lo que hemos visto en muchos, y quizá en nosotros mismos. ¿Qué corazón de sacerdote no ha experimentado, en el tiempo a que nos referimos, estas dulzuras, estas santas alarmas, estos generosos transportes y deliciosos sentimientos, propios de una piedad tierna y fervorosa? Conviene, pues, no echarlo en olvido, y recordarlo con frecuencia, para ver si el mediodía del sacerdocio corresponde a su aurora.

28.—*¿Qué somos actualmente en orden a la santidad sacerdotal?*

Yo soy sacerdote de Jesucristo desde tal o cuál época; ¿en qué estado me hallo al presente? ¿Puedo persuadirme, apoyado en un sólido fundamento, que la vida que observo está en armonía con las funciones que desmpeño? ¿Puedo descansar en la creencia de que no ofende a Dios mi habitual manera de ser, y que, todo bien mirado, no debe hallarse descontento de mi servicio? ¿Díceme mi conciencia (y me refiero a la conciencia sana y recta, sin nubes de amor propio que la ofusquen, ni disipaciones que ahoguen su voz, ni escrúpulos que la desnaturalicen y trastornen); díceme, repito, mi conciencia, que yo soy lo que debo ser, que Dios aprueba el conjunto de mi conducta, y que me tiene en el número de sus sacerdotes predilectos, de los sacerdotes según su corazón?

Yo conozco alguno de estos sacerdotes ejempla-

res; su elogio está en todas las lenguas, y desde el momento en que se habla de uno de ellos, óyese decir: ese es un santo. Yo mismo lo he dicho mil veces, al ocuparme de esos hombres de Dios, y precisamente me he expresado así, porque a cada instante soy testigo de sus virtudes y de la santidad sin mancilla que les distingue. Esto supuesto, veamos: ¿es su vida como la mía? ¿Son como las mías sus virtudes? ¿Es su alma, en cierto modo, mi alma? ¿Copio yo en mí lo que en ellos brilla con tan vivo esplendor, por ejemplo, aquella modestia que seduce, aquella dulzura que desarma, aquella caridad que abrasa, aquella abnegación que edifica, aquel desinterés que todos ensalzan, y, en fin, aquella tierna piedad que a los corazones más fríos comunica el fuego sagrado del divino amor?

29.—¿Y el mundo...? Coloquémonos bajo este punto de vista.

El mundo, siempre ciego para ver sus propias miserias, nos arroja, sin embargo, torrentes de luz para que veamos las nuestras. ¿Qué dice de nosotros? ¿Hallámonos autorizados para creer que nos venera y que por nuestra parte no damos materia alguna a sus censuras? ¿Tenemos motivos para creer que nos juzga tan favorablemente como a los sacerdotes santos de que hemos hablado? ¿No tenemos quizá graves razones para persuadirnos de que, si le oyésemos (sin que él nos viera) juzgar a estos sacerdotes venerables y a nosotros, quedaríamos penosamente afectados al notar la diferencia que establece y que no redunda en nuestro favor? A pesar de la natural tendencia que todos tenemos a hacernos ilusiones, ¿no es verdad que una voz interior nos dice que nos falta mucho

para parecernos a esos dignos compañeros que nos presenta Dios como tipos modelares?

Medio excelente es para conocernos y descubrir nuestros defectos, el compararnos con esos santos sacerdotes, verdaderamente irreprensibles, que el mundo y nosotros mismos admiramos. Si no somos modestos, al oir alabar su modestia luego al punto nos decimos interiormente que bajo tal o cual respecto no meremos las alabanzas que a ellos se tributan. Si nos falta la dulzura, al oir que se alaba la suya al punto vemos convertirse este elogio en agudo remordimiento, que reprende nuestros arrebatos, sequedad y amargo celo. Al ver que se alaba su humildad, si nosotros no somos humildes, nos ruborizamos, como si condenasen nuestro propio orgullo. Si oímos que se publican sus limosnas, sus obras de celo, los frutos de su ministerio y los infinitos recursos de su piedad para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, no siendo nosotros recomendables bajo estos diversos respectos, parécenos como que se hace tanta crítica de nuestros defectos como elogio de nuestros piadosos compañeros.

Pero volvamos a nosotros, sólo a nosotros; y descendiendo a nuestro interior, veamos lo que en él pasa. ¿Tenemos hacia todo pecado, por leve que sea, el horror que merece? ¿Amamos el servicio de Dios, colocando exclusivamente en él nuestra dicha? ¿Nos ofrecen encanto la oración y los ejercicios espirituales? ¿Hallámonos contentos lejos del mundo y aplicados al estudio o a las funciones de nuestro ministerio? ¿Es regulada y metódica nuestra vida? ¿Nos abrasa vivamente el celo por la salvación de las almas? ¿Es semilla de edificación cada una de nuestras obras, no dando a sabiendas

ningún escándalo? ¿Imitamos a los sacerdotes santos en todos estos extremos, y, por punto general, en todos aquellos que abarcan los extensos deberes del sacerdocio? ¿Somos hoy lo que éramos al salir del seminario? ¿Va en progreso nuestra piedad, o somos, por el contrario, presa de relajación, que amortigua día por día nuestro fervor, tan edificante en otro tiempo y hoy casi extinguido?

Si así es, por desgracia, digámoslo sin vacilar. No somos, no, lo que debíamos ser; el presente no se parece al pasado. Debemos, por consiguiente, realizar reformas más o menos notables en nuestra conducta, o renunciar para siempre a adquirir la santidad propia de nuestro estado, y que es una de nuestras más indispensables obligaciones.

30.—*¿Qué queremos ser en adelante?*

Punto es este de importancia suma y que por todos conceptos puede llamarse principal y esencial.

Al leer las páginas que anteceden, no dejará alguno de hacer una reflexión a la que de antemano vamos a salir al encuentro, para evitar que se exageren sus consecuencias. Cierto, se dirá; cierto que el tiempo feliz del seminario y los primeros días del sacerdocio van ordinariamente marcados con un sello de fervorosa piedad y de saludable terror ante la idea de las eminentes funciones que se desempeñan; pero no hay que pedir a la pobre humanidad más de lo que puede dar. La humanidad se acostumbra a todo, aun a los mayores prodigios, con tal que los vea frecuentemente repetidos; y no debe causar extrañeza que, sobrecogida profundamente en un principio, ante los augustos misterios de que es instrumento, sienta poco a

poco disminuirse el fervor sensible, y no experimente ya en el mismo grado aquella turbación piadosa y santa agitación primitivas.

No puede dudarse que hay verdad en esta objeción, y daríase en una exageración reprensible, pretendiendo que lo que hay de sensible en los primeros actos de nuestro sacerdocio, o en las emociones que experimentamos al entrar en él, no padezca menoscabo alguno, conservando después de muchos años de práctica su primera energía y exquisita delicadeza. No, esto no es posible, convenido. Lo *sensible* tiene que disminuir; esta es la parte de la humanidad. Pero debe quedar lo *real;* que es la parte, mejor dicho, la substancia y el fondo de nuestras obligaciones sacerdotales. En este punto, con frecuencia y facilidad suma. se cambian los frenos, y siempre inclinados a favorecer los que halaga a nuestro amor propio y aligera el peso de nuestros deberes, confundimos lo sensible que se altera con lo real que debe permanecer fijo e inalterable. Con el especioso pretexto de que no puede durar siempre la viva emoción que caracterizó los primeros actos de nuestra vida sacerdotal, y que el fervor, estimulado por la novedad, debe extinguirse poco a poco, miramos como simple disminución de fervor sensible lo que suele ser verdadera relajación, cuyas consecuencias son tanto más deplorables, cuanto más decrece la inquietud que nos engendra su principio generador.

Guardémonos, pues, de dar contra este escollo que ha causado la ruina de muchos, y que causará la nuestra propia, si por medio de un examen serio no profundizamos este punto importantísimo.

31.—Para hacerlo con la debida exactitud, vamos a servirnos de un ejemplo, que tal vez para

muchos servirá de espejo, donde fácilmente puedan reconocerse.

Supongamos un joven que se despide del seminario. Allí ha pasado unos cuantos años, los más bellos de su vida, viendo día por día perfeccionarse su piedad y aumentarse su fervor, y recibiendo, por fin, con excelentes disposiciones la unción sacerdotal. Ya es presbítero. Siempre que ejerce actos de su sagrado ministerio, experimenta en el más alto grado el sobrecogimiento, espanto y turbación de que venimos hablando. Tal es su fervor, que su alma nada, digámoslo así, en un mar de dulzuras y consuelos. No hay sacrificio que le sea violento, y no anda, sino que vuela con impetuosa rapidez por los caminos de la perfección, a la cual intenta aspirar incesantemente y con ardor siempre nuevo. Cielos y tierra admiran este edificante espectáculo.

Sin embargo, un sacerdote antiguo, profeta de desgracias, que tal vez por experiencia propia conoce a fondo el secreto del porvenir, dice para sí: *¡Fervor de seminario! ¡Fervor de sacerdote joven!*

Y, en efecto, pasan algunas semanas, algunos meses, y el oro está ya empañado. El sol ha velado su disco; es verdad que todavía sólo le cubre ligera gasa; pero, en fin, ya es esto un obstáculo a la pura y viva claridad de sus primeros rayos, y que hace prever una disminución de luz más pronunciada. Más claro: el alma se afloja, el corazón se enfría, la voluntad pierde su agilidad y fuerza. ¡Pobre joven sacerdote! ¿Dónde vas? ¡Era tan hermosa y rápida tu carrera! ¿Quién te detiene? *Currebas bene, quis te impedivit?*

Examina tus actos y al punto lo sabrás. ¿Son tus oraciones tan largas como lo eran durante la

semana que siguió a tu salida del seminario? ¿Van precedidas de la misma preparación, de la misma intención acompañadas, y seguidas de la misma vigilancia en aprovechar las ocasiones de ejecutar los propósitos formados? ¿Haces los exámenes de conciencia con la exacta regularidad y piadosas disposiciones que aseguran su buen éxito? ¿Sigues teniendo lectura espiritual todos los días? ¿Rezas el oficio divino con el fervor que antes? ¿Celebras el santo sacrificio con la lentitud que en los primeros días, o has llegado, por el contrario, a tan excesiva brevedad que excitas murmullos en el público? ¿Es tan delicada tu conciencia como en los principios? En una palabra, ¿es tan satisfactorio el conjunto de tu conducta como en los hermosos días de que va hecha mención?

Si te ves forzado a dar tristes respuestas a estas diversas preguntas, puedes desde luego golpearte el pecho y decir arrepentido: no, no sólo ha perecido el fervor sensible, sino que la piedad disminuye, se enflaquece la virtud, la fidelidad está desmentida, las nubes se espesan, y aun quizá la tempestad se acerca amenazante.

32.—Esclarecido este punto, reanudemos ahora el último artículo de nuestro interrogatorio. ¿Qué queremos ser en adelante?

Aquí, con la ayuda de Dios, vamos tal vez a disipar muchas sombras y a desgarrar más de un velo. ¡El porvenir! Este es nuestro gran recurso, nuestro fondo de reserva.

No nos hagamos ilusiones, amados compañeros, y adelantemos en lo posible el irrevocable juicio que Dios habrá de hacer muy pronto sobre cada uno de nosotros. Cada instante que transcurre es un paso que damos hacia el tribunal terrible en

que seremos juzgados. Coloquémonos, pues, enfrente de este porvenir, que pedazo tras pedazo vamos gastando, y del que siempre esperamos una reforma espiritual que nunca llega, y de buena fe dirijámonos esta pregunta que para muchos santos sacerdotes ha sido fecunda en buenos resultados: ¿Qué quiero yo ser en adelante? ¿Quiero permanecer tal como estoy? ¿Quiero vivir y morir con mis defectos, con mis débiles e imperfectas virtudes y con las infidelidades que diariamente cometo en ejercicios espirituales y demás funciones de mi ministerio? ¿Hállome en ánimos de perpetuar este estado y no hacer nada para mejorarlo?

Es de todo punto indudable que el sacerdote que de esta manera se interrogue, y vea en sí defectos reales, responderá sin vacilar un momento: no, yo no quiero permanecer estacionario en mi camino, no quiero estancar mi alma de sacerdote en un estado que ofende directamente a Dios y que a mí mismo me repugna; no quiero, no, comparecer en el tribunal del Juez Supremo sin haber antes destruido el orgullo, la ligereza, la dejadez, la disipación, el hábito de burlas y murmuraciones, la negligencia en el cumplimiento de mis deberes, y esa muchedumbre de otros mil defectos que en mí pululan y de los que cada semana hago inútil relato a mi confesor. Ya está dicho: quiero cambiar, y cambiar en mejor.

¡Extraña disposición, mejor dicho, extraña ceguedad la de la mayor parte de los hombres! Pasan la vida engañándose a sí mismos, sin ver lo que más cerca tienen, que es su propia voluntad, persuadiéndose de que quieren, sólo porque dicen: *quiero*. Y de tal manera confunden el estado real

de su voluntad con la expresión puramente labial de ésta, que pasan años enteros sin traducirla en actos, limitándose a formularla con algunas vanas palabras que el viento se lleva, y que sólo sirven para engañar a los que las profieren.

No quieren por cierto así los mundanos. Cuando el avaro dice: quiero ser rico, no se cruza de brazos, esperando que la fortuna le depare las riquezas que codicia. Cuando el soldado dice: quiero la gloria, no se echa a dormir muellemente en su tienda, dejando que partan solos sus compañeros de armas. Y el voluptuoso que desea placeres, no espera fríamente que el mundo se los proporcione, sino que se afana y corre tras ellos.

¡Qué lástima! Sólo el cristiano, con quien a veces hace coro el sacerdote, sólo el cristiano dice: yo quiero mudar de vida, quiero adquirir la santidad propia de mi profesión, y arrancar de mi alma los defectos que en ella imperan, reemplazándolos con virtudes sólidas; todo esto quiero. Pero es menester (así debe continuar, si quiere ser sincero) que todo esto me suceda sin yo buscarlo, sin abandonar lo que me agrada, ni practicar lo que me incomoda. Querer así, ¿qué otra cosa es en verdad que no querer?

Muy distinta era por cierto la voluntad que Santo Tomás exigía, cuando preguntándole su hermana qué había que hacer para llegar a la perfección, respondió: una sola cosa se necesita para ser santo: *quererlo ser.* Y esto es en verdad, absolutamente exacto; porque aunque para llegar a la santidad, además de la voluntad del hombre, se necesita la gracia divina, como quiera que esta gracia nunca se nos rehusa y siempre se nos da con más o menos abundancia, según el grado de inten-

sidad de nuestra voluntad, es claro que puede afirmarse con Santo Tomás que para ser santo basta querer serlo.

Ahora bien, amados y dignos compañeros, ¿quéremos nosotros, a lo menos en este momento, queremos ser santos? ¿Lo queremos seria y eficazmente, con toda nuestra alma?

—Sí, decimos.

Cuidado, que no es difícil la articulación de esta palabra; pero si este *Sí* es sincero y revela una voluntad decidida, las consecuencias son graves, y forzosamente conducen a obras que reclaman vigilancia y valor.

Mucho cuidado; que si hace muchos años se nos hubiera dirigido esta pregunta, de seguro que la hubiéramos contestado con la misma generosa respuesta que hoy damos. ¡Pero qué! ¿No la hemos dado y la venimos dando a Dios todos los días? Mil y mil veces, en nuestras oraciones, en nuestros exámenes, y más especialmente en nuestras confesiones le hemos dicho: Sí, Dios mío; yo quiero corregir mis defectos y adquirir las virtudes que me están impuestas. Y ¿cuál ha sido el resultado de todas estas promesas hechas a Dios mismo en el santuario de la conciencia? ¿Destruyéronse los defectos? ¿Se adquieron las virtudes? Tal vez esto sea pedir demasiado; pidamos menos: ¿sufrieron atenuación los defectos? Menos todavía: ¿se les atacó formalmente?

¡Ah! Tal vez por toda respuesta bajen algunos la cabeza en señal de confusión y arrepentimiento, recobrando valor y prometiendo por fin utilizar el porvenir, base de nuevas esperanzas.

No queremos ciertamente debilitar en lo más mínimo la confianza que en el porvenir cifren

nuestros dignos lectores; pero séanos, sin embargo, permitido decirles que el porvenir con que hasta aquí contaron no les ha traído los frutos espirituales que de él esperaban. El presente de que hoy gozan, y que mañana será ya dominio de lo pasado, era una porción del porvenir en que se apoyaban cuando hacían a Dios las promesas que actualmente también forman. Y ¿qué les ha reportado, en punto a santidad sacerdotal, este porvenir hecho presente? ¿Dónde están las reformas que de él se prometían? Y a menos que se empleen medios extraordinarios y de mayor energía, ¿en qué podremos fundarnos para creer que este porvenir que hoy se saluda con una mirada de esperanza ha de traer lo que no trajo el otro saludado de la misma manera en época anterior? ¡Qué de temer es que todas estas promesas se parezcan, así en principios como en resultados! ¡Qué de temer que sembrando vientos sólo se recojan tempestades: *ventum seminabunt, et turbinem metent!*

33.—En corroboración de lo dicho, y para inculcar profundamente las verdades prácticas que venimos recordando, apuntemos una reflexión que a todo observador atento sugiere el estudio de las costumbres.

No hay cosa más rara que el que un alma tibia e imperfecta abandone sus infidelidades, se corrija de sus defectos, o a lo menos los quebrante progresivamente, aspirando sin descanso a una vida más santa. Esto es incontestable y de aplicación universal. Pero descendamos a pormenores, y aun para mayor utilidad y acierto, encerrémonos en nuestra esfera eclesiástica, y raciocinemos, mejor dicho, observemos.

¿Es por ventura cosa común ver a los sacerdotes corrigerse de sus defectos, y progresar en la perfección, a medida que se alejan del seminario y que avanzan en la santa carrera que abrazaron? Así debería suceder indudablemente; pero, ¿sucede? Así debería suceder, porque día por día la vida se huye, la muerte se acerca y el juicio le sigue.

Así debería suceder, porque el tiempo de que gozamos precisamente se nos concede para que cada día nos santifiquemos más.

Así debería suceder, porque a cada momento estamos recibiendo gracias sin número, gracias infinitamente preciosas, gracias de favor y de predilección, gracias de sacerdote, si así podemos expresarnos.

Así debería suceder, porque subiendo tan frecuentemente al altar, y dando a nuestra alma por alimento cotidiano la carne y sangre de Jesucristo, algo debe en nosotros producir esta sangre adorable, si a ello no ponemos obstáculo con infidelidades y resistencias.

Así, finalmente, debería suceder; pero repito, ¿sucede? ¿No tenemos por desgracia motivos para decir con Kempis: *Si omni anno unum vitium extirparemus, cito viri perfecti efficeremur. Sed modo e contrario saepe sentimus, ut meliores et puriores in initio conversionis nostrae nos fuisse inveniamus, quam post multos annos professionis. Fervor et profectus noster quotidie deberet crescere; sed nunc pro magno videtur si quis primi fervoris partem posset retinere.*

34.—Pero sigamos el hilo de nuestras observaciones. ¿Cuál es la conducta ordinaria de un

sacerdote, a medida que avanza en su emprendida marcha?

Téngase entendido que no hablamos aquí de aquellos sacerdotes, afortunadamente raros, vergüenza y oprobio de la clase, y cuyos escándalos parece que de tarde en tarde Dios permite, así para que nosotros temblemos, vigilemos y oremos, como para demostrar al pueblo fiel que nuestra religión es verdaderamente divina, toda vez que, sin perder nada de su majestad, sobrevive a las infamias de los que debieran ser su corona y su gloria. No, no nos ocupamos aquí de estos sacerdotes sin ventura, por más que cada una de las frases que venimos estampando sea un concluyente *a fortiori*, que cae como maza de plomo sobre sus frentes culpables.

Tampoco aludimos a los sacerdotes santos, a aquellos venerables hombres de Dios que, con nuevos e incesantes esfuerzos, aspiran a perfección cada vez más elevada.

Nuestras presentes observaciones van dirigidas a la clase intermedia, esto es, a aquella considerable masa de sacerdotes, honorables sin duda bajo muchos conceptos, pero que al paso que detestan todo cuanto ofrece visos de escándalo grave, transigen gustosos, sin embargo, con muchedumbre de defectos secundarios que, si bien deploran algún tanto, carecen de valor para combartirlos. A estos nos referimos cuando preguntamos si es cosa común verlos corregirse de sus defectos, perfeccionar sus virtudes y obedecer a este precepto del santo Concilio de Trento: *Levia etiam delicta, quae in ipsis maxima essent, effugiant sacerdotes.* ¡Ay! digámoslo con lágrimas en los ojos: en sacerdotes de esta clase, la reforma espiritual (que

ellos siempre dejan para mañana) es rara, rarísima.

El origen de este funesto extravío suele remontarse al tiempo del seminario. Pocos sacerdotes habrá, en efecto, que al salir de aquel lugar santo no tuvieran la convicción íntima de que allí quedaron para siempre enterrados sus defectos dominantes. Mas no sucede así, por desdicha grande; y es que los tales defectos fueron meramente cubiertos, no extinguidos, y sólo esperan ocasión favorable para reproducirse.

Mientras se vive en el seminario, siéntese uno irresistiblemente empujado hacia los caminos de la piedad. La ausencia de peligros, la vida reglada y de ocupación continua, los consejos y vigilancia de los superiores, la frecuencia de sacramentos, el piadoso ejemplo de los compañeros: todo esto conspira en favor de las virtudes, y hace, por ende, que los defectos sean poco salientes. Sin embargo, el ojo ejercitado de los superiores suele ver dibujarse, bajo bellas apariencias, el germen de ciertos defectos que, poco sensibles en el seminarista, amenazan desorrollarse más tarde en el sacerdote; y amaestrados ya por la experiencia, habrán podido casi a golpe seguro vaticinar que aquél estará sujeto al orgullo, éste a la maledicencia, el uno a la disipación, el otro a la pereza, a la sensualidad, a la cólera o a la tibieza en el servicio del Señor.

Y, en efecto: ¿qué es lo que sucede de ordinario? Que después de un paréntesis, por lo común harto corto, determinado por la impresión que necesariamente producen los ejercicios espirituales que preceden a los sagrados órdenes, las imponentes ceremonias de la ordenación y los primeros actos del ministerio, el fervor afloja; y comienzan a re-

aparecer, según hemos dicho, los defectos ocultos y no extirpados. La siniestra predicción de los superiores va a cumplirse.

Después de algunas oscilaciones entre la piedad ferviente y regular y la floja e incompleta, después de algunos combates entre el hombre antiguo y el nuevo, entre la verdadera conciencia que amenaza y la falsa que transige, viénese por fin suavemente a cierto medio término, al que la perversa naturaleza con facilidad suma se acomoda, concluyendo por instalarse y arraigarse en él.

Ya en este estado, pretende uno convencerse de que está seguro. Como se tiene vivo horror a toda falta grave, y por otra parte siéntes interiormente el deseo de llenar con severa exactitud las obligaciones esenciales del sacerdocio, viene naturalmente la tranquilidad, en el seno mismo de las imperfecciones e infidelidades cotidianas. Se rechaza la recta conciencia que murmura, y se escucha la falsa que halaga y seduce. Se impone silencio al hombre nuevo que grita: ¡adelante!, y se obedece al antiguo que grita: ¡basta!

Así dispuesto, vívese en paz con las propias faltas; y con tal que éstas no conduzcan brusca y repentinamente a excesos notables, toléraseles como huéspedes un tanto incómodos, sí, pero cuyo combate sería más penoso que el soportarlos. De aquí los hábitos de disipación, ligereza, falta de caridad, poca circunspección, susceptibilidad, pereza, inmortificación, negligencia y frialdad en el servicio de Dios; y de aquí también aquel celo, que apenas merece el nombre de tal, que se alimenta de obras ordinarias y comunes, y que nunca se mueve a impulsos de las grandes empresas y piadosas

industrias, tan conocidas de todo sacerdote santo.

Y, sin embargo, repito, hállanse tranquilos en este imperfecto estado, tranquilidad que se concilida con la consideración de que no son los únicos que así viven. Cierto que ninguno de estos sacerdotes dice para sí: yo soy un santo; pero tienen, en cambio, la persuasión de que así y sin más hacer pueden salvarse, caminando a la eternidad con paz incompleta, con pequeñas dosis de consuelo, y, digámoslo sin rebozo, con gran cosecha de malestar y de secreta inquietud.

Tal es el estado de los sacerdotes a que nos referíamos al decir que es raro, rarísimo, que se corrijan de sus defectos, robustezcan sus virtudes y adquieran en indeterminado porvenir aquella perfección sacerdotal cuya necesidad tan expresamente inculca Santo Tomás cuando dice que "los "sacerdotes no sólo deben ser virtuosos, sino perfectos en virtud: *perfecti in virtute esse debent*"; y cuando añade que "no es una piedad cualquiera "la que se les manda, sino una piedad excelente: "*non sufficit bonitas qualiscumque, sed bonitas excellens*, piedad mayor que la que se exige del religioso: *ad quod requiritur major sanctitas quam requirat etiam religionis status.*"

Interroguemos nuevamente a la experiencia. ¿Dónde están los que teniendo estos o aquellos defectos en el primero y segundo año del sacerdocio llegan a destruirlos a fuerza de vigorosas luchas y porfiada resistencia? Si son hoy ligeros, disipados, ociosos, burlones y poco dados a las obras de piedad ferviente, ¿los encontraremos graves, recogidos, estudiosos, caritativos y celosos, pasados que sean diez años? Abramos los ojos, reflexionemos sobre lo que ordi-

nariamente pasa, y veamos si fueron muchas las veces que nos edificaron tales reformas.

35.—¡Ojalá estas reflexiones hieran vivamente nuestra alma! ¡Ojalá nos hagan temblar saludablemente ante la consideración de ese porvenir, quizá cortísimo, con que contamos para realizar un cambio del que tan pocos ejemplos vemos! *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* ¡Oh porvenir, porvenir! ¡qué de ilusiones fomentas!

No seamos víctimas de esta fatal seducción, amados compañeros. Consideremos que cada día que pasa sin combates fortifica nuestros defectos y debilita nuestras virtudes. Consideremos que nuestra resistencia a las solicitaciones de Dios disminuyen el número de gracias que nos tenía preparadas y embota nuestra voluntad. Consideremos que, según atestigua la experiencia, no podemos más tarde, con gracias menores y voluntad más floja, hacer aquello que antes no tuvimos valor de emprender con abundantes gracias y fuerte voluntad. Consideremos, en fin que el celo del sacerdote está siempre en armonía con su santidad, y que, por tanto, la salvación de gran número de almas depende probablemente de está perfección, que tanto nos asusta y que constantemente dilatamos.

No digamos, pues, con Agustín: mañana, mañana, *cras, cras;* sino digamos con David: ahora, *nunc,* ahora mismo doy principio a la obra: *dixi, nunc coepi.* Hagamos nuestras aquellas palabras de un escritor tristemente célebre, que tuvo la desgracia de no tomarlas para sí: "Mañana será todavía tiempo: ¡insensato! Ese tiempo de que abusas está abriendo tu sepultura, y mañana será la eternidad."

SEGUNDA PARTE

PRIMER MEDIO DE SANTIFICACIÓN PARA EL SACERDOTE: LAS VIRTUDES.

36.—Todos sabemos que si los vicios nos mancillan y corrompen, las virtudes cristianas nos purifican; aquéllos nos arrastran naturalmente al mal, y éstas, al contrario, nos conducen sobrenaturalmente al bien, afirmándonos además en él. Son, pues, las virtudes poderoso medio de santificación, y sin ellas, sombra y vana quimera es la santidad. Quien posee todas las virtudes, practicándolas por los motivos puros que la fe propone, es un santo; y si carece de una sola, o si poseyéndolas todas en cierto grado, las viola alguna vez o las practica flojamente y por motivos imperfectos, aléjase más o menos de la santidad, según que extienda o restrinja su dominio en el alma.

A todos son necesarias las virtudes, pues que todos están obligados a combatir el mal y practicar el bien, y esto sólo con virtudes se consigue. Mas esta obligación es incomparablemente más rigurosa para el sacerdote que para el simple fiel. Y, en efecto, la excelencia de su profesión, sus relaciones íntimas y continuas con Dios, el buen ejemplo que debe a los fieles, las lecciones de virtud que públicamente da en el púlpito y secretamente en el confesionario, la abundancia de gracias que recibe, la santidad de vida, en fin, sin la cual sería lánguido y estéril su ministerio,

todo le demuestra la indispensable necesidad de practicar las virtudes, y practicarlas con aquella superioridad que debe ser su sello propio y el carácter distintivo de la dignidad suprema de que está investido.

¡Ojalá se convenza bien de estas verdades al leer lo que pasamos a decir sobre materia tan importante!

Si no consagramos a cada una de ellas capítulo especial, es porque en determinados casos colocamos bajo el mismo título las que tienen entre sí cierto género de analogía o conexión íntima; pero siempre cuidando de indicar al frente de los capítulos las diversas virtudes de que se trata.

CAPITULO PRIMERO

Fe.—Vida y espíritu de fe.—Práctica de la vida de fe.—Pureza de intención.

37.—La fe, dice San Ambrosio, es el fundamento sólido de todas las virtudes. *Fides virtutum omnium stabile fundamentum.* Si me quitáis la fe, ¿qué virtudes me dejáis, especialmente cristianas?

¿Cómo he de esperar yo en Dios, ni cómo amarle sobre todas las cosas, si no creo en él? ¿Cómo he de practicar la humildad, la mortificación, la paciencia y la castidad, si no creo firmemente que estas virtudes me las impone Dios con expreso mandamiento, reservándome castigos terribles en caso de infracción?

Pero si quitándome la fe me arrebatáis las demás virtudes, ¿qué celo puedo yo tener para culti-

var en otros lo que descuido en mí? Y si no trabajo ni en mi santificación propia ni en la de las almas que me están confiadas, entonces, ¿qué clase de sacerdote soy yo? ¿Qué párroco, especialmente?

La consideración de estas abrumadoras verdades nos ha valido aquella excelente máxima de San Vicente de Paúl: "Así por nuestro aprovechamiento como por la salvación de los demás, es absolutamente necesario que siempre y en todo sigamos la hermosa antorcha de la fe."

38.—Creeríamos injuriar a nuestros venerables compañeros si insistiésemos más sobre tan evidentes verdades. En materia de fe, no es sobre la necesidad de esta virtud sobre lo que surgirán dudas; porque no hay quien no reconozca en principio esta imperiosa necesidad.

Sólo diremos con el P. Valuy: "No disputéis reñidamente con los incrédulos; pero dada la ocasión, sabed defender vuestra fe con valentía y sin humanos respetos. Adoptad confiadamente todas las prácticas que la Iglesia recomienda, y obedeced con filial sumisión sus ordenanzas. Nada de murmuraciones sobre el rigor de la ley, nada de inquietas investigaciones sobre sus motivos, ni reflexiones saturadas de crítica sobre su oportunidad. Jamás términos, como los de la tiranía, despotismo arbitrario y otros semejantes, que sólo se hallan en labios rebeldes."

Esto sentado, pasemos a ocuparnos del ejercicio o vida de la fe, objeto especial de este capítulo.

Hemos dicho *vida de la fe,* y efectivamente este es su propio nombre. En cuatro lugares de la Sagrada Escritura encontramos la siguiente sentencia, digna de ser profundizada: *El justo vive de la fe.*

Es claro que aquí se trata de la vida del alma; por consiguiente, hay que creer que para ésta hay un alimento espiritual, adecuado y propio para mantener, digámoslo así, su principio vital. Pues bien; este alimento, según declaración del mismo Dios, es la fe: *Justus meus ex fide vivit.*

Para convencernos de ello, consideremos lo que pasa en el alma de un infiel, de un salvaje, por ejemplo, que no tiene la menor idea de las verdades reveladas. Circunscrito forzosamente dentro de los estrechos límites de su razón, se ejercen en este pequeño ámbito los actos todos de su inteligencia, y en sus instintos personales halla los motivos directivos de su conducta. Pero viene Dios, le habla o hace que le hablen, le revela verdades, le impone una ley haciéndole conocer su extensión, proponiendo el cielo por recompensa si la observa, y amenazándole con castigos eternos si la quebranta, y después de trazarle la línea de sus deberes, le ofrece los medios seguros para llenarlos. Ved aquí ya descorrerse todo un mundo inmaterial, digámoslo así, ante el alma de dicho salvaje, y cómo éste se transporta a los espacios infinitos de la fe. Su vida y los actos de su vida se ejercían en el limitado dominio de la razón; y ahora *la luz admirable de la fe,* como la llama de San Pablo, descubriéndole una nueva tierra, cielos nuevos e inmensos horizontes, imprime en todos sus actos una dirección excelsa. Experimenta en cierto modo un segundo nacimiento. Bebe en Dios y en la fe con que Dios le ilumina una vida santa y santamente fecunda, que le era totalmente desconocida, y se hace *nueva criatura,* según estas bellas palabras del grande Apóstol: *Si alguno se regenera en Jesucristo, helo ya hecho una nueva criatura: pasó*

para él todo lo que era del hombre viejo, y marcha en novedad de vida.

Es, pues, evidente que si esta alma se deja dócilmente conducir por el principio de fe que posee, cambia todo para ella, todo, hasta sus actos más indiferentes, hasta sus sentimientos más íntimos. Era su vida la vida del hombre, y ahora la única vida que le conviene es la vida misma de Dios: *vivo... jam non ego, vivit vero in me Christus.* Lo natural era su elemento, y le reemplaza lo sobrenatural: *in fide vivo Filii Dei.* Antes vivía en la tierra y ahora se explaya en el cielo: *regnum Dei intra vos est.* ¿Quién duda que de esta alma se ha apoderado una nueva vida, cuya divina influencia siente, y que, a querer ella, será la fuente de sus méritos y el germen de su eterna gloria? He aquí la vida de la fe, tal como la entendemos.

Por desgracia, esta vida del alma está muy lejos de ser la misma en todos los individuos. En unos tiene al principio, como sucede con la vida del cuerpo, su debilidad, después su crecimiento en fuerza y energía progresivas, a veces sus desfallecimientos y enfermedades, y aun con harta frecuencia su extinción completa. En otros tiene desenvolvimiento rápido, ardiente vigor, generosos transportes, y aquella constante plenitud de fuerza, reveladora de perfecta santidad.

¿De qué procede esta diferencia entre dos almas perfectamente semejantes, así por su naturaleza como por la fe que profesan? ¿Cuál es la causa de que la una sea débil, enfermiza e inerte, mientras la otra es sana y vigorosa, ferviente y siempre activa? Es que la una *vive de la fe* y la otra no. ¿Por qué tal sacerdote es tibio, apático, negligente y poco cuidadoso de la perfección? Porque su vida

no es la *vida de la fe*. Y ¿por qué aquel otro es celoso, piadoso, ferviente y siempre aplicado a las obras de su ministerio? Porque su alma, verdaderamente sacerdotal, se templa de continuo en el elemento de la fe.

39.—Pero acaso diga alguno de estos sacerdotes tibios: Yo tengo fe, y creo firmemente todo cuanto cree mi ferviente compañero; ¿a qué, pues, debe atribuirse esta diferencia entre él y yo, diferencia, por otra parte, que yo mismo véome obligado a reconocer?

La respuesta a esta pregunta reclama una observación altamente importante, y que recomendamos a nuestros dignos lectores. *Tener fe y vivir de la fe,* son dos cosas distintas que haríase mal en confundir. ¡Cuántos hombres, en efecto, gangrenados por el vicio y el crimen, conservan, sin embargo, el precioso don de la fe! Que tienen fe, no hay duda; ¿pero viven de ella? ¿Se refiere Dios a éstos, cuando dice por boca de su Apóstol: *Mi justo vive de la fe?* Demasiado sabemos que no les pertenece este feliz privilegio.

Puede, pues, tenerse fe y no vivir de la fe. La diferencia entre estos dos estados es exactamente idéntica a la que hallamos entre dos granos de trigo, de los cuales se sembrase uno en un montón de ceniza y el otro en tierra bien preparada y de excelente calidad. Ambos granos de trigo son enteramente semejantes en peso, forma y naturaleza, y sin embargo, el uno no producirá nada en su montón de ceniza, mientras el otro, arrojado en buena tierra, dará el ciento por uno. Lo mismo sucede con el precioso don de la fe: improductivo en el alma del sacerdote tibio, obra maravillas en la del sacerdote santo.

40.—Cosa es bien sorprendente la inmensa variedad de efectos que produce la fe en las almas, según que éstas se dejan más o menos influir por la acción y vida de la fe.

Fijémonos, por ejemplo, en una aglomeración magna de cristianos, ocasionada por una cualquiera de nuestras grandes solemnidades. Hemos de suponer que entre ellos no haya ningún incrédulo; mas a pesar de esto, allí encontraremos reunidas todas las miserias espirituales y todas las riquezas de la gracia, los vicios todos y todas las virtudes. Cada una de estas almas cree lo que debe creer; y si con el formulario de la fe en la mano fuéramos de grupo en grupo preguntando por la fe que profesan, nos quedaríamos hasta edificados con sus respuestas. Lo que cree el uno creen todos, de modo que en punto a creencias hay unanimidad completa.

¿Quién no había de creer que esta fe, perfectamente idéntica en cada uno de los individuos, produciría efectos también idénticos? Y, sin embargo, dista mucho de suceder así. Seguro es que en esa muchedumbre no encontraréis dos personas que exploten su fe de igual manera. Unos sacarán de ella virtudes sublimes; otros no le harán producir ni aun el valor necesario para atacar seriamente uno solo de sus vicios; y tendréis en esa asamblea, bajo matices infinitos, todo el bien y todo el mal, toda la perfección y toda la miseria, cuyo espectáculo nos ofrecen pecadores, tibios y fervorosos. ¡Y, sin embargo, en todas estas clases reside la fe! ¡Y admitidas son las verdades pavorosas, así por los pecadores más endurecidos como por la almas más santas: por los pecadores, cuya fe debiera comunicarles saludables estremecimiento, y no se estre-

mecen; y por las almas santas, cuya fe debiera infundirles seguridad, y que a las veces viven entregadas a las zozobras del terror.

41.—¡Qué embargadoras son estas reflexiones respecto a sacerdotes, y qué fecundas serían en buenos resultados si se pesaran con la seria atención que merecen!

Considerad, por ejemplo, una reunión de eclesiásticos en tiempo de ejercicios espirituales. Fijaos en esa compacta masa, agrupada en torno de la cátedra sagrada, de donde caen las graves palabras de un varón apostólico que evangeliza a su hermanos. ¿Cabe suponer que entre todos estos sacerdotes haya un solo que carezca de fe? ¿Habrá alguno que con formal deliberación quiera detenerse ante la más ligera duda que aparezca en su pensamiento sobre un punto dogmático cualquiera? Ninguno seguramente; porque aquí, más que en parte alguna, reposa la fe en las almas: sí, certísimo, esos venerables maestros de la fe tienen la fe que predican. Mas, ¡ay! ¿viven todos de la vida de la fe? ¿Son todos ellos *justos de Dios*, cuyo elemento vital es la fe: *justus meus ex fide vivit?*

En sus obras encontraremos cumplida satisfacción a estas preguntas. Desde luego que lo que arriba dejamos sentado respecto a los simples fieles, puede igualmente decirse de esta clerical asamblea. No hay en ella, efectivamente, dos sacerdotes que pongan en práctica su fe de igual manera, porque aunque idéntica en todos en orden al simple punto de la creencia, no lo es en los sentimientos que inspira ni en las obras que produce. ¿Quién ignora la infinita variedad que en tal concepto ofrece la conducta de cada uno de estos sacerdotes? El uno bebe en la fe el gusto por el re-

tiro, por la piedad, por el estudio y por cuanto tiene relación con el ejercicio de su divino ministerio; y el otro, a pesar de su fe, siente tedio en el retiro, languidece en la piedad, renuncia al estudio y da al conjunto de su ministerio el aspecto de una tierra en baldío.

¿A qué puede, pues, atribuirse esta diferencia entre dos almas sacerdotales iluminadas con la misma fe? Para nadie puede ser dudoso: porque es claro que, aunque fe tengan ambos, sólo uno tiene la vida de la fe: *Justus meus ex fide vivit.*

Quien plenamente vive de la fe está completamente iluminado y penetrado de las verdades eternas; las ve en cierto modo, las profundiza, y hasta el velo que las cubre parece como que se desprende: *Aufertur velamen.* Cuando simplemente se tiene fe, se creen sus verdades, se piensa en ellas, se las medita, mas no queda uno herido por ellas, como sucede a quien, además de la fe, posee en grado eminente el espíritu de la vida de la fe. El primero las ve de lejos, vagamente, y a través de espesa nube; el segundo, al contrario, las ve de cerca, en sí mismo, y sin sombras, por decirlo así.

En esa feliz disposición hallábase Moisés, de quien dijo el Espíritu Santo estas bellas palabras: *Invisibilem tanquam videns sustinuit.* Si cada uno de nosotros fuera en orden a estas verdades como Moisés, *tanquam videns,* todos seríamos santos, porque la vista penetrante de lo invisible nos despegaría de la tierra, nos inspiraría profundo desprecio propio, vivo ardor por Dios y su servicio, y todo ello en tal grado, que nada nos costaría llegar a la línea de santidad a que somos llamados.

Desgraciadamente no sucede así, a lo menos para muchos. *Creemos* las verdades de la fe, pero no

nos las *asimilamos;* las *meditamos* secamente y con esfuerzo, mas no las *contemplamos* con aquella fija y segura mirada que parece que las aproxima y descorra su velo: *Invisibilem tanquam videns sustinuit.* Si pudiéramos ver el infierno y sus tormentos sólo por algunos instantes, fácilmente derribaríamos todo obstáculo a la salvación, y ni aun temeríamos el martirio; pero como nos limitamos a meditarlos fríamente y a distancia, quedamos poco impresionados, y su pensamiento no nos lleva a notables reformas.

Cierto que tampoco los santos veían materialmente el infierno desde la tierra: pero, mediante su viva fe, veíanlo de cierta manera luminosa y penetrante, que nos es desconocida.

Admirablemente resume el P. Lallemant, en su *Doctrina espiritual,* las reflexiones que preceden. "En la meditación, dice, no se ven las cosas sino en forma confusa, como de lejos, y de seca manera. Mas la contemplación las hace ver más distintamente, y como de cerca; porque hace que se toquen, se sientan, se gusten y se experimenten en el interior. *Meditar* en el infierno, por ejemplo, es ver un león pintado; *contemplar* el infierno, es ver un león vivo."

No hay duda de que las verdades de la fe son y serán siempre misteriosas e impenetrables acá abajo; mas es tan denso para nosotros el velo que las cubre, y tan transparente para los justos de Dios que viven de la fe, que esto explica el fervor de sus almas y la tibieza de las nuestras, la generosidad de sus sacrificios y la cobardía que revelamos desde el momento en que hay que combatir.

¿Por qué nos conmueve tan poco el pensamiento de la dolorosa Pasión de Nuestro Señor? Y ¿por

qué este mismo pensamiento hacía romper en sollozos a San Francisco de Asís? Nosotros creemos lo que él creía, y meditamos lo que él meditaba, cierto; pero él contemplaba la verdad indicada con vista profundamente embargadora, que enternecía su corazón hasta el punto de obligarle a derramar lágrimas, mientras nosotros la consideramos con vista confusa, debilitada, apagada en cierto modo, e incapaz de producir impresión viva.

Diráse que esto es una gracia especial que no todos pueden pretender. Convenido; gracia especial es; pero esta gracia es la recompensa de una vida santa: abracemos esta vida y entonces veremos si Dios nos premia con igual favor. Y si, por secreto designio de su providencia, creyera debérnoslo rehusar, la misma santa vida que observamos nos permitirá al menos consolarnos de esta negativa, pensando que ésta fué una prueba, no un castigo.

Desengañémonos: si no vemos las verdades de la fe con la clara y penetrante vista que en los santos admiramos, es únicamente porpue entre estas verdades y nuestra alma interponemos frivolidades que nos distraen, resistencias a la gracia que nos alejan de Dios y multitud de defectos que no combatimos y nos ciegan. Derribemos con valentía todos estos obstáculos, trabajemos seriamente en hacernos santos, y es seguro que las grandes verdades, que hoy tan débilmente nos afectan, obrarán sobre nuestras almas con poder irresistible.

43.—De todas estas consideraciones infiérese naturalmente que a toda costa debemos vivir siempre de la vida de la fe, toda vez que sin ella nunca podremos llenar las santas funciones de nuestro ministerio con pleno mérito propio y abundancia de frutos para los demás.

Ahora bien: ¿qué es vivir de la vida de la fe? Escuchemos y practiquemos.

Vivir de la vida de la fe es mirar las cosas al prisma de esta virtud, no juzgar de ellas sino por sus luces, y estimarlas meramente según el precio y valor que ella les da.

Vivir de la vida de la fe es despreciar lo que el mundo estima, y estimar lo que él desprecia, siempre que haya que elegir entre el mundo y el Evangelio: por ejemplo, huir de los hijos del siglo que gritan como insensatos: ¡felices los ricos! ¡felices los que se divierten! ¡felices aquellos a quiénes el mundo inciensa!, y oponer a este lenguaje terreno las bienaventuranzas por Jesucristo proclamadas, ¡bienaventurados los pobres! ¡bienaventurados los que lloran! ¡bienaventurados los que padecen persecución por la justicia!

Vivir de la vida de la fe es no emprender jamás nada por motivos puramente humanos, sino por consideraciones bebidas en el orden sobrenatural, de tal manera que sea siempre el móvil de la fe lo que haga obrar, así en las obras ordinarias como en las funciones más santas y elevadas.

Vivir, en fin, de la vida de la fe es conservar esta vida divina, fortificarla y desenvolverla cada día más, no sólo haciendo cuanto queda dicho, sino alimentando el alma con las verdades cristianas, trayéndolas frecuentemente al pensamiento, tomándolas por asunto de las meditaciones ordinarias y buscando sólo en ellas las luces, fuerza y consuelos que uno ha menester en sus dudas, en sus combates y en sus penas.

44.—Tal es la vida que todos los cristianos debieran hacer, pues que todos están regenerados en Jesucristo y todos tienen por regla el Evangelio y

la fe por bandera. Mas, ¡cuánto más obligatoria no será esta vida de fe al sacerdote que la predica desde el púlpito, que la insinúa en el tribunal de la penitencia, y que a cada instante hace de ella profesión pública en sus funciones esencialmente divinas! ¿Dónde habrá de buscarse la vida de la fe, si el sacerdote no la conoce?

El sacerdote no es grande sino por la fe: de ella saca todo el esplendor de su gloria: en la esfera de la fe se ejercen los actos todos de su ministerio; no es nada si no por la fe. Si, lo que es imposible, no fuera verdadera la fe que predica, desde el momento en que así lo aprendiese, debería públicamente abjurar de sus doctrinas y renunciar al ejercicio de sus funciones, so pena de ser estigmatizado como hipócrita y odiosamente maldecido como impostor público y sacrílego. No, repito, el sacerdote no es nada sino por la fe.

Ved las profesiones ordinarias en el mundo social: como no son del dominio especial de la fe, sus representantes pueden, rigurosamente hablando, llenar sus deberes profesionales aun careciendo de fe. Un juez, por ejemplo, puede ser buen juez y no pronunciar jamás una sentencia injusta, aunque tenga la desgracia de no ser creyente. Habilísimo y muy delicado en materia de justicia, puede ser un jurisconsulto, por sólo el principio de rectitud natural, y aunque de fe carezca. Un médico, y esto se ve todos los días, puede ser incrédulo, e incrédulo hasta el ateísmo, y prestar, sin embargo eminentes servicios a miles de enfermos que utilizarán sus luces y experiencia. Lo mismo, en fin, puede decirse de otras profesiones en la línea común y ordinaria.

Pero trátese del sacerdote, y la escena cambia

por completo. Esle la fe tan absolutamente necesaria que, separado de ella, no puede sin culpa desempeñar ni aun la más pequeña función de su divino sacerdocio. Cuanto dice y cuanto hace es en tal manera del resorte de la fe, que en su ministerio no puede hablar ni obrar sin cometer un acto de impostura e hipocresía, si la fe no es la base de sus operaciones; porque, no me cansaré de repetirlo, el sacerdote no es nada sino por la fe.

Y si todo a la fe lo debe, si sin fe no es nada, si en la esfera de la fe se ejerce todo su ministerio, si no tiene razón de ser sino en la fe, ¿de qué espíritu deberá estar animado sino del de esta virtud? ¿Qué vida, pues, deberá vivir sino la vida de la fe? *Justus meus*, y con mayoría de razón, *sacerdos meus ex fide vivit.*

¡Qué bien comprendían los santos, y señaladamente los santos sacerdotes, la indispensable necesidad de tener la fe por regla y conducirse siempre por su movimiento e inspiraciones! ¿Quién no admira, por ejemplo, aquel espíritu y vida de fe que animaba a San Vicente de Paúl? Escuchemos lo que sobre esto nos refiere su biógrafo el Ilustrísimo Sr. Abelly:

"Además de la pureza, sencillez y firmeza de fe "en que sobresalió Vicente, puede añadirse que te-"nía plenitud absoluta de ella, toda vez que su fe "no sólo iluminaba su inteligencia, sino que llena-"ba también su corazón, y comunicaba vida a sus "acciones, palabras, afectos y pensamientos, obli-"gándole a obrar en todo y dondequiera según las "verdades y máximas del Evangelio de Jesucristo, "en tal manera, que lo que la mayor parte de los "cristianos hacen ordinariamente por movimien-"tos naturales o por humanos razonamientos ha-

"cíalo él por los principios de la fe, *la cual era,* se-"gún expresión de un profeta, *como la lámpara en-"cendida que tenía siempre en la mano para condu-"cirse*... Don particularísimo, recibido de Dios, era "sin duda el saber aplicar la luz de la fe en todo li-"naje de casos y ocasiones, aun en asuntos pura-"mente temporales, los cuales nunca emprendía "sino por motivos que la fe le inspiraba, condu-"ciéndose en ellos alumbrado por esta luz, y siem-"pre refiriéndolos a fines sobrenaturales por la "misma fe propuestos."

Una de las máximas ordinarias de este gran santo era que el poco adelanto en la virtud proviene de que no nos apoyamos bastante en las luces de la fe, haciéndolo con exceso en las razones humanas. "Unicamente, decía un día con particular acento de convicción, únicamente las verdads eternas son capaces de llenarnos el corazón y conducirnos con seguridad. Creedme; basta apoyarse fuerte y sólidamente en cualquiera de las perfecciones de Dios, en su bondad, por ejemplo, en su providencia, su verdad, su inmensidad; basta, digo, apoyarse bien en estos divinos fundamentos para llegar en poco tiempo a la perfección."

"La experiencia nos enseña, decía también (pesemos bien esto), que los oradores evangélicos que predican conforme a las luces de la fe, producen más fruto en las almas que los que llenan sus discursos de humanos razonamientos y pruebas de filosofía, porque aquellas luces van siempre acompañadas de cierta unción celestial, que secretamente se derrama en los corazones de los oyentes; de lo cual deberá inferirse cuánto hemos menester, así para nuestra propia perfección como para procurar la salud de las almas, acostumbrarnos a se-

guir siempre y en todas cosas las luces de la. fe."

416.—Por lo demás, imposible parece que un sacerdote vacile, ni por un momento, en vivir de la vida de la fe, de que nos venimos ocupando. Porque no hay medio: o ha de obrar en sus funciones augustas por motivos de fe, o por motivos puramente humanos que a Dios no agradan, o en fin, por motivos culpables que Dios condena.

Un ejemplo: Supongamos dos sacerdotes, de los cuales el uno obra en todo según las consideraciones de la fe que le sirve de norte, mientras que el otro sólo se dirige por consideraciones naturales y humanas; sus gustos, sus inclinaciones, sus caprichos, esta es toda su regla, si es que regla puede llamarse un principio de conducta tan variable. Observemos a uno y a otro, así en las funciones más santas como en los actos más comunes.

El uno se sienta en el confesonario únicamente porque le aguardan; va sin gusto, con repugnancia, quizá murmurando. Las confesiones que oye se resienten de las disposiciones en que se encuentra; es seco, frío, cortante, no tiene celo, ni piedad, y sólo desea una cosa, concluir pronto aquel acto que le cansa. Y es que no se halla animado del espíritu de fe, y la vida de esta virtud le es extraña.

El otro, por el contrario, oye con júbilo decir que hay penitentes que le están aguardando. Desde luego su primer pensamiento es que va a ocuparse en convertir o en perfeccionar almas; esto basta para inflamar su celo. Colocado en el confesonario bajo esta impresión, cada palabra que dirige a sus pródigos va impregnada de misericordiosa caridad que los penetra y enternece. Y es que se halla dirigido por el espíritu de fe, y animado de la vida de esta virtud.

Trátase de preparar un sermón, obra santa y de grandísima importancia. ¿Cómo se portará el primero? Si es perezoso, predicará sin preparación; si orgulloso, pensará solamente en agradar, si es mordaz por naturaleza y la caridad no habita en él, se desatará en personalidades ofensivas, y así en lo demás. Y es que no se halla animado del espíritu de fe, y la vida de esta virtud le es extraña.

Al contrario el segundo; comoquiera que sólo se propone la gloria de Dios y la salvación de las almas, trata con respeto la palabra divina, y no predica sin la preparación conveniente. Elige siempre el asunto más útil, en su concepto, al auditorio, y lo desenvuelve con aquella unción piadosa que a sacerdotes santos comunican la fe y el amor. Mientras escribe, obedece a este pensamiento único: ¿Qué podré yo decir que sea más conducente a convertir o perfeccionar a mis futuros oyentes? Y es que se halla dirigido por el espíritu de fe, y animado de la vida de esta virtud.

La misma diferencia se nota en la más augusta de las funciones, la celebración del santo sacrificio de la misa. El uno la dice meramente porque tiene que decirla; este es el principal y tal vez el único móvil que a ello le impulsa. De aquí el suprimir la preparación o reducirla a vanas y cortas fórmulas; de aquí la excesiva precipitación en el altar, las ceremonias truncadas, el exterior inmodesto e interior todavía más lamentable, la momentánea acción de gracias, la absorción, en fin, de la piedad en pura rutina. Y es que no se halla animado del espíritu de fe, y la vida de esta virtud le es extraña.

El otro, por el contrario, todavía no ha llegado al altar, y ya su recogida actitud y andar mesurado edifican a los fieles. Vivamente impresionado

por la idea de que lo que va a inmolar es nada menos que la carne y sangre de todo un Dios, sube al altar como si subiera al Calvario. Ni un gesto, ni un movimiento, ni una ceremonia que no sea la fiel expresión de los piadosos sentimientos de que se halla poseído. Y es que se halla dirigido por el espíritu de fe, y animado de la vida de esta virtud.

En suma, examínese uno tras otro cualquiera de los actos ejecutados por dos sacerdotes, privado el uno y animado el otro de la vida de la fe, y siempre aparecerá manifiesta y palpable la diferencia que venimos señalando. Se verá siempre que aquél trata humanamente las cosas divinas, y que éste trata divinamente aun las humanas, en virtud de la pureza de intención y espíritu de fe con que las realza.

El sacerdote que es verdadero hombre de fe, impregna de ella sus pensamientos, palabras y obras; todo esto pasa al crisol de su fe, y de allí sale perfectamente puro y digno de Dios. No pierde el tiempo en alimentar pensamientos frívolos, se precave de todo lo que las pasiones puedan sugerir; guiado de la piedad y de la prudencia, cuida de ser sobrio en palabras, seguro de que en el mucho hablar nunca falta pecado, y que esto hace mal efecto, aun en los mismos mundanos; imprime, en fin, el sello de su fe en todas y en cada una de sus obras. Ya coma o ya beba, deléitese o duerma, en nada se conduce a manera del bruto; que aun estas bajas funciones de la vida animal, la fe que es su regla las levanta, las ennoblece y hasta las santifica. ¿Qué nos sucederá con los importantísimos actos de su divino ministerio?

47.—Seamos, pues, hombres de fe, y vayamos delante en practicar aquello mismo que a los demás

predicamos. Fieles imitadores de Jesucristo, nuestro jefe, comencemos por *hacer* antes que *enseñar*. Humillémonos al ver que enseñamos a los simples fieles a que santifiquen sus actos comunes, mientras que nos olvidamos de enseñarnos a nosotros mismos la manera de llenar dignamente las divinas funciones de nuestro sacerdocio. Vivamos la vida de la fe, puesto que de la fe resalta nuestra gloria, y entremos en el orden de sentimientos de aquel piadoso lego, Renty, hombre venerable, cuya vida escribió el ilustrado P. Saint-Jure y que en la expansión de su ferviente piedad decía: "¡Ah! ¡qué bueno es vivir de la vida de la fe! Cada día conozco más los quilates de esta gracia. Los que se constituyen en semejante vida de justicia, se afirman, como dice el Apóstol, en el colmo de la perfección y saborean las primicias de la gloria."—Tal era la fe de aquel hombre de Dios, dice el P. Saint-Jure; al prisma de ella miraba todas las cosas, con ella obró todos sus actos, y se levantó después hasta la cumbre de las virtudes, enseñándonos con su ejemplo el camino que debemos adoptar para llegar al mismo término.

No permitamos que los legos nos den lecciones, ya que somos sus pastores, y diariamente los tenemos de oyentes y discípulos.

CAPITULO II

Esperanza; su necesidad y práctica.—Desconfianza, desaliento, desesperación.

48.—Sabido es cómo definen los teólogos la esperanza: *una virtud teologal por la que esperamos con confianza y certidumbre conseguir de la bondad de*

Dios la vida eterna y los medios necesarios para llegar a ella.

—Sabido es también, que si somos fieles a la gracia de Dios y observamos su ley, debemos tener en él omnímoda confianza, no sólo en cuanto a lo espiritual, sino también en cuanto a lo temporal, siempre que sea para nosotros medio de salvación.—Sabido es, por último, que mostrándonos de continuo esta virtud el cielo en perspectiva. es deber nuestro despegar el corazón de la tierra, para la que no fuimos criados, y sin contemplación de ningún género romper todo vínculo que nos esclavice.

Como nuestros venerables compañeros se hallan perfectamente instruídos en todo cuanto se refiere a la virtud de la esperanza, considerada bajo su aspecto puramente teológico, evitaremos tratarla bajo este punto de vista, tanto más, cuanto que no es el objeto de esta obra formar sabios teólogos, sino buenos y dignos sacerdotes, que con la santidad de su vida den gloria a la Iglesia de Dios.

49.—Si tuviéramos nosotros aquella viva fe que con tanta instancia recomendamos en el anterior capítulo, cierto que tendríamos también esperanza sólida, y una confianza en Dios a prueba de todas las agitaciones y tempestades de la vida. "Una gran fe produce necesariamente, dice muy bien el P. Saint-Jure, gran esperanza y gran caridad. Basta creer bien lo que Dios es en sí mismo y relativamente a nosotros, para confiar en él y amarle ardientemente."

En efecto, como la esperanza tiene por sostén la omnipotencia, la bondad, la misericordia y la liberalidad de Dios, juntamente con los méritos infinitos de Jesucristo, claro es que afirmándonos

la fe sobre esta ancha base, la firmeza de nuestra esperanza ha de estar necesariamente en relación con la viveza de nuestra fe. Por eso San Pablo admirablemente decía: *Omnia possum in eo qui me confortat*. Descúbrele la fe un Dios todopoderoso, siempre dispuesto a venir en ayuda de su flaqueza, y en el instante mismo toma su esperanza las vastas proporciones de su fe: *Omnia possum in eo qui me confortat.*

50.—Es la esperanza una de las virtudes que frecuentemente quebrantamos sin saberlo.

Sí; póngase atención en ello, y se verá que en multitud de ocasiones obramos contra esta virtud, sin que ni siquiera se nos ocurra la duda de que tal cosa sucede. El excesivo temor, por ejemplo, del sacerdote que ahorra y atesora, con la mira de no verse envuelto en la miseria en los últimos años de su vida; el pasajero disgusto por los trabajos del ministerio y aun meramente por las obras de piedad, a consecuencia del poco éxito de una empresa; los movimientos de indignación contra cualquiera que malignamente se opone a la ejecución de piadosos planes concebidos, todas estas cosas y otras mucha más, que sería largo referir, tienen evidentemente su origen en la falta de confianza en Dios. ¿Lo reconocemos así? ¿Nos pesa? Digamos más: ¿nos confesamos de ello, a lo menos como uno de tantos defectos contra la virtud de la esperanza? Si consultamos a la experiencia, así propia como la de nuestros penitentes sacerdotes, es bien probable que ratifiquemos la justicia de nuestra observación.

51.—Pécase contra la esperanza, según cotidianamente enseñamos, por *defecto* y por *exceso;* o en otros términos, por *desesperación* y por *presunción.*

A querer penetrar en nuestro interior, bastarían algunos momentos de reflexión para convencernos de que, todo sacerdote que peca contra la esperanza, sea por defecto o por exceso, es, en igualdad de circunstancias, mucho más culpable que un cristiano ordinario que las mismas faltas cometiera.

Y, en efecto, si peca por desesperación, su culpabilidad como sacerdote se agrava por sólo el título de ministro de Jesucristo, título que le da particular acceso cerca del corazón del mismo, de aquel Sagrado Corazón que es el foco del amor y el abismo insondable de la misericordia.—Agrávase también por el conocimiento más profundo que tiene, o a lo menos debe tener, de la bondad divina, conocimiento que teóricamente adquirió con el estudio de la Teología y Sagradas Escrituras, y que, además, apenas pasa día sin que lo adquiera práctica y experimentalmente en el confesonario, donde por dicha suya es instrumento de la misericordia de Dios, respecto a infinidad de pecadores que al infierno arranca y que conduce al cielo.—Y, en fin, agrávase su culpabilidad por la abundancia de gracias que cada día recibe, y que puede libremente utilizar para reconquistar los favores de su divino Maestro, si en un momento de flaqueza tuviere la desdicha de perderlos.

Helo, pues, sin excusa si, culpable imitador de Judas, consuma su ruina por la desesperación, en el momento mismo en que Jesús le llama su amigo, le tiende los brazos, le abre su corazón y amorosamente le propone el tierno beso de una reconciliación perfecta.

Mas si peca contra la esperanza por presunción,

fácil es conocer que su culpabilidad traspasa notablemente la de los cristianos ordinarios en la misma materia.

Y, en efecto, autorizarse para perpetuar las ofensas, precisamente por la circunstancia de ser el amigo íntimo, el especial confidente, el ministro, en fin, del Rey divino, que sólo ultrajes recibe en pago de la confianza concedida y del amor otorgado: ¿no es enorme agravación de culpabilidad?

Por otra parte, así presumir de la singularísima bondad de Dios para pecar más a sus anchas, ¿no es de parte del sacerdote dar un festín formal a sus predicaciones más enérgicas? ¿En qué ocasiones hacemos brillar más los rayos de nuestra elocuencia? ¿En cuáles nos inflamamos más de celo sagrado para vengar la bondad infinita de nuestro divino Maestro? ¿En cuáles reducimos más a silencio y confusión a los pecadores más endurecidos? Por cierto que cuando ponemos en parangón el infinito amor de Dios con la perversidad del hombre ingrato, que se apoya precisamente en este amor para perpetuar sus desórdenes, osando decir con sin igual audacia: pues que Dios es bueno, yo puedo ser malo, y pues que Dios es bueno en grado infinito, yo puedo llevar mi maldad hasta donde ella quiera extenderse. Esta es, confesémoslo, una de las verdades que con mayor energía tratamos en el púlpito. Por consiguiente, mil y mil veces más culpables de ingratitud nos mostraremos que nuestros oyentes, a quienes hablamos con tanta vehemencia, si de su bondad infinita hiciésemos también un antemural a nuestra malicia, nosotros, los predilectos ministros de este Dios de misericordia. ¿Dónde cabe hallar excusa, ni aun

remoto pretexto, capaz de paliar ingratitud de esta índole?

Finalmente, si contra la esperanza pecamos por presunción, agrávase nuestra culpabilidad por las inmensas gracias que de la bondad de Dios recibimos, gracias privilegiadas y de elección, cuyo precio sabemos bien demostrar, siempre que señalamos el abuso que de ellas hace el pecador; gracias que profanamos, sin embargo, con continuas resistencias; y gracias, en fin, con las que tenemos la locura de contar, como si se tratara de un crédito asegurado, a pesar de que con nuestra conducta estemos en cierto modo obligando a Dios a que por justicia nos niegue lo que por pura misericordia viene hasta aquí concediéndonos.

Contar con grandes gracias, de Dios recibidas, y de ellas servirse para salir del pecado en que se tuvo la desgracia de caer, cosa es de suyo buena. Pero contar con estas grandes gracias que Dios concede a cada instante, y profanarlas siempre, no sirviéndose jamás de ellas para reformarse, abuso es de primer orden.

¿Qué debemos, pues, hacer para no naufragar en estos temibles escollos que por izquierda y derecha no amenazan? Nada más sencillo: tomemos por guía la divina esperanza, adoptando el siguiente consolador consejo del Apóstol: *Fortissimum solatium habeamus, qui confugimus ad tenendam propositam spem, quam sicut anchoram habemus animae tutam ac firmam*. Con este primer medio, evitaremos el escollo de la desesperación. Mas para evitar el de la presunción, recordemos incesantemente la grandeza de nuestros deberes, las abundantes gracias que para llenarlos recibimos, la severa cuenta que se nos pedirá, la perfección eminente

que reclama nuestra profesión excelsa, y los peligros sin número que nos rodean. De esta manera, no estaremos abatidos ni desalentados, sino santamente temerosos, según aquella otra recomendación del mismo Apóstol: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.*

52.—Por lo demás, no son ciertamente los dos excesos de desesperación y presunción, llevados al último limite, lo que más tememos para la general masa del cuerpo eclesiástico. Aterradores en verdad son tales desórdenes; y puede ¡ay! suceder, que individuos de nuestra honorable clase, por desesperación o por presunción, caigan criminales en las manos del Dios vivo; pero no será nunca la desventura de la mayoría. Ya dijimos lo que hay que temer más en nosotros, en orden a la virtud de la esperanza, y que se reduce a ciertas violaciones de que apenas nos damos cuenta, pero que no por pasar como desapercibidas, dejan de ser frecuentemente más peligrosas y deplorables en sus resultados. Ensayemos descubrirlas.

53.—Todavía no se ha llegado al sacerdocio, y ya el desaliento apodérase del alma, intimidándola.

Fijáos, si no, en aquel excelente seminarista, que admiran sus superiores y cuyo fervor envidian sus condiscípulos. Es la regla viva y personificada del Seminario; su santidad desenvuélvese día por día bajo la feliz influencia de su fidelidad a la gracia, nunca desmentida por la más leve resistencia. Su director no advierte el menor embarazo en orden a su vocación, y a Dios dirige fervientes votos para que todos los ordenandos de que está encargado ofrezcan las señales de legítima vocación que adornan a éste.

Y sin embargo, en el alma de este joven hay tur-

bación; hase apoderado de él el desaliento, y en nada encuentra seguridad. No hay pecado de su pasada vida que no conozca su director, ni pliegue de su conciencia que no esté explorado, ni inclinación, imperfección de carácter, defecto o apariencia de defecto, que no esté revelado; y su turbación persevera, y aumentan sus temores, y la vista del sacerdocio, que se le aparece como enorme roca suspendida sobre su cabeza para aplastarlo, súmelo en desaliento horrible y pertinaz; y mientras acaso cerca de él hay un condiscípulo que debiera temblar y no tiembla, él se estremece, cuando todo debiera predicarle serenidad y confianza.

¡Cuántas vocaciones santas ha hecho abortar este desaliento!

54.—Otro en el mismo seminario, habíase persuadido que con sólo entrar en él se haría como cosa imposible la más ligera imperfección. Según su manera de ver, consignado quedó el pecado en la puerta de este santo asilo, y no le quedaba derecho alguno para franquear estos límites. Muy luego, por desgracia, reconoció que el hombre, dondequiera que esté, es hombre, y que si los graves desórdenes están desterrados del lugar santo que habitan los discípulos del santuario, no sucede así por cierto con el antiguo fondo de miseria y restos de infidelidades aportadas del mundo, cosas que no ceden sino a esfuerzos violentos y prolongados. No encontrando, pues, en sí aquella virtud completa, que esperaba adquirir súbitamente y por sólo el hecho de entrar en el seminario, está triste, sombrío, inquieto, abatido, desalentado, desesperado, por decirlo así.

Triste fuera, sin duda, que nada o poco hiciese para combatir las imperfecciones y defectos que

tanto le conduelen, porque es harto frecuente que aun los más fervorosos seminaristas se conviertan después en sacerdotes tibios y relajados, si dejan de velar y combatir. Pero si éste vela sin descanso, y ora con fervor, y sin reserva se descubre a su director espiritual, de él recibirá vigorosos alientos para avanzar en la santa carrera del sacerdocio. ¿Por qué, pues, temer? ¿Por qué no apoyarse dulcemente en la palanca de la esperanza? ¿Por qué no creer con plena confianza que Dios, que le manda obedecer a quien le sustituye en la tierra, no ha de castigar una obediencia que preceptúa?

55.—Pero dejemos el seminario, en que ocasionalmente hemos entrado, y vengamos al sacerdocio.

Huir de las dignidades por un principio de humildad y de desconfianza de sí propio, es sin ningún género de duda una excelente disposición, de la que nos han dado magníficos ejemplos los santos de todos los siglos; pero llevar en la práctica demasiado lejos este buen sentimiento; luchar contra los superiores que quieren constituir en funciones elevadas a un sacerdote meritorio, que consideran tanto más digno cuanto él se juzga indigno; buscar influencias preponderantes para que defiendan ante el Obispo la causa de una humildad exagerada; alegar todo linaje de razones para contrariar el orden de la Providencia, engañando a los superiores que son sus instrumentos; no confiar en estas circunstancias en la infinita bondad de Dios, que viene siempre en ayuda de la humana flaqueza cuando tiene por base humilde sumisión, sino fijarse en ella exclusivamente y caer en profundo desaliento; no querer persuadirse que con vivos sentimientos de confianza en Dios la mayor flaqueza se convierte en fuerza invencible, siempre que humil-

mente se deje uno conducir, practicando además una vida santa; arreglarse, en fin, de modo que se concluya por lograr el objeto, dándose el parabién por una como victoria de esta humildad disfrazada, que acaso dé origen a que se confíe un puesto importante a un sujeto menos digno de ocuparlo, de lo que resultará perjuicio al bien de las almas: ¿quién no conoce que tal conducta es tortuosa, y que en el fondo, y a pesar de algunas bellas apariencias, no viene a ser otra cosa que una exagerada desconfianza de sí propio y una máscara de confianza en la bonda divina? ¡Y quiera Dios que bajo estas bellas exterioridades de humildad y desconfianza no se oculten a veces motivos imperfectos, como, por ejemplo, un descalabro en el elevado puesto que se rehusa, el temor a un poco más de trabajo en parroquia más populosa, y otras inquietudes de esta índole, incapaces de reivindicar la humildad por excusa, toda vez que ella es simplemente el manto que las cubre, no su causa productora.

Seamos, pues, humildes, pero seamos también obedientes; y en el concurso de estas dos virtudes, optemos siempre por la obediencia. Ocultémonos, como María en su humilde casa de Nazaret, nada mejor en verdad; pero si el Angel de Dios o nuestro Prelado, que para nosotros es lo mismo, viene a buscarnos en nuestro humilde retiro, después de exponer nuestra razones, como hizo la Madre divina, hagamos como ella violencia a nuestra humildad, que sería vituperable el resistir, y pronunciemos también aquellas palabras tres veces santas: *Ecce* SERVUS *Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.*

56.—A las veces, acéptase el puesto ofrecido, y a

él se va con gran contento, sostenido por la esperanza de dar rienda suelta al celo, y ocuparse activamente en la salvación de las almas. Cuando se llega a una parroquia, especialmente si es tal cual se deseaba, se suceden días de santos transportes y arranques de celo verdaderamente admirables. El atractivo de la novedad, la buena acogida que se ha tenido, la conversión de algunos pecadores desafectos al anterior párroco: todo esto da valor y comunica fuego, que como chispa eléctrica penetra las masas y conquista más o menos las simpatías de los feligreses. *Initia fervent.*

Mas ¡ay! que el progreso no siempre responde a los principios. Porque alterando poco a poco el hábito los consuelos primitivamente saboreados, no siendo el bien que se hace tan grande como se esperaba y amortiguándose por grados el fuego comunicado en los principios, comienza a insinuarse cierto malestar en el alma del sacerdote, que concluye no tarde por sumirlo en el desaliento.

Desde entonces no es ya el ministerio perfume que da fragancia, sino atmósfera densa que abruma; disminuye el edificante fervor primitivo, y no sólo no se le procura reanimar, sino que día tras día aparece más lánguido. Acaso el ministerio inspira ya disgusto; tal vez se ha restringido su extensión: y ¿quién sabe si ya se ha desprendido en parte de una parroquia, en cuyo seno tan feliz acogida obtuvo? ¿Quién sabe si en el fondo del corazón acaricia ya la dulce esperanza de una traslación, cuyos deseos expresará pronto al superior?

Ahora bien: ¿cuál puede ser el origen de tan deplorable cambio, llorado quizá en secreto? ¿Cuál su verdadera causa, sino la falta de confianza en Dios? Neciamente embriagado por el primer éxito, o aun

simplemente por la espranza en el éxito, para cuya realización sólo contó con sus propias fuerzas sin recurrir a Dios, pierde el valor en el momento que llega a sentir su propia debilidad, mereciendo oír de labios del Profeta: He aquí el hombre que no puso su confianza en Dios: "*Ecce homo, qui non posuit Deum adjutoren suum.*"*

No abaten por cierto los reveses, cuando, humildemente inclinados bajo la mano de Dios, se reconoce uno indigno del éxito; y tórnase el temor en valor y la debilidad en fuerza, cuando sólo en Dios se confía. No todos los santos salieron bien en sus piadosas empresas: San Bernardo, San Luis y muchos otros sufrieron también descalabros; mas como estaban llenos de confianza en Dios, en lugar de enfriar su celo estos reveses, no parecía sino que reavivaban su ardor; y soldados valientes de Jesucristo, cada derrota era para ellos la señal de nuevos combates y conquistas.

57.—Mas no es, precisamente, la feligresía la que siempre da origen a que el defecto de la confianza en Dios engendre disgusto en el párroco, sino algunas particulares obras en ella emprendidas con la mejor intención. Porque, en efecto, cuando por testimonio íntimo de la conciencia sabe uno que a las tales obras sólo le lleva el bien de la grey; cuando con loable actividad se ponen manos a la obra, y en vez del concurso que había derecho a esperar de aquellos por quienes precisamente se ejecutan, se recibe fría indiferencia, y aun acaso oposición y vejámenes, el fuego del celo se apaga bajo la acción del disgusto.

No constituyendo la confianza en Dios como punto de partida; no estando previamente resignado ante un descalabro; considerando el éxito como

indubitable, fiado en las propias luces, prudencia, destreza, talento y aun quizá en el crédito de algún poderoso; cuando Dios (que se complace en derribar lo que se hace sin El) llega a sacudir y echar abajo todo ese castillo puramente humano, se abandona uno al desaliento y aun acaso se renuncia, por mucho tiempo al menos, a nuevas empresas. Ved, ved aquí el hombre que sólo contaba consigo y sus semejantes y casi nada con Dios: *Ecce homo, qui non possuit Deum adjutorem suum.*

58.—Lo dicho respecto a grandes empresas que tienen por objeto el bien común de la feligresía, puede igualmente aplicarse a las de carácter individual.

¡Qué celo no se pone a veces en juego para conseguir la conversión de un gran pecador! ¡Qué ingeniosos y caritativos medios no se emplean para dar cima a esta conquista! No sólo se trabaja en ello con santo afán, sino que para alcanzar más seguramente pronta y decisiva victoria, transfórmase en apóstoles a los parientes y amigos del pecador en cuestión; y así, ya preparadas las baterías, cuando uno cree que no hay más sino hablar, herir y tender la mano para convencer, mover y convertir, se procede desde luego al plan de ataque preconcebido. Mas ¡ay! que la voluntad perversa del hombre, esa voluntad resistente y obstinada que resiste a Dios mismo, resiste también, con sobrada frecuencia, a los esfuerzos de su ministro; y si la tal resistencia se declara, he aquí ya al sacerdote afligido sin medida por la inutilidad de sus primeros esfuerzos. No reavivando su confianza en Dios, renuncia cobardemente a nuevas tentativas, que acaso fueran coronadas de éxito volviendo a la carga con nuevo celo. Y he aquí ya otra vez al

hombre que deja de apoyarse en Dios, precisamente cuando Dios pone a prueba su fidelidad, permitiendo este descalabro que le desalienta: *Ecce homo, qui non possuit Deum adjutorem suum.*

59.—Las tentaciones son también ocasión, y por cierto bien frecuente, de los tristes resultados que produce la falta de confianza en Dios.

Nada más natural y sencillo que la conducta de los santos en tales casos. Profundamente penetrados por el sentimiento de su propia flaqueza, especialmente al sentirse traqueteados y como acribillados por el tentador, su primera idea es buscar en Dios lo que en sí no encuentran; y como tienen conocimiento profundo y luminosa convicción de la divina bondad, no ponen límite a su confianza y reposan con amor en el seno de la Providencia, como se duerme un niño en los brazos de su madre.

Y de hecho, ¿qué podemos temer de una tentación cualquiera, si nos apoyamos firmemente en los principios de la fe? Según ellos, jamás somos tentados más allá de lo que permiten nuestras fuerzas; éstas, en el tiempo de la tentación, no se encuentran sino en Dios; y estamos seguros de obtenerlas si las pedimos. ¿Qué podemos temer, repito?

Evidentemente que cuando se tienen a mano armas de este templo, si uno es vencido es porque quiere serlo. Armas no faltan, ¿pero qué vienen a ser las mejores si nos negamos a usarlas? Paremos, pues, atención y veremos que, a pesar de lo bien equipados que nos hallamos, solemos acobardarnos ante el enemigo como soldados inermes.

Pero se dirá: la tentación es por demás violenta.—No es superior a tus fuerzas.—Es que yo no soy sino miseria y flaqueza.—Por lo mismo debes

buscar en Dios la fuerza que te falta.—La he pedido y no la he tenido.—¿Hiciste tu oración con atención, humildad, confianza y perseverancia? ¿La hiciste especialmente con el vivo y sincero deseo de que fuera escuchada? ¿La hiciste desde el principio de la tentación y mientras duró? Seguramente no; porque es formal la promesa de Jesucristo, y esta cimentada con solemnidad de juramento: *En verdad, en verdad os digo, que cualquier cosa que pidieréis a mi Padre en mi nombre, la obtendréis.*

60.—¡Cuánto pudiéramos también decir de la falta de confianza en Dios con ocasión de las enfermedades, pérdidas, desgracias, penas y adversidades de toda especie que nos sobrevienen a cada paso! ¡Qué debilidad en estas circunstancias! ¡Qué flojedad! ¡Qué abatimiento! Concentrado, abismado, ahogado, digámoslo así, el sacerdote en su pena, llora como un niño, se aflige como un seglar que fuera súbitamente herido en medio de sus placeres, y se desconsuela como aquellos desdichados de que habla el Apóstol, que no tienen esperanza: *Sicut et caeteri qui spem non habent.*

Cobra, ¡oh sacerdote de Jesucristo!, cobra aliento en tu dolor; toma en tus manos el crucifijo, a cuyos pies oras todos los días, bésalo, bésalo más, bésalo mil veces si necesario fuere, con vivos sentimientos de amor y confianza, y fijos los ojos en la imagen de tu Salvador, medita atentamente aquellas palabras de la Sagrada Escritura, que te recuerdan, por una parte, la necesidad de los sufrimientos de Jesús, y por otra, la necesidad también de que le seas semejante si has de participar de su gloria: *Nonne oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam? Quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.* ¿Tienes algo que

oponer al dolor que te abate? Pues escucha al Apóstol, que va a hablar por ti. *Quid ergo dicemus ad haec? si Deus pro nobis, quis contra nos?* ¿De qué puedes quejarte si Dios, para contrabalancear tu pena, te da a su propio Hijo, y con él cuanto puedes desear? *Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* Resiste con la oración al torrente del dolor que amenaza arrastrarte, y atrincherado como el grande Apóstol en la confianza y en el amor, di con él estas sublimes palabras: *Quis ergo nos separabit a charitate Christi? Tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? In his omnibus superamus, propter eum qui dilexit nos.*

61.—Y aquellos hombres (no quisiéramos decir sacerdotes), aquellos hombres que soñando penuria y hambre para su vejez, llaman sabia previsión las precauciones excesivas inspiradas por quiméricas aprensiones, ¿cómo no conocen la injuria que infieren al Padre divino al negar con sus obras aquella Providencia, que tan liberal y tierna pintan ellos en sus discursos?

Sacerdote que atesoras, ¿es que te juzgas caído en desgracia con tu Dios, hasta el punto de no poder contar con sus larguezas, si te desprendes de algo para socorrer a los pobres o hacer otras buenas obras? ¿Es que has olvidado aquellas palabras del santo Rey Profeta, *Junior fui, etenim senui, et non vidi justum derelictum, nec semen ejus quaerens panem?*

Sacerdote que atesoras, ¿es que te crees menos caro a los ojos de Dios que los cuervos de los campos o los lirios de los valles? *Considerate corvos, quia non seminant, quibus non est cellarium neque*

horreum, et Deus pascit illos... Considerate lilia quomodo crescunt: non laborant neque nent; dico autem vobis, nec Salomon in omni gloria sua vestiebatur sicut unum ex istis. No: tú no eres menos caro a los ojos de la Providencia que la planta y el ave. ¡Qué digo! Sobre tí, mil veces más que sobre ellas, llueven sus larguezas: *Quanto magis vos pluris estis illis?... ¿Quanto magis vos,* PUSILLAE FIDEI*?*

No te inquietes desmesuradamente, como hacen los hijos de la tierra, por tus necesidades futuras: *Haec omnia gentes mundi quaerunt;* en cuanto a ti, duerme apaciblemente, que Dios sabe tus necesidades: *Pater vester scit quoniam his indigetis.* Bebe seguridad en este pensamiento.

62.—Paréceme que los detalles en que hemos entrado bastan para convencer a nuestros lectores, así de los funestos efectos de un temor exagerado, como de las grandes ventajas de una ilimitada confianza en la divina bondad. Mas para terminar estas reflexiones, pensemos bien los sabios consejos de un piadoso autor, que se expresa de la siguiente manera:

"...La desconfianza de sí propio engendra la confianza en Dios, con la cual se puede todo. El verdadero fiel es el único magnánimo, y por consiguiente, el único intrépido e inquebrantable; porque sabe, dice San Agustín, que *bajo un Dios omnipotente, bueno y justo, ninguno puede estar abandonado ni ser desdichado, a no ser que quiera serlo.* El sabe, en efecto, que nunca en este mundo nos hiere Dios sino por uno de estos tres fines: o para purificarnos de nuestros pecados, o para probar nuestra fidelidad, o para coronar nuestra virtud. *Ad poenitentiam, ad probationem, ad coronam.* Profundamente penetrado el fiel de esta verdad, recibe con ale-

gría de manos del mismo Dios las cruces y las prosperidades; adora la mano que le hiere con el mismo amor que la que le consuela, y no reconoce otros verdaderos males en esta vida, que los que le separan de su Dios" (1).

CAPITULO III

Continuación del mismo asunto.—Presunción.

63.—Ya dijimos arriba que no es lo que más tememos para el conjunto del cuerpo clerical los grandes excesos de la desesperación y de la presunción. ¿Qué sacerdote ha de atreverse a decir, por ejemplo, con la sangre fría de un pecador endurecido: Yo puedo continuar ofendiendo a Dios, no me crió para condenarme, dentro de diez años o a la hora de mi muerte me perdonará lo mismo que me perdonaría hoy; el mismo trabajo me ha de costar confesar veinte pecados que uno, y otras frases de esta jaez?—Nunca, gracias a Dios, osará sacerdote alguno usar este odioso lenguaje.

Pero ¡qué de faltas contra la esperanza pueden cometerse por presunción, que sin ser tan salientes ni groseras como las apuntadas, producen, sin embargo, deplorables efectos bajo el punto de vista de las obligaciones eclesiásticas y de la santidad del sacerdocio! Señalemos algunas de ellas, y veráse cuán necesario es prevenirse contra el mal que irrogan a sus autores.

64.—Rigurosa y teológicamente hablando, la presunción es una confianza temeraria en la bondad y misericordia de Dios, que induce al hombre a pe-

---

(1) P. Daubenton.

car más libremente. Pero en este capítulo extenderemos más el significado de la palabra *presunción,* considerando el mal que ocasiona así la temeraria confianza del hombre en la bondad de Dios, como la vana que funda en sí y en sus propias fuerzas

Ya el seminario suele ser mudo testigo de los graves desórdenes producidos por la presunción. Fijaos, por ejemplo, en aquel joven lleno de sí mismo e inflado de orgullo, que se acerca sin ser legítimamente llamado, que vuelve la cara cuando se le recuerdan los verdaderos principios de toda buena vocación, y que penetra a ciegas en la carrera del sacerdocio, sola y exclusivamente por estarle vedadas las otras. Apoyado en no sé qué virtud cuyo valor exagera en demasía, fiado en cierto fondo de buena voluntad, sintiendo en sí un vago deseo de servir a la Iglesia, pero sin cuidarse de conocer muchos puntos esenciales, especialmente los grandes deberes de la profesión sacerdotal, reputa efecto de vanos escrúpulos el santo estremecimiento de algunos de sus condiscípulos, y prepárase con absoluta serenidad a contraer empeños que harían temer a los mismos ángeles.

¿En qué se apoya, pues, su confianza? Ya lo hemos dicho: en una virtud dudosa y poco firme, con la que juzga que Dios se contenta; y apóyase además en ciertos talentos que tiene o cree tener, cuya idea lisonjea su orgullo, aumentando de rechazo su ceguedad. Y en efecto, cuando piensa que con su ciencia obscurece a muchos de sus condiscípulos, y en las ocasiones que más tarde ha de tener para desenvolver sus talentos en el seno de una parroquia, redobla la confianza en su propio mérito y ahuyenta todo temor. Y aun, ¿quién sabe si allá

en su secreta vanidad dirá que su ordenación será una gran fortuna para la Iglesia?

¡Oh confianza presuntuosa, cuántas lágrimas has hecho derramar ya a esta Iglesia santa!

65.—Otro discípulo del seminario no tendrá quizá este exceso de orgullo de que hablamos; pero en cambio hallaráse desnudo de aquel espíritu de piedad, siempre inherente a quien está dispuesto a declarar cruda guerra a sus defectos. Conoce lo que le falta en punto a virtud, y piensa adquirirla un día; pero ¿cuándo tendrá lugar esta preciosa adquisición? Aquí es donde la presunción juega su triste papel. Cegado por ella nuestro joven seminarista, espera siempre en el porvenir lo que no halla en el presente, y rápidamente se desliza el tiempo, sin que le traiga nunca lo que constituye el objeto de sus vagos deseos. El quiere ser virtuoso; pero como quiere serlo sin sacrificios ni combates, la virtud no llega, y los defectos se arraigan y desenvuelven. No dice jamás *principio*, dice siempre *veremos*.

El ojo atento de los superiores observa esta conducta, que les inspira serios temores para el porvenir; y llega por fin el tiempo en que se hace preciso tomar una resolución en orden a esta vocación dudosa. Para evitar el temido embarazo, le hacen observaciones, le dan sabios consejos, le señalan los defectos cuya extirpación les parece necesaria, y a veces llegan hasta amenazarle con la exclusión de los sagrados órdenes; pero por desgracia todas estas cosas son inútiles, y no producen otro efecto que el de conducir al seminarista a disimular los defectos reprendidos. Sufre alguna reforma el exterior; pero el interior queda siempre en el mismo lastimoso estado.

Y, sin embargo, este infortunado joven conoce perfectamente lo fundado de las reprensiones; mas confía en que se corregirá más tarde, y cuenta con la gracia de las ordenaciones, viniendo a ser cada uno de los órdenes que ha de recibir como un punto de espera que mantiene en pie su ilusión. El subdiaconado, que dará comienzo a su empeño, aparécesele como la época de una transformación completa; pero recibe el subdiaconado, y la transformación no se realiza. Entonces la presunción, que sigue extraviándole, muéstrale, en perspectiva, la solemnidad del presbiterado, ingiriéndole la persuasión de que este gran suceso, la augusta promoción a la dignidad sublime del sacerdocio, será el principio de una vida enteramente nueva. Y ¿sucede realmente así? Que responda la experiencia; responda, y díganos si este ordenado que, sin tener grandes vicios, al menos aparentes, no sólo no hace progresos en la piedad, sino que, al contrario, parece que cada año de seminario marca un decrecimiento de fervor, será más tarde un sacerdote según el corazón de Dios; díganos la experiencia si del seminarista presuntuoso y flojo saldrá el sacerdote piadoso, celoso, *irreprensible*, en una palabra, según quiere el Apóstol.

¡Ay! Si los más piadosos entre los ordenandos apenas suelen ser buenos sacerdotes ordinarios, ¿qué podremos pensar del porvenir sacerdotal de un seminarista indolente y tibio, si por único punto de apoyo tiene la engañadora presunción, que a tantos ha seducido y perdido?

66.—Hecho ya sacerdote, y aun antes quizá, si tiene por guía la presunción, uno de los primeros pensamientos que le sugerirá será éste: ¿qué van a hacer de mí? ¿qué colocación me van a dar?—Y en

lugar de entregarse plenamente a la Providencia y a sus agentes, que son los superiores, se preocupa, se agita, se inquieta, pasa revista a los diversos puestos en que cree tener probabilidad de ser colocado; y como tiene fe en su propio mérito, quédase horriblemente contrariado al recibir la noticia de un nombramiento que él considera casi como una humillación. De aquí las quejas en secreto, acaso las murmuraciones, y un fondo de descontento, que no es ciertamente para el ministerio una garantía de éxito. Mucho dista, en verdad, conducta semejante de aquella disposición del ánimo de San Luis Gonzaga, quien se reprendió vivamente un día sólo por haber pensado unos instantes a qué lo aplicarían más tarde sus superiores.

A veces, sin embargo, no se deja sentir tan pronto el deseo de ocupar un puesto elevado. Acéptase de buen grado el cargo impuesto por el superior; pero a poco que en él se obtiene algún buen resultado, o si se apercibe que generalmente gusta, como confesor, predicador o párroco, por acercársele aduladores fortificando con sus elogios la ventajosa opinión que de sí tiene, la presunción entonces, alimentándose de estas vanas alabanzas, le sugiere la idea de aspirar a dignidades superiores. Y para ocultarse a sí propio lo vituperable de esta aspiración, alega (siempre, por supuesto, influído por la presunción) que desempeñando funciones más elevadas, procurará por lo mismo más abundantemente la gloria de Dios, estará más ocupado, salvará más almas, etc., etc.; subterfugios todos ignorados por los santos, y a los que, siguiendo su ejemplo, guárdanse bien de recurrir los sacerdotes sólidamente virtuosos.

Nunca echemos en olvido, que de sacerdotes

santos, y no de sacerdotes orgullosos, ha menester la Iglesia. Aspirar a dignidades eclesiásticas es el colmo de la ceguedad, y prueba inequívoca de que no se merecen; pudiendo con sobrada razón decirse de los que las desean: *Nec hos elegit Dominus.*

67.—¡Qué diferencia entre los sacerdotes de este carácter y aquellos venerables hombres de Dios, eminentemente dignos del sacerdocio, a quienes sería necesario hacer violencia para determinarlos a aceptar las dignidades eclesiásticas! ¡Qué contraste, por ejemplo, entre estos sacerdotes presuntuosos y un Alaín de Solminihac, quien después de haber adoptado toda clase de medios, asi directos como indirectos, para revocar la elección que Luis XIII había hecho de él para un obispado, fué por último recurso a la corte, a fin de defender por sí mismo la causa de su humildad y de su excesiva desconfianza.

"Fué a hablar al Rey, dice el autor de su vida, y tres veces se arrodilló delante de S. M., suplicándole nombrase a otro en su lugar. Petición tan extraordinaria llenó de admiración a toda la corte; y el Rey, levantando las manos al cielo, exclamó: *¡Sea Dios bendito, porque hay en mi reino un sacerdote que rehusa obispados!*

Habiéndole dicho un día cierta elevada persona que Fr. Luis de Granada había rehusado el capelo cardenalicio, respondió que no se necesitaba tener gran virtud para rehusar ser cardenal u obispo, sino más bien para aceptar; que se admiraba por demás que hubiese quien ambicionase estos elevadísimos cargos, y que es acto de gran perfección el aceptarlos, después de certificado el llamamiento de Dios, que debe examinarse con exquisito cuidado,"

Guardémonos siempre de codiciar elevados puestos; no estorbemos las combinaciones de la divina Providencia, respecto a los empleos a que quiera destinarnos; dejémosla desarrollar y ejecutar sus planes en orden a nosotros, sin poner obstáculos a sus operaciones con nuestros conatos puramente humanos; tranquilamente y con toda sencillez apacentemos el rebaño que nos está confiado, como apacentaba el joven David los de su padre, cuando Dios le diputó su profeta; y estemos seguros que Dios también sabrá, por medio del Obispo, conducirnos a puestos superiores, si así entra en sus designios. Jamás recurramos a esos artificios, más o menos disimulados, que el orgullo sabe bien utilizar para obtener lo que le halaga. No importunemos a nuestros superiores con visitas, con cartas, ni con influencias de amigos poderosos, que aboguen causas de nuestra humildad disfrazada. Tengamos siempre fija la mirada en nuestras miserias, y nunca en nuestro pretendido mérito; y si nos deslumbra el vano prestigio de los honores, acordémonos de esta sentencia del divino Maestro: *Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum.* ABOMINATIO! la palabra más enérgica que emplea la Sagrada Escritura.

68.—No siempre conduce la presunción a desear funciones más elevadas que las propias; porque hay multitud de sacerdotes, dotados de recto sentido y excelente juicio, que reconocen que el cargo que desempeñan está en relación con su talento y méritos; y se consagran, por consiguiente, a cultivar en paz la porción del campo del padre de familias que les está asignada.

Pero el enemigo de todo bien, que nunca duerme, atácalos también por la presunción, aunque de

otra manera. Siempre disfrazándola, según costumbre, bajo la forma del celo, sugerirá, por ejemplo, a un cura la seductora idea de alguna grande empresa que, según los bellos sueños de su imaginación, habrá de dar los mejores resultados. Deslumbrado por el éxito que considera seguro, en nada encuentra obstáculos; la confianza que tiene en sí propio le ciega y le asegura a la vez. Hacedle una observación cualquiera, y os contestará con una sonrisa, siguiendo adelante en su marcha. Como sólo se aconseja de su temeraria presunción, se empeña en operaciones dispendiosas; no se cuida de ciertas formalidades indispensables, de que crèe poder prescindir impunemente; se indigna contra los que, más prudentes que él, creen hacer un acto de caridad presentándole inconvenientes; su ministerio se resiente, y llena sus obligaciones a la ligera y sin espíritu interior, provoca quejas en los enfermos que le esperan en vano, y murmuraciones en los pobres que no reciben ya de él sino insignificantes limosnas. En suma, la feligresía entera concluye por quejarse, retirándole su confianza; y Dios, que no bendice nunca la presunción, retirando también su apoyo a este servidor infiel que no tuvo fe sino en sí propio, le castiga y desencanta con un horrible descalabro, en el que sólo cree cuando ya no es posible remediarlo.

No es así ciertamente como obran los sacerdotes santos. Que por fervoroso que sea su celo por las grandes obras, saben perfectamente que este celo no es bendecido sino en tanto en cuanto es según Dios, y que sólo es así cuando está animado de intenciones puras, reglado por la prudencia, iluminado por el consejo, madurado por el tiempo y reflexiones serias, templado por saludable descon-

fianza, y siempre acompañado de aquel espíritu de fe y piedad, que es espíritu de luz, rectitud y fuerza.

Tales son los sólidos fundamentos en que se apoyan los sacerdotes santos para llevar a feliz término las importantes obras que emprenden. Y Dios secunda maravillosamente sus piadosos esfuerzos, porque mirándoles como instrumentos dóciles que tiene en sus manos, El es, a decir verdad, quien hace su obra: El quien la concibe, quien la comienza, quien la dirige y quien la corona con asombrosos resultados.

Así es como se explican los grandes trabajos de los santos. Así es como explican los de un Vicente de Paúl, por ejemplo; contad, si podéis, las grandes obras que hizo, las sociedades de caridad que fundó, las misiones que instaló y dirigió, los hospitales que edificó, y tantas otras empresas que evidentemente exceden a la capacidad humana. ¿Por qué salió él bien en cosas donde tantos otros se desgracian? Porque tenía en grado eminente lo que a nosotros nos suele faltar, esto es, rara sabiduría, humildad profunda, inquebrantable confianza en Dios y espíritu de piedad: todo lo cual, en las circunstancias más difíciles, guiábale constantemente con absoluta seguridad.

Seamos como los santos: desconfiados de nosotros mismos y confiados en Dios, porque en esto estriba el éxito seguro de nuestras obras.

69.—En el detalle del ministerio, pudiera también la presunción hace sentir su maligna influencia. Y en efecto, ¿qué presunción no sería por parte de un confesor, por ejemplo, si olvidase un sólo instante que lo que hace en el santo tribunal es precisamente obra de Dios?; ¿qué presunción, si

complaciéndose en sí mismo, atribuyese a su talento, destreza y cualidades personales, el éxito obtenido en la dirección de las almas? ¿y qué aumento de presunción, si confiando, por falsa luz iluminado, en las industrias de su celo más bien que en la asistencia divina, y acaso influído también por secreto orgullo, se engriese de tener gran número de confesados y confesadas, persuadiéndose de que su dirección les es más ventajosa que la de sus compañeros?

Bueno es sin duda que agrade el confesonario, por el utilísimo cargo que en él se desempeña; pero por santo que éste sea, o mejor dicho, precisamente porque es una función santa y verdaderamente divina, debe desempeñarse con disposiciones también santas, y despojadas de todo sentimiento terrenal y humano. Porque ¿quién ignora, por poca experiencia que en ello tenga, que suelen presentarse almas penitentes respecto a las que no basta habilidad, saber ni experiencia para arrancarlas del abismo? ¿Quién ignora que penitentes que resistieron a un confesor sabio y hábil se encuentran a veces súbitamente iluminados, arrastrados, subyugados y plenamente convertidos, con algunas sencillas frases de un confesor que se distingue más por el fervor de su piedad que por el esplendor de su ciencia?

Tan cierto es, repito, que lo que se hace en el confesonario es la obra de Dios. Guardémonos, pues, de tratar humanamente esta obra divina; y si, según el sagrado texto, es maldito quien hace la obra de Dios con negligencia, *maledictus qui facit opus Dei negligenter*, temamos atraer sobre nosotros y sobre nuestros trabajos esta aterradora maldición, por hacer la obra de Dios no ya sólo

con negligencia, sino con presunción orgullosa, lo cual sería incomparablemente más culpable.

Aceptemos el cargo de confesor cuando nos le imponga nuestro prelado; humillémonos profundamente por nuestra indignidad; ruboricémonos al pensar en nuestras miserias y vernos llamados a curar las ajenas; pongámonos en manos de Dios como instrumentos dóciles, y sin acción propia, por decirlo así; contentémonos con el número de penitentes que tenga a bien enviarnos la divina Providencia; aguardémosles en paz, sin pretender nunca por orgullo el honor de su dirección; y por último, busquemos en la piedad aquel lenguaje de unción característico de los sacerdotes santos, y cuyo poder reconocen los pecadores más endurecidos. Que así llevados sobre las dos alas de la desconfianza en sí y la confianza en Dios, salvaremos almas sin comprometer la salvación de la nuestra.

70.—Los predicadores deben también observar atenta vigilancia sobre sí, para evitar el lazo de la presunción. ¡Ay del sacerdote que desempeña este divino ministerio si olvida un momento esta importante verdad, que en el púlpito no es otra cosa que el eco de Dios! ¡Ay de él, si deslumbrado por su real o pretendida ciencia, en ella únicamente se apoya, y de sus recursos espera el éxito, que Dios sólo concede de ordinario a la piadosa sencillez de la palabra evangélica y a la santidad del sacerdote que la anuncia! ¡Ay de él, en fin, si queriendo aparecer más sabio y hábil que San Pablo, nuestro maestro y excelente modelo, para nada tiene en cuenta la conducta de este grande Apóstol! Admiremos y hagamos nuestras las palabras que a este respecto dirige a los corintios, propias

en verdad para confundir la ciencia puramente humana, así como a los predicadores que con presuntuosa confianza en ella se apoyan.

"Habiendo Dios rechazado la sabiduría de los hombres, y resuelto salvarlos con la sencillez de la predicación, he venido, hermanos míos, a anunciaros el Evangelio, no con los ornatos de la elocuencia ni con la sutileza de la filosofía, sino con sencillo discurso. Entre vosotros me he conducido como si no hubiera sabido otra cosa que a Jesucristo, y Jesucristo crucificado. Por lo mismo he conversado entre vosotros con mucha humildad, temor y temblor, y mis discursos particulares y mis predicaciones no se compusieron de palabras de que la sabiduría humana acostumbra a servirse para persuadir lo que propone; pero si les faltó el arte humano, el Espíritu Santo que ha descendido sobre mis oyentes y los milagros que he hecho, me han servido de demostraciones, a fin de que vuestra fe no se edifique sobre la ciencia ni sobre la elocuencia humana, sino sobre el poder de Dios."

Estas son las reglas que nos da el Espíritu Santo por la boca del grande Apóstol en cuya escuela deben formarse e instruirse todos los predicadores.

Y a propóxito del texto citado, dice Bernardino de Picquigny: "Los filósofos tienen sus demostraciones; las de los Apóstoles fueron: predicar con gran fervor de espíritu las verdades divinas, y confirmarlas con milagros. Quien quiera, pues, hacerse apostólico, cuide de predicar las sublimes verdades del Evangelio con mucho fervor, y confirmarlas con ejemplos de una santa vida que le servirán de milagros.—Felices los pueblos, exclama el mismo autor, que tienen predicadores que

representan a Jesucristo, así por sus discursos como por sus ejemplos."

71.—Muy vituperable sería también en un predicador el contar con su habilidad en improvisar, hasta el punto de aventurarse a subir al púlpito sin preparar convenientemente su discurso. No puede dudarse que en algunas circunstancias extraordinarias e imprevistas, Dios concede a su ministro gracias particulares para predicar dignamente y con fruto, aunque no se prepare; pero ¿es creíble que dispense gracias semejantes al que, confiando en sí con presuntuosa temeridad, trata la palabra divina con mucho menos respeto que trataría la palabra humana, si tuviera que pronunciar algún discurso profano ante un grande de la tierra?

Y no vale decir que, dotado de cierta facilidad de elocución, es posible perorar sin el menor embarazo durante el tiempo que ordinariamente se emplea en una plática o un sermón. ¡Qué! ¿Perorar así, es acaso perorar con fruto? ¿Es tratar la palabra evangélica con respeto? ¿Se consigue atraer así sobre el discurso la bendición de Dios, sin la cual de nada absolutamente sirve el brillo de la elocuencia? Además, ¿es por ventura exacto todo cuanto se dice así predicando? ¿En cuántas divagaciones y repeticiones no se cae, cansando y fastidiando al auditorio? ¡Ah! Por cierto que si se empleara en la preparación del discurso el tiempo que absorben la ociosidad, el juego o las visitas inútiles, se predicaría en forma más gloriosa para Dios, más útil para el auditorio y más santificante para sí propio. Inexcusable es tamaña negligencia en obra tan santa, y el de ella culpable se habría de estremecer, si al subir al púlpito o bajar de él

seriamente meditase al pie de su crucifijo este terrible anatema: *Maledictus qui facit opus Dei negligenter.*

Claro es que lo que precede lo mismo se aplica al catequista que al predicador. Uno y otro deben estar en guardia contra esa presunción engañadora, que realza a sus ojos un talento a las veces harto inferior a su opinión, y talento que Dios castiga con la esterilidad, cuando su posesor no es humilde.

No olvidemos nunca que no es el hombre, sino únicamente Dios quien convierte. Nosotros podemos efectivamente mostrar al pecador la verdad; pero determinarlo a cambiar de conducta no es ya negocio nuestro, o a lo menos no somos en él sino agentes de Dios, y Dios no bendice ordinariamente nuestra intervención, sino en tanto en cuanto ve en nosotros la santidad que nos preceptúa.

¡Qué bella frase aquella del sabio Cardenal du Perron! *Yo me encargo de convencer a los herejes; pero para convertirlos, dirigíos al Obispo de Ginebra.* Si como el primero tenemos el talento que ilumina, tengamos como el segundo la santidad que convierte.

72.—Lo que va dicho respecto a los malos efectos de la presunción, bastará seguramente para determinarnos a combatirla sin descanso; pero aún la atacaremos con mayor denuedo si reflexionamos por un instante en el desorden que introduce en el alma cuando en ella toma asiento.

¿De qué proviene, por ejemplo, que teniendo muchos defectos que afligen a cuantos nos rodean, y aun frecuentemente a nosotros mismos, vivimos, sin embargo, con ellos sin atacarlos nunca con la firme voluntad de destruirlos? ¿Nos son conocidos

estos defectos?—Sí, por cuanto alguna vez que otra nos arrancan suspiros amargos.—¿Los combatimos seriamente?—No, puesto que nos limitamos a suspirar.—¿Nos proponemos extirparlos del alma?—Sí, porque así lo prometemos en todas nuestras confesiones.—¿Los extirpamos en realidad? ¿Los debilitamos al menos gradualmente y día por día?—No, toda vez que, al contrario, cada día se arraigan y desarrollan más.—¿Tenemos en estima las virtudes que les son contrarias?—Sí, puesto que envidiamos la dicha de los que las poseen.—¿Trabajamos en adquirirlas implantándolas en nuestra alma?—No, por cuanto los defectos ocupan en ella el lugar que las virtudes debieran ocupar.—¿Queremos, sin embargo, cambiar de estado antes de comparecer ante nuestro Juez?—Sí; sin ningún género de dudas queremos.—¿Esperamos que este cambio se operará más tarde? ¿Tiene base sólida esta esperanza?—No, porque ha ya mucho tiempo que esperamos en vano, y nuestra esperanza, en vez de fortificarse, vase debilitando día por día.

¿Quién es capaz de desenmarañar todo este caos? ¿Cuál es, pues, la causa de tanta incoherencia, ceguedad y desorden? La presunción, y nada más que la presunción: reconozcámoslo. Sí, ella es quien nos seduce y engaña; ella quien, por encima de las miserias reales del presente, nos ofrece a todas horas en risueña perspectiva las virtudes quiméricas que espera del porvenir; y mientras tanto deslízase la vida en medio de estos sueños, y las virtudes se borran, y los defectos pululan y sobreviene, en fin, la muerte sin que se haya realizado la frívola esperanza en que se hubo uno mecido por toda la vida.

73.—Lo que me tranquiliza, dirá tal vez algún lector, es que cuando menos, en medio de mis flaquezas y languideces espirituales, conservo horror a todo lo que pueda llamarse falta grave; que para el negocio de la salvación, preciosa garantía es mi absoluta decisión a no traspasar nunca los límites de lo venial.

También es la presunción quien tiene y hace tener este insidioso lenguaje. Para disipar este vano subterfugio, bastaría remitir al que lo presenta al sermón sobre el *Pecado venial*, que indudablemente tendrá en su repertorio; y seguro es que en él hallaría razones, más fuertes que todo lo que aquí podamos decir, para convencer a los fieles sobre la necesidad de evitar las faltas veniales, no ya solamente bajo el punto de vista de la perfección, sino al respecto de la salvación eterna, que seriamente comprometen cuando se perpetran sin escrúpulo ni remordimientos.

¿Es verdad o no es verdad lo que públicamente decimos todos los días acerca del pecado venial y de los graves peligros a que expone? Si no es verdad, ¡qué impostura es la nuestra! Y si es verdad, como efectivamente lo es, ¿en qué podremos apoyarnos para demostrar que el pecado venial es ruinoso para el simple fiel e inofensivo para el sacerdote? ¡Qué! ¿Porque estamos más obligados que nadie a la santidad será por lo que podremos cometer el pecado venial que la viola? Sólo la presunción puede cegar hasta este punto.

74.—Ella también nos dirá, si prestamos oídos a sus pérfidas sugestiones, que sin peligro alguno podemos exponernos a ocasiones más o menos próximas de pecado. Y fuertes en la resolución, que creemos inquebrantable, de no mancillar nunca el

traje sacerdotal; confiados en cierto sentimiento de honor puramente humano, que nos hace mirar como cosa imposible un extravío notable, ¡qué desdicha la nuestra si, no contando con otro apoyo que una loca presunción, y abandonados por Dios que se retira diciendo: *qui amat periculum, in illo peribit,* nos expusiésemos temerariamente a los tiros de nuestro enemigo! ¡Qué desgracia, si menos santos que David y menos sabios que Salomón, buscásemos estas funestas ocasiones, do tantos infortunados compañeros encontraron su ruina!

Nunca con palabras podremos pintar el mal espantoso que en nosotros produciría la presunción, si nos cegase hasta el punto de ocultarnos el peligro de las ocasiones de pecado a que nos impulsa.

Velemos, pues, diligentemente, oremos mucho, desconfiemos de nosotros mismos, y, sobre todo, HUYAMOS; he aquí, en semejantes peligrosas circunstancias, nuestra única salvaguardia.

75.—La presunción, finalmente, no se contenta con llevarnos al mal, sino que nos fija en él, por así decirlo, haciéndonos gustar ciertas máximas de su uso, máximas que irreflexivamente adoptamos y cuya flaqueza y falsedad fácilmente podríamos conocer si nos propusiéramos considerarlas con alguna atención. Arrastrados por el torbellino de la disipación y en medio de una distracción casi continua, nos complacemos en decirnos: que en los tesoros de Dios hay especial misericordia para sus ministros; que se hace cargo de los peligros que les rodean; que no confió el sacerdocio a ángeles; que no ha defendido a los sacerdotes contra el pecado, como a los religiosos en sus monasterios; que los sacerdotes están obligados a vivir en medio del mundo y de sus escándalos; que es

muy difícil vivir tan cerca del fuego sin sufrir quemaduras, etc., etc.

Estas consideraciones, muy propias en verdad para confortar al sacerdote santo, que ama a Dios con toda su alma, que siempre anda corriendo tras los pecadores, que vela sobre sí con atención continua y que con plena deliberación casi nunca comete faltas, ni aun ligeras, no son, por cierto, igualmente adecuadas para el sacerdote presuntuoso y temerario, que cuenta con los favores de la misericordia de Dios, mientras vive de manera que sólo merece los castigos de su justicia.

76.—Terminemos ya esta importante materia, y quiera el cielo que lo que acabamos de leer no sea sin fruto para el bien de nuestra alma y para el reglamento de nuestra conducta.

¡Guerra al desaliento, que suele producir grandes males y nunca bien alguno!

¡Guerra a la presunción, que despoja el alma de los auxilios de Dios y la entrega inerme al furor de sus enemigos!

¡Guerra al desaliento, que exagera la debilidad, y guerra a la presunción, que exagera la fuerza!

¡Guerra al desaliento, que ataca la bondad de Dios, y guerra a la presunción, que ataca su justicia!

¡Guerra al desaliento que abate, y guerra a la presunción que adormece!

Sacerdote de Jesucristo, tú que nada eres sino en Dios y por Dios, espera, espera en El; apoya tu confianza en su infinita bondad, y no pongas límites a esta confianza. Sea ella tu fuerza y tu sostén en tus trabajos, en tu ministerio, en tus pruebas, en tus disgustos, en tus tentaciones, en tus enfermedades y en todas tus penas; sí, espera en Dios:

spera in Deo. Mas no escuches solamente la primera parte del consejo que te da David; porque además de *spera in Deo,* dice: *et fac bonitatem*. Esperar en Dios, cuando se observa una vida santa, es sabiduría; pero esperar en El sin tomarse el trabajo de glorificarlo con las obras, ¿qué calificativo merece ceguedad tan funesta?

Por consiguiente, esperemos en Dios y hagamos el bien: *spera in Deo et fac bonitatem;* tal es la verdadera, la sólida confianza; confianza que Dios bendice, y que a cambio de nuestra flaqueza nos comunica infaliblemente una fuerza invencible.

CAPITULO IV

Caridad para con Dios.—Necesidad de esta virtud.—Su práctica.—Presencia de Dios.—Pensar en Dios.—Hablar de Dios.—Obrar por Dios.—Huir de lo que le ofende.—Procurar su gloria.

77.—De ninguna manera mejor podemos dar comienzo a este capítulo, que transcribiendo las bellísimas frases que en uno de sus sermones trae Bossuet acerca del amor de Dios. Al leerlas, acordémonos que no van dirigidas a sacerdotes, sino a simples fieles; y esta consideración, de que resulta en todo su poder un argumento *a fortiori,* deberá necesariamente producir en nuestras almas impresión profunda.

"Amenos, si, amemos a Dios de todo corazón; no somos verdaderos cristianos si no nos esforzamos en amarlo, y deseamos y pedimos este amor. No quiero decir con esto que estemos obligados a tener la perfección de la caridad, so pena de condenarnos. No, fieles; nosotros somos unos pobres pecadores, y la sangre de nuestro Señor Jesucristo

excusará ante Dios nuestros defectos, si por ellos hacemos penitencia. Pero sí *os digo y aseguro que estamos indispensablemente obligados a aspirar a dicha perfección*, según la medida que nos fuere dada, y sin lo cual no somos cristianos. Valor, y trabajemos por obtener la caridad. La caridad es todo el cristianismo; y cuando depuráis vuestra caridad, preparáis un bello ornamento para el cielo. En el cielo no hay, dice San Pablo, sino caridad; porque con la clara visión se pierde la fe, y con la posesión efectiva se desvanece la esperanza; queda sólo la caridad, que nunca puede extinguirse. *Charitas nunquam excidit*" (1).

Si estas palabras son rigurosamente exactas para el común de los cristianos, y debemos creer que lo son, ¡qué aumento de energía no reciben aplicadas al sacerdote! Porque, en efecto; si con verdad puede decirse que los simples fieles, aunque no estén obligados a tener la perfección de la caridad, *lo están indispensablemente a aspirar a ella*, ¿en qué sólido fundamento podrá apoyarse un sacerdote para justificar su conducta, si, lejos de aplicarse a perfeccionar su caridad, cotidianamente la resfría con resistencias a la gracia de que no hace caso?

78.—¡Amar a Dios! ¿Cómo sustraerse a este deber, que sobrepuja a todos los otros, mejor dicho, que los implica a todos y que contiene la plenitud de la ley, según aquella sentencia del Espíritu Santo: *Plenitudo legis dilectio?* Cuando menos, está fuera de duda que el sacerdote no tiene derecho a emanciparse de este deber esencial. Como hombre y como cristiano está, efectivamente, obligado a

(1) Sermón para el día de Pentecostés.

amar a Dios, como todos los demás; y fácil es conocer que su título de sacerdote añade a esta general y común obligación otra nueva, de la que ningún poder de la tierra ni del cielo puede dispensarle.

¿Qué decimos a los fieles para unirlos a Dios con los vínculos del amor? Les recordamos el gran precepto del Deuteronomio: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua,* precepto expresamente renovado por Jesucristo en la nueva ley. Les demostramos que únicamente fueron creados para amar a Dios, que Dios mismo no podría dispensarles de este amor, que Dios es su centro necesario y el principio de su eterna felicidad, y que es soberanamente digno de ser amado, en razón de su bondad sin límites, de su incomparable belleza y de sus perfecciones infinitas. Les hacemos ver que tienen especial obligación de amarlo, porque es para ellos todo corazón y todo amor, porque de su munificencia han recibido y siguen recibiendo a cada instante multitud de gracias y favores, así generales como particulares, para el cuerpo y para el alma, como hombres y como cristianos. Les recordamos que este amor que Dios les tiene ha sido eterno y gratuito; que les creó a pesar de la previsión de su futura ingratitud; que para recompensar su conservada inocencia, o su inocencia reparada con el arrepentimiento, les tiene destinada inmensa gloria en su propio reino; que habiendo mil veces merecido ser privados de la eterna beatitud, El, prefiriéndolos a muchos otros, les ha conservado la vida y concedídoles gracias poderosas para evitar el infierno y reconquistar el cielo.

¿Qué más les decimos para excitar su amor a

Dios? Les damos a conocer a Jesucristo, verdadero hijo de Dios y Dios como su Padre, el cual, no pudiendo en cuanto Dios sufrir, pero queriendo sufrir para salvar a los hombres, concibió en su sabiduría y realizó en su misericordia el designio de hacerse hombre para poder sufrir y aplicar a la humanidad caída el mérito de sus sufrimientos. Les describimos los abatimientos profundos del Verbo eterno en su Encarnación y aquella especie de anonadamiento tan vivamente expresado por San Pablo. *Exinanivit semetipsum formam servi accipiens.* Les pintamos sucesivamente su nacimiento en un pobre establo de Belén, su huída a Egipto, su laboriosa y obscura vida en Nazaret, su vida apostólica en la Judea, su inefable amor en la institución de la adorable Eucaristía y, últimamente, su por todo extremo estupenda y cruel Pasión en que bebió hasta las heces el cáliz de las humillaciones y de los sufrimientos, y todo esto por amor al hombre.

De todo este conjunto de consideraciones formamos un grupo de argumentos, con cuya ayuda y con toda la posible energía, hacemos resaltar la indispensable necesidad de amar a un Dios que tanto amor nos ha significado, y sobre la frente del ingrato dejamos caer el pavoroso anatema del Apóstol: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema!*

79.—Cierto es que todas estas razones, aunque tan concluyentes, tan fuertes y tan apremiantes, no dan sino muy débil idea de la inmensidad de amor que se desborda del corazón de Dios y cae a mares en el corazón del hombre.

No obstante, concretémonos a esto, y en presencia de las altas verdades que acabamos de recor-

dar, recojámonos interiormente y reflexionemos. Cuando componemos un discurso sobre esta rica materia, cuando acumulamos razones sobre razones para convencer a los oyentes de la necesidad de amar a Dios, cuando aumentamos, en fin. la fuerza de estas razones con los recursos de la elocuencia y el calor de la expresión, ¿hacemos acaso secretamente una excepción en favor nuestro? ¿Creemos que la ley del amor sólo obliga a los demás? ¿Contamos con el beneficio de alguna dispensa que nos sustraiga a esta ley? Y si por desgracia la violamos, ¿creemos que nos alcanzará el anatema de San Pablo?

No hay para qué decir que reputamos absurdas todas estas preguntas y hasta nos sublevan las suposiciones que en ellas se insinúan; porque harto sabemos que las leyes generales del cristianismo nos obligan como a todos los cristianos, puesto que cristianos somos y eternamente llevaremos este sagrado carácter. Pero tenemos ya tal hábito en tratar las grandes verdades de la fe; estamos, digámoslo así, tan familiarizados con ellas y las aplicamos tan frecuentemente a otros, que, por desdicha grande, no sacamos comúnmente de ellas gran fruto para nosotros. Si con meditaciones serias y ejercicios espirituales bien hechos no las fijamos hondamente en el alma, apenas si florecen en la superficie de nuestros espíritus, sin producir jamás una impresión viva y profundamente sentida. Paremos en ello atención y veremos que cualquiera de estas verdades que firmemente creemos, teológicamente demostramos, elocuentemente predicamos, y que bien presentada conmueve a todo un auditorio, a nosotros nos deja, si no somos sacerdotes santos, en un estado de fría insensibilidad;

de suerte que esta verdad, que acaso ilumine y convierta a muchos pecadores endurecidos, no produce el más ligero cambio en nuestra propia conducta, y ni aun nos inspira la idea de combatir más eficazmente los defectos a que estamos sujetos.

Disipemos esta ceguedad, y convenzámonos de que todas las verdades que con tanto calor predicamos al pueblo, son otros tantos carbones encendidos que amontonamos sobre nuestras cabezas, si no somos los primeros en aprovecharnos de ellas, para reformar lo que en nosotros ha menester reforma. Y convenzámonos muy de especial manera de la necesidad de pagar el amor infinito de Dios a nosotros con nuestro ardiente amor a El, aplicándonos una tras otra todas las razones que sujetan a los fieles a la ley del amor, ya que esta ley nos liga de la misma manera que a ellos, como hombres y como cristianos.

80.—Pero extendamos el horizonte del pensamiento; demos algún paso más hacia la altura de nuestra fe, o mejor dicho, lancémonos a su cima, y veamos si es un amor ordinario el que Dios pide a quien constituyó dispensador de sus misterios, salvador de las almas y sacrificador de su Hijo.

¡Cuál sería el corazón de un sacerdote, si fuera lo que Dios quiere que sea!

Cuando después de meditar en la dignidad del cristiano y en sus prerrogativas estupendas, se viene a considerar la grandeza y sublime elevación del sacerdocio, el cristiano desaparece en cierto modo ante el sacerdote; pero cuando se miran estas dos dignidades asociadas en un solo hombre, la admiración entonces carece de fórmulas para expresar el fervor de su entusiasmo.

Hay, bajo el respecto de la dignidad, tanta desproporción entre el simple fiel y el sacerdote, que no parece sino que son dos seres distintos, cubiertos, sí, bajo la misma envoltura, pero esencialmente diferentes en todo lo demás. Júzguese si no por las siguientes consideraciones:

Para el sacerdote hay un lugar de preparación, verdadero noviciado en que, separado del mundo, pasa unos cuantos años para estudiar su vocación, fomentar su piedad y adquirir la ciencia.—Nada semejante hay para el simple fiel que se dedica en el mundo a una profesión cualquiera.

En el alma del sacerdote hay un carácter sagrado, impreso por un sacramento especial, indeleble como el de baustimo, a cuyo lado brilla con eterno esplendor.—Nada semejante en el simple fiel.

El sacerdote se anuncia como embajador de Dios, domina desde la cátedra evangélica a la multitud que le rodea silenciosa, y hace resonar los divinos oráculos con la más imponente solemnidad.—Nada semejante en el simple fiel, el cual escucha, pero sin tener derecho a hacerse oir en la casa de Dios.

El sacerdote, con autoridad evidentemente divina, extiende la mano para bendecir, e inclina la cabeza para santificar personas y cosas, por medio de misteriosas insuflaciones.—Nada semejante en el simple fiel, el cual se arrodilla ante el sacerdote para recibir su bendición.

El sacerdote se instala en el sagrado tribunal de la Penitencia, donde en nombre de Dios hace justicia, y sus sentencias tienen por efecto cerrar el infierno y abrir el cielo a los pecadores contritos que le confiesan sus miserias.—Nada semejante en el simple fiel.

El sacerdote sube al altar; legiones de ángeles le hacen escolta, y el cielo está atento a la obra que va a practicar. Su palabra, como cortante espada inmola la augusta víctima, y esta víctima es la del Calvario, Jesucristo mismo. Desciende del cielo a la palabra de su sacerdote, se da en alimento al mismo, y por su mano a los fieles que de hinojos imploran la divina Eucaristía, de que es dispensador.—Nada semejante en el simple fiel, ni aun en los mismos ángeles.

¿Qué añadir, en fin? He aquí el sacerdote, el confidente íntimo de Jesús, su amigo predilecto, el depositario de sus tesoros, de sus misterios, de sus méritos, de sus gracias, de su cuerpo, de su sangre, de su Evangelio, de sus almas y de todo lo más precioso. Helo encargado por razón de su estado de reemplazarlo en todo: de presidir, gobernar, predicar, catequizar, santificar, consagrar y absolver en su nombre. Helo investido del poder de continuar y acabar en la tierra la obra inefable de la redención del mundo, haciendo exactamente y con el mismo fin las funciones divinas que llenó Jesucristo durante su vida mortal.—¿Qué fiel osaría arrogarse uno solo de estos poderes?

¿Y no nos obligará todo esto a un aumento de amor? ¿No nos preguntará Dios tres veces, como preguntó a Pedro, si le amamos más que los simples legos: *Diligis me plus his?* Claro que sí; lo contrario sería dar al Evangelio un formal mentís, puesto que el Evangelio es quien declara *se pedirá mucho a quien mucho haya recibido.*

81.—Por lo demás, parécenos inútil insistir sobre un punto de tan notoria evidencia, y que ningún lector, sea quien fuere, ha de poner en duda. Con la virtud de la caridad sucede lo que con las de-

más: que se admite especulativamente; pero que se desatiende en el terreno de la práctica; y sabido es, sin embargo, que la práctica y no la especulación es la que nos ha de salvar.

Si estuviésemos totalmente desprovistos de caridad, nos inspiraríamos horror, y este sentimiento de horror obraría indudablemente un inmediato cambio en nuestra conducta; pero como en cierto grado al menos, tenemos esta virtud, el amor propio, que nos ciega, insiste siempre en persuadirnos que, en punto a caridad, tenemos lo rigurosamente suficiente; y la tibieza, que con poco se contenta, déjanos en un estado que, sin darnos completa seguridad, nos parece bastante para no comprometer notablemente nuestra salvación.

Tristísima disposición que no sólo es un mal positivo, sino mal gravísimo. Porque aun suponiendo qu poseamos la caridad en el grado absolutamente necesario, siempre sucederá que cuanto más viva sea, más valor nos dará para combatir las tentaciones, más fuerza para soportar las penas, más gracias para fecundar el ministerio, más celo para correr en pos de los pecadores, y más ardor también para trabajar en nuestra propia santificación. ¿Quién se atreverá, en efecto, a decir que un sacerdote abrasado en amor de Dios no ha de ser mil veces más útil a los demás y a sí propio que aquel que a este respecto sólo tuviese lo puramente necesario para no estar en estado de reprobación?

Apliquémonos, pues, a perfeccionar nuestra caridad, y tomemos la resolución de no decir nunca imitando a los tibios: basta, descansa, oh alma mía: *Anima requiesce.*—Y para mayor seguridad del resultado en asunto de tanta importancia, ensayemos darnos cuenta de nuestras disposiciones en orden a

la caridad, para lo cual examinemos si hay en nosotros los principales rasgos que la caracterizan

82.—*¿Pensamos en Dios?*—Sí, ciertamente, si es que le amamos; porque ¿cómo es posible amar un objeto sin pensar en él? Aun en medio de las más serias ocupaciones en que el espíritu se concentra para consagrarse a un trabajo urgente, llega el corazón a distraerlo y entretenerlo con el ser querido. Y no nos cause esto extrañeza, porque el corazón, aún más que la inteligencia, es quien dirige los pensamientos. En la inteligencia residen y ella es quien los forma; pero el corazón es quien los impone. En esto, como en otras cosas, la inteligencia es la humilde esclava del corazón, que en todo momento la asedia, ocupándola con el objeto de sus afecciones. Fijaos en una madre separada de su hijo, en un desterrado que saluda de lejos a su patria, en un prisionero apartado de su familia: ¿tienen todos tres muchos pensamientos? No, y casi puede decirse que no tienen más que uno, fijo, permanente, continuo: ¿y adónde se dirige este pensamiento sino al objeto amado?

¡Ah! Si amáramos a Dios; si le amáramos con amor tierno, generoso y constante; si le amáramos como los santos le amaban; si como un David, por ejemplo, aunque tan distante de nuestro sacerdocio, puesto que ni aun cristiano era, pudiéramos con verdad expresar estos sentimientos que desbordaban de su grande alma: *Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram... Deus cordis mei et pars mea, Deus in aeternum;* ¡qué dicha sería para nosotros pensar en Dios, pensar en El incesantemente, y pensar en El con aquel santo ardor que seca hasta en su raíz todo afecto extraño!

Cuando se ama de verdad a Dios, naturalmente

y sin esfuerzo alguno se piensa en El: el amor sugiere los pensamientos, y los pensamientos conservan y reavivan el amor; y todo esto tan sencillamente como acontece en el juego de los pulmones, con que se conserva la vida por aspiraciones incesantes.

Ahora bien: ¿pensamos en Dios? ¿Pensamos en El, no ya de una manera vaga, confusa, fría, transitoria y como por casualidad, sino piadosa, amorosa y habitualmente, y con un sentimiento de felicidad que penetra el alma, haciéndola ver, sin sombras de ninguna especie, que Dios, y únicamente Dios, es su centro, su elemento, su vida? Si afirmativamente podemos responder a esta pregunta, estemos seguros de que amamos a Dios.

Demos un paso más. ¿Pensamos en Dios con tanta alegría como disgusto nos causa lo que nos distrae de este pensamiento? Así, por ejemplo, y para no privarnos de sus frutos y dulcedumbre, ¿huímos de reuniones ruidosas, adonde el deber no nos llama? ¿renunciamos a festines en que se disipa y evapora la celeste unción de piedad? ¿evitamos aquellos juegos frecuentes y prolongados en que el alma, embargada por sentimientos de apasionado placer, se olvida de que es alma de un sacerdote, dejando deslizarse horas enteras sin pensar una sola vez en el Dios de amor, que en todo momento debiera ser el objeto de su tierno afecto?

¿Cómo creer que amamos a Dios como le aman los sacerdotes santos, si buscamos lo que nos roba su memoria, y huimos de lo que nos le hace recordar?

Si queremos saber qué es lo que amamos, y lo que ocupa el lugar preferente en el fondo de nuestro corazón, no tenemos más sino ver cuál es el

objeto habitual de nuestros pensamientos. El sacerdote santo, desde el momento en que despierta, piensa en Dios sin esfuerzo alguno, bendícele con amor, se consagra enteramente a su servicio, y mira ya con el pensamiento lo que va a hacer durante el nuevo día, para procurar su gloria y la salvación de las almas. Saturado de estos saludables pensamientos, su celo se inflama en ferviente oración, más todavía en el altar sacrosanto. Como su corazón está, digámoslo así, lleno de Dios en Dios piensa sin cesar, y por Dios trabaja sin descanso. Así se desliza este día, y así se desliza toda la vida de este santo varón: piensa en Dios siempre, porque siempre es Dios el objeto único de su amor.

Pero suponed por un momento que este sacerdote, ofuscado por el orgullo, sustituye en su corazón el gusto que sentía por Dios y su servicio, con el vivo deseo de honores y dignidades; y ya lo tenéis convertido en un sacerdote ambicioso. ¡Qué triste metamórfosis! Completamente ocupado de sí mismo y del elevado puesto que ambiciona, a esto, y solamente a esto van dirigidos todos sus pensamientos, o cuando menos los más ardientes y eficaces. Ya no ocupa Dios en este corazón orgulloso el sitio de preferencia, y en él es reemplazado por una pasión que detesta.

Y lo mismo sucederá con el amor del mundo, la intemperancia, la avaricia, y, por punto general, con cualquiera otro vicio. Porque, desde el momento en que invade el corazón de un sacerdote una pasión, sea la que fuere, absorbe todos sus pensamientos con perjuicio de Dios, se constituye su tesoro, y viene a comprobarse en la persona de este ministro infiel aquella sentencia del Salvador: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.*

83.—*¿Hablamos de Dios?*—Sí, ciertamente, si es que le amamos. Porque, ¿cómo es posible amar con ternura a una persona y no hablar jamás de ella? Sabido es, en efecto, que sin de ello apercibirnos, cansamos a nuestros interlocutores con los elogios, frecuentemente exagerados, que en todo momento hacemos de las personas que nos son queridas. Y ¿cuál es el origen de estos repetidos encomios sino el afecto que se profesa a la persona elogiada?

Además, el divino Maestro lo ha dicho, *Magister dixit,* y su inefable palabra vale infinitamente más que todas las nuestras: "La boca habla según la abundancia del corazón: *Ex abundantia cordis os loquitur.*" Los mundanos no hablan más que de bagatelas, porque su corazón sólo gusta de estas frivolidades; y los santos sólo hablan de Dios y su servicio, porque su corazón no arde sino en el fuego de su amor: *Ex abundantia cordis os loquitur.*

Suponed, por ejemplo, que un sacerdote se ve arrastrado por fuerte inclinación y gusto predominante hacia el juego, el regalado trato, la disipación, la frivolidad, en fin, porque con esto se dice todo. Y suponed también que lo que le conduce a permitirse estos extravíos no es precisamente la necesidad o conveniencia de un rato de recreo, sino una vehemente inclinación, en virtud de la que se entrega a estas bagatelas, siempre que se presenta ocasión, o la provoca por cuantos medios tiene a su alcance.

Este, en pocas palabras, es el retrato de un sacerdote frívolo, cuyo original, a Dios gracias, tal vez no se halle en parte alguna. Pero insistiendo en la suposición, preguntamos a nuestros lectores;

¿ocupará en su corazón muy amplio sitio el amor de Dios? ¿Ocupará el lugar preferente, el reservado para las afecciones tiernas y entrañables? Seguramente que no. Vacío su corazón del divino amor, y no sintiendo atractivo sino hacia bagatelas, ¿llevará a sus labios las palabras fervorosas que a oleadas se desprenden de los del sacerdote santo? Atrévome a decir que esto es moralmente imposible; porque la frivolidad constituye la estéril abundancia de su corazón, y ésta, por consiguiente, será la que suministre la constante y habitual materia de sus conversaciones. Será, pues, ligero, curioso, festivo, jocoso, hasta imprudente, y de una fecundidad inagotable en punto a inutilidades e inepcias: *Ex abundantia cordis os loquitur.*

¡Ah! Si amáramos a Dios, si no respiráramos sino amor divino, ¡cómo se desprenderían a cada instante de nuestros corazones palabras de fuego, semejantes a encendidas chispas, que comunicarían ardor santo a los corazones helados de los pecadores! Recojamos y meditemos profundamente aquella divina sentencia salida de los labios de Jesucristo mismo: *Bonus homo de bono thesauro cordis sui profert bonum: et malus homo de malo thesauro profert malum. Ex abundantia enim cordis os loquitur.*

"San Francisco Javier, dice el P. Colombiére, a todos y en toda ocasión hablaba de Dios, y su primer pensamiento, doquier se hallase, era este: ¿Qué servicio podré yo prestar a mi prójimo?"

"Se ofrecen mil ocasiones, añadé el mismo autor, de conducir a los hombres a Dios, y se suele obtener mejores resultados con conversaciones que con la predicación. Nadie hablaba con Berchmans que no quedase inflamado. ¿De qué hablamos nos-

otros con los seglares en nuestras conversaciones? Si hablo poco de Vos, oh Dios mío, señal es cierta de que poco en Vos pienso, y de que nada apenas os amo."

Utilicemos en provecho nuestro estas últimas palabras, que son un perfecto resumen de lo que va dicho.

84.—*¿Renunciamos a todo lo que reconocemos ser pecado y ofensa de Dios?*—Y respondemos como antes: sí, si es que le amamos.

Rigurosamente hablando, es posible pensar en Dios, y aun pensar con frecuencia, sin amarlo, porque hay almas duras, a quienes Dios solicita y persigue a despecho de sus resistencias, mostrándoseles a cada instante, ya como padre, ya como juez, para abatirlos por el terror, si por amor no los subyuga.

Igualmente cabe hablar de Dios con frecuencia, sin amarlo. El hipócrita, por ejemplo, sabe usurpar el piadoso lenguaje del amor. El hombre espiritualmente ciego, cuando esta ceguedad no es producto de ignorancia invencible, puede pensar en Dios, hablar de Dios, creerse amado de Dios, y sin embargo, no ser lo que él cree ser. De tales hombres decía Jesucristo con enérgica precisión: *Non omnis qui dicit mihis Domine, Domine intrabit in regnum coelorum.* Cierto que los tales tienen el pensamiento de Dios en el alma, y su adorable nombre en los labios; pero no aman a Dios y Dios tampoco los ama a ellos, por cuanto los excluye de su reino.

¿Cuál es, pues, la señal inequívoca del verdadero amor? Las obras: *A fructibus eorum cognoscetis eos.* Hojas y flores son los pensamientos y las palabras; únicamente las obras son frutos para el

cielo... *Sed omnis qui* FACIT *voluntatem Patris mei... intrabit in regnum coelorum.*

¡Qué horrible contraste: amar a Dios y hacer lo que le ofende! Y ¡cosa extraña! Sólo para con Dios se cree poder usar esta odiosa amalgana. Un amigo está siempre vigilante sobre sus palabras y actos, a fin de evitar todo lo que pueda ser parte, no digo ya a ofender, pero ni aun a disgustar levemente a su amigo; y si alguna vez tiene lugar un disgusto, con seguridad puede decirse que fué involuntario. Sólo Dios es ofendido, sin que los autores de la ofensa se crean haber en parte notable faltado a la fe fundamental del amor, que quiere se evite con suma diligencia cuanto pueda afectar al objeto amado.

Esto es irritante, aun por parte de todo cristiano y de todo hombre, cualquiera que fuere. Pero ¡qué sería, gran Dios, si hasta el sacerdote se hiciese culpable de tal ceguedad! Descendamos al fondo de nuestra conciencia, y escuchemos su voz. Muchas veces al día, en nuestras oraciones, exclamamos: ¡Señor, Señor! Está muy bien; pero ¿son nuestras obras lo que deben ser? ¿Son obras de amor?

¿Son obras de amor esas frecuentes y prolongadas partidas de juego, que hasta los seglares censuran?

¿Son obras de amor esos festines, a cuya asistencia ningún deber de urbanidad obliga, y en los que, aun prescindiendo de la pérdida de tiempo que ocasionan, queda como ajada la virtud de la templanza, si no es que escandalosamente se viola?

¿Son obras de amor esas lecturas frívolas que roban al trabajo preciosísimas horas, y a la piedad su vivo ardor y unción suave?

¿Son obras de amor esas visitas sin objeto ni poderoso motivo que las legitime, hechas meramente por librarse del tedio que lleva consigo la ociosidad, y que no suelen edificar ni aun a los mismos a quienes se hacen?

¿Son obras de amor esas conversaciones largas y ruidosas, en que tan tristes naufragios padecer suelen la humildad, la caridad, la dulzura, la modestia y otras virtudes?

¿Son obras de amor esas meditaciones truncadas y de pura fórmula, ese rezo divino hecho a la ligera y sin atención, esas misas celebradas sin preparación ni acción de gracias y con tal precipitación que hasta a los mundanos choca?

¡Ah, si amáramos a Dios! ¡Qué de supresiones habríamos de hacer en nuestras obras! ¡Qué de reformas en nuestra conducta! ¡Qué de perfeccionamientos hasta en nuestras virtudes!

No se conduce así por cierto el sacerdote santo; porque tiene adoptada una regla invariable, a la que, como David, ha casi jurado ser fiel: *Juravi et statui;* regla que es natural producto del divino amor, y cuya fórmula es la siguiente: no consentiré nunca cometer con plena deliberación pecado alguno, ni mortal ni venial.

Adoptemos todos esta excelente regla, y estemos seguros de que mientras seamos fieles en su observancia, llenaremos por lo mismo el precepto del amor.

85.—*¿Obramos por Dios, de tal manera que nos sentimos satisfechos y contentos en practicar siempre lo que le agrada?*—También respondemos que sí, con tal que le amemos.

Mucho es ya, sin duda, renunciar a todo lo que ofende a Dios; pero es también cierto que no nos

detendremos aquí, si verdaderamente le amamos. Y, en efecto, en el común orden de las cosas, ¿no se reputaría por frío y hasta sospechoso un amor que nunca o casi nunca fuese acompañado de expresiones y testimonios de cariño, actos de generosidad, y demostraciones de abnegación y cordial afecto hacia el objeto amado? ¡Qué diferencia no hay entre dos hijos, de los que el uno se contentara con no ofender a su padre, mientras el otro añadiese a esto hacer siempre alegremente cuanto creyera serle agradable!

Pues lo mismo sucede respecto a Dios. Cuando le amamos de verdad, evitamos ante todo cualquier pecado que pueda ofenderle; pero además nos consagramos a practicar muchas obras en que se dibuja el amor que le profesamos. ¿Y cuales son estas obras? Son:

1.° La exacta observancia de los mandamientos que nos tiene impuestos: *Qui servat mandata mea, ille est qui diligit me,* mandamientos generales que nos son comunes con los simples fieles; y mandamientos particulares, que se refieren a nosotros de manera especial, como sacerdotes: Misa, oficio divino, administración de sacramentos y demás obras del ministerio.

2.° Acciones de que Dios no nos hace quizá un precepto riguroso, pero que le agradan infinitamente, cuando se las ofrecemos con amor, y como espontáneo producto de un corazón que le está absolutamente consagrado.

3.° Obras de penitencia y mortificación que nos imponemos, así para rescatar nuestros pecados propios, como para librar del infierno las almas que nos están confiadas.

4.° Actos de paciencia y resignación, con los

que santificamos las penas que Dios nos envía, las tentaciones y humillaciones con que nos prueba, las enfermedades y otros accidentes más o menos penosos que, según las miras de su providencia, son ricas fuentes de gracias y de méritos.

5.° Obras de celo que abrazamos con santo ardor a fin de convertir o perfeccionar las almas, por cuya salvación derramó su divino Hijo toda su sangre.

Hasta las obras comunes, como el comer, el dormir, el recreo y otras semejantes, que acepta con mucho gusto cuando se las ofrece el amor.

Sí; todas estas obras, animadas de intención piadosa y de vivo deseo de agradar a Dios, enternecen su corazón, procuran su gloria y le obligan a recompensar con largueza a quien las practica, porque en cada una de ellas ve una prueba evidente del fondo de amor y ternura que las inspiró.

¿Obramos así nosotros? ¿Están llenos nuestros días de obras santas y santamente hechas? ¿Son estas obras completamente buenas, esto es, levantadas, ennoblecidas y santificadas por la intención pura que debe inspirarlas, y muy señaladamente por el amor que debe producirlas? Si así fuere, alegrémonos, porque entonces somos de aquellos a quienes elogia el Espíritu Santo cuando dice: *Et dies pleni invenientur in eis.*

86.—*¿Combatimos en otros el pecado de la misma manera que lo combatimos en nosotros?*—Volvemos, como siempre, a decir que sí, con tal que amemos a Dios, según nos tiene preceptuado.

No sólo en nuestras almas debemos destruir el imperio del pecado. Si real y efectivamente amamos a Dios, deber nuestro es perseguir la iniquidad, allí donde se cometa, porque como ministros

de Dios, somos los promotores natos de su gloria y los vengadores de su majestad ultrajada. ¿Sería, por ventura, amar a quien nos cree su amigo, negarnos cobardemente a justificarlo, si una odiosa calumnia ajase en presencia nuestra su reputación? Pues por razón idéntica no sería amar a Dios ver que se le ofende, no afectarse ni hacer nada para evitar en lo posible la renovación de la ofensa.

¡Qué de admirar son los santos en esta línea! ¡Qué súbito fuego se encendía en el alma de un David, siempre que veía la ley de Dios violada por el pecado! *Tabescere me fecit zelus meus,* exclama en un transporte de amor mezclado de indignación; *quia obliti sunt verba tua inimici mei. Vidi praevaricantes,* dice en otra parte, *et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt.* En otro lugar también dirígese a Dios y le toma por testigo del vivo horror que le inspira el pecado: *Nonne qui oderunt te, Domine, oderam, et super inimicos tuos tabescebam...? Proba me, Deus et scito cor meum, interroga me et cognosce semitas meas, et vide si via iniquitatis in me est.* Amemos a Dios como David, y como él tendremos estos generosos sentimientos y este lenguaje de fuego.

Un santo varón, cuyo nombre no recordamos, decía con acento de viva fe: "Aunque con mis trabajos, penas y oraciones no hubiera producido otro bien en toda mi vida que el impedir un solo pecado mortal, sería para mí objeto de grande alegría."

San Alfonso Ligorio, siendo niño y estando un día jugando en un jardín con otros pequeñuelos de su edad, oyó a uno de ellos proferir una imprecación. Turbado el piadoso niño, como si él hubiese sido el culpable, dejó el juego y huyó. Después

de buscarlo mucho tiempo, al fin dieron con el; y ¿que hacía? Sumido en tierno llanto, y arrodillado ante una imagen de María Santísima, que llevaba siempre sobre el pecho, daba a Dios satisfacción por el pecado que había cometido su pequeño camarada.

San Cayetano, según dijimos ya en la *Práctica del celo,* hallábase en Nápoles cuando la gran revolución de 1647. Al considerar el gran número de almas que con tal ocasión precipitaba el pecado en el infierno, experimentó tanta tristeza y abatimiento, que se le rompió el corazón, y murió de dolor.

En nuestros días, una simple niña, muerta hace poco en olor de santidad, Julia Postel, institutriz de las Hermanas de las escuelas cristianas de la Misericordia, en la diócesis de Coutances, hizo brillar la viveza de su fe, y el fuego de su amor en ocasión peregrina. En una de esas pavorosas tempestades que hielan de espanto al más intrépido, la pequeña Julia se entregaba a la alegría. Admirados sus padres le preguntaron el motivo, y respondió: "Estoy muy contenta; porque cuando menos en este momento no se ofende a Dios, y los mayores impíos no osan blasfemar su santo nombre, sino que le invocan con respeto. ¡Oh, yo quisiera que tronara siempre!"

¡Así habla una niña! ¡Oh amor!, ¡qué bellos sentimientos engendras en los corazones que abrasas con tu llama!

87.—¡Oh amados compañeros!: amemos nosotros también a Dios, amémosle con todo el amor de que son capaces nuestros corazones, y no consintamos que en el camino del amor se nos adelanten las mujeres y los niños.

Amemos a Dios con todas nuestras fuerzas, ya que a los otros enseñamos a amarlo. Démosles en cierto modo la sobreabundancia de nuestro amor, y sea como pila nuestro corazón, siempre lleno y siempre manando.

Amemos a Dios con toda nuestra alma, ya que todos los días la alimentamos con la carne y sangre de Jesucristo, y en ella llevamos grabados tres caracteres indelebles y todos tres preceptúan amor.

Amemos a Dios, ya que tenemos un corazón que tiene necesidad de amar como tiene necesidad de latir, y que si no amamos con el amor que salva, nos exponemos a amar con el amor que corrompe y daña.

Amemos a Dios, ya que por razón de nuestro estado somos *salvadores de almas,* y no las podremos salvar sino con el fuego del amor y con el ardor del celo.

Amemos a Dios con el amor efectivo, y con este amor santifiquemos nuestros pensamientos, palabras, acciones, oraciones, sufrimientos y todos los actos de nuestro ministerio.

Amemos a Dios, en fin, y no dejemos de repetir la sentencia de Bossuet: "Os digo y aseguro que estamos indispensablemente obligados a aspirar a la perfección de la caridad según la medida que nos haya sido dada, sin lo cual no somos cristianos."

CAPITULO V

Caridad para con el prójimo.—Su necesidad especial en el sacerdote.

88.—La caridad para con el prójimo, erigida por Jesucristo en virtud rigurosamente obligatoria, y prescribiendo, so pena de reprobación, amar en

Dios y por Dios a todos los hombres, sean los que fueren, superiores, iguales o inferiores, fieles o infieles, buenos o malos, amigos o enemigos, en el cielo, en el purgatorio o en cualquier punto del globo; la caridad, digo, que abrasa en amor sobrenatural a la humanidad entera, con la única excepción de los réprobos del infierno, es una virtud arrebatadora y que bastaría por sí sola para ornar de eterna gloria la religión que la inscribe a la cabeza de sus preceptos.

Hasta el mundo más corrompido tributa, desde el fondo de su hediondez, elogios a esa virtud divina. Cierto que la quebranta con sobrada frecuencia, pero la admira en cuantos la practican. Y en efecto, ¿cómo no exaltar una virtud que dice al hombre: abstente siempre, aun en tus pensamientos más íntimos, de todo aquello que pueda ser parte a ofender a tu semejante, y líbralo en cuanto puedas de los males que sufre, procurándole además el bien que ha menester? Virtud que tal lenguaje dirige al hombre, aunque se ejerza en la tierra, ha descendido seguramente del cielo.

Sí; Jesús fué, el bueno, el tierno, el misericordioso Jesús, quien bebió en el seno de su eterno Padre esta inefable virtud; El quien se encargó de revelarla al mundo; y esta revelación fué completa, toda vez que la hizo pública con su doctrina y con sus ejemplos.

Con su doctrina, escuchemos: *Diliges proximum tuum sicut teipsum.—Haec mando vobis, ut diligatis invicem.—Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem.—Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.—In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem,*

Con sus ejemplos: para darlos a conocer, fuera necesario transcribir íntegro el Evangelio y el Nuevo Testamento; porque, ¿qué es el Evangelio y todos los escritos de los Apóstoles, sino el relato de los actos de caridad de Jesucristo para con los hombres, desde el pesebre do comienza la manifestación de su amor, hasta la cruz que es su sangrienta expresión y consumación en la tierra? *Natus est vobis hodie Salvator.— Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos. —Misereor super turbam.—Sinite parvulos venire ad me.—Virtus de illo exibat et sanabat omnes.—Videns civitatem, flevit super illam.—Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.—Accipite et manducate, hoc est enim corpus meum, quod pro vobis tradetur.—Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur!—Amice, ad quid venisti?—Pater, ignosce illis, nesciunt enim quid faciunt.—Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.—Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens.—Pertransiit benefaciendo et sanando omnes.*

He aquí la caridad en su principio y en su divina fuente. El corazón de Jesús es el foco, de donde incesantemente parte el fuego del amor, aquel fuego que vino a traer a la tierra, y cuyo ardor quiere se conserve perpetuamente: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*

89.—Las anteriores reflexiones se refieren comúnmente a todos los fieles; pero, ¿cuán más estrictamente aplicables no son a los sacerdotes que, por razón de su estado (no olvidemos esta circunstancia), están consagrados al divino ministerio de la caridad, bajo cualquier forma que se considere?

Dondequiera que aparezca una miseria, espiri-

tual o corporal, allí debe estar el sacerdote para aliviarla.

Que agravan al pobre los rigores de la pobreza: ¿quién es en una feligresía el verdadero padre de los pobres, sino el sacerdote?

Que el sufrimiento, diversificado de mil maneras, tortura tenazmente a multitud de infortunados: ¿quién es el consolador de los afligidos, sino el sacerdote?

Que las pasiones tiranizan el corazón de los hombres, exponiéndoles a terribles peligros: ¿quién habrá de oponerse a sus estragos, evidenciando la falsedad de sus promesas, y la vana ilusión de sus groseros deleites, sino el sacerdote?

Que arrastra diariamente el pecado millares de almas al infierno: ¿quién es el enemigo nato del pecado, y el obligado a combatirlo mientras viva, con todos los actos de su ministerio, sino el sacerdote?

Mucho dudamos de que se nos pueda señalar una necesidad, un dolor, una adversidad, un mal, una miseria, en fin, cualquiera, ya del cuerpo, ya del alma, que el sacerdote no tenga la misión de aliviar. Heredero de la caridad de Jesucristo, perpetuo instrumento de su obra, predicador de su doctrina, ministro de sus voluntades, ¿qué es, si su corazón está vacío de la caridad que su divino Maestro le legó? Podrá todavía llamarse sacerdote, dice Pedro de Blois, puesto que conserva el indeleble carácter del sacerdocio; pero no cabe decir que realmente lo sea por sus obras: *sine charitate, sacerdos dici potest, esse non potest.*

90.—Hay otra razón especial que obliga al sacerdote a tener mucha caridad para con el prójimo, y es la de que el celo no es para él simplemente una

virtud de consejo, sino un imperioso mandato. Porque ¿qué viene a ser un sacerdote sin celo al concepto de Dios y de los hombres? Y ¿qué celo podrá tener, no teniendo caridad, que es su principio y base?

El celo es la llama de la caridad. Expliquemos este pensamiento. La caridad es como una hoguera; el celo es la llama que despide. La hoguera, o no se extiende, o se extiende poquísimo para alimentar su calor: no busca por sí el combustible que lo mantiene, sino que hay que llevárselo. Mas la llama es otra cosa: activa de suyo, se extiende, se eleva, se replega sobre sí misma como para desenvolverse más, y parece como que busca incesantemente objetos nuevos que devorar; es, pues, más móvil, más activa, más comunicativa que la hoguera. Y, sin embargo, nada es aquélla sin ésta, y si la hoguera se apaga, se apaga la llama también. Véase por este símil cómo la hoguera es la caridad y la llama el celo. A esta explicación acomódanse perfectamente las palabras del Salvador: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur.—Vine a traer fuego a la tierra*: he aquí la hoguera de la caridad; *¿Y cuál puede ser mi deseo sino que arda?* He aquí la llama del celo.

Ahora bien; y volviendo a nuestro punto de partida: siendo el sacerdote, por necesaria consecuencia de su profesión, un hombre de celo, y siendo, por decirlo así, más sacerdote cuanto más celoso sea, es evidente que debe estar lleno de amor para con el prójimo, toda vez que producto de este amor es el celo, o en otros términos, toda vez que la llama del celo no se alimenta sino de la hoguera de la caridad.

91.—Tal vez se diga, o al menos se crea, que da-

mos excesiva extensión a las exigencias de la caridad, que no es necesario amar al prójimo con el corazón, sino con las obras, y que basta la autoridad del deber para llenar el precepto de amar al prójimo sin que sea necesario añadir que se le debe realmente amar.

A esto respondemos, en primer lugar, que no procede discusión en esta linea, por ser tan evidentemente claros los términos en que está concebido el precepto de la caridad. Jesucristo, que es su autor, no entra en sutiles distinciones: sus palabras son formales: *Diliges,* amarás; y sabiendo perfectamente que en nosotros no hay amor más tierno, cordial y verdadero que el que nos tenemos a nosotros mismos, añade que de esta manera es como debemos amar al prójimo: regla sublime, a que la filosofía tributa admiración: *Diliges proximum tuum sicut teipsum.*

Claro es que el amor del prójimo no ha de limitarse a un amor de sentimiento; el precepto del amor tiene por natural corolario el precepto de las obras que el amor inspira; y el mismo legislador que nos dice: *Diliges proximum tuum sicut teipsum,* sabrá también decirnos, y con terrible energía: *Ite, maledicti, in ignem aeternum,* ¿y por qué, Señor? "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, "y no me disteis de beber... etc."

A la objeción propuesta respondemos, en segundo lugar, que no hacemos bien sino lo que hacemos con gusto, por inclinación, y sobre todo por amor. Cierto que la autoridad del deber es poderosa, y guardarémonos mucho de debilitarla; pero cuando conducidos ya por esta autoridad, nos sentimos arrastrados por el corazón, que nos imprime la misma dirección que el deber, la obediencia en-

tonces no es ya peso que abruma, sino encanto que atrae.

No déis a una madre sino la autoridad del deber y el rigor del precepto, para determinarla a adherirse a su hijo y cuidarle cual merece; y en cambio, dad a otra, además de la autoridad y el rigor del precepto, un afecto tierno y expansivo: ¿de cuál de estas dos madres querríais ser hijos?

No déis más a Javier que la autoridad del deber, arrancad de su corazón el amor santamente apasionado que tiene por las almas: y veremos si abandona todo lo que hay de más preciado en el mundo, para ir a cuatro mil leguas de distancia de su patria a convertir un millón de pobres salvajes.

No déis a Claver más que la seca autoridad del deber, apagad en su corazón el fuego de la caridad que le abrasa: y veréis si se consagra al consuelo de los negros, prestándoles los servicios más bajos y penosos, de día lo mismo que de noche, en las prisiones igualmente que en los hospitales, sin hastiarse jamás de las repugnantes funciones que se impone.

No déis a Vicente de Paúl más que la autoridad del deber para estimular su celo, reemplazad con un corazón frío aquel corazón abrasado, verdadero foco de amor, que le inspira obras de caridad con que nada en esta línea puede compararse: y veréis si os bendicen los pobres por el cambio que habéis operado en el corazón de su padre.

Mas para decir algo que nos toque de cerca, pongamos dos sacerdotes al frente de dos parroquias. No demos a uno más que la autoridad y conciencia del deber, que le recuerde su obligación de instruir a los ignorantes, trabajar en la conversación de los pecadores, asistir a los pobres y edificar a todos;

pero nada de amor tierno a su grey, nada de caridad *de corazón* para con los afligidos y los pobres, nada de ardor vivamente sentido para trabajar en la conversión de los pecadores; nada de todo esto, y únicamente la autoridad del deber impuesto a todo párroco.

Demos ahora a su ferviente compañero, además de la autoridad y conciencia del deber, un amor verdadero y vivamente sentido para con las almas en general, y muy especialmente las de sus feligreses, una caridad compasiva para con los pobres y demás afligidos, una fuerte inclinación hacia todo lo que es obra de abnegación, celo y caridad; un corazón que a nadie excluya, sino que por el contrario, a todos se abra, sin establecer diferencias entre ricos o pobres, sabios o ignorantes, amigos o enemigos, un corazón, en fin, que en la parroquia sea como un vasto foco que irradie por todos lados, mereciendo que se le apellide verdadero corazón de pastor y padre; yo pregunto: en igualdad de circunstancias, ¿no será el ministerio del primero incomparablemente menos fructuoso que el del segundo?

Dilatemos, pues, nuestra caridad, ya que ella es la que hace santos y la que realiza las grandes obras, de que resultan abundantemente la gloria de Dios, la salvación de las almas y nuestra propia salvación. *Dilatentur spatia charitatis.*

92.—Es, además, especialmente necesaria al sacerdote la caridad para con el prójimo, porque, bien comprendida la naturaleza de su cargo, el sacerdote es mucho más de los otros que de sí propio. Consideración es esta en que no se piensa con la atención que se debiera; y vamos a ensayar ponerla de relieve.

¿Qué se propuso nuestro divino Salvador al fundar el sacerdocio? No otra cosa sin duda que perpetuar el ministerio sagrado que había El ejercido en la tierra. A este propósito, eligió sus Apóstoles, poniendo a Pedro a su cabeza, les agregó setenta y dos discípulos, e instruyó a esta sagrada asamblea, cuna visible de la Iglesia, con su doctrina y ejemplos, respirando una y otros la más tierna caridad hacía los hombres; y con este fin también les confió los altos poderes del sacerdocio, semejantes a los que El recibiera de su Padre: *Sicut missit me Pater, et ego mitto vos... Accipite Spiritum Sanctum.*

El sacerdote, por consiguiente, es en toda realidad y según el pensamiento íntimo de Jesucristo, el continuador de su obra. Ahora bien; ¿qué hizo Jesucristo durante su vida mortal, y señaladamente en sus tres últimos años, que fueron con especialidad los años de su sacerdocio? Instruía a los ignorantes, buscaba a los pecadores para convertirlos, consolaba a los afligidos, refrenaba el vicio, fortalecía la virtud, ganaba a todos con caridad y dulzura, y quería que sus Apóstoles y discípulos fuesen incesantemente testigos de los prodigios de caridad que incesantemente obraba, a fin de que, cuando estuviesen investidos de la dignidad del sacerdocio, se acordasen de las lecciones y ejemplos de caridad que les había dado. Por el hecho de desempeñar en su presencia el ministerio de caritativo y abnegado pastor, es evidente que quiso presentarse a ellos como tipo modelar: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.*

93.—Pero si consideramos todavía más particularmente el ejercicio de los poderes sacerdotales, veremos sin género alguno de duda, cuán cierto es lo

dicho arriba, que somos sacerdotes para los otros, mucho más que para nosotros mismos.

Y en efecto, ¿cuáles son las mayores y principales funciones del sacerdote en la Iglesia de Dios? Hacer cristianos por medio del bautismo, regenerarlos con la penitencia; socorrerlos espiritualmente con la oración; asistirlos en lo corporal con la limosna; instruirlos con la predicación; santificarlos por medio del santo sacrificio de la misa y con la recepción del cuerpo y sangre de Jesucristo; y prepararlos en sus últimos momentos para el terrible tránsito del tiempo a la eternidad.

Tales son las principales funciones que el sacerdote ejerce en el seno de la Iglesia. Y bien: ¿No es evidente que todas estas funciones ceden en provecho del prójimo y que la caridad constituye como su fondo y substancia? Es más, ¿no quedarían dichas funciones totalmente en suspenso, y aun aniquiladas en cuanto a su ejercicio, por lo menos para la mayoría, si el sacerdote dejase de estar en contacto con el prójimo?

Verdad es que también en el orden temporal y social se desempeñan las profesiones en provecho de los miembros de la sociedad; pero las profesiones eclesiásticas llevan en sí un sello de caridad más marcado que las profanas. El jurisconsulto, por ejemplo, es jurisconsulto para los demás; pero lo es también para sí propio, y si le atacan injustamente, defenderá ante los tribunales su propia causa. El médico es seguramente médico para la sociedad a que pertenece; pero lo es también para sí, y ayudado de su ciencia, podrá defenderse contra la enfermedad, al sentir sus primeros síntomas, combatiendo y aun impidiendo su desarrollo.

¿Sucede lo mismo al sacerdote en sus funciones

más importante? No, en verdad; porque las desempeña en exclusivo provecho de sus hermanos. Bautiza a otros y no puede bautizarse a sí propio; reconcilia con Dios a los pecadores en el sacramento de la penitencia, pero no puede administrarse a sí mismo este sacramento; y si en otras funciones obtiene gracias análogas a las que obtiene en favor del prójimo, como por ejemplo, en el sacrificio de la misa, aun entonces le recuerda la Iglesia que en su celebración debe ocuparse especialmente de sus hermanos, y así se lo da a entender en las palabras que le dirige el día de su ordenación: *Accipe potestatem offerre sacrificium Deo missasque celebrare* TAM PRO VIVIS QUAM PRO DEFUNCTIS, *in nomine Domini.*

Sí, el sacerdote es, por la naturaleza de sus funciones, el hombre de la caridad. Cuando socorre a los pobres, así con sus propias limosnas como con aquellas que los ricos le confían; cuando en nombre de la Iglesia reza el oficio divino; cuando instruye a los niños y conmina a los pecadores, y perfecciona a los justos, y visita a los afligidos, y se coloca a la cabecera del moribundo: dondequiera y siempre es el ángel de la caridad, se olvida en cierto modo de sí propio para derramar sobre los otros los tesoros de esta virtud, y todo cuanto piensa, dice o hace, reconoce un sólo principio y un sólo objetivo: la caridad, la caridad, ¡siempre y en todo la caridad!

Esto es lo que enérgicamente expresaba el grande Apóstol, cuando decía a los corintios con exuberancia de amor nunca bien ponderada: "Todo cuanto yo poseo es de vosotros, oh corintios, es más, yo no me pertenezco, y así yo como mis colaboradores somos enteramente de vosotros; y desde que la caridad nos unió a vosotros, todos vamos, por Je-

sucristo, a perdernos y abismarnos en Dios, que es el término y la consumación de la caridad": *Omnia vestra sunt, sive Paulus, sive mundus, sive vita, sive mors, sive praesentia, sive Apollo, sive Cephas, sive futura; omnia vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.*

Dígase después de esto si la caridad para con el prójimo no es la virtud por excelencia del sacerdote.

94.—Ultimamente, debemos practicar esta virtud tan eminentemente cristiana y tan eminentemente sacerdotal, y practicarla hoy más que nunca. ¿Por qué? ¿Por qué especialmente *hoy más que nunca?* Porque (y notemos bien esto) nunca acaso, desde los tiempos apóstólicos, ha sido tan universalmente practicada como en nuestros días.

¡Gracias eternas sean dadas al espíritu de amor, que fecunda a la Iglesia con su soplo divino! Madrid (1), que es su vasto centro y ardiente foco, abrasa a las provincias con su fuego, y en el campo de la caridad revélase por todas partes inaudito concurso y rivalidad sin ejemplo. La caridad se populariza en nuestra hermosa patria. La avaricia se avergüenza de sí misma, y el frío egoísmo no se atreve a quejarse. Seglares de toda edad, de todo sexo y de toda condición se organizan en sociedades cuya alma es la caridad, y todos reconocen con asombro que son inmensos sus recursos, como inmensos son lo tesoros de la divina misericordia, que han por origen.

¡Qué vergüenza, pues, para el sacerdote! ¡qué oprobio, si permaneciese frío e inmóvil, como tém-

---

(1) Traducimos aquí Madrid por París, cediendo a la analogía de razón y a la verdad del aserto.—*N. del T.*

pano de hielo, en medio de tantas hogueras como le rodean! ¡Qué humillación y qué motivo de confusión para el sacerdocio, si sus representantes viesen en los seglares de sus parroquias mayor celo en convertir a los pecadores y socorrer a los pobres que el que ellos despliegan!

¡Manos, pues, a la obra, oh amadísimos compañeros: manos a la obra! Coloquémonos al frente de estas numerosas falanges que tienen la caridad por bandera; y avivemos por todos lados el fuego del amor, ya que a nosotros especialmente se nos confió el cuidado de conservarlo. Por honra del Dios de caridad que nos hizo cuanto somos, y por honra de la religión de que somos ministros, probemos que nosotros, mejor que nadie, sabemos realizar el ardiente deseo de nuestro divino Maestro: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* No nos intimiden los obstáculos, las vejaciones ni las persecuciones que se nos puedan suscitar en los pueblos en que ejerzamos nuestro ministerio: que si tenemos la caridad por escudo, seremos invulnerables. Amemos a nuestros hermanos; amémosles si nos aman, pero amémosles todavía más si nos aborrecen; desarmémosles por medio del amor. Amemos a los pecadores, que por todas partes vemos expuestos a una ruina inminente y eterna; y amemos a los afligidos, a los enfermos y a los pobres. Que nuestra caridad brille a los ojos del mundo; nada de orgullo, sino edificación general por medio de la caridad; apliquemos a ésta lo que dice San Pablo de otra virtud, digamos con él, no ya solamente *modestia vestra,* sino también *charitas vestra nota sit omnibus hominibus.*

¡Qué fructuoso y abundante ministerio desempeñaríamos en la Iglesia, si por nuestras obras me-

reciésemos la reputación de verdaderos y dignos ministros del amor, que se define a sí propio con la sola palabra CARIDAD: *Deus* CHARITAS *est?*

CAPITULO VI

Continuación del mismo asunto.—Prohibiciones y mandatos en orden a la caridad para con el prójimo.—Celo.—Desinterés, etc.

95.—¿Tenemos deseo sincero de ser sacerdotes santos? Pues amemos al prójimo, y la realización de este deseo es infalible. ¿Por qué? Porque lo que hace un santo es precisamente el perfecto cumplimiento de la ley de Dios, y, según la formal declaración del grande Apóstol, amar al prójimo es cumplir la ley: *Qui diligit proximum, legem implevit;* y en otra parte: *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi.*

Todos sabemos esto: en punto a principios, la unanimidad entre nosotros es completa; lo que nos divide es la práctica.

Pues que queremos ser sacerdotes santos, y puesto que indudablemente lo seríamos si observáramos fielmente la ley de la caridad para con el prójimo, no hay más sino estudiar la conducta del sacerdote santo en orden a esta virtud.

Evitar en absoluto cuanto ella prohibe, y practicar inviolablemente cuanto ella ordena: he aquí las dos reglas fundamentales que se impone, y a las que nunca falta con plena deliberación.

96.—Descendamos a pormenores. Para llenar con la perfección posible el precepto de la caridad, no debemos amar al prójimo con un amor puramente natural, toda vez que, teológicamente hablando, ha-

llámonos en rigor obligados a amarle *sobrenaturalmente* en diversas circunstancias.

Convencido de esta verdad, el sacerdote santo se aplica a depurar y a sobrenaturalizar, digámoslo así, su caridad. ¿Le imitamos en este punto? Si nuestra caridad es sobrenatural en su principio, en sus motivos, en su tendencia y en su fin, si amamos al prójimo en Dios y por Dios, o en otros términos, si es Dios mismo a quien amamos en el prójimo, todo va bien. Dios está contento, el prójimo queda edificado, y ricos tesoros de méritos son a cada instante la recompensa de nuestra caridad. Pero veamos si es tal nuestra conducta.

¿Es caridad sobrenatural amar al prójimo cuando nos aprueba y adula, y tratarlo con fría indiferencia cuando nos contradice y vitupera?

¿Es caridad sobrenatural amar a los grandes, a los ricos y a los poderosos del siglo, y reservar para los pequeños y los pobres sequedad, despego y tedio?

¿Es caridad sobrenatural amar a los hombres de ciencia y talento, buscar ávidamente su compañía, sacrificarles largas horas que pudieran ser mejor empleadas, y por el contrario, huir del contacto con los ignorantes y sencillos, que tanto han menester de las luces y consejos de su párroco?

¿Es caridad sobrenatural amar a los aficionados a la buena mesa, al juego y otros placeres, de ordinario poco compatibles con el espíritu eclesiástico, y mientras tanto dejar sin consuelo, socorro ni apoyo a pobres ovejas desoladas y por el dolor consumidas?

¿Es caridad sobrenatural amar a penitentes que por su fervor y docilidad ofrecen consuelos abundantes, mirando como carga insoportable, de que

desean desprenderse, a otros más resistentes y obstinados en el mal?

¿Es caridad sobrenatural amar una parroquia que nos gusta y que nos encomia, y sentir despego hacia ella desde el momento en que, o nos gusta menos o adquirimos certeza de que somos objeto de censuras, quizá no siempre inmerecidas?

¿Es, por último, caridad sobrenatural amar y amar mucho a los que aman, a los que consideran perfecto todo cuanto hacemos, y a los que naturalmente nos son simpáticos, y sentir, y hasta manifestar cierta aversión a los que están respecto a nosotros en opuesta situación de ánimo? Mejor dicho: ¿no es esta la caridad del publicano tan enérgicamente censurada por nuestro divino Salvador? *Si diligitis eos qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? Nonne et publicani hoc faciunt?*

Estas reflexiones deben, según nuestro parecer, arrojar alguna luz sobre nuestros defectos y sobre nuestras repugnancias. ¡Ojalá podamos todos, como el sacerdote santo, no distinguir entre prójimo y prójimo: entre el prójimo que aprueba y el prójimo que vitupera, entre el prójimo *naturalmente* amable y el prójimo *naturalmente* molesto e insípido! Aunque el prójimo rechazado sea enemigo declarado nuestro, y hasta injusto censor de nuestra conducta, contestemos a sus tiros de calumnia con las flechas de la caridad; y rodeándole por todas partes de esta hermosa virtud, cubrámosle de confusión obligándole a confesar que tenemos más caridad que él hiel. Demasiado pedís, se dirá quizá. ¡Qué pedimos mucho! Pues qué: ¿hacemos otra cosa que copiar el Evangelio? *Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, benefacite*

his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri qui in coelis est, qui solem suum oriri facit super bonos et malos.

¡Qué abundante gloria para Dios, qué principio de santificación para feligresías enteras, y lo mismo para sus respectivos párrocos, si éstos, imitando a sus piadosos y santos compañeros, se inspirasen todos en las fuentes puras de la caridad!

97.—Formar interiormente juicios temerarios, atribuyendo sin fundamento sólido palabras o acciones ofensivas a persona que acaso es inocente; indignarse contra ella, despreciarla, y pararse a escudriñar lo que hubo de reprensible en su pasada conducta, con la mira de legitimar las sospechas concebidas, atentado es por demás recto contra la santa virtud de la caridad. Porque no solamente se la heriría con tales sospechas y aventurados juicios que, como sabemos, pueden llegar a ser mortalmente culpables, sino también con el fondo de acritud y aversión que semejantes juicios nunca dejan de producir.

Y he aquí lo que con suma diligencia evita siempre el sacerdote santo, siguiendo paso a paso a Jesucristo en el camino de la caridad. Más ocupado en juzgarse a sí mismo que en juzgar a los demás ni afligirse por sus censuras, se humilla mil veces ante las acusaciones contra él lanzadas, y halla contento en saborear en paz aquellas palabras de David: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me,* y aquellas otras de San Pablo: *Maledicimur, et benedicimus; persecutionem patimur, et sustinemus; blasphemamur, et obsecramus;* y por último, aquellas todavía más venerables, por haber salido de los labios de Jesucristo: *Nolite judicare et non judicabimini.*

Aprovechémonos de estas divinas enseñanzas, y sepamos conservar la calma y la dignidad cuando se permita herirnos la maledicencia de nuestros censores. Porque o sus críticas son fundadas o no lo son: si lo son, corrijámonos y bendigamos a Dios por la advertencia que se nos da; y si no lo son, ¿por qué turbarse? Ocultémonos en el apacible retiro de nuestra buena conciencia, y oremos mucho por los que ofenden a Dios, atacando a su ministro: *Orate pro calumniantibus vos*. Tal es el secreto que sugiere la caridad al sacerdote santo en estas delicadas y peligrosas circunstancias. Obremos así, y meditemos frecuentemente aquella máxima de San Vicente de Paul: "Debemos dar gracias a Dios y bendecirle, siempre que nos hallemos en ocasión de sufrir algunas penas por ejercer la caridad."

98.—La envidia es también un vicio que la caridad condena y contra el que todo santo sacerdote está constantemente en guardia: *Charitas non emulatur*. Si se dejara uno guiar por esta vil pasión, ¡qué de estragos se producirían en el alma! Pero pasemos a juzgarla por sus frutos.

Ver con ojos envidiosos los triunfos de sus hermanos y mirar como personal humillación los elogios que se les tributan; sentirse como atravesado por aguda saeta, cuando se oye exaltar sus buenas obras, su alta piedad y las relevantes cualidades que les conquistan la estimación y el afecto de los pueblos; experimentar mortificador sentimiento cuando se advierte que en la línea de la ciencia la opinión pública los coloca en los primeros puestos; no contradecir positivamente esta opinión cuando está generalmente fijada, sino intentar debilitarla cuando todavía es dudosa e incierta, y en todo caso, entrar dentro de sí para martirizarse con

roer su humillación, o para indemnizarse de los elogios con dolor oídos, atribuyéndolos a prevenciones ciegas o a otros motivos que la orgullosa envidia cuida siempre de sugerir: tales son los sentimientos que fomenta este odioso vicio en el alma sin ventura que por él se deja imputar: "Porque hacía el bien, dice el Profeta, se volvían contra mi. *Detrahebant mihi, quoniam sequebar bonitatem.*"

Y todavía no hemos levantado sino la mitad del velo que cubre esta asquerosa llaga. Porque no se contenta el envidioso con afligirse por los triunfos, elogios y buenas cualidades de su prójimo, sino que va todavía más lejos, y más bajo también, toda vez que se alegra de sus reveses, como si los tales reveses hubieran de proporcionarle a él, de rechazo, gloria y estimación. Si sabe que el que le hace sombra ha sufrido algún descalabro, recibe la noticia con interior satisfacción, y si no osa manifestarlo al exterior, es porque conoce la despreciable bajeza del acto. Si entre los elogios hay algunas críticas que los atenúan, deja pasar friamente los elogios y se sonríe ante las críticas. Y si por acaso llega a tener conocimiento de alguna falta cometida por el que la pública opinión juzgaba inculpable, la envidia entonces inspírale secreta fruición, haciéndole ver que aquél cuya virtud tanto se encomiaba, no está más que los otros al abrigo de los funestos efectos de la debilidad humana.

¡Gran Dios! ¿Cabe en el hombre tanta bajeza? ¿Es posible que su corazón se desagrade hasta el punto de entristecerse por lo que sea favorable a sus hermanos, y alegrarse por lo adverso?

Malo es sin duda afligirse de los triunfos de su enemigo y alegrarse de sus reveses, por ser formal

atentado contra la divina moral del Evangelio; pero al fin, es falta que se comprende, toda vez que para cometerla basta seguir la viciada inclinación de la humana naturaleza. Mas es incomprensible y por demás culpable afligirse por los triunfos de un hombre irreprensible, amigo tal vez, quien si conociese el pensamiento íntimo del envidioso que le persigue en la sombra, tendría sobrada razón para decirle: ¿Qué te he hecho yo para que sobre mí destiles el veneno de tu envidia? Si mi conducta regular me atrae alabanza que yo no busco, ¿he de conducirme mal para atraerme vituperios? Si mis trabajos son fructuosos, y los bendicen Dios y los hombres, ¿he de dejar de trabajar para evitar molestias a tu celosa pasión? Si Dios me ha dado algunos talentos, de que se me pedirá severa cuenta, ¿he de enterrarlos, y no hacerlos valer, y provocar con ellos la cólera de Dios, por agradarte? ¿Y qué te he hecho especialmente para que así te abandones a secreta y maligna alegría por haber sabido el descalabro que acabo de sufrir y la humillación que experimento? ¿Soy yo por ventura enemigo tuyo, yo que nada he hecho para merecer este título, yo que hasta te creía mi amigo y que siempre me he complacido en darte pruebas de estimación y cariño?

Estos cargos que pudieran dirigirse a muchos envidiosos, revelan a las claras lo detestable de esta repugnante pasión, que por otra parte no ofrece a sus víctimas ni aun una sombra de consuelo, en pago de las amarguras que lleva consigo.

No nos atrevemos a creer que la envidia, acompañada de las odiosas circunstancias que acabamos de indicar, se anide jamás en el alma de un sacerdote; pero bueno es señalar el horror de este vicio

a fin de prevenir al lector contra sus funestas consecuencias.

99.—El precepto del amor al prójimo nos prohibe además las burlas, las murmuraciones, las calumnias, los rencores y enemistades, los dichos indiscretos y otras faltas de esta índole. Digamos dos palabras sobre estas infracciones de la ley de la caridad.

Burlas.—Nunca un burlón de hábito podrá llamarse sacerdote *santo*. Porque ¿cómo aspirar a esta gloriosa calificación, quebrantando a cada instante el segundo mandamiento de Dios, que es *semejante* al primero: *simile est huic?* ¿Cómo ser santo y violar a cada momento aquella regla que propone la ley natural y divina: *Alteri ne feceris quod tibi fieri non vis?*

El burlón pone por encima del precepto de la caridad el placer de hacer admirar la causticidad de un dicho. Es burlón por orgullo y hiere con el mismo dardo la caridad y la humildad. Las gentes se ríen a menudo de sus mordaces epigramas; pero en el fondo nadie tiene formada alta opinión de su piedad; él mismo se hace justicia en el secreto de su alma, y después de una conversación en que dió rienda suelta a su burlona intemperancia, llora sobre los excesos de su lengua si su conciencia, tantas veces combatida en este punto, puede llorar aún.

Aborrezcamos las burlas: un sacerdote burlón es un condenado de Dios y de los hombres; se carga de una infinidad de pecados más o menos graves, y estos pecados le privan de multitud de gracias, secan la dulce unción de su piedad y le hacen perder la confianza y la estimación de los pueblos; en una palabra, la burla cáustica y ma-

ligna jamás produce bien alguno, y produce siempre un verdadero mal, sobre todo cuando se contrae el hábito de usarla.

Asi, pues, ¡nada de burlas mordaces, nada de críticas acerbas, nada, nada! Seamos sacerdotes dondequiera y siempre, y acordémonos de que la caridad perfectamente observada es, según nuestro divino Salvador, el sello distintivo por el que son reconocidos sus discípulos amados y sobre todo sus sacerdotes: *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

100.—*Maledicencia.* Si el burlón por hábito no es jamás un sacerdote santo, como antes hemos hecho notar, ¿qué se dirá del sacerdote maldiciente? No tan sólo no será jamás un sacerdote *santo* si contrae la costumbre de la maledicencia, sino que ni siquiera será *buen* sacerdote. Aunque fuera irreprochable en todo lo demás, esto bastaría para rebajarle de la categoría de los buenos sacerdotes. No nos retractamos, pues, de lo que hemos dicho en la *práctica del celo*: "El sacerdote maldiciente es un sacerdote escandaloso; y aquí la palabra *escandaloso* se toma en todo su rigor teológico, es decir, que un sacerdote maldiciente arrastra con su ejemplo a los que le oyen".

Pero se dirá que es casto, sobrio, desinteresado, estudioso, celoso... ¿Qué importa, si viola habitualmente con su maledicencia la reina de las virtudes? Aún vamos más lejos, y decimos que, tocante al escándalo, sus maledicencias son tanto más dañosas cuanto más edificante es en otros puntos. Un mal sacerdote, conocido por tal, por más que maldiga, nadie se creerá, de buena fe, legítimamente autorizado a seguir su ejemplo; pero un sacerdote que practica todas las virtudes, excepto la de la

caridad, dará lugar a creer, por su conducta en esta materia, que la maledicencia no es un gran daño, cuando él la usa habitualmente sin escrúpulo. Todas las virtudes que practica contribuirán a la violación de la única virtud que no ejerce.

101.—*Calumnia.* Esta sola palabra indignará sin duda a nuestros piadosos lectores. Jamás creeremos, estén seguros de ello, que imputen al prójimo faltas de que sepan es inocente. Por el contrario, tenemos gusto en reproducir lo que hemos dicho, con este motivo, en la *Práctica del celo*: "Tocante a la calumnia, no hay para qué hablar; por"que, ¿quién creerá que la lengua de un sacerdote, "regada todos los días con la sangre de Jesucristo, "destile en seguida el veneno cruel de la calumnia?" Pero añadiremos lo que decimos a continuación: "Si este pecado, revestido de las condiciones que "le caracterizan y le hacen odioso, inspira a todo "sacerdote un sentimiento de horror y de disgusto, "¿sucede lo mismo con ciertas exageraciones enga"ñosas que la malignidad de las gentes transforma "tan fácilmente en calumnias formales?"

Todo sacerdote debe estar prevenido continuamente contra las exageraciones de esta naturaleza. Apliquémonos, pues, a pesar con sumo cuidado todas nuestras palabras, cuando estemos en una conversación cuyo alimento sean las miserias del prójimo. Observemos sobre todo si somos naturalmente exagerados en nuestras apreciaciones y en nuestros relatos. Observemos más que nunca si personalmente tenemos queja de aquellos cuyas faltas y debilidades se revelen a nuestra presencia: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis.*

102.—*Antipatías, rencores, enemistades.* He aquí lo

que destruye del todo la caridad. Excluir positivamente de su corazón a uno de sus hermanos, cualquiera que sea, es sublevarse abiertamente contra el mismo Jesucristo, pues cuando dice: *Diligite inimicos vestros,* se le responde con el corazón y aun con hechos formales: *Non diligam.*

Esto sería un deplorable triunfo para los vengativos, si pudiesen tomar autoridad del ejemplo de un sacerdote para perpetuar sus enemistades.

Tengamos cuidado: la simple antipatía predispone con frecuencia a discusiones turbulentas: estas discusiones traen consigo palabras agrias y ofensivas de que el orgullo herido se acuerda largo tiempo, y he aquí el rencor. Si entonces sobreviene un grave motivo de queja o una simple falta de consideración, seria poca cosa entre dos amigos; pero aquí, estando la amistad notablemente alterada, ¡cuán de temer es que la enemistad suceda al rencor!

Sería un enorme escándalo que un sacerdote se condujera de ese modo. ¡Desgraciado él si alguna vez se pusiera en el caso de no poder, sin condenarse a sí propio, predicar en el púlpito, decir en alta voz en el altar, ni aun recitar en secreto estas divinas palabras que constituyen la gloria del cristianismo: *Pater... Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus!*

Imitemos, imitemos al santo sacerdote que no veía en todos los demás hombres más que amigos sobre la tierra, y que, por el heroísmo de su caridad, transformó a sus enemigos en amigos íntimos.

San Vicente de Paúl era admirable para las personas que le mostraban frialdad o aversión. Un día, cuando se estaba revistiendo para celebrar la santa misa, recordó que cierto religioso de París

le había manifestado algún desagrado. Inmediatamente se despojó de sus ornamentos, fué en busca del religioso, le pidió perdón por las causas de descontento que le hubiera podido proporcionar y le aseguró con afecto que estimaba y honraba mucho a su persona y a su orden; después, hechas las paces, fué a celebrar la santa misa, satisfecho de poder decir a Jesús al tenerlo en sus manos que había sido fiel a su recomendación: *Si offers munus tuum in altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo: et tunc veniens offeres munus tuum.*

¡Qué edificación para los pueblos! ¡Qué unión entre el clero si, haciendo callar al orgullo para no escuchar más que la voz de la caridad, imitásemos todos el ejemplo del gran santo, que nos dice desde lo alto de los cielos: "Sed mis imitadores, como yo lo fuí de Jesucristo:" *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*

103.—Por último, el precepto de la caridad prohíbe todo lo que, sin motivo legítimo, ocasiona alguna pena, algún disgusto a nuestro prójimo, o todo lo que sea para él objeto de pena o de disgusto si llega a su conocimiento; y esta regla comprende los pensamientos, las palabras, las acciones y las omisiones.

La divina caridad, cuando se le da en el alma una autoridad soberana, arranca del espíritu todos los pensamientos que la hieren: juicios temerarios, frialdad, celos, rencores, sentimiento de desagrado y aversión.

Ella corrige la lengua y no la permite jamás proferir una palabra burlona, irónica, maldiciente o calumniosa.

Comunica el espíritu de reserva y de sabiduría que hace evitar las palabras imprudentes y los relatos indiscretos.

Impone silencio cuando ve que el corazón está amargado y que hierve la cólera, para impedir las discusiones vivas y apasionadas, las palabras que hieren, y aun acaso querellas y arrebatos.

En fin, ella regulariza la conducta y santifica todos los actos, no permitiendo nada que pueda destruirla, y suprimiendo aun aquellos que, sin herirla profundamente, ofendan, sin embargo, su exquisita delicadeza, como, por ejemplo, simples faltas de consideración, de precaución, de dulzura, de complacencia y otras de esta naturaleza. De todo esto resulta una unión perfecta, un afecto mutuo, una fuente de abundantes consuelos y una edificación general.

Así se conduce el sacerdote santo; y como cifra su felicidad en la práctica de la caridad, hace sin esfuerzos, y aun con verdadera alegría, una multitud de pequeños sacrificios, de que en seguida se resarce por un suplemento de fervor, y el secreto placer que acompaña siempre a la ejecución de una buena obra.

Seamos todos santos, amados colegas, y que cada uno de nosotros adopte generosamente esta resolución: *Jamás atentaré voluntariamente contra la caridad, por pensamiento, palabra u obra.*

104.—Inútil es hacer notar que lo que acabamos de decir sobre la necesidad de evitar con el mayor cuidado todo lo que dañe la caridad hacia el prójimo se aplica particularmente al pastor de parroquia respecto al ganado que le está confiado. ¿Qué bien podrá hacer en la parroquia que gobierna, si la contrista a cada instante, con sus palabras, con

sus actos y con toda su conducta? ¿Qué confianza debe esperar de un rebaño que sabe por todas partes que se enoja de guiarle?

Venerables pastores, os conjuramos, en interés de la gloria de Dios, de la salvación de las almas, de vuestra propia santificación, para que améis y améis tiernamente a las ovejas que tenéis a vuestro cargo. Unios a vuestra parroquia como si tuviérais la certeza de no dejarla hasta la muerte. No pronunciéis jamás una palabra en público ni en privado contra uno solo de vuestros feligreses. Atraedlos por exuberancia de celo, de bondad, de cariño, de caridad sin límites y sin mezcla de otra cosa. Imitad a San Pablo en sus transportes de amor por sus corintios, que, sin embargo, le afligían algunas veces con su conducta; tomad sus palabras, y decid vosotros también a vuestros pueblos:

"Abridnos vuestros corazones para que tomemos sitio en ellos; bien sabéis que no hemos ofendido a ninguno de vosotros: *Capite nos. Neminem laesimus.* Ya os lo he dicho, vosotros estáis en mi corazón en muerte y en vida: *Praediximus enim quod in cordibus nostris estis, ad commoriendum et ad convivendum.* Si os hablo con libertad es porque tengo en vosotros perfecta confianza. Considero también como una gloria el honor de conduciros; a este pensamiento, mi corazón no sólo se llena de consuelo, sino que rebosa de alegría, a pesar de todas las tribulaciones: *multa mihi fiducia est apud vos, multa mihi gloriatio pro vobis, repletus sum consolatione: superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.*"

¡Qué reforma se vería en la Iglesia, qué de conversiones se obrarían por todas partes, y qué oleadas de bendiciones caerían sobre el sacerdocio, si

todos tuviésemos en nuestras parroquias los sentimientos del grande Apóstol en el corazón y sus ardientes palabras en los labios!

105.—Pero no nos limitemos a evitar lo que perjudica la caridad: aprendamos lo que es preciso hacer para practicar aquello que ordena. Ya hemos visto el *Declina a malo;* veamos ahora el *Fac bonum.*

Ya lo hemos dicho: nosotros no somos sacerdotes para nosotros mismos, lo somos para el prójimo. Dios quiere ver en nosotros hombres consagrados a la práctica de la caridad. Estamos en el lugar de Jesucristo, cuya vida sobre la tierra fué un contimuo acto de caridad por los hombres desde la cuna hasta la cruz. Un sacerdote, pues, que no sea eminentemente caritativo y que no llene toda su vida de obras de caridad, no comprende el sacerdocio.

El P. Surín, en sus *Diálogos Espirituales*, presenta esta pregunta: "¿Qué entendéis por corazón caritativo?" Y responde: "El que es inclinado a hacer bien a los demás". Y más adelante añade: "El corazón que siente en sí esta inclinación benéfica y que tiene placer en hacer *todo el bien que puede a toda clase de personas,* sin considerar que goza y no mirando más que lo que sea agradable a Dios: he ahí el corazón caritativo". Estas pocas palabras encierran una excelente noción de la caridad práctica...

"El carácter más sensible de los hijos de Dios", dice el mismo autor, "es tener en el corazón gran señal de bondad y caridad. Porque como Dios es amor y su naturaleza es hacer el bien, nos aproximamos tanto más a la Divinidad cuanto mayor inclinación tengamos de hacer bien a los demás, a la manera de Dios que lo hace a todo el mundo".

El sacerdote santo no sólo comprende, sino que practica con inexplicable felicidad esta sublime moral. La caridad es su elemento y su vida. Veamos ahora los actos cuyo principio es su caridad.

106.—Todos los hombres, a decir verdad, necesitan alguna ayuda, cualquiera que ella sea. Espiritual o corporalmente, son todos más o menos miserables, y podría decirse, en cierto sentido, que la familia humana, sin exceptuar uno solo de sus miembros, representa los enfermos de un vasto hospital donde estuvieran amontonadas todas las miserias a que está sujeta la pobreza humana. El sacerdote está nombrado por Dios mismo (permítasenos la palabra) médico mayor de este hospital, y tiene en la oficina de su caridad todos los remedios necesarios para la curación de los diversos enfermos confiados a su cuidado.

He aquí la idea que el sacerdote santo se forma de su divino ministerio. Convencido de que está rodeado de múltitud de enfermos, que en uno u otro sentido tienen necesidad de su asistencia, se ocupa continuamente en animarlos, como esos médicos asediados de enfermos que apenas tienen tiempo de reparar sus fuerzas por el alimento y el sueño. Veamos los principales de sus actos de caridad.

107.—*Da consejos.* Un buen consejero es un tesoro inagotable. ¿Quién puede decir las graves imprudencias y aun los crímenes que un buen consejero impide cometer?—¿Y quién dará tales consejos a no ser el sacerdote santo que siempre practica primero lo que recomienda a los demás? Habiéndole enseñado la experiencia la eficacia de estos sabios avisos, aprovecha con felicidad la ocasión de darlos a todos aquellos que vienen a reclamar de

él ese favor. Sin aspereza ni brusquedad, no se le escapa ni una sola palabra que revele frialdad o impaciencia: accesible a todo el mundo, se dice a sí mismo como San Pablo, *Sapientibus et insipientibus debitor sum*, e inspirándose en estas palabras, es siempre afable y está siempre dispuesto a responder, por la dulce amenidad de su celo, a la confianza que se le demuestre.

Además, no espera que se implore la asistencia de su caridad. Si él sabe que alguno a quien puede acercarse tiene necesidad de ser iluminado por un consejo o excitado por el ánimo, gusta de ser el primero en hacerlo y de dar *motu proprio* lo que acaso no se le osaría pedir sin temor de ser importuno. Por lo demás, se conduce de tal manera que previene y disipa tal temor, repitiendo con frecuencia que es feliz siempre que se acude a su caridad.

Dispuesto de este modo, ama y es amado, y este mutuo afecto, unido a la ferviente piedad de que sabe que está animado, da a todos sus consejos una gracia y un poder particular que aseguran su eficacia.

¿Quién nos impide a todos obrar así? ¡Cuántas ocasiones tenemos a cada momento de emplear buenos consejos! Seamos santos; llenemos nuestros corazones de la caridad de los santos, y veremos si todas las personas que se acerquen a nosotros o a quienes nosotros nos acerquemos, no reciben de nosotros un consejo caritativo, o a lo menos una de esas buenas palabras que saben decir tan bien los sacerdotes santos, y que dejan siempre en el fondo del alma una saludable impresión.

108.—*Corrige con prudencia.* El sacerdote santo, aprovechando todas las enseñanzas de su divino

Maestro, nunca olvida estas palabras: *Si peccavit in te* (es decir *coram te*, según los intérpretes), *vade et corrige eum inter te et ipsum solum; si te audierit, lucratus es fratrem tuum;* y como tiene hacia su prójimo una caridad sincera, mira como un deber reprenderlo paternalmente para que abra los ojos sobre la falta que intenta cometer o ha cometido y para apartarlo del mal camino que ha emprendido.

Un sacerdote imprudente y ligero, que tenga en el corazón más amargura que verdadera caridad, hará también reconvenciones a los pecadores; pero dejándose llevar de los ardores desordenados de un celo que no es según Dios, irritará en vez de apaciguar, endurecerá en vez de ablandar y ahondará el abismo en vez de llenarlo. Lejos de reprender como el sacerdote santo, con la caridad de un padre, querrá regir con la autoridad de un déspota; y mientas que su caridad es bendecida, su autoridad es despreciada. Peor será todavía si en lugar de ir a buscar al delincuente para hacerle en secreto las advertencias convenientes, *inter te et ipsum* SOLUM, le dirige de pronto una reprensión pública, casi siempre inútil y con frecuencia perjudicial, cuya corrección no debe hacerse, en todo caso, hasta después de haber intentado la secreta.

"Se debe, decía San Vicente de Paúl, dejar transcurrir algunas horas, y meditar bien ante Dios antes de reprender, sobre todo cuando la falta es grave y la persona poco dispuesta a la corrección." También daba este consejo, que nunca meditaremos demasiado: "Es preciso ser todo de Dios para ayudar al prójimo con una fraternal corrección." He aquí lo que hace tan eficaces las caritativas reprensiones del sacerdote santo: gusta dejarse ganar por el encanto de su tierna piedad, y casi siempre

el imperio que ejerce su alta virtud, le dispensa de recurrir al medio extremo de la corrección pública.

Desgraciadamente, caemos siempre en el exceso. Los unos no hacen caso de la corrección fraternal, y como saben que hay circunstancias en que puede ser omitida, la toman como si fuese simplemente aconsejada, cuando realmente está prescrita con frecuencia, sobre todo a un pastor. Los otros, no queriendo ver que obedecen más bien a una impetuosidad natural y acerba que a un precepto de caridad, corrigen fuera de tiempo, sin precaución, sin consideraciones y, por consecuencia, sin fruto.

Evitemos este exceso y tengamos por guías: los principios de la santa teología, una prudencia consumada, un celo inspirado por una sólida piedad y por una caridad contemporizadora. Tales son las reglas que rigen al sacerdote santo en esta importante materia.

109.—*Instruye por sus predicaciones.* ¡Qué ministerio de caridad es el del predicador!—¿Quién podrá decir los miles y millones de almas convertidas, salvadas y puestas en posesión de la eterna beatitud por medio de la predicación?—¿Porqué este instrumento de caridad, proporcionado por Dios para la salud de los pueblos, es con tanta frecuencia inútilmente empleado?—¿Atribuiremos esta desdicha a la ceguedad, a la indiferencia, a la dureza obstinada de los pecadores? Sin duda que sí: pero ¿son tan sólo ellos culpables del mal que deploramos?

¡Ah! ¡Si todos fuésemos santos y fervorosos sacerdotes!... ¡Si predicásemos con nuestras obras tanto como con nuestros discursos! ¡Si el fuego sagrado de la caridad y las llamas del celo abrasaran

nuestras almas! ¡Si estuviéramos profundamente impresionados por la meditación continua de las verdades de la fe! ¡Si la vista de la espantosa multitud de pecadores nos hiciera verter lágrimas de caridad y de compasión! ¡Si el crucifijo, recordándonos el inmenso amor de Jesús, nos recordase también que somos los pastores responsables de las almas por las cuales el divino Salvador derramó toda su sangre! Si, en una palabra, fuésemos santos, ¡qué de reformas en nuestras parroquias y qué profundos gemidos dejaríamos escapar al ver que hemos imputado severamente a nuestros hermanos aquello en que nosotros tenemos, por lo menos, tanta culpa como ellos!

No es posible figurarase el cambio que se verificaría en los predicadores, si todos ellos se inspirasen nada más que en el foco de la caridad y de la santidad.

Entonces los niños serían catequizados con asiduidad, con celo, con piedad, con muestras de contento, de cariño y de interés. Nada de catecismos sin preparación, nada de repugnancia por este ejercicio tan importante, nada de repulsiva severidad respecto a los pequeños corderos de Jesús.

Entonces, tantos grandes sermones, que dicen poco o nada, serían reemplazados por instrucciones sólidas y prácticas que siempre dan frutos abundantes, sobre todo cuando proceden de un pastor de piedad eminentemente reconocida.

Entonces en lugar de esos discursos vagos, abstractos, metafísicos e ininteligibles, para la generalidad de los oyentes, se daría un curso completo de instrucciones dogmáticas y morales sobre todos los asuntos de la doctrina cristiana.

Así obra el sacerdote santo y sobre todo el cura

párroco cuando, inspirado por la caridad que le anima, ejercita un ministerio tan útil como es el de la predicación.

110.—*Salva las almas en el santo tribunal.* En este punto es donde triunfa su santa caridad. En este sitio, adonde le envía la misericordia de Dios, es juez, y a este título reivindica los derechos de la majestad divina, en cuyo nombre pronuncia sus sentencias; pero es también *médico*, y además *padre*, y sabe que debe tener este doble carácter, para sus enfermos y para sus hijos, en sus dilatadas entrañas, por la divina bondad de que es instrumento.

Una multitud de sacerdotes están encargados de este importante ministerio; pero, cuando lo ejercen, ¿lo practican como un ejercicio de caridad?—¿Creen algunos que basta sentarse en el santo tribunal, oir los pecados y conceder o negar la absolución, según las disposiciones de cada penitente? Bueno es sin duda; pero el sacerdote santo no debe limitarse a esto cuando quiere hacer de su ministerio un completo ejercicio de caridad.

El sacerdote santo, al considerar el bien que hace como confesor, se dedica con gran celo al ministerio de la confesión y ama el santo tribunal. ¿Le amamos como él? ¿Nos sentamos allí con gusto, sabiendo que vamos a trabajar en la salvación de las almas?

El sacerdote santo no oculta que es feliz oyendo confesiones, y, como se conocen sus disposiciones en este punto, todos se dirigen a él sin temor de un recibimiento frío y repulsivo. ¿Se tiene de nosotros esta opinión en la localidad que habitamos? ¿Se sabe que amamos el santo tribunal y nos conducimos de una manera propia para facilitar su acceso a los pecadores?

El sacerdote santo, por medio de exhortaciones públicas y privadas, aprovecha todas las ocasiones para determinar a los pecadores a confesarse. ¿Le imitamos en tan importante punto? ¿Se inflama nuestro celo al hallarnos en contacto con algún pródigo? ¿Le obligamos con ferviente caridad a reconciliarse con Dios por medio de una confesión sincera?

El sacerdote santo acoge con celo siempre igual a todos los penitentes que vienen a buscarle, sin dejar ver la más pequeña distinción ni la menor preferencia. Tengamos, como él, esa perfecta igualdad de celo que no hiere a nadie y que edifica a todo el mundo, diciendo como el piadoso Colombiére: "El alma de un pobre es tan querida a Jesucristo como la de un rey, e importa poco la clase de almas de que se llena el paraíso."

El sacerdote santo ve en cada persona que se le acerca un pobre hijo que Dios le envía para que lo ilumine, lo sostenga, le dé ánimos, lo consuele y lo santifique. ¿Nos ocupa este pensamiento de caridad y de celo? ¿Bendecimos a Dios porque nos presenta ciegos a quienes iluminar, enfermos que curar, almas decaídas que animar y pecadores que salvar?

El sacerdote santo, fiel imitador de la dulzura de Jesucristo, no muestra jamás señales de impaciencia ni de enojo; sus exhortaciones son siempre animosas, llenas de unción y paternales, y cuando reprende, se ve que su reprensión es hija de su celo y de su caridad. ¿Podemos dar nosotros semejante testimonio? ¿No hemos abreviado nunca las confesiones, a expensas de su integridad, con alguna impaciencia, alguna brusquedad o alguna señal de cansancio o de fastidio? ¿Nuestras exhortaciones y

reprensiones han sido siempre las de un padre?

Alabemos a Dios, muy queridos compañeros, si podemos dar a estas preguntas contestaciones edificantes.

III.—*Ora y ofrece todas sus buenas obras por el prójimo.* ¿Cómo no orar y trabajar siempre por nuestros hermanos, si creemos con fe que, como sacerdotes, somos los intermediarios entre el hombre culpable y la majestad de Dios ultrajada? ¿Quién apaciguará la cólera celeste, si los ministros del gran Rey no defienden ante él la causa de sus rebeldes súbditos?

Si somos por nuestra santidad sacerdotes, según el corazón de Dios, él solo conoce los prodigios de gracia y de conversión que podemos obtener de su infinita misericordia.

Ante este pensamiento, veamos sin engreirnos si llenamos dignamente nuestro deber de mediadores. ¿Oramos mucho por los pecadores? Habiendo muerto Jesucristo por salvarlos, debemos creer que la oración que más estima es la que tiene por objeto la salvación de los pecadores. Lo diremos otra vez, ¿oramos por ellos?

Vamos a insinuar nuestro pensamiento; nosotros oramos, sí; ¿pero oramos por los pecadores? ¿Oramos habitualmente por un fin bien preciso y bien determinado? ¿Nos recogemos un instante antes de nuestras oraciones, para formular una dirección de intención especial? Si en medio de uno de nuestros rezos se nos interrumpiera súbitamente para preguntarnos qué gracia particular y bien especificada deseamos obtener por esta oración, ¿cuál sería nuestra respuesta?

¡Cuántas oraciones poco eficaces que podríamos hacer excelentes! Oraciones mentales, vocales, lec-

turas piadosas, recitación del santo oficio, celebración de los santos misterios; ¡qué abundantes recursos! ¡Qué minas de oro para los pecadores, si las explotásemos en provecho de ellos, como lo hacen los santos sacerdotes!

No sólo todas nuestras obras y todos los actos de nuestro ministerio, tan santos en sí mismos, tan meritorios cuando se ejecutan con la pureza de intención que exigen, sino todas nuestras penas, todas nuestras fatigas, y todas las acciones en que empleamos los días, ¿está todo esto santificado por una dirección de intención especial, o más bien no está esterilizado por la rutina?

Seamos santos; hagámonos un fácil acceso hasta el corazón de Dios por una vida verdaderamente sacerdotal, y entonces, ¿qué será necesario para hacer caer a cada instante convertidas en lluvia de gracias todas las oraciones y buenas obras que acabamos de enumerar? ¿Qué será preciso? Una sola cosa: dirigir nuestra intención al principio de cada uno de estos actos; su cumplimiento no será penoso, y serán infinitamente más abundantes en frutos de salvación para nuestros hermanos y para nosotros mismos.

112.—*Asiste a los pobres.* Se podría creer a primera vista que, siendo el sacerdote especialmente pastor de las almas, no tiene por especial misión aliviar las miserias corporales de sus hermanos. No es así. Ya hemos dicho que es el hombre de la caridad, y como la caridad abraza al hombre todo entero, ninguna desgracia, sea del alma o del cuerpo, debe encontrarle insensible. Así, su elogio no sería completo, si después de haber dicho que es, por el fervor de su celo, un salvador de almas, no se pudiese añadir que es el padre de los pobres.

Pero cuando se encuentra en él este bello rasgo, que caracteriza la caridad del sacerdote santo, entonces el cielo y la tierra le bendicen de consuno, y su misión sacerdotal está cumplida. Interroguémonos sobre este punto para ver si cumplimos hasta el fin el precepto de la caridad.

¿Amamos a los pobres? ¿Los amamos con ese amor de tierna compasión que hace tanto bien a quien la demuestra? "La verdadera idea de un co-"razón réprobo, dice el P. Saurín, es un rico bien "acomodado en su casa, bien acondicionado, bien "cuidado... que juega, que pasa agradablemente el "tiempo... y que mira a los pobres y a los misera-"bles como cosa que nada le importa. Esto es lo "que condenó al mal rico".

¿Asistimos a los pobres? ¿Saben ellos, por nuestros beneficios, que cada uno de nosotros es para ellos padre? ¿Nos imponemos alguna privación en lo tocante al alimento, al vestido, al mueblaje y aun algunos libros útiles que tuviéramos intención de comprar, queriendo ante todo alimentar a los pobres de Jesucristo y acudir a otras necesidades de ellos?

¿Visitamos a los pobres para mostrarles interés, consolarlos, exhortarlos a la paciencia y hacerlos buenos cristianos?

¿Estimulamos en su favor la caridad de los ricos? ¿Defendemos su causa ante éstos? ¿Refutamos las objecciones ordinariamente alegadas por las gentes mundanas para dispensarse de la limosna?

¿Damos ejemplo de generosidad? ¿Se sabe que apelamos a la bolsa de los ricos cuando la nuestra está vacía? ¿No somos ante todo los repartidores de las limosnas de los otros primero que de las nuestras propias?

¿Estamos *teológicamente* en regla con relación a nuestros haberes? ¿Miramos como nuestro bien propio la porción superflua de estos haberes que es el patrimonio de los pobres? ¿No duerme alguna parte de esto en culpable ociosidad y no será su despertar un escándalo?

¿Provocamos las obras de caridad que pueden establecerse en la población que habitamos?—¿Somos los primeros en proponer, por honor del sacerdocio, que no se deje adelantar por la caridad laica?

¿Por último, somos realmente los amigos, los bienhechores y los verdaderos padres de los pobres, y tenemos bien adquirida esta reputación?

113.—*Visita y consuela los enfermos y los afligidos.* ¿Cuál es nuestra conducta respecto a esto?—Los enfermos que sufren no tan solamente de su mal, sino también de su aislamiento y del abandono en que se les deja, ¿reciben de nosotros los consuelos de que tienen necesidad?—¿Los visitamos con aquella tierna caridad que, por algunos instantes a lo menos, calma sus dolores y les hace decir con vivo sentimiento de gratitud que somos sus verdaderos y sus mejores amigos?—¿Nos limitamos a visitarlos cuando nuestro ministerio es para ellos de indispensable necesidad, no yéndolos a ver cuando la enfermedad no es muy grave y sí sólo cuando hay que prepararlos a bien morir o hay que administrarles los últimos sacramentos?

¡Ojalá pueda dar nuestra conciencia satisfactoria respuesta a estas preguntas!

Los enfermos y los pobres no son los únicos que sufren en la tierra. ¿Quién podrá enumerar las diversas aflicciones de que es presa la humanidad?—Pobres, afligidos, ¿quién os consolará en vuestras

desoladoras angustias?—La indiferencia os olvida, sí; pero la caridad os visita; el sacerdote santo está aquí para verter de su corazón al vuestro el bálsamo consolador cuyo secreto posee mejor que nadie.

¿Imitamos al secerdote santo en tan importante punto?—¿Nos trasladamos los primeros a casa de los afligidos cuando sabemos que ha caído sobre ellos alguna adversidad?—¿Sentimos en tales circunstancias que el corazón nos empuja hacia la casa de las lágrimas? ¿Gustamos una verdadera felicidad al consolar a estos infortundos por reflexiones de fe, esperanza y resignación, y con dulces palabras impregnadas de caridad que edifican a los que las oyen y hacen bendecir al que las profiere?

114.—Detengámonos, aunque no esté dicho todo sobre esta inagotable materia.

Bien lo véis, queridos colegas: nuestra misión en la tierra es verdaderamente divina. Nosotros no concentramos nuestras afecciones en el estrecho círculo de una familia; la Iglesia, al prohibirnos el matrimonio, tuvo por objeto universalizar nuestra caridad; en lugar de una familia compuesta de algunos miembros, nos ha dado a todos los afligidos por hijos.

Abramos, pues, nuestros corazones a la caridad, venerables colegas. Dejémonos guiar constantemente por esta hermosa y santa virtud que agrada a todo el mundo. Que nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros trabajos, nuestro ministerio, nuestras obras, todo nuestro ser, estén animados por el espíritu de caridad que es el fondo y la substancia del cristianismo: *Plenitudo legis, dilectio.* Busquemos la felicidad en la práctica de las obras de misericordia, que allí la encontrare-

mos sin duda, pues el mismo Jesucristo nos lo asegura: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.*

CAPITULO VII

Dulzura.—Su necesidad.—Su práctica.—Lo que prescribe y lo que condena.

115.—Hay tantos puntos de contacto entre la dulzura y la caridad para con el prójimo, que parece, por decirlo así, superfluo tratar de la primera cuando se acaba de hablar de la segunda. Es verdad que puede faltar la caridad sin herir la dulzura; pero ¿cómo atentar contra la dulzura sin herir a la vez la caridad hacia el prójimo? Será fácil convencerse de esta verdad revisando el capítulo anterior, en el que enumeramos varios defectos que atentan a la vez contra la dulzura y la caridad.

La virtud de la dulzura es tan absolutamente necesaria a todo el mundo, que nuestro Señor Jesucristo ha tenido particular empeño en ser el maestro de ella. Es digno de notarse que este divino Salvador, que ha recomendado todas las virtudes y ha querido inculcárnoslas con su doctrina y sus ejemplos, se haya reservado, sin embargo, para sí mismo la enseñanza especial de la dulzura y de la humildad: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.*

Discite a me. "¡Oh, Salvador mío!" decía con este motivo San Vicente de Paúl, "¡qué palabra! ¡qué "felicidad ser vuestros discípulos y aprender esta "lección tan corta y tan excelente que nos hace "como vos sois!"

Por lo demás, creeríamos abusar de la paciencia de nuestros lectores desarrollando aquí todas las pruebas de la necesidad de la dulzura. Recordaremos solamente en pocas palabras que esta virtud es mucho más necesaria aún al buen sacerdote que al simple fiel. "Su celo es estéril, hemos dicho en "*La Práctica del celo,* si no tiene por auxiliar y por "apoyo la confianza, la estima y el afecto de los "pueblos. Aunque hable con autoridad verdadera- "mente divina; aunque ocupe el lugar de Dios "mismo y tenga el derecho de amenazar a los pe- "cadores con los más terribles castigos; sin embar- "go, como estos castigos no son actualmente sen- "sibles, y para castigar a los que se resistan no "tiene a su disposición la vara y el azote, la prisión "y las multas, no le obedece sino el que quiere, "y ordinariamente no se le quiere obedecer, cuan- "do, en lugar de exhortar con bondad, manda "con dureza. Si se enajena los espíritus y los co- "razones por su brusquedad, sus vivacidades y "sus amargas reprensiones, ¿qué bien podrá ha- "cer? ¡Cuántos obstáculos encontrará a cada mo- "mento!"

Añádase a esto el escándalo que daría un sacerdote, fomentando el vicio contrario a la dulzura en vez de combatirlo, si dejase estallar su cólera. Hay pocos vicios que se disculpen más fácilmente entre las gentes del mundo, pero que nadie quiere ver en un eclesiástico. ¿Un sacerdote colérico?... ¡qué escándalo! Apliquémonos a combatirlo, y no depongamos las armas hasta haber alcanzado la victoria, aunque como San Francisco de Sales tengamos que comprarla con diez y ocho años de luchas y de esfuerzos.

116.—He aquí algunos indicios por cuyo medio

nos será dado conocer si necesitamos la virtud de la dulzura.

¿*Somos orgullosos?* Tengamos cuidado: la humildad no será tan sólo la única virtud que herirá nuestro orgullo. La dulzura, su amiga predilecta, será también con frecuencia la víctima de este vicio. Préstese atención, y se verá que el orgullo, la estimación de sí mismo, es lo que provoca ordinariamente la cólera.

El hombre vano y tontamente enfatuado de su propio valer, se imagina que todo se le debe a él; si alguno le ataca, se pone fuera de sí para vengar por la cólera el mérito que se atribuye.

El hombre verdaderamente humilde es, por el contrario, siempre moderado; como está profundamente penetrado del sentimiento de su pequeñez, se coloca, por su humildad, sobre todas las humillaciones que se lancen, y en este caso, ¿qué dominio puede tener la cólera sobre él? Seamos, pues, humildes, por consideración a la humildad y a la dulzura, su inseparable compañera.

117.—*¿Somos ardientes por naturaleza y por temperamento?* ¿Sentimos dentro de nosotros como un fuego secreto que se enciende y brota a la menor oposición, como brota la chispa al frote del eslabón sobre el pedernal? Tengamos cuidado: este calor natural, si no tratamos de amortiguarlo, perturbará nuestra razón, falseará nuestro juicio, nos hará cometer muchas faltas y muchas imprudencias que nos costarán caras, y será para los pueblos una ocasión frecuente de descontento y de escándalo

Ataquemos con vigor este ardor desordenado. No hablemos, ni obremos jamás cuando sintamos que el fuego anda por nuestras venas, que nuestro

rostro se enciende y que el volcán va a declararse en erupción. Callemos, callemos, o, mejor, hablemos; pero sólo con Dios para decirle: *Adjuva me, Domine... Veni, Domine Jesu, veni.*

118.—*¿Somos de carácter quisquilloso, egoístas, amigos de contradecir y de hacer siempre la oposición?* Tomemos precauciones; porque los hombres de ese temple son apasionados por la discusión. Si comenzáis por emitir vuestra opinión sobre un punto cualquiera, como no sea de toda evidencia, podéis estar seguros de que os han de contradecir. Disecarán hasta lo más minucioso de vuestra proposición; levantarán una argumentación en regla sobre un punto al que no concedéis ninguna importancia; demostrarán la debilidad de vuestros argumentos y la fuerza de los suyos; y todo ello se hace menos por amor a la verdad que por inclinación a la disputa y terquedad en defender su opinión. Un hombre de tal carácter, que combate a todo trance vuestra inofensiva proposición, acaso hubiera atacado con el mismo ardor la misma de que se hace defensor, si la hubiérais expuesto desde un principio.

Hemos conocido algunos que estaban tan dominados por el defecto que señalamos en este momento, que, para vivir en paz con ellos, los hombres sabios y prudentes tenían por regla no hablar nunca los primeros. En las conversaciones que tenían juntos les dejaban tomar siempre la iniciativa, y, a no ser que la cosa fuese muy importante, se adherían, *pacis causa,* a todas las opiniones que emitían.

Se preguntará acaso en qué puede herir este defecto a la dulzura, puesto que este espíritu de contradicción puede producirse absolutamente sin cólera. Nosotros contestamos que la hiere muy fre-

cuentemente. Con efecto: ¿cómo es posible que, haciendo siempre la oposición a todo, no se tropiece con interlocutores que hagan frente y rehusen hacer el sacrificio de sus opiniones cuando las creen justas y razonables? Tienen también los hombres de que hablamos aquí un no sé qué de agresivo que provoca naturalmente la resistencia; y cuando se verifica, aparecen las oleadas de palabras que atraen otras calurosas discusiones apasionadas, y, por último, las palabras más o menos dañinas, y acaso un fondo de acritud que dura mucho tiempo después de la discusión originada.

Estemos en guardia contra este mal espíritu de contradicción y de disputa. Nada de discusiones ociosas; y cuando se entablen, cedamos y pasemos a otra cosa. Si la discusión es necesaria o útil, expongamos nuestro sentir sin calor ni apasionamiento. La verdad quiere ser defendida con gravedad y modestia; y así la defenderemos, si no buscamos realmente más que su triunfo. Pero si en nuestra discusión tenemos por móvil la vanagloria que produce una disertación hábilmente sostenida, casi con seguridad seremos impetuosos, arrogantes, altaneros y aun quizá violentos y arrebatados.

119.—*¿Somos susceptibles?* Tengamos cuidado: rara vez están de acuerdo la dulzura y la susceptibilidad. Entre los vicios sociales, no conocemos nada más insoportable que la susceptibilidad. ¿Hay, con efecto, algo más desagradable que vivir habitualmente con un hombre que os cree, si no decididamente enemigo suyo, a lo menos animado de sentimientos más o menos malévolos hacia él? Un hombre susceptible no tiene los ojos abiertos más que para cogeros en falta. Tened, respecto a

él, un verdadero fondo de adhesión y de benevolencia; si él se persuade alguna vez de que no le gustáis, no habrá nada vuestro que pueda serle agradable. Vuestras demostraciones de estimación y afecto serán tachadas de adulaciones, y no sabréis cómo conduciros para volver a su gracia.

Este defecto es tanto más persistente y tenaz, cuanto que el que está sujeto a él no piensa jamás que le toca nada. Se cree infalible en sus apreciaciones, y todo lo que se haga para disuardirle no quebranta en lo más mínimo la firmeza de su atrabiliaria convicción. ¡Cuántos leerán acaso esta página, aprobarán el contenido, y no pensarán en modo alguno en tocarse el pecho diciendo: *Tu es ille vir!*

Cuando uno está así dispuesto, es desgraciadamente verdadero el decir que vive en un continuo estado de hostilidad contra la virtud de la dulzura. Con efecto: se concibe que la susceptibilidad, cuando se sufre su influencia, mantiene naturalmente en el fondo del alma una mala levadura de acritud y de aversión, de donde nacen frecuentemente las explicaciones poco comedidas, las recriminaciones injustas, y algunas veces las escenas en que la dulzura y la caridad son sacrificadas.

120.—*¿Somos naturalmente poco dispuestos a la indulgencia e inclinados, por el contrario, a la severidad?* Estemos prevenidos: esta inclinación tan opuesta al fondo de benignidad y de inefable mansedumbre que caracterizaba a nuestro divino Salvador, predispone a cosas que la dulzura condena. Así, por ejemplo, el sentirse indignado cuando hay que sufrir algo por una falta cometida por algún otro; no admitir excusas; no atribuir nada a la ligereza y a la debilidad, sino suponer siempre una

malicia meditada; reprender con arrebato y no admitir una palabra de réplica, para tener el placer de dominarlo todo a su gusto; castigar, en fin, con excesiva severidad, sin que haya proporción entre el castigo y la falta cometida: ¿qué es esto, sino otras tantas ofensas contra la dulzura?

¡Ah, si tuviésemos constantemente a la vista nuestro divino modelo, qué cambio no se verificaría sólo por esto en nuestra conducta! ¡El, que era tan bueno, tan dulce, tan indulgente y tan tierno con todo el mundo! ¡El, que llamaba a Judas su amigo y que no retiraba sus labios cuando el infame Apóstol aplicaba en ellos su beso de apóstata! ¡El, que sin pronunciar una palabra ni manifestar la menor emoción se oyó tratar de insensato en casa de Herodes y de blasfemo en casa de Caifás! ¡El, que permanecía tranquilo, paciente y resignado bajo la corona de espinas que ensangrentaba su cabeza, bajo los azotes que desgarraban su cuerpo, bajo la mano que le abofeteaba, y bajo los innobles salivazos de que se cubrió su faz divina! El, en fin, que, hasta en la cruz, llenaba el colmo de su dulzura defendiendo ante su Padre la causa de sus verdugos: *Pater, ignosce illis, nesciunt enim quid faciunt!*

Sacerdote de Jesucristo, tan poco indulgente para con el prójimo, ¿no te sientes humillado viendo tanta dulzura en tu modelo y tanta severidad en tí mismo? Mira y obra... *Inspice et fac secundum exemplar.*

121.—Pero para decir algo más práctico aún sobre la virtud de la dulzura, que quisiéramos ver implantada en el corazón de todo sacerdote, haremos de lo que precede algunas aplicaciones directas.

¿No somos demasiado severos para con los niños?

Esto está muy mal visto en un eclesiástico empleado en el santo ministerio o encargado de la educación de la juventud en los seminarios y colegios.

Hay sacerdotes que tienen por los niños tan poca inclinación natural, que no pueden sufrirlos de ninguna manera. Todo lo de estos pequeños seres les cansa y los desagrada, y quisieran verlos tan graves y serios como ellos mismos. La menor ligereza es tratada por éstos como una notable falta que merece castigo. Jamás tienen una palabra graciosa y amable, jamás una benigna sonrisa; siempre, por el contrario, un aire frío y seco, y palabras imperiosas y vigorosamente acentuadas A esto llaman firmeza y dicen que es imposible gobernar de otro modo a ese pequeño pueblo. Los sacerdotes que se conducen así son casi siempre hombres que, además del poco afecto que tienen naturalmente a los niños, quieren estar perfectamente tranquilos, ser siempre puntualmente obedecidos y no ver jamás a su alrededor el más ligero desorden: éstos son con frecuencia hombres naturalmente serios y ocupados en estudios profundos. Hay tanta distancia entre la disposición habitual de su espíritu y la loca ligereza de lo niños, que las consecuencias de este contraste son frecuentes choques.

Sí, lo repetimos, esto está muy mal visto bajo muchos aspectos. No amando a los niños y no pudiendo sufrir su movimiento continuo, se incomoda uno por el menor motivo y se aplican severos castigos por pecadillos. Algunas veces se dejan escapar palabras que no están en su lugar y se llega a los malos tratamientos, de que padecen mucho la caridad y la dulzura. Por otra parte, se indispo-

ne contra uno mismo a esos niños que, en una edad más avanzada, conservan generalmente en su corazón el amargo recuerdo de los castigos excesivos que se les aplicaron en otro tiempo. Y además, ¿cómo se quiere no perder su confianza, cuando se los aleja en lugar de atraerlos, temblando de ir a confesarse con quien tan mal los trata, y cuando lo hacen no es más que por temor y llevando un fondo de turbación y de timidez soberanamente deplorable, pues su triste resultado es alguna veces el sacrilegio?

En cierto sentido, sería aún más sensible que la severidad no se manifestase sino respecto a ciertos niños, aunque éstos no fuesen más culpables que los otros. Por ejemplo, si no faltase la dulzura más que con los niños poco favorecidos por la fortuna, por el talento o por la posición social de sus padres, mostrándoles habitualmente un rostro severo, y reservando los favores para los distinguidos. ¡Oh! entonces se concibe cuán humillante sería una preferencia tan marcada para los que tuvieran la desgracia de no poder aspirar a ella.

Así, pues, no haya parcialidad en nuestras afecciones. Imitemos a nuestro divino Maestro que en todo, ha querido servirnos de modelo. Un día, durante una seria predicación que dirigía a una multitud numerosa, era interrumpido a cada momento por las madres que venían a presentarle sus niños para que los tocase con su mano. Viendo esto sus discípulos, increpaban a las personas que le interrumpían de aquella manera. *Comminabantur offerentibus.* ¿Pero qué dijo y qué hizo Jesús? Escuchemos: *Quos quum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me: talium est enim regnum coelorum..., et complexans eos, et im-*

ponens manus super illos, benedicebat eos. Otro día se aprovechó también de la presencia de un niño para demostrar lo querida que le era la infancia: *Accipiens puerum, statuit eum in medio eorum; quem cum complexus esset, ait illis: Quisquis unum ex hujusmodi pueris receperit in nomine meo, me recepit; et quicumque me susceperit, non me suscipit sed eum qui misit me.*

¿A quienes conviene esta instrucción más que a aquellos que perpetúan el divino ministerio del que la ha dado?

122.—*¿No faltamos a la dulzura en el santo tribunal?* Si alguna circunstancia hay en que necesariamente debe practicarse esta virtud, es seguramente cuando se reciben las penosas revelaciones de un penitente que tiembla al pie de su confesor; que ha sufrido acaso veinte veces la tentación de no presentarse, y que no se ha determinado a ello sino porque tenía la esperanza de ser acogido con indulgente bondad. ¡Qué desgracia si se engaña su esperanza, y si, en lugar de la dulzura con qué contaba, no encuentra más que una severidad repulsiva, brusquedad, precipitación y reprensiones acerbas!

Notemos bien esto, queridos colegas: no creamos que la dureza y la insensibilidad de nuestros penitentes nos autorizan a usar la misma dureza con ellos. Iluminemos, instruyamos, reprendamos también si es preciso, pero que haya siempre dulzura en el fondo de nuestras reprensiones. Apliquemos las reglas, pues debemos hacerlo; pero templemos siempre sus exigencias con la suavidad de nuestro lenguaje: *Suaviter in modo, fortiter in re.*

123.—*¿Faltamos a la virtud de la dulzura en nuestras predicaciones?* Esto es lo que sucedería si nuestro celo de apóstoles tuviese algo de amargo que

rechazase a los oyentes en vez de atraerlos. Esto es lo que sucedería si hiciéramos más pesado el yugo de Jesús con exageraciones que le quitarían su atractiva suavidad, de modo que ya no se pudiera decir: *Jugum meum suave est*. Esto es lo que sucedería si no tratásemos jamás de otra cosa que de asuntos terribles, y si, aun tratando de asuntos más dulces, dejáramos percibir algo de seco y de austero en el tono, en el gesto y aun en el mismo fondo del discurso. Esto es, en fin, lo que sucedería si nos permitiésemos alusiones personales ofensivas, si bien no directas, lo cual no queremos siquiera suponer, por lo menos tan poco veladas que fuese imposible no ver a quién aludíamos.

¡Qué atentado público cometeríamos contra la virtud favorita de Jesús si nos condujésemos de ese modo en un ministerio que debe brillar particularmente por el caritativo celo y la dulce unción del que lo ejerce!

124.—*¿Nos falta dulzura respecto a las personas, cualesquiera que ellas sean, que necesitan nuestros servicios o que tienen que tratar con nosotros algún asunto?* Siendo el sacerdote el representante de Jesucristo en la tierra, debe ser fácil acercarse a él como lo era a nuestro amable Salvador; debe mostrar a todo el mundo un rostro afable, atractivo y que prevenga en favor suyo, como diciendo a todos: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos*. Entonces se ve rodeado de estimación, de confianza y de tierno afecto. Entonces se ve en él a un padre en cuyo seno gusta explayarse. Entonces los más endurecidos pecadores, desarmados y atraídos por su inalterable dulzura, concluyen por escogerlo para confidente de sus miserias, y le proporcionan la felicidad de ser para

con ellos el instrumento de la divina misericordia.

125.—*¿Ofendemos la virtud de la dulzura con nuestra conducta respecto a las personas que nos están sometidas?* Quizá en nuestras relaciones con estas personas es cuando cometemos más faltas contra la dulzura. Esto se explica por la frecuencia de nuestras relaciones con ellas y por la gran libertad de lenguaje y de acción que creemos poder usar con los inferiores; se tiene cuidado con las personas altas a quienes se trata, pero no con aquellas sobre las que se ejerce alguna autoridad. Esto nos parece exacto, pero de todos modos, para poner mejor el dedo en la llaga, diremos que las numerosas faltas que cometemos contra la dulzura, respecto a las personas que dependen de nosotros, provienen del deseo que tenemos de ser bien servidos, obedecidos puntualmente, tratados con respeto y rara vez contradichos; lo que, bien traducido, quiere decir que nuestras faltas de dulzura se explican naturalmente por nuestra falta de mortificación. San Francisco de Borja, después de haber llamado en vano repetidas veces a la puerta de un convento, permaneció al raso expuesto a la nieve que caía a grandes copos; y cuando, por último, vino a abrirle el portero, le habló con encantadora dulzura y no le dirigió el más ligero reproche: ¿por qué? Porque era dulce por la razón de que se mortificaba. Nosotros, por el contrario, nos impacientamos por cualquier bagatela y armamos una tempestad en un vaso de agua; hacemos, según Dios, bastante más daño alguna veces que la persona a quien aplicamos una corrección bastante poco fraternal: ¿por qué así? Digámoslo: porque no tenemos la dulzura ni la mortificación de San Francisco de Borja.

El gran secreto para practicar la dulzura es saber sufrir. Aprendamos a sufrir, y la dulzura se implantará por sí misma en nuestra alma, y cuando ella sea la reina de tan pequeño imperio, todo respetará su amable autoridad; el corazón será calmoso y moderado, la voluntad sumisa y bien regulada y todas las facultades del alma contribuirán al establecimiento y consolidación de la paz; el exterior mismo anunciará que la dulzura es la reina del campo.

Las impaciencias y las rivalidades con respecto a los inferiores, debieran reprimirse con particular cuidado, no sólo porque su frecuencia y la frivolidad de sus motivos dan una mezquina idea de la virtud de un sacerdote a todos los que dependen de él, sino también porque cuando los inferiores que ahora están bajo sus órdenes por cualquier motivo, se ven libres de su autoridad, no tienen escrúpulo de revelar sus maneras bruscas, la viveza de su genio y la rudeza de su carácter, lo que le da una reputación poco edificante y siempre perjudicial a su ministerio.

Seamos, pues, dulces y caritativos con todos aquellos sobre los cuales ejerzamos alguna autoridad, como los criados, sacristanes, acólitos, obreros y otras personas de esta clase. Tratémosles con una bondad paternal que los atraiga y los una a quien se la demuestre. Hagamos esto por Dios, y él, en recompensa de nuestra dulzura, dispondrá a nuestros inferiores de suerte que su servicio nos será mucho más agradable que si los disgustásemos con nuestra repulsiva severidad.

Imitemos a San Francisco de Sales, nuestro modelo en todo, pero especialmente por su dulzura. Ten'a un criado muy dado al vino, tanto que en

una ocasión volvió al palacio episcopal en un estado deplorable, a hora muy avanzada de la noche. Siendo el Santo el único que le oyó gritar y llamar a la puerta, se levantó, fué él mismo a abrirle y lo encontró en un estado tal, que no sabía lo que hacia ni lo que decía. Su buen amo, movido a compasión, lo llevó del brazo a su aposento, llegando su bondad hasta ayudarle a desnudarse, y, habiéndolo dejado tranquilamente en su lecho, se retiro y fué a rogar a Dios por él. Al día siguiente, recordando el criado que el Santo Obispo era quien le había recibido y cuidado, estaba confuso y temía encontrarle; pero el Santo, que quería hablarle en secreto, se acercó a él y le dijo con suavidad: "Creo, amigo, que ayer estábais un poco enfermo, ¿no es verdad?" Esta frase, pronunciada con inefable bondad, fué para aquel hombre un rayo que lo aterró; se prosternó ante su amo y le pidió mil veces perdón por su falta. El Santo aprovechó la ocasión para darle saludables consejos del modo que vamos a ver. Admirémosle e imitémosle. "Sí, os perdono, le dijo con exquisita dulzura; pero considerad el triste estado en que os ponéis; pueden sobrevenirnos mil contingencias, podéis caer, pueden insultaros, arruináis vuestra salud; pero lo más triste es que perdéis vuestra alma, ofendéis a Dios y dáis escándalo; ¿qué sería de vos y cómo os presentaríais ante Dios si tuviérais la desgracia de morir en ese estado?"

El criado, conmovido hasta derramar lágrimas, prometió no volver a beber más vino en su vida. "No, respondió el Santo, Dios no os pide tanto; lo que yo os ordeno es no beber durante cierto tiempo más que vino aguado. Ahora, amigo mío, pensad en reconciliaros con Dios, y vivid en adelante

como buen cristiano." El criado obedeció, y no queriendo más confesor que su amo, se corrigió de su vicio y cumplió con sus deberes de doméstico y de cristiano.

Es preciso ser ciego para no ver que una tan paternal conducta es preferible a esas salidas impetuosas y reprensiones acerbas que rechazan y alejan los corazones en lugar de atraerlos.

126.—Es bastante probable que, para justificar nuestros arrebatos, queramos persuadirnos a nosotros mismos de que somos naturalmente predispuestos a ellos y de que sería inútil trabajar para vencerse en este punto. *Bien quisiera hacerlo*, diremos acaso con el vulgo; *pero esto es más fuerte que yo.*

¡Bien! No hay duda, eso es más fuerte que vos, mi querido cofrade, como otras mil cosas que Dios nos pide a cada instante y que no podemos llevar a cabo con sólo nuestras propias fuerzas, pero sí con ayuda de su gracia, mediante la cual todo es posible: *Omnia possum in eo qui me confortat.* ¿Cómo podríamos vencer las pasiones si cediéramos a su ímpetu, diciendo como los cobardes: ¿A qué conduce resistir? *Esto es más fuerte que yo.*

Ya lo hemos dicho antes, la adquisición de la virtud de la dulzura fué para San Francisco de Sales el premio de diez y ocho años de combates continuos. ¿Hubiera llegado a ser el más dulce de los hombres de su siglo si, deponiendo las armas después de algunas luchas, hubiera dicho, como otros: toda resistencia es inútil; *esto es más fuerte que yo?*

127.—Por lo menos, se nos replicará, si no es absolutamente imposible, hay que convenir en que, sobre todo para algunos, es excesivamente difícil.

Difícil, sea; pero hay que convencerse de que es

necesario. ¿Qué importa una dificultad ante una necesidad, y sobre todo cuando diez necesidades mayores obligan a dominarla? Esto sucede con la virtud de la dulzura: es necesario adquirirla y practicarla: —para obedecer a Dios—, para imitar a Jesucristo, —para edificación del prójimo—, para atraerse los corazones, —para salvar las almas—, para echar por tierra los obstáculos que la malignidad suscita, —para desarmar a los enemigos—, para que bendigan nuestro ministerio—, para evitar multitud de pecados, y, en fin, para santificarse y llegar a la perfección que impone el sacerdocio.

Teniendo presentes estas consideraciones, armémonos de valor, y puesto que lo podemos todo con el auxilio de Dios, que es nuestra fuerza, vayamos a buscar en él lo que no podemos encontrar en nosotros mismos.

Por lo demás, no es preciso exagerar la dificultad de que aqui se trata, sobre todo cuando no se ha hecho nada serio para vencerla. Convengamos, pues, queridos cofrades, en que acaso no hayamos empleado hasta ahora ningún medio enérgico para reprimir los vivos y bruscos arranques de nuestro carácter, y volviendo los ojos al pasado, veremos probablemente que hemos alcanzado sobre lo malo de nuestro natural victorias más difíciles y costosas que la que hoy se nos pide. ¿Por qué nos hemos sostenido firmes y somos hoy dueños de la plaza? Porque sabíamos positivamente que era preciso vencer o ser condenados. ¿Por qué ahora que estamos más fuertes y mejor armados no triunfamos de la falta opuesta a la dulzura? Porque creemos que podemos salvarnos a pesar de la falta. He ahí por qué la atacamos con tan poco vigor, y, por consiguiente, con tan poco éxito. Revisemos, para es-

timular nuestro valor, uno tras otro los poderosos motivos antes citados; convirtámoslos en materia de una o varias meditaciones, velemos sobre nosotros mismos para detener los primeros movimientos de vivacidad que sintamos en nuestra alma; oremos mucho, con vivo deseo de ser escuchados, y veremos que la dificultad que nos espantaba es como los objetos que, vistos de lejos, asustan a los niños, quienes se ríen de ellos cuando los ven de cerca.

San Vicente de Paúl era de natural bilioso y colérico. El mismo nos cuenta, con gran sencillez, lo que hizo para corregirse de este defecto: "Yo me encomendaba a Dios, dice, y le pedía a cada momento que cambiase mi carácter seco y repulsivo en dulce y benigno; y por la gracia de Nuestro Señor, con un poco de cuidado que puse en reprimir el ardor de mi naturaleza, llegué a perder mi humor negro."

Este medio de adquirir la virtud de la dulzura no tiene nada que asuste; pues se reduce a tres puntos: "Desear sinceramente esta virtud—, pedirla a cada momento a Dios—, y velar atentamente para reprimir los movimientos contrarios a ella desde que se sienten."

Usemos de este excelente medio que produjo tan buenos efectos en San Vicente de Paúl, y estemos seguros de que no en vano lo emplearemos en nosotros mismos. Pero no nos hagamos ilusiones; no tomemos la veleidad por la voluntad: deseemos sinceramente, —oremos a cada instante—, velemos atentamente—, combatamos con resolución y no depongamos las armas hasta que haya sonado la hora de la victoria.

128.—Sin duda se dirá que la dulzura llevada al

extremo degenera en cobardía y debilidad, y que la firmeza es a veces necesaria.

Esto es perfectamente exacto y no puede contradecirse razonablemente. La verdadera dulzura no es blanda, ni cobarde, ni indulgente con exceso; no se opone de ningún modo a la firmeza en el bien, a la cual, según el piadoso Abelli, está siempre unida por la conexión que siempre existe entre las verdaderas virtudes.

"San Vicente de Paúl decía con este motivo que no había personas más constantes y firmes en el bien que aquellas que son dulces y buenas; como por el contrario, las que se dejan llevar por la cólera, son ordinariamente muy inconstantes, pues no obran más que por arrebatos momentáneos: son como los torrentes que sólo tienen fuerza e impetuosidad cuando se desbordan, y cuando han corrido se secan; los ríos, que representan las personas tranquilas y pacíficas, corren sin ruido, con tranquilidad y no se agotan." Obrando de esta manera imitamos, tanto como la debilidad humana lo permite, a la alta sabiduría de Dios, de la que se dice que llega con fuerza a sus fines usando con suavidad de los medios: *Attingit a fine ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* Aproximemos las dos palabras *fortiter* y *suaviter* y adoptemos en nuestra manera de obrar la excelente regla de conducta que nos indican.

Lo que nos engaña en esto es que confudimos la firmeza con la cólera, hasta el punto de creer, cuando nos arrebatamos, que sólo nos hemos mostrado firmes. Si queremos examinar las cosas con atención, veremos que, si algunas veces es necesario usar de firmeza, lo cual seguramente no negamos, es excesivamente raro que se necesiten sa-

lidas impetuosas para procurar la gloria de Dios y la santificación del prójimo. San Francisco Javier asegura, en varias de sus cartas, que *lo que no se puede ganar por la dulzura y la humildad, jamás se alcanzará por la cólera y por los arrebatos.*

"No hace falta algunas veces, decía San Vicente de Paúl, más que una palabra suave para convertir a un emperdenido, y, por el contrario, una palabra ruda es capaz de desolar un alma y causarle una amargura que puede serle perjudicial Yo, continúa diciendo, no he usado más que tres veces en mi vida de palabras rudas para reprender y corregir a los demás, creyendo tener alguna razón para obrar de aquel modo, y, siempre me he arrepentido por el mal éxito; por el contrario, siempre he obtenido por la dulzura lo que he deseado."

Aprovechemos, queridos hermanos, estas preciosas enseñanzas, y estudiemos sin descanso para arreglar a ellas nuestra conducta.

129.—Por lo que a mí toca, dirá acaso algún santo sacerdote, yo no violo, gracias a Dios, la virtud de la dulzura con arrebatos de cólera ni vivacidades aparentes; pero en ciertas circunstancias, siento en mí movimientos impetuosos de extremada violencia que me humillan bastante y me hacen temer que no soy tan dulce como yo quisiera.

¿Feliz disposición que, no sólo no ofende a Dios, sino que alegra su corazón! Toda virtud, como su nombre lo indica, supone un esfuerzo, un combate. Hay hombres tan moderados naturalmente, que les sería tan penoso montar en cólera como a otros el reprimir sus accesos. Estos no tienen, hablando con propiedad, la virtud de la dulzura, sino sencillamente una calma natural, una moderación sin mérito. No sucede así con los que son naturalmen-

te impetuosos, y que, por agradar a Dios, se violentan a cada instante para no estallar. Estos son verdaderamente virtuosos, y cada movimiento desordenado que comprimen es una victoria alcanzada sobre sí mismos. Son leones por naturaleza y corderos por virtud. He ahí el verdadero mérito: *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.*

San Francisco de Sales confirma admirablemente con su propio ejemplo lo que acabamos de decir. Habiéndose visto un día obligado a negar un favor a un sujeto de distinción, éste se enfureció y lo ultrajó de la manera más indigna; mas luego que se retiró, el hermano de San Francisco de Sales, que había sido testigo del furor de aquel hombre y de la impasibilidad del buen Obispo, le dijo que debía haber respondido a aquel insolente y que había hecho mal en dejar despreciar y vilipendiar su autoridad. Como el Santo nada contestase, su hermano, asombrado de esta especie de insensibilidad, le dijo: "Ahora que estamos solos os conjuro a que me habléis francamente. ¿No habéis sentido nada en el fondo de vuestro corazón cuando os han insultado, y habéis sido tan insensible interiormente como lo parecíais por fuera?—¿Queréis que os hable sinceramente?—dijo el Santo: no sólo en esta ocasión, sino en otras muchas, siento hervir la cólera en mi cerebro como hierve el agua en la vasija puesta al fuego; pero con la ayuda del cielo, moriría antes que hacer o decir la menor cosa que disgustase a Dios. Lo he resuelto, y con el auxilio de la gracia seré fiel a mi resolución."

130.—Aunque hemos indicado en el curso de este capítulo diversos medios de combatir la cólera y adquirir la dulzura, creemos, sin embargo, que de-

bemos hacer una enumeración de ellos para mayor utilidad de nuestros venerables lectores.

He aquí, pues, según las enseñanzas de los santos y de los maestros de la vida espiritual, lo que hemos de hacer para obtener una completa victoria.

Ver sin pasión si estamos más o menos sujetos a impaciencias, vivacidades y aun a movimientos de cólera; recordar cómo nos conducimos con el prójimo, cuando no estamos contentos de él; rogar a Dios que nos dé a conocer, con las luces de su gracia, las faltas que cometemos en tales circunstancias contra la virtud de la dulzura, y aun consultar a algún piadoso colega, rogándole nos diga con entera franqueza lo que bajo dicho aspecto ha podido notar como reprensible en nosotros.

Desear sinceramente adquirir la dulzura, cueste lo que cueste. Si no tenemos este vivo y sincero deseo, creeremos combatir, pero no será así de hecho; pues no se hace bien sino aquello que hay un verdadero deseo de llegar a hacer. Esa es la causa de nuestra miseria espiritual, no sólo bajo el aspecto que nos ocupa, sino bajo todos los aspectos en general; nosotros creemos querer y no queremos; así se pasa la vida, sin que se note en nosotros un mejoramiento sensible.

Convencernos bien de la posibilidad de adquirir la dulzura si tenemos una firme voluntad de ello. No dudar del éxito, si empleamos los medios indicados y si tenemos una perfecta confianza en Dios, que siempre acude en ayuda de las almas de buena voluntad. El día en que digamos: *Ya no puedo más...* con efecto, no podremos; pero será únicamente porque nos falte valor y confianza en Dios: *Omnia possum in eo qui me confortat.* OMNIA: midamos esta palabra.

Estudiar a fondo las ventajas de la virtud de la dulzura y los malos efectos de la cólera enumerados en este capítulo, y figurarnos el feliz estado en que nos encontraríamos bajo el triple respecto de Dios, del prójimo y de nosotros mismos, si nos hacemos dulces como corderos.

Dirigir todas nuestras armas espirituales contra la falta que queremos destruir: oraciones particulares y repetidas con frecuencia para alcanzar la dulzura; meditaciones frecuentes sobre esta virtud, lecturas espirituales sobre la misma materia; mención especial, en nuestras confesiones, de las menores faltas contra la dulzura, advirtiendo a nuestro confesor que queremos seriamente adquirir esta virtud y que le rogamos nos preste su valiosa ayuda; en fin, pedir con vivas instancias a Nuestro Señor, en las acciones de gracias después de la santa misa, que nos haga perfectos modelos de dulzura y de paciencia.

Prever las ocasiones en que tenemos costumbre de faltar a la dulzura para prepararnos a la resistencia y al combate. Encontrarse en estas ocasiones sin haberlo pensado y sin haber implorado el socorro de Dios con algunas aspiraciones fervientes, es entrar en el campo de batalla desnudo y sin armas; pero prever el peligro, excitar la voluntad para luchar valerosamente, e invocar la asistencia divina, es presentarse al enemigo con buenas armas, gruesa coraza y Dios por apoyo: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

Practicar actos de dulzura en los momentos de cólera y elevar el corazón a Dios, mientras dure la emoción. Recomendamos particularmente el empleo de este medio: una invocación ferviente a Jesús o a María, desde el primer movimiento y en

tanto que dure, bastará para amortiguar el fuego de la cólera.

Cesar de hablar y de obrar cuando nos sintamos agitados por cualquier movimiento impetuoso y aprender entonces a comprimir de tal modo la perturbación interior, que nadie se aperciba de que la sufrimos.

Hacer nuestro examen particular diario durante largo tiempo sobre la virtud de la dulzura y el vicio opuesto. Nos atrevemos a afirmar dos cosas con relación a este examen particular: 1.ª Que no nos corregiremos de ninguna falta si no empleamos este medio. 2.ª Que para hacerlo hay que ser constantemente fiel a esta excelente práctica.

131.—Después de haber dado estos consejos, podemos decir a todos nuestros piadosos lectores: *Hoc fac, et vives;* haced esto y viviréis; sí, viviréis de la vida de Jesús, tan bueno, tan dulce, tan paciente, tan misericordioso y tan tierno para con todo el mundo. Edifiquemos, muy amados compañeros, edifiquemos a los pueblos por la dulzura, desarmemos a nuestros enemigos por la dulzura, atraigamos a los más empedernidos por la dulzura, salvemos, salvemos las almas por la dulzura. Todas las autoridades, aun fuera del cristianismo, exaltan la dulzura y la consideran como el único medio de ganar el corazón de los hombres.

Cuando preguntaban a Alejandro el Grande cómo siendo tan joven había podido fundar su vasta monarquía y atraerse el corazón de sus súbditos, contestaba: "Tratando bien a mis enemigos, hice de ellos amigos; para afirmar las conquistas hay que subyugar los corazones."

"No es con látigos y cadenas, decía Fabio, como se doman las fieras, sino con las caricias y buenos

tratamientos. Tan sólo la dulzura y los beneficios pueden humanizar a los caracteres duros e intratables."

"Usad con moderación vuestro poder, decía Catón el Antiguo, si queréis usarlo largo tiempo. *La dulzura sostiene la autoridad*; EL RIGOR LA DESTRUYE." *Ad vos, o Pastores.*

Terminaremos este capitulo con las siguientes líneas de San Vicente de Paúl:

"Hemos notado que si Dios concedió su bendición a nuestras primeras misiones, era por habernos conducido amistosa, humilde y sinceramente con toda clase de personas; y si plugo a Dios servirse del más miserable para convertir algunos herejes, ellos mismos han declarado que fué por la paciencia y la cordialidad que tenía con ellos. Los mismos presidiarios, entre los cuales he vivido, no se dominan de otro modo; y cuando me sucedió hablarles con sequedad, lo perdía todo; y por el contrario, cuando los alabé por su resignación y los compadecí por sus sufrimientos, les dije que eran felices por pasar su purgatorio en este mundo; cuando besé sus cadenas, compartí sus dolores, manifesté aflicción por sus disgustos, entonces me escucharon, glorificaron a Dios y se pusieron en estado de gracia."

Impongámonos como un deber, queridos compañeros, el imitar fielmente a los santos sacerdotes que Dios nos ha dado por modelo y por guía.

CAPITULO VIII

Obediencia.—Deberes del sacerdote hacia su Obispo y los depositarios de su autoridad.

132.—Si hay algún rasgo distintivo y verdaderamente característico del santo sacerdote, es la obediencia filial a su Obispo y el amor respetuoso que profesa hacia su sagrada persona; lo mismo que la marca infalible de un sacerdote que no es según el deseo de Dios es la resistencia directa o indirecta a la voluntad de su Obispo y la poca adhesión y respeto que la manifiesta.

Uno de los más bellos espectáculos que puede ofrecer la tierra es, sin contradicción, el de una diócesis gobernada por un santo Obispo y que encierre un numeroso y edificante clero que le obedezca como a Dios mismo, y que se complazca en darle en todas ocasiones pruebas incontestables de su profundo respeto y de su cordial adhesión.

Cuando esta feliz familia —pues en realidad lo es— consuma su unidad inclinándose respetuosa y amorosamente ante el Soberano Pontífice, que es el centro, entonces la tierra admira y el cielo aplaude.

No suframos, pues, queridos hermanos, que este perfecto acuerdo sea destruído o simplemente alterado por uno solo de nosotros. Estrechemos nuestras filas para hacer frente al enemigo, que bien querría dividirnos para vencernos; desechemos nuestras más ligeras discusiones; agrupémonos alrededor de nuestros jefes, seamos corderillos perfectamente sometidos a los pastores encargados de conducirnos, y consideremos como un deber alegar para nuestra obediencia y nuestro amor la pesada carga que les está impuesta.

133.—Debemos obedecer a nuestro Obispo, debemos respetarle y amarle por muchas razones, que conocemos perfectamente y que basta indicar: porque él es el teniente de Jesucristo respecto a nosotros; porque es a él mismo, en la persona de los Apóstoles de los cuales es sucesor, a quien se dijo: *Qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit;* —porque todo el orden jerárquico se destruye si no obedecemos al que es la base—; porque le hemos hecho la promesa más positiva de obediencia y respeto en el día de nuestra ordenación; *Promitis mihi et successoribus meis reverentiam et obedientiam?—Promitto;* porque escandalizaríamos a nuestros cofrades y la asamblea de los fieles si careciéramos de respeto y obediencia hacia nuestro Obispo; —porque Dios no bendeciría nuestro ministerio, si nosotros no honráramos al que nos lo ha confiado de su parte.

Que se diga si es posible apoyar la obligación de un deber en razones más sólidas y convincentes.

134.—Lo repetimos, estas diversas razones nos son conocidas y sólo necesitan ser recordadas para obtener nuestro asentimiento completo. Pero hay aún una que convencerá probablemente a muchos de nuestros lectores. Esta razón se toma del lado de nuestros mismos venerables pontífices.

Debemos obedecer a nuestro Obispo y manifestarle mucho respeto y amor, porque esta conducta por nuestra parte le proporciona el más dulce consuelo que pueda gozar en medio de las solicitudes de su cargo.

Es generalmente bastante natural no sólo no compadecer, sino hasta considerar felices a los que ocupan puestos distinguidos. En estos honrosos empleos los inferiores no ven sino la elevación, la

independencia, la autoridad, los honores y las ventajas materiales de que participan los altos dignatarios que los poseen. Ahora bien: ¿cómo se compadecería a los que se representan en un estado tan próspero?

Esta reflexión, que se aplica a todas las dignidades en general, halla su explicación en el mismo clero.

Bien sabemos que podríamos contristar fácilmente a nuestro Obispo, y que para esto no tendríamos sino sacudir el yugo de su autoridad o ponerlo en la obligación, por nuestra mala conducta, de herirnos con alguna pena eclesiástica. Pero ¿sabemos también que de nosotros depende, si queremos, procurarle consuelos reales y una felicidad verdadera? Convengamos, queridos hermanos; no, no lo sabemos esto. Aún más, no podemos comprender apenas que esto pueda ser. ¡Qué! Dirá algún piadoso pastor, yo retirado, ignorado, olvidado en el fondo de mi pueblo, a treinta leguas de mi Obispo, que con seguridad ni piensa siquiera en mí, puedo yo procurarle consuelo y aumentar su felicidad y su alegría! Esto no es cierto, esto no puede ser. Es necesario reconocerlo, esa es la disposición general del espíritu en el clero; esa es también la disposición de los sacerdotes más edificantes, que aman sinceramente a su Obispo, que le respetan profundamente y que le obedecen en todo con una fidelidad inviolable. Hacen todo esto por deber, por espíritu de piedad, para obedecer a su conciencia y con mucho mérito ciertamente; pero por lo demás, no piensan al obrar asi en procurar satisfacciones a su primer pastor.

La causa de esto es que no conocemos en lo más mínimo los sentimientos íntimos de un Obispo en

su diócesis; solamente los que admite en el secreto de su consejo, y que parten con él el peso de su ministerio, saben cuán abrumadora es la responsabilidad del cargo que le está impuesto. Los otros miembros del clero no ven sino las distinciones que acompañan al cargo episcopal, y no ven en manera alguna la carga: *Unctionem vident, onus non vident.*

Suponiendo, lo cual estamos lejos de admitir, que nuestros dignos pontífices hayan podido ser deslumbrados un poco, al principio, por la seducción de los honores, es cierto que este deslumbramiento ha sido de muy corta duración, y que inmediatamente la realidad de sus penosos cuidados ha reemplazado el prestigio de su dignidad.

Nos nos persuadimos fácilmente de que así sea: esto se concibe. Respecto a penas, no somos verdaderamente sensibles sino a aquellas que experimentamos nosotros mismos; en cuanto a las de los otros, y de nuestros superiores en particular, las creemos siempre bastante menos vivas que las nuestras; y además, como hemos dicho antes, las hallamos ampliamente compensadas por las ventajas considerables de que gozan los que las sufren.

Pero si nosotros fuéramos, como el Obispo, los confidentes de los embarazos y de las pequeñas tribulaciones del clero de toda una diócesis; si todos los días se nos informara de las causas de queja que cree tener un párroco de su vicario y un vicario de parte de su párroco; si, por otro lado, los administradores civiles, los institutores, y una multitud de fieles nos aturdieran a cada instante con el ruido de sus quejas, de sus reclamaciones, de sus reproches, de sus acusaciones contra su pastor, y recíprocamente; si cada correo nos trajera

una masa de cartas que nos sería sensible abrir porque sabríamos de antemano que iban a contristarnos más bien que alegrarnos; si estuviéramos habitualmente confinados en nuestro despacho, ya abrumados por visitas fastidiosas, ya ocupados en cuestiones administrativas de una aridez ingrata, entonces ciertamente se operaría en nuestras ideas un cambio notable; entonces comprenderíamos que hay otra cosa más que una honrosa dignidad sobre la cabeza de un Obispo, y que la cruz que decora su pecho no es simplemente un signo de distinción, sino que es también el verdadero símbolo de sus penas y de sus disgustos de cada día.

Añadamos a esto que el Obispo, aunque soberano pastor de toda su diócesis, no tiene tan cerca los elementos de consuelo de que participa un pastor de segundo orden, de un párroco en su parroquia, por ejemplo. El Obispo abraza todo el rebaño en general, pero no está en relación especial con las ovejas que le componen. El párroco tiene en su ministerio los goces y satisfacciones a la mano, si se nos permite expresarnos así: el Obispo al contrario: no tiene a la mano sino espinas; él no goza apenas sino con las satisfacciones de los otros. ¡Quién hay más feliz que un bueno y santo párroco, tiernamente amado por sus feligreses que edifica, de los pobres que asiste, de los afligidos que consuela, de los niños que instruye, de los viejos pecadores que convierte! Todos los días hay para él consuelos nuevos y vivamente sentidos, consuelos que el Obispo no siente ni puede sentir. Colocado en la cúspide de la montaña para poder dominar con la vista todo su rebaño, no desciende en manera alguna a la llanura para gozar en ella de corazón a corazón de los placeres de la familia.

Si nos formamos, pues, una idea justa de esta porción de un Obispo en su diócesis, y si sentimos hacia él un amor tierno y verdaderamente filial, procuremos ciertamente, según nuestros débiles medios, disminuir el peso de su carga.

135.—Esto lo comprendemos, dirán sin duda algunos de nuestros lectores; ¿qué goces, qué felicidad podemos procurar a nuestro Obispo, no teniendo con él sino relaciones excesivamente raras?

He aquí precisamente adónde queríamos venir. Reflexionando un instante sobre el punto que tratamos, hay un pensamiento que se presenta al momento al espíritu y es que de su clero es de quien un Obispo tiene derecho a esperar consuelos. Por raras que sean sus relaciones con algunos de sus sacerdotes, son, sin embargo, bastante más frecuentes aún que con los simples fieles. Desdichadamente, efecto del debilitamiento de la fe, las masas populares, sobre todo en ciertas regiones, no tienen por la sagrada persona de un Pontífice esa veneración profunda y esa tierna adhesión, cuyas manifestaciones públicas y animadas de una fe viva le procurarían tal dulces emociones. Se le deja tranquilo si su administración es paternal, pero se le juzgaría con una severidad extremada si sobajara en lo más mínimo la población, por cualquier medida. No hay, pues, en general, grandes consuelos para él en este concepto. Lo repetimos, en su clerecía es donde principalmente debe esperarlos, y va a comprenderse inmediatamente que no le faltarían, que le llegarían hasta de todos los puntos de su diócesis con inagotable abundancia, si fuéramos respecto a él lo que debíamos ser.

Supongamos, en efecto, que sentimos todos hacia nuestro Obispo un respeto profundo, una adhesión

viva y sincera, una fidelidad completa, una obediencia ciega, pronta, universal y verdaderamente filial; supongamos que respetamos y hacemos respetar todos los actos de su administración, que nos conducimos de manera que no merezcamos sino sus elogios y nunca sus reprensiones, que le consultamos como los niños consultan a sus padres, que le tenemos al corriente de nuestro ministerio, contándole nuestras penas para que nos ayude a soportarlas, nuestros éxitos y nuestros goces para que él tenga el gusto de participarlos, y que todos estos buenos sentimientos de respeto, de adhesión y sumisión, procuremos inculcarlos en el espíritu de los pueblos, a fin de que se adhieran tiernamente a su primer pastor cuando le vean entre ellos y que lo acojan, con estos transportes de fe, de amor y de santo entusiasmo que hacían estallar nuestros padres en estas solemnes ocasiones. Supongamos, decimos, que nos conducimos todos de la misma manera respecto a nuestro Obispo, y que él tenga la certeza de poseer en cada miembro de su clerecía un cooperador fiel, sumiso, cordialmente adicto, un santo sacerdote, en fin, a quien quiera tiernamente, porque sepa que él es también tiernamente querido. ¿No es del todo evidente que un Obispo tal, en la efusión de su corazón reconocido, no cesaría de bendecir la divina bondad por haberle llamado a gobernar una diócesis tan digna de sus trabajos y de sus vigilias?

¿No es cierto que, como San Pablo, exclamaría con indecible alegría: "Queridas ovejas, vosotras sois mi corazón y mi gloria, me llenáis de consuelo, me hacéis sobreabundar de placeres en medio de mis fatigas y de mis solicitudes?" *Multa mihi*

gloriatio pro vobis; repletus sum consolatione: superabundo gaudio in omni tribulatione... Gaudeo quod in omnibus confido in vobis.

No sabemos lo que estas consideraciones producirán en el espíritu y en el corazón de nuestros bien amados cooperadores; creemos, sin embargo, que los penetrarán de un sentimiento de amor y de veneración hacia sus dignos pontífices.

¿Por qué ha de ser necesario que de la belleza, de la perfección del ideal, vayamos a descender a la imperfección, quizá al abismo de la miseria de la realidad?

Veamos, pues, con algunos detalles cómo llenamos nuestros deberes hacia el que ocupa respecto a nosotros el sitio de Dios mismo.

136.—Algunas veces, aun antes que el Obispo que se nos destina haya tomado las riendas de la diócesis a que pertenecemos, damos ya algunos pasos en el terreno de la oposición y de la indocilidad. En lugar de orar y de hacer orar mucho para obtener de Dios un digno y santo Pontífice; en lugar de esperar en paz el resultado de nuestras preces y de nuestras buenas obras, diciéndonos a nosotros mismos que la responsabilidad de la elección de este Pontífice, no pesando sobre nosotros, nos perjudicaríamos inquietándonos, puesto que, después de todo, cualquiera que sea el Obispo que nos gobierne, podríamos captarnos siempre su afecto viviendo santamente y salvando almas; en lugar de esta conducta tan sabia y tan bien practicada por los santos sacerdotes, vivimos en un estado de temor, de inquietud y de preocupación más nocivo que provechoso. Aún vamos más lejos: el deseo impaciente de conocer a nuestro augusto Jefe nos hace tomar por distintos lados informes minucio-

sos, y cuando llegamos a descubrir el elegido del Señor, entonces es necesario que sepamos quién es, cuáles son sus principios sobre tal o cuál punto, cuál es su carácter, cuáles son sus antecedentes, lo que piensa de él la clerecía de la diócesis de donde viene y otros mil detalles con que nos llenamos la cabeza y sobre los cuales basamos ya una apreciación, algunas veces poco caritativa.

¡Si siquiera guardáramos para nosotros este mal fruto de nuestras curiosas investigaciones!, pero en ésta como en otras muchas circunstancias, queremos saber para tener el placer de contar. Repetimos, pues, a nuestros cofrades todo lo que hemos sabido, y, en cambio de nuestras comunicaciones, recibimos de ellos la confidencia de algunos hechos nuevos, con los cuales aumentamos nuestro repertorio. Pasando todo esto de la misma manera en los diversos puntos de la diócesis, se concibe que la opinión de la clerecía se forme anticipadamente, y que si esta opinión no es favorable al nuevo prelado, hallará ya todos los espíritus prevenidos contra su futura administración, lo cual será evidentemente muy perjudicial al éxito que él espera.

¿Qué hacer para evitar este inconveniente, cuyas consecuencias son a menudo bastante más enojosas de lo que se imagina? ¿Qué hacer? Lo hemos dicho ya: imitar a los santos sacerdotes, que no se ocupan en manera alguna de estas frívolas pesquisas y que emplean en rezar, en hacer buenas obras y en llenar pacíficamente su ministerio, el tiempo que sus cofrades gastan en pláticas inútiles y más que inútiles, esperando con calma de la Divina Providencia al que ella destina para el gobierno de la diócesis. ¿Qué hacer más? No oir nada, en cuanto sea posible, y sobre todo no decir nada que pue-

da paralizar de antemano la acción de un Obispo, que es necesario, en conciencia, secundar inmediatamente con todo su poder por una cooperación sincera y adicta. ¿Qué hacer, en fin? Calmar los espíritus todo lo que se pueda en la región donde se habita, y, sin pretender dar lecciones a sus cofrades, ensayar, sin embargo, conducirlos a la práctica de las reglas de conducta que uno mismo observe. Tal es en este caso la manera de obrar de un sacerdote que tiene por guías sólo la caridad, la prudencia, el verdadero celo y las inspiraciones de una sólida piedad.

137.—Pero coloquémonos en las circunstancias ordinarias y bajo la dirección actual del Obispo que nos gobierna. Le debemos incontestablemente obediencia, respeto, amor filial y el apoyo de un concurso sincero y adicto. He aquí lo que a él puede encantarle hallar en el santo sacerdote; veamos si él lo halla en nosotros mismos.

Y primeramente, es un punto esencial, hay que convenir en ello, la obligación que tiene todo sacerdote de aceptar el empleo que su Obispo le asigne. ¿Qué llegaría a ser de la administración episcopal si se pusiera a merced de los gustos, de los caprichos, o de las voluntades formalmente expresadas de aquellos a quienes rige? ¿Sería posible esta administración, y no es evidente que una multitud de puestos poco envidiados permanecerían desocupados si algún sacerdote no quisiera dirigirse a él, y si el obispo se sometiera a estas voluntades rebeldes?

Que se le hagan observaciones justas y razonables sobre puntos importantes que él ignore; que se le hagan sobre todo con la protesta de una sumisión perfecta en el caso en que, después de ha-

berlas pesado, él no las creyera bastante graves y volviera a insistir en lo que había resuelto primitivamente, todo está en el orden, y esta conducta no merece censura alguna. Solamente recomendaremos mucho que se examine con gran atención y ante Dios si las observaciones que se hacen son realmente tal como se presentan, y si, al exponerlas, no se hace resaltar su potencia por algunas pinceladas un poco exageradas en energía, influido como se está por el deseo de sustraerse a un empleo que se teme.

138.—Podría suceder que, no teniendo observación alguna válida que someter a nuestro Obispo, y queriendo, sin embargo, eludir su voluntad que veja demasiado la nuestra, quisiéramos recurrir a medios indirectos para alcanzar con seguridad nuestros fines. Así, por ejemplo, podríamos caer en la tentación de recurrir a la bienhechora intervención de algunos personajes influyentes que supiéramos gozaban de crédito cerca de la autoridad episcopal, con el fin de conseguir por su complaciente intervención lo que nos sería imposible obtener por otra vía.

Digámoslo claramente: esta conducta no es recta, no es sincera, no es leal, abre brecha en la obediencia que hemos prometido solemnemente a los pies de nuestro Obispo, y con toda seguridad Dios no la bendecirá. "El Espíritu Santo, dice Lesage, no ama el engaño." *Spiritus sanctus disciplinae effugiet fictum.*

Diremos aquí todo nuestro pensamiento, y creemos útil decirlo, pues nos parece que es demasiado poco conocido. El hecho de la aceptación de un puesto ofrecido por el Obispo constituye una verdadera *vocación*. La vocación al sacerdocio implica

necesariamente esta segunda vocación; es una vocación en la vocación, si se nos permite expresarnos así. Sustraerse a ella por una vía que no es legítima, es, según los principios fundamentales en hecho de vocación, sustraerse por lo mismo a los designios de la Providencia y a la corriente de gracias que ella nos destinaba en tal empleo, y que nos rehusará en otro igual que hayamos obtenido por los pequeños medios extraviados que hayamos puesto en juego. Ahora bien: si nos colocamos a la altura de las miras del sacerdote santo, sabremos lo que es privarse de las gracias abundantes de una vocación especial en el estado sacerdotal, donde se tiene mil veces más necesidad de ellas que en ninguno otro; sabremos sobre todo que es, a los ojos de la fe, soberanamente deplorable pasar años enteros, y a veces toda su vida, en un empleo que se ocupa contra la voluntad de Dios.

Desgraciadamente, todo esto pasa en las regiones superiores, pero tres veces santas, donde la vista humana no penetra apenas; y cuando las vías de la perfección no son nuestras vías, tratamos con ligereza lo que los santos consideran como muy importante y muy grave.—"Reconoceremos el engaño a la hora de la muerte, dice el P. Lallemant, y veremos que nos hemos dejado alucinar por bagatelas como niños... No debemos usar jamás de cumplimientos ni de política cuando tratamos con los superiores con la mira de la disposición de nuestros empleos, ni por cualquier otra cuestión o cualquier otra ocasión que sea; pues todo esto es la prudencia de la carne reprobada por Nuestro Señor: *Prudentia carnis mors est prudentia autem Spiritus vita et pax.*" (Rom., 8.)

139.—Pero si el Obispo no me obliga en manera

alguna a aceptar el empleo que me propone; si él me deja en libertad de rehusarlo, ¿no puedo rehusarlo en efecto y estar perfectamente tranquilo?

Como esta obra se titula EL SACERDOTE SANTO, y suponemos en los que nos honran leyéndola el deseo de llegar a ser efectivamente sacerdotes santos, respondemos sin titubear a la cuestión propuesta, que no deben rehusar el empleo que se les ha ofrecido sin obligación de aceptarlo, si no tienen para motivar esta repulsa, sino razones frívolas, razones que quizá, a causa de su frivolidad misma, no se atreverán a exponerlas a su Obispo. Si las razones que tienen que alegar son graves, harán un acto de buenos sacerdotes proponiéndolas tales como son, sin engaño, y siempre con la declaración de que están dispuestos a aceptar el simple deseo de la autoridad.

El solo hecho de la proposición de un empleo por el Obispo es para un santo sacerdote la indicación suficiente de la voluntad de Dios; y cuando esta voluntad nos es conocida, no debemos sustraernos a ella por fútiles motivos, sino que debemos más bien decir a Dios con nuestro Divino Salvador: *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

A menudo, en estas circunstancias, el deseo vivo de nuestro Obispo es, en el fondo, que aceptemos lo que nos ofrece. Si no insiste más, aun si nos dice positivamente que nos deja libres para responderle con una repulsa, es quizá por su parte un sentimiento de bondad, de paternal condescendencia que le hace obrar. Es un tierno padre que nos trata como niños mimados; nos trata con miramientos, temiendo afligirnos; hemos prestado quizá algunos servicios a la diócesis, y él cree por este motivo debernos consideraciones, por decirlo

así. ¿Quién sabe aún ¡ay! si nuestra poca virtud no es en esta ocasión la causa de su conducta indulgente para con nosotros? Si él prevé nuestra indocilidad, puede ser que no quisiera someter nuestra obediencia a una prueba cuyo fin temiera. Sea lo que fuere, lo repetimos, el simple hecho de su proposición es, en cuanto a nosotros, la expresión de la voluntad de Dios, y responderemos con un generoso *fiat,* si damos nuestra respuesta al pie del crucifijo, figurándonos oir a Jesús decirnos: *Estoti perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est.*

Diremos en esta ocasión que haríamos una cosa excelente y verdaderamente digna de un santo sacerdote, si declaramos a nuestro Obispo, una vez por todas, que estamos entre sus manos como la arcilla entre las del alfarero, que hemos cifrado nuestra felicidad en obedecerle, y que le suplicamos que obre constantemente respecto a nosotros con toda libertad para la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la diócesis. ¡Qué de gracias serían la recompensa de tal conducta! ¡Qué alegría procuraría al Pontífice y cuánto allanaría de dificultades y confusiones su administración!

140.—Respecto a mí, dirá quizá algún piadoso cofrade, yo no tengo, gracias a Dios, ningún reproche que hacerme sobre los puntos que acaban de tocarse. Yo he aceptado hasta ahora todos los empleos que se me han ofrecido por mis superiores; pero, lo confieso, hay algunos de esos empleos que he aceptado quizás sin mérito, por la razón de que los deseaba mucho, y he empleado algunos medios torcidos para conseguirlos, medios, por lo demás, que no han sido conocidos sino por mí solo.

¡Quiera Dios que esto deba colocarse entre las

concepciones quiméricas de un espíritu demasiado escudriñador! Sí, sin embargo, no fuera así, y si realmente algunos sacerdotes se adelantaran a la voluntad de su Obispo por las diligencias y las industrias de su voluntad propia, es del todo evidente que Dios no bendecirá en manera alguna tales diligencias y tales industrias. El verdadero obediente no pide nada, ni rehusa nada; está allí, inerte y pasivo ante su superior, como el instrumento que no replica nada al obrero: *Tomadme*, y como la arcilla que no dice nada al que la da forma: *Haced de mí un vaso de honor*. Tiembla de tomar sobre sí la sombra de una responsabilidad, procurándose un empleo que no le hubiera sido propuesto quizá sin sus pequeñas maniobras; sabe que para estar perfectamente seguro del auxilio de Dios en un puesto cualquiera, es necesario haber sido instalado por él mismo y por él solo; sabe que cuando uno se conduce de esta manera, se reciben las penas que sobrevienen con una paciencia resignada y tranquila, y algunas veces hasta con alegría; fuerte con el pensamiento que uno no ha hecho nada para atraérselas, lo que no tiene lugar cuando se ha ingerido uno casi por sí mismo en el empleo que se ocupa.

Dejemos obrar a la Providencia, bien amados cofrades, y no prevengamos jamás la realización de sus planes por la expresión directa o indirecta de nuestros deseos. Tengamos mucha confianza en la bondad de nuestro celeste Padre para creer que sabe bastante mejor que nosotros lo que es o no favorable a nuestros intereses eternos. Dejemos a los niños de la tierra esas intrigas, esos pequeños ardides y todos esos sesgos artificiosos que, por lo demás, tampoco aprueba la misma delica-

deza mundana; despreciemos todos esos efugios del amor propio y tengamos a gloria aceptar respecto a nuestro Obispo la divisa de perfecta obediencia que hemos mencionado más arriba: *No pedir nada.—No rehusar nada.*

141.—Pero, por lo menos, cuando se nos ha llamado a un puesto que no aceptamos sino con repugnancia, ¿no podrá manifestarse esta repugnancia a los superiores reconociéndose víctima de la obediencia?

He aquí una de esas preguntas a cuya continuación viene la respuesta por sí misma. Es claro, en efecto, que la manifestación del descontento que se experimenta no es según el deseo de Dios. Se le hace, es cierto, cesión de la voluntad, pero se hace a disgusto y él no queda contento; quiere ser servido con un gran corazón y una voluntad dócil: *Corde magno et animo volenti*, y no con ese corazoncillo replegado sobre sí mismo, y esa voluntad dudosa que tiembla a la vista de la voluntad de Dios cuando ésta se le opone. Los servidores a los que Dios prodiga su amor son aquellos que le ofrecen alegremente sus servicios: *Hilarem datorem diligit Deus,* y no los que le sirven frunciendo el entrecejo y quizá hasta con murmullos en los labios.

¿Por qué, preguntamos, obedecer de mala voluntad? ¿Se puede hallar alguna satisfacción en esta obediencia mohína? ¿Quién no ve que es más bien precisamente lo contrario lo que tiene lugar, y que abandonándose a pensamientos sombríos se envenena la llaga en vez de curarla? ¿Le querrá atraer a sí alguna demostración de compasión por las quejas que exhale? ¿Qué más pueril y más frívolo, sobre todo de parte de un sacerdote, que una

disposición de esta naturaleza? ¿Se espera hacer revocar la decisión de los superiores por la exhibición de la pena que causan? Esto sería herir la obediencia *in voto*, y lo más a menudo sin obtener la revocación deseada. ¿Se figurarán algunos por lo menos que haciendo ver la repugnancia con que se dirigen al puesto asignado se les determinará a coger, en cuanto se presente, la ocasión de un traslado? Esto sería un cálculo de voluntad propia que, no pudiendo satisfacerse en el presente, saludaría en el porvenir con un rayo de esperanza que haría gemir la obediencia.

Nada de esto entra en el espíritu del santo sacerdote: obedece sin murmurar, porque se ha consagrado de todo corazón a una obediencia absoluta cuando ha dicho: *Promitto:* obedece hasta alegremente, porque sabe que la voluntad de su Obispo es para él la voluntad de Dios, a la que se siente feliz sometiendo la suya; obedece por lo mismo sin dar ninguna muestra de su repugnancia, sobre todo a aquellos de quienes viene a ser pastor, porque sabe que así como se acercan al santo sacerdote que viene entre ellos con alegría, asimismo se aislan del que les presenta un semblante receloso, y que les manifiesta directa o indirectamente, que, si es su pastor, es solamente esperando tener el placer de no serlo más.

Imitemos a este piadoso cofrade, puesto que una voz interior nos dice que sobre él y su ministerio caen a mares las gracias y las bendiciones de Dios.

Hemos conocido un sacerdote santo, verdaderamente digno de este hermoso titulo, que había realizado muchas veces en su conducta las reglas de obediencia que acabamos de trazar. Sus superio-

res, sabiendo que estaba siempre presto a ejecutar su voluntad, en cualquier cosa que fuere, y no ignorando, por lo demás, que su celo igualaba a su obediencia, se dirigían a él cuando querían regenerar una mala parroquia. Ya muchas veces le habían trasladado aquí y allá, y siempre, fiel soldado, había plegado su tienda a la primera señal de sus jefes sin dejarse influir nunca por el júbilo del ministerio siempre bendecido de donde le arrancaban, o por el amargo sentimiento de los numerosos pródigos que había convertido y que le lloraban como a un tierno padre. Un día, sin embargo, su obediencia fué puesta a una prueba más penosa que las anteriores. Recibió una carta de su Obispo en que le anunciaba que había sido nombrado párroco de una parroquia inscrita a la cabeza de las más malas de la diócesis. Este nombramiento fué conocido inmediatamente, y de todas partes afluyeron a la casa del santo sacerdote los cofrades de la vecindad, sus adictos y amigos, instándole todos a que hiciera aceptar su renuncia al prelado. Pero el hombre de Dios, que veía las cosas desde más alto, respondía a cada uno con agradable gracia y con la sonrisa en los labios: "Os agradezco el interés que me manifestáis, pero no puedo seguir vuestro consejo: pues inmediatamente después de haber recibido la carta de Monseñor, le notifiqué mi aceptación sin reserva, *es demasiado tarde*".

Compréndase, queridos cofrades, que si todos los sacerdotes de una diócesis estuviesen animados por semejantes sentimientos, habría en el corazón del Obispo un manantial inagotable de consuelos y de inefables goces.

142.—Digamos una palabra, no ya de los empleos

propuestos por la autoridad diocesana, sino de los reglamentos y estatutos que impone para el buen gobierno de la clerecía.

Estos estatutos son necesarios: ¿quién podría dudarlo? ¿qué sociedad no tiene los suyos? Los estatutos diocesanos son el reglamento de la familia; sin ellos, el desorden, la independencia peligrosa, abusos muy frecuentes y muy graves, son sus productos abundantes; con ellos, al contrario, si son bien observados, orden, armonía, edificación, reglas de conducta excelentes, fuente de santificación para la masa clerical.

Los estatutos son la palabra misma del primer pastor, palabra tanto más importante cuanto que ha sido más maduramente preparada, y que, después de haber sido pesada en el santuario, sometida a consejeros hábiles y experimentados, ha sido escrita en el papel y puesta en manos de todos los miembros del clero para ser a cada instante el memorial de sus deberes.

¡Desdichado de aquel que no obedeciera a esta ley fundamental de su Obispo, y que se exima hacia ella del respeto que la debe! Tendrá que dar cuenta de su infracción al que ha dicho: *Qui vos audit me audit; qui vos spernit, me spernit.*

143.—Pero apresurémonos a decirlo, este anatema no alcanzará sin duda a ninguno de nuestros cofrades. Todos, estamos persuadidos de ello, se mostrarán fieles observadores de este punto capital de sus obligaciones. Recordemos para nuestra edificación la conducta del sacerdote santo respecto a los estatutos diocesanos.

En primer lugar, no hay que decir que posee un ejemplar. El mayor desprecio a la autoridad que los ha decretado sería ciertamente no querer si-

quiera procurárselo. Ningún sacerdote sentirá nunca hasta este punto esos culpables desdenes.

El santo sacerdote los posee, pues; pero ¿de qué sirve tener un libro si no se le abre nunca? También lo abre, y lo abre frecuentemente. La lectura que hace no es rápida ni superficial; es grave, lenta, es profunda, acompañada de un piadoso sentimiento de respeto y sumisión, porque la palabra de su Obispo es a sus ojos la palabra de Jesucristo, cuyo mismo puesto representa.

Habla de los estatutos diocesanos en términos siempre respetuosos y comedidos; y si por casualidad oye criticarlos, si oye decir en tono de reconvención que son de una severidad excesiva, no tan sólo no abre su boca el respeto humano para hacerle hablar como los otros, sino que la veneración que profesa hacia la autoridad episcopal le hace tomar inmediatamente la defensa de los reglamentos que ha establecido. Hace su apología con el celo que le sugiere su alta piedad, y el espíritu de fe que le anima, unido a la dulzura de carácter que le capta la afición de sus cofrades, hace aprobar a veces a éstos los mismos puntos cuya censura hacían en un principio.

Es inútil decir que observa estas santas reglas con exactitud más edificante. Sí, él es feliz siendo fiel; no distingue nunca, bajo el punto de vista de ejecución, entre lo que obliga y lo que no obliga en manera alguna bajo pena de censura; no distingue de ningún modo lo que es obligatorio *sub gravi,* de lo que no lo es sino *sub levi;* todo es digno de su respeto, todo es abrazado por su obediencia universal, todo, hasta los más simples consejos, a los que se somete como si fuesen órdenes formales.

¡Feliz y digno sacerdote! ¡que Dios derrame sobre tí la plenitud de dones que merece tu obediencia, y podamos nosotros todos ser perfectos imitadores de la alta piedad que te distingue!

144.—El respeto hacia la autoridad episcopal, ¿se limitará a lo que acabamos de decir? No. Exige aún que nos mostremos dóciles a las menores recomendaciones, ya verbales, ya escritas, que esta autoridad crea deber hacer a la santa familia que Dios le ha dado. En realidad, en una familia cualquiera, ¿serían dignos hijos de su buen padre, los que no quisieran obedecer más que sus órdenes formales, y que no doblegaran su voluntad sino ante la amenaza de un castigo riguroso? Véase un buen hijo, cuando quiere y respeta a su padre, cómo le gusta, no sólo ejecutar su menor deseo, sino hasta adivinarlo y preverlo.

Obremos así, queridos cofrades, respecto a aquel que está investido para con nosotros de una paternidad muy sagrada y por otro estilo que la de nuestro padre según la carne. No digamos nunca: "Sin duda es la voluntad de mi Obispo que yo observe tal cosa y que me abstenga de tal otra, pues se limita a un simple consejo, puedo infringirlo." Obrar así ¿es obrar según el deseo de Dios? ¿es esto obrar según las reglas de una verdadera piedad? ¿es esto obrar como el perfecto obediente? ¿es esto obrar como querríamos que se obrase hacia nosotros si tuviéramos en nuestra mano la autoridad que tratamos con tan pocos miramientos?

145.—Debemos respetar también a nuestro Obispo en nuestras conversaciones, no diciendo nunca una palabra que debilite, por poco que sea, su autoridad, justificándole si alguno se permite acusarle en nuestra presencia, haciendo resaltar las

cualidades que posee, y manifestando por nuestro celo en defenderle la sinceridad de la adhesión que le hemos consagrado. ¡Cuán mal no haríamos si pareciésemos aprobar, o lo que es más, si aprobásemos positivamente las críticas inconvenientes de algunos cofrades inçonsiderados, o de algunos seglares que se autorizasen con nuestra aprobación para perpetuar la malignidad de sus censuras!

Recordemos, en estas circunstancias delicadas, la enseñanza que damos a los niños en nuestros catecismos, a la Asamblea de los fieles en nuestros púlpitos, cuando explicamos a unos y otros el cuarto mandamiento de Dios, que les recuerda las obligaciones a que están sometidos hacia sus superiores en el orden espiritual y temporal.

146.—Nuestros actos deben estar también en perfecta relación con nuestras palabras. Aquí no se trata ya de los diversos puntos especialmente encomendados o aconsejados por el Obispo; pero decimos que hasta las acciones en cuyo detalle no hemos entrado, nos las debemos prohibir si sabemos que las reprueba. Su voluntad es ciertamente que seamos santos; luego respetar su voluntad es obrar siempre como buenos y santos sacerdotes.

Excelente regla que debiéramos adoptar: si mi Obispo estuviese presente, ¿cómo me conduciría? Tengo tentaciones de descuidar tal o cual asunto de mi ministerio por una partida de juego: si mi Obispo me viese ¿qué haría yo? Siento tentación de quitarme el traje eclesiástico sin necesidad: si mi Obispo me viese ¿qué haría yo? Siento tentación de hacer un viaje de algunos días sin ninguna utilidad, con la casi seguridad de predicar y catequizar el domingo sin preparación: si mi Obispo me viese ¿qué haría yo?

Puesto que sobre estos puntos y muchos más conocemos la voluntad de nuestro venerable pastor, como fieles corderos respetémosla en nuestros actos, y miremos como una especie de hipocresía el estar habitualmente preparados a vivir como sacerdotes santos si nuestro Obispo estuviese presente, y como relajados estando libres de su vigilancia.

147.—Una falta de respeto de suma gravedad, que todo sacerdote debe prohibirse en absoluto, es la crítica, no solo de la persona del Obispo, sino de ciertos actos de su administración. Si cada uno de estos actos fuese controvertido por el clero de su diocesis; si se permitiese censurar en lo profano como en lo sagrado las decisiones de la autoridad eclesiástica; si, por ejemplo, con motivo de algún nombramiento que no gusta, se hiciese conocer públicamente nuestra desaprobación, ¿se comprende la gravedad de las consecuencias de tal conducta? Además del desprestigio de la autoridad y de la disminución de respeto hacia ella, ¿cómo es posible no ver que sería un verdadero escándalo oir a un sacerdote clamar públicamente, y acaso con malicia, contra los actos administrativos de su augusto jefe?

Lo que produciría aún peor efecto, sería encontrar a un sacerdote que acaba de ser disgustado por alguna decisión episcopal que le sea penosa, y fortificar, en lugar de debilitar, la disposición en que acaso está de murmurar contra su Obispo El sacerdote santo iría a visitar a este compañero y a llevarle los consuelos de la fe y de una verdadera amistad; pero ¡qué reserva en sus palabras! ¡Qué fondo de respeto a la autoridad! ¡Qué piadosa exhortación a una paciente y humilde sumisión!

¡Y qué bálsamo consolador vertería dulcemente su edificante lenguaje en el amargado corazón del pobre afligido!

Recomendamos muy especialmente lo que precede a algunos buenos presbíteros, que no habiendo conocido jamás nada reprensible en uno de sus cofrades a quien el Obispo ha castigado, se indignan contra la humillación que ha sufrido, lo miran como víctima de una calumnia odiosa, censuran a los superiores por haberla dado crédito, y les pierden parte del respeto que les tenían antes de la decisión severa que les reprochan.

En tales circunstancias, el sacerdote santo se calla y respeta profundamente secretos que no conoce. No estando iniciado en las deliberaciones del consejo episcopal, mirará como una absurda inconsecuencia criticar lo que en él pasa; gústale más no decir nada, y reemplazar las críticas que otros se permiten por estos caritativos y respetuosos pensamientos: que los superiores no tienen interés en castigar sin motivo, que la gloria de la religión, de que ellos son los primeros defensores, les hace deplorar el escándalo a que muchas veces dan ocasión sus castigos, y que, si a pesar de todo, creen que deben castigar, tienen para hacerlo así graves y sólidas razones que la charla de una crítica ciega no es suficiente a atenuar.

Tal es la sabia conducta del sacerdote santo en estos tristes casos, y extiende esta conducta a todos los actos de la administración de su Obispo.

Siempre les tiene respeto; y aun cuando no pueda, a pesar de sus esfuerzos, aprobarlos, en su interior, por lo menos se guarda con gran cuidado de dar a conocer su pensamiento íntimo, y aun gusta de decirse, con la profunda humildad que es su

virtud favorita, que sin duda está en un error y le engaña la debilidad de su juicio.

El sacerdote santo aplica este principio, no sólo a los actos administrativos de su Obispo, sino también a su opiniones sobre algún punto de controversia en que no están conformes. Yo no soy, se dice a sí mismo, el juez de mi Obispo. Mientras le vea en comunión con la Santa Sede, centro de la unidad, la obediencia, el silencio respetuoso, la oración ferviente y asidua por mi primer pastor, por la Iglesia y por el Soberano Pontífice que la gobierna, tal será mi regla de conducta: *Juravi et estatui custodire judicia justificationis tuae, Domine.*

148.—Acaso no esté demás decir una palabra, no sobre la persona sagrada de nuestro Obispo, sino acerca de los dignos consejeros de que se rodea, y a los que alguna vez confiere poderes en alguna suerte ilimitados, por las cartas de vicarios generales que les da.

En los tiempos, que se echan de menos por varias razones, en que la independencia no había alzado bandera, y el respeto y la sumisión no eran palabras vanas, la dignidad de vicario general estaba rodeada de particular veneración, que corroboraba singularmente la autoridad de los que de ella estaban investidos. Se los honraba como a aquellos cuyo sitio ocupaban y jamás se les faltó a las consideraciones debidas. ¡Cuánto nos edificaba oir a los viejos restos del antiguo clero hablar siempre en términos dignos y mesurados del *Señor Vicario General* o del *Señor Obispo!* Hoy están poco en moda estas locuciones respetuosas, y sabemos lo ligeras y poco serias expresiones que las reemplazan.

¡Cosa asombrosa! Todos deploramos el progreso

siempre creciente de la independencia y la aminoración de la autoridad, y no vemos que, en muchas circunstancias, cedemos como los demás a la corriente general, cuando no aceleramos su rapidez!

Acostumbrémonos, amados compañeros, a respetar la autoridad de nuestros jefes si queremos que nuestros inferiores respeten la nuestra. Miremos al vicario del Obispo como a su lugarteniente, su confidente íntimo, su mandatario especial, puesto que realmente tiene todos estos títulos. Estudiemos más bien nuestros deberes para con él que los defectos personales que pueda tener. No aplaudamos a los que le critican y, en nuestras relaciones con él, no nos separemos jamás de las más estrictas conveniencias. Fortifiquemos su administración en lugar de debilitarla. No usemos la obsequiosidad ni la adulación, sino démosle testimonios de respeto, de cariño y de sumisión. Nada de esto nos costará trabajo si somos para nuestro Obispo lo que debemos ser; pues entonces comprenderemos que considera lo que hacemos al que honra con su alta confianza como si se le hiciera a él mismo.

149.—¡Ojalá que los consejos que nos hemos tomado la libertad de dar a nuestros piadosos cofrades sean seguidos por ellos con fiel exactitud! Los preceptos que hemos recordado nos fueron legados por los Santos Padres de todos los siglos, y observándolos es como se glorifica a Dios, se edifica a los pueblos y se merece la eterna felicidad.

Estemos estrechamente unidos a nuestros Obispos, queridos y dignos colegas, pues formamos parte del cuerpo místico de que son los principales miembros y cuyo augusto jefe es el Soberano Pontífice; honremos a nuestros Obispos, puesto

que son los ungidos del Señor; seamos sumisos a nuestros Obispos, pues son nuestros superiores y nuestros maestros y les hemos hecho la más solemne promesa de esta sumisión; respetemos a nuestros Obispos, pues tienen sobre nosotros una autoridad divina; amemos, en fin, amemos tiernamente a nuestros Obispos, pues tenemos la felicidad de tenerlos por padres y gustan de bendecirnos como a hijos queridos.

CAPITULO IX

Mortificación.—Modestia.—Templanza.—Necesidad de estas virtudes.—Su práctica.

150.—La primera impresión que nos hace la idea de la mortificación cuando no se practica y no hay voluntad de practicarla, es mirar esta virtud como poco obligatoria en el riguroso sentido de la palabra. Sin profundizar las cosas en detalle, se echa sobre el conjunto una vaga ojeada y los pensamientos superficiales a que esta ojeada da origen pueden resumirse de este modo: La mortificación es seguramente muy digna de estima; es la virtud de los santos y de las almas avanzadas en la perfección; *aconseja* como *muy útiles* admirables prácticas, pero *ordena* muy pocas como *necesarias*.

De este mal principio se saca la consecuencia, a lo menos en la práctica, de que la mortificación es una virtud secundaria que se puede dejar sin comprometer gravemente la salvación, lo cual es un error muy grave.

Que hay prácticas de mortificación que, consideradas aisladamente, no son obligatorias, *sub gravi*,

es cosa que nadie puede negar; pero que todo lo que la mortificación prescribe es de la misma naturaleza que las prácticas aisladas de que acabamos de hablar; que la mortificación misma, considerada en el conjunto de las reformas que opera, de las pasiones que encadena, de los placeres que modera, de los sentidos que cautiva, de la carne que combate, no sea una virtud obligatoria, necesaria, absolutamente indispensable al cristiano y sobre todo al sacerdote, es un error capital, es un mentís formal dado a Jesucristo, al Evangelio, a la Iglesia, a los santos de todos los siglos, es decir, a todas las autoridades más venerables del mundo.

151.—Por lo demás, para convencerse de lo que acabamos de decir, basta ver cuál es el objeto y la naturaleza de la mortificación. Se propone nada menos que volver de algún modo al hombre a aquel feliz estado de justicia original en que se hallaba antes de su caída. No conocía entonces lo que se llama catástrofe, desarreglo, vicio, falta, etc. El apetito obedecía a la razón, la razón a Dios, y todo estaba en orden. El pecado original lo cambió todo, destruyó las relaciones íntimas y naturales que existían entre Dios y el hombre y puso a éste en un estado permanente de lucha contra sí mismo por la profunda perturbación de la maravillosa armonía que reinaba entre las partes constitutivas de su ser; espantosa desgracia que arrancaba dolorosos gemidos al gran Apóstol y le hacía exclamar: "Me hice carnal y vendido al pecado, hasta tal punto que no comprendo lo que hago; porque no hago lo bueno que quiero y hago con facilidad lo malo que no deseo". *Carnalis sum, venundatus sub pecato. Quod, enim operor, non intelligo. Non enim*

quod volo bonum, hoc ago; sed quod odi malum, illud facio.

En este triste y desolador estado, ¿qué hace la mortificación cristiana? Reconstruye las ruinas, restablece el edificio derribado, y remedia en todo lo posible todos los desórdenes que el pecado original ha producido en el hombre, subordinando de nuevo las facultades inferiores a las superiores, el apetito a la razón y la razón a Dios. La mortificación es, pues, como una segunda creación del hombre moral, o, según la expresión de un piadoso autor, *un suplemento de justicia original.*

En cuanto a su absoluta necesidad, es preciso. si se niega, negar también el Evangelio, que constituye el fondo del Cristianismo, y que no cesa de recordar su estrecha obligación, como es fácil de convencerse en cualquiera de sus páginas: *Vae vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram; vae vobis qui saturati estis, vae vobis qui ridetis... Beati qui lugent... beati qui nunc fletis... Dicebat ad omnes: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me... A diebus Joannis Baptistae, regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud... Intrate per augustam portam, quia lata porta et spatiosa via est quae ducit ad perditionem... Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert...*

Y no sólo la doctrina de Jesucristo consignada en el Evangelio, nos demuestra la necesidad de la mortificación, sino que, uniendo el ejemplo al precepto, ¿qué fué lo que hizo el adorable Salvador en los treinta y tres años que vivió en la tierra, sino practicar con la perfección más sublime la mortificación que predicaba? Esto hace que el gran Após-

tol resuma la vida perpetuamente mortificada de su divino Maestro en estas dos frases: *Christus non sibi placuit.—Humiliavit semetipsum;* por lo cual formula esta sentencia eminentemente cristiana: *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis suis.*

En vista de tales enseñanzas, nuestro deber es poner fielmente en práctica la eficaz recomendación que nos hace el príncipe de los Apóstoles: *In hoc vocati estis, quia et Christus passus est pro nobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.*

152.—Aparte de la doble autoridad tomada de la doctrina y de los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, basta recogernos un momento en nuestro interior para ver, que haciendo el mal por inclinación, y no haciendo el bien sino a la fuerza, es decir, obligados por la mortificación, seríamos realmente arrastrados al mal, si la mortificación no nos ayudase constantemente. Debemos decirlo, la lucha está entablada; el espíritu y la carne pelean. *Caro enim,* dice el Apóstol, *concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem.*

Es indipensable que nos alistemos en uno o en otro bando: es necesario que seamos, sin mortificación, el hombre terrestre que vegeta lánguidamente sobre la tierra. *Primus homo de terra terrenus;* o que seamos el hombre celestial que, por la mortificación, no está en relación más que con el cielo: *Secundus homo de coelo coelestis.* ¿Qué hacer en esta alternativa? Obedecer a Dios, que nos dice: Armate contra tí mismo, ten a raya tus sentidos, subyuga tus pasiones, huye de las ocasiones peligrosas, arranca y destruye tus malas inclinaciones, tus defectos y tus vicios, y reemplázalos por sólidas virtudes: *Constitui te hodie ut evellas et destruas... ut ae-*

difices et plantes. ¿Hacer esto es hacer otra cosa que practicar la mortificación mandada por el Evangelio?

153.—Pero, si todo esto se aplica al simple fiel, quien quiera que sea, si la ley de la mortificación pesa sobre él con todo su peso, sólo porque es cristiano, sumiso al Evangelio, ¡cuánto más no acrece la obligación para el sacerdote que es, por su estado, el maestro del Evangelio y que, siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, debe siempre practicar antes de enseñar: *Coepit facere et docere!*

"Hay para el hombre, dice el Santo Ligorio, dos clases de vida: la vida de los ángeles, que no piensan más que en cumplir la voluntad de Dios, y la vida de los brutos, que no piensan más que en satisfacer sus sentidos. Si el hombre cumple en todo la voluntad divina, se convierte en un ángel; si no hace más que satisfacer sus sentidos, entra en la categoría de los brutos."

Según esta doctrina tan claramente expuesta, ¿qué hará el sacerdote, que es el ángel de la tierra por la eminencia de su sacerdocio? ¿Continuará siendo ángel o se tornará bruto? Su conducta con relación a esta virtud, que es de lo que vamos a tratar, decidirá la cuestión. Para conocer esta conducta, vamos a tratar en detalle los diversos puntos que abraza la práctica de la mortificación.

Puede decirse en verdad que el ejercicio de esta virtud es tan extenso como necesaria su práctica. Esto se concibe: puesto que la mortificación tiene por objeto la reforma completa y radical de la naturaleza humana, y puesto que el pecado original ha viciado y desnaturalizado completamente esta naturaleza, es evidente que la mortificación, cuya misión es restaurarla, debe comprender necesaria-

mente al hombre todo entero. De ahí esta mortificación interior y exterior que todos conocemos y que toca a la vez al cuerpo y al espíritu del hombre, porque uno y otro tienen necesidad de reforma.

Ensayemos disecarnos y hacer nuestra anatomía, si se nos permite expresarnos así; considerémonos por partes y veamos con exactitud lo que somos en cuestión de mortificación.

154.—*Nuestros pensamientos*. ¿Qué nos dice la mortificación respecto a los innumerables pensamientos de que está llena nuestra alma? Nos dice que podemos pecar, aun mortalmente, de pensamiento; que sobre ciertas materias basta sólo detenerse voluntariamente un momento para dar muerte al alma y hacer de un santo un réprobo. Nos dice que los pensamientos son los primeros gérmenes de las malas acciones. Nos dice que los pensamientos vanos y frívolos favorecen siempre cualquier mala inclinación, y por consiguiente, predisponen y conducen al pecado. Nos dice que estos pensamientos vanos son siempre causa de una pérdida de tiempo que hubiera estado mucho mejor empleado en reflexionar sobre cosas útiles y serias. Nos dice, por último, que esa multitud de pensamientos fútiles es un semillero de distracciones cuya inoportunidad se hace sentir penosamente en tiempo de ejercicios espirituales, distracciones que hunden el alma en un estado habitual de frialdad y sequedad, y la hacen disgustarse de la oración y la privan de las abundantes gracias que a ella van unidas.

De todo esto se saca la consecuencia de que debemos combatir sin descanso estos diversos pensamientos, pues todos ellos son o criminales, o da-

ñosos, o frívolos y, con deliberado propósito, no debemos fijarlos en nuestro espíritu, sino reemplazarlos por pensamientos serios, útiles, piadosos y verdaderamente dignos de un sacerdote.

¿Es así como obramos?—¿Nos mortificamos en nuestros pensamientos?—¿No se ocupa nuestro espíritu de cosas inútiles?—¿No nos sucede esto con frecuencia y muchas veces durante horas enteras? ¿De qué clase son nuestros pensamientos cuando estamos solos en nuestro aposento o fuera de él? ¿No tiene la mortificación nada que combatir, que reformar, o que reemplazar en nuestro espíritu con relación a los pensamientos que la ocupan? ¿Está todo en relación a este respecto? ¿Está contento Dios y lo estamos nosotros mismos? ¿Nos dice la conciencia que todo está bien y que, tocante a esto, somos sacerdotes y sacerdotes santos? Bendigamos a Dios, si es así, y prosigamos nuestra investigación.

155.—*Nuestros deseos.* El deseo es un pensamiento, pero no todos los pensamientos son deseos. Se puede pensar en frivolidades, sin desear nada de una manera determinada. El deseo, pues, es algo más que un simple pensamiento.

¡Qué vasto campo es el de los deseos para que la mortificación lo explote! Como sucede con los pensamientos, todo lo que, tratándose de deseos, no es bueno, útil, piadoso y conforme con la voluntad de Dios, es necesariamente frívolo, perjudicial, o criminal, y debe necesariamente caer bajo los filos de la mortificación.

¿Queremos conocernos y conocernos a fondo? Pues veamos lo que constituye la materia, el objeto de nuestros deseos habituales y sobre todo de los más vivos.

El sacerdote santo reduce todos sus deseos a estos tres puntos: ¡La mayor gloria de Dios, la santificación del prójimo y su propia santificación! Todo deseo que no converja directa o indirectamente sobre uno de estos tres puntos es combatido vigorosamente desde que se le aperciba. La mortificación es la que ha puesto en tan feliz disposición al sacerdote santo y la mortificación le sostendrá en ella.

¿Nos sucede así a nosotros? Examinémoslo. ¿Deseamos alguna cosa? Necesariamente sí; porque ¿quién es el hombre que no tiene algún deseo? Ahora bien; sin envanecernos, ¿cuál es el objeto de nuestros deseos? ¿No deseamos una vida larga mejor que una vida santa; un brillante puesto en cambio de nuestro modesto empleo; el placer y el bienestar, sin compensación de penas ni incomodidades; un ministerio brillante más bien que provechoso al prójimo; aumento de penitentes mejor que la santificación del corto número que tenemos, y un poco de incienso profano en premio de nuestros elegantes sermones, antes que la salud de las almas por medio de predicaciones sencillas, saludables, instructivas y piadosas? ¿No deseamos éxitos sin contrariedades, victorias sin combates, ventajas temporales sin motivos legítimos, trabajos a nuestro gusto, alegrías sin amargura, aplausos sin críticas, una vida dulce, tranquila, cómoda, sin agitación, sin inquietud, sin humillación, sin cruz de ningún género, es decir, si lo pensamos bien, una vida enteramente opuesta a la del divino Salvador cuyo lugar ocupamos, una vida, dice Bourdaloue, que los santos, y los hombres apostólicos sobre todo, hubieran aborrecido?

¡Qué trabajo para la mortificación, si la encarga-

mos de exterminar estos vanos deseos, y reemplazarlos por los deseos fervientes del sacerdote santo!

156.—*Nuestros juicios.* ¿Quién podrá decir el desorden que el pecado original ha producido en la parte más íntima de nuestro sér, relativamente a esta operación de nuestro espíritu que llamamos juicio?

Decidir dentro de sí sobre lo que es y lo que no es —sobre lo verdadero y lo falso—, sobre lo bueno y lo malo—, y saber dudar sobre estos puntos cuando es preciso dudar, he ahí, dice Bossuet, las operaciones de un buen juicio. Esto es lo que haríamos con facilidad como si se hiciera ello mismo, si estuviéramos todavía en nuestro antiguo estado de rectitud original, o si la mortificación cristiana nos hubiera devuelto esta rectitud en la medida que hoy es posible.

En lugar de esto, ¡cuántos errores y cuántas ilusiones!

Antes de juzgar sobre cualquier cosa, debiéramos fijar nuestra atención, examinarla, pesarla, y considerar el pro y el contra: nosotros creemos hacerlo así, pero no lo hacemos, o lo hacemos mal, y por falta de atención seria y conveniente, inclinamos nuestros juicios del lado que más nos halaga.

Para juzgar bien, debiéramos tomar el tiempo necesario para asentar sólidamente nuestros juicios; pero como nada de esto hacemos, juzgamos antes de conocer, y el orgullo, la precipitación, la impaciencia y la prevención, nos arrastran y nos pierden.

Para juzgar bien, deberíamos tener constantemente por regla de nuestros juicios algún sólido

principio de fe. Damos a los demás este consejo desde el púlpito, en el santo tribunal y en todas partes, y este consejo, que damos por cuenta nuestra, no lo seguimos siempre.

Para juzgar bien, deberíamos considerar la debilidad de nuestro espíritu y convencernos de que podemos errar. Convenimos en la certeza de este principio, pero la terquedad en sostener nuestra opinión prueba claramente que con frecuencia nos creemos infalibles.

He ahí los principales extravíos que previene la mortificación cuando se la toma por consejera. ¡Qué cosa más sabia, más humilde, más reservada, más eminentemente razonable y cristiana que el juicio de los santos! El principio fundamental del juicio es, según los santos, que la razón de Dios domine la razón del hombre y que, cuando el primero ha decidido, el segundo debe someterse. Sentado éste principio, dicen: El juicio divino, he ahí la regla del mío; en este caso, abramos el Evangelio. Lo abren, y consideran cuáles eran los juicios de Jesucristo sobre la vida, sobre la muerte, sobre la tierra, sobre el cielo, sobre el pecado, sobre la virtud, sobre la pobreza, sobre las riquezas, sobre la alegría, sobre las lágrimas y sobre todos los detalles de la vida cristiana; luego, cuando ven claramente lo que piensa Jesucristo sobre estas grandes materias, mortifican sus juicios propios y aceptan sin sombra de reserva los de su divino Maestro.

¿Imitamos esta sabia conducta?

Invitamos a nuestros piadosos lectores a que se dirijan esta pregunta teniendo delante el capítulo V de San Mateo, al frente del cual se hallan las ocho Bienaventuranzas que con tanta razón llama Bossuet *el compendio de toda la doctrina cristiana,*

Preguntémosnos seriamente a nosotros mismos, después de cada Bienaventuranza, si, como los santos, la creemos firmemente, y si, a imitación suya, nuestro juicio y el de Jesucristo son perfectamente idénticos. Si por acaso hay entre ambos juicios algún desacuerdo, llamemos a la mortificación en nuestra ayuda, porque ella es la que debe imponer silencio a nuestra débil razón y someterla humildemente a la razón de Dios.

157.—*Nuestra imaginación.* Nosotros conocemos sus locuras y sus lamentables extravíos cuando se la abandona a su actividad fogosa y desarreglada. ¿Es la imaginación mala por sí misma? De ningún modo. Es una facultad del alma muy brillante y müy noble, y por medio de ella nos representamos en nuestro interior escenas, imágenes, cuadros, tanto sombríos como alegres, de los que podemos hacer un útil y santo uso en nuestras meditaciones, en la composición de nuestros discursos, y en las explicaciones del catecismo para que éstas sean fáciles y tangibles. ¡Pero cuántas frivolidades, y cuántas ilusiones hay al lado de estas condiciones!

Esta facultad del alma es la que principalmente destruyó el demonio en nuestros primeros padres. Por el vano y falso atractivo de cuadros encantadores, les mostraba la felicidad de que gozarían cuando fuesen como dioses: *Eritis sicut dii.* Hoy el mismo tentador nos ataca con la misma arma.

Cuando nos muestra, por ejemplo, el esplendor de un puesto más elevado y las diversas ventajas de que gozaremos si llegamos a él, se dirige a nuestra imaginación; y, si la mortificación no rectifica las cosas, el orgullo nos llena, el deseo del brillante puesto que tenemos en perspectiva nos seduce, y por correr tras de un empleo que acaso

no alcanzaremos jamás, descuidamos las importantes funciones de aquel de que estamos encargados.

Cuando al tiempo de orar, ocupa y distrae nuestro espíritu una sucesión de cuadros quiméricos, la imaginación es quien pierde y nos roba los frutos de tan piadoso ejercicio.

Cuando nos sentimos lastimados u ofendidos por una palabra o un acto, dicho o hecho acaso sin mala intención, y los consideramos bajo su peor aspecto, la imaginación es la que recuerda la palabra, la que reproduce el acto con las circunstancias más desfavorables y más propias para indisponernos con aquel de quien creemos tener justa causa para quejarnos.

Cuando echamos una triste mirada al porvenir, y nuestra alma, naturalmente triste, se entristece aún más representándose accidentes, que con gran frecuencia no pasan de ser quimeras, también es la imaginación la que nos lanza en ese nuevo abismo de enojo, de inquietud y de melancolía tan dañoso al alma y tan perjudicial para los frutos del divino ministerio.

Cuando tomamos una ligera indisposición por una grave enfermedad, cuando consideramos necesarias ciertas precauciones minuciosas que ninguna razón formal motiva y nos hacemos casi inútiles a fuerza de disminuir la dósis de trabajo que somos capaces de soportar, también es la imaginación, puesta en juego por el enemigo de todo bien, la que paraliza los trabajos que podríamos emprender.

Cuando, arrastrados en un sentido enteramente opuesto, fabricamos por adelantado alegrías, placeres, aplausos, éxitos y toda una serie de sucesos

felices que vemos en algún modo desarrollarse ante nuestros ojos y que acaso no existirán nunca más que en nuestra mente, también es la imaginación quien nos agita y nos distrae con sus locuras, esperando que nos dejemos abatir por las decepciones que acarrea.

Cuando en nuestros discursos nos abandonamos al ímpetu de nuestra palabra, es también la imaginación, que con frecuencia nos pierde. ¡Cuántas veces no se ejercita a expensas del juicio! Si este último no corrige a su frívola compañera conteniéndola en sus justos límites, creerá hacer maravillas y no hará más que tonterías. Los discursos compuestos bajo su influencia y casi dictados por ella, estarán llenos de imágenes, pero vacíos de sentido, y tendrán cierto brillo que solamente atraerá a los espíritus ligeros y cansará a los demás.

No concluiríamos si fuésemos a enumerar todos los males que produce la imaginación cuando está abandonada a sí misma. ¿Quién podrá prevenir sus peligrosos extravíos sino la mortificación, que, haciéndonos acudir sin cesar a la vigilancia, a la oración, a las inspiraciones de una razón clara y de una fe sólida, nos introducirá en el camino de la divina sabiduría?

158.—*Nuestras pasiones.* Ante esta palabra, nos figuramos enemigos furiosos, combates a muerte, brillantes victorias o derrotas vergonzosas.

"El combate contra las pasiones, dice el P. Nepveu, es el principal ejercicio de la mortificación cristiana: debe ser ardiente para no retroceder ante las dificultades; continuo, para no dejar pasar un día ni una hora sin aplicarse a él, de modo que la divisa de un verdadero cristiano debe ser la de San Pa-

blo; *Quotidie morior...*; además, debe ser constante para no concluir sino con la vida, pues mientras vivamos tendremos siempre enemigos que combatir. *Toda devoción* (meditemos bien esto) *que no se ejercita así, es un entretenimiento o una ilusión.*

Por desgracia, no estamos acaso bastante convencidos de esta verdad, o si la admitimos en teoría la olvídamos en la práctica. Lo que nos engaña en este punto es que miramos como vencidas, destruídas y anonadadas pasiones que a veces no están más que ocultas, desfiguradas o ligeramente contenidas. Cuando pensamos en los daños que antes nos causaban, y que hoy no nos causan, abrimos nuestra alma a una dulce confianza; y lo que aumenta nuestra confianza es la determinación que tenemos de no recaer jamás en nuestras antiguas miserias. Estando las cosas de este modo, ¿a qué temblar? ¿A qué velar incesantemente? ¿Por qué entristecerse con el ejercicio continuo de una molesta mortificación? ¿Por qué, queridos cofrades? Porque está escrito: *Vigilate et orate, ne intretis in tentationem.—Quod vobis dico, omnibus dico: Vigilate.—Qui stat, videat ne cadat.—Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit vos querens quem devoret.—Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* ¿Por qué temblar? ¿Por qué mortificarse? Porque no somos más perfectos que San Pablo, que temblaba por sí mismo y se mortificaba con severidad, no para practicar un ejercicio de perfección, compréndase bien, sino para domar una carne rebelde que, a cada momento, de santo que era podía convertirle en réprobo: *Castigo corpus meum et in servitutem redigo: ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar.*

159.—*Nuestra voluntad.* Procediendo el mérito o el demérito de todo bien o mal que el hombre hace, del ejercicio de su voluntad, claro está que la mortificación debe estar muy en guardia por este lado.

¿Mortificamos nosotros a esta voluntad que por si misma nos inclina mucho más al vicio que a la virtud? Examinémoslo.

Una voluntad mortificada renuncia a sus inclinaciones más naturales cuando son opuestas a la ley de Dios o ponen obstáculos a la perfección. Por el contrario, la voluntad no mortificada quiere, ante todo, satisfacerse; y si alguna vez quiere un sacrificio, lo hace menos por la voluntad de Dios que por temor a los castigos eternos con que le amenaza. Lo que prueba esto, es que, cuando cree que una semirebeldía no atrae estos castigos, sigue su mala inclinación sin escrúpulo.

Una voluntad mortificada no mantiene vanos y frívolos deseos, y aun se aplica a moderar el ardor de los que no lo son, diciendo con San Francisco de Sales: *Yo deseo muy pocas cosas, y las pocas que deseo, las deseo muy poco.* La voluntad no mortificada, por el contrario, refuerza sus deseos en lugar de disminuir su intensidad, y no sólo los mantiene, sino que persigue sin descanso los diversos medios de realizarlos, de lo que resultan perturbaciones, agitación, abatimiento y una especie de incapacidad para el bien.

Una voluntad mortificada ve en la voluntad de los superiores la voluntad de Dios mismo; la menor desobediencia es para ella una rebelión, de la que jamás se hace culpable, por ligera que sea la cosa mandada. Una voluntad no mortificada elude la de los superiores, se aparta de lo

que prescriben, justifica su conducta irregular con razones que ni siquiera son especiosas y que no engañan sino a los que quieren dejarse engañar.

Una voluntad mortificada, no sólo no rechaza, sino que mira como muy ventajoso el tan saludable lazo de una regla precisa que la dirija en todo y evite sus extravíos. Una voluntad no mortificada no puede acomodarse a ninguna traba: la sujeción a un reglamento, por poco severo que sea, es para ella un yugo insoportable. El capricho, la independencia, el desorden, la libertad sin contradicción, he ahí lo que le place.

Para una voluntad mortificada, en fin, es un placer y un deber cumplir, no sólo la voluntad de los superiores, sino la de todo el mundo, cuando la gloria de Dios o los intereses del prójimo lo permiten. Una voluntad no mortificada, por el contrario, cuando quiere algo lo quiere a su capricho. Jamás se sacrifica a la paz, a la caridad, a la dulzura, ni al bienestar social. La terquedad, tal es su vida; triunfar de toda voluntad que se le resista, he ahí su gloria.

Juzguemos por estas reglas si nuestra voluntad acata las leyes de la mortificación o si se ha desligado de ellas.

160.—*Nuestra carne.* "Entre nosotros, decía un generoso mártir de Lyon, el alma manda y el cuerpo obedece." El que pudiera hablar así, con verdad, de sí mismo, sería mortificado según la carne. *Caro concupiscit adversus spiritum,* nos dice San Pablo. ¿Quién no conoce este perpetuo combate entre la carne y el espíritu? La primera no tiene más que apetitos sensuales, se inclina sin cesar hacia la materia y las pasiones más groseras satisfacen sus

instintos. El espíritu, al contrario, tiende por sí mismo hacia los goces intelectuales, conformes a su naturaleza, y, sobre todo, cuando está iluminado por las puras luces de la razón y de la fe, toma a disgusto los falsos goces de la tierra y no suspira más que por los sólidos bienes que Dios le ofrece. Pero cuando sufre las funestas influencias, o más bien, la vergonzosa servidumbre de la carne, entonces parece que se hace completamente carnal; los goces de la virtud no son sus goces; las verdades de la fe no forman parte de sus meditaciones habituales. Es esclavo subyugado por la carne, que es la que le domina.

¿Queremos saber si en nosotros la carne está sometida al espíritu, o si ha usurpado una parte de la autoridad que jamás debe ejercer? Examinémoslo.

¿Ciframos nuestros más dulces goces en el servicio de Dios y la práctica de nuestras santas obligaciones?

¿Somos así verdaderamente felices, y fuera de eso no nos encontramos a nuestro gusto?

¿Amamos los juegos, los festines, las reuniones brillantes, las vanas curiosidades y todo lo que halaga la parte material de nuestro ser? ¿Aprovechamos con ardor las ocasiones que se ofrecen de procurarnos satisfacciones de esta naturaleza?

Nuestras mismas conversaciones, ¿no anuncian que los goces materiales tienen para nosotros más atractivos que los espirituales? ¿Hablamos frecuentemente y con calor de los primeros, y rara vez y con frialdad de los segundos?

¿No deseamos mucho mejor visitas frívolas y diversiones excesivas, que trabajos serios y estudios útiles a los pueblos y a nosotros mismos?

¿No sentimos que las horas huyen con rapidez cuando la carne se satisface, y que corren con insoportable lentitud cuando estamos en oración?

Si a estas diversas preguntas nos vemos obligados a dar tristes respuestas, apresurémonos a buscar en la mortificación el remedio a la sensualidad que nos domina.

161.—*Nuestros sentidos.* Estos son, y bien lo sabemos, las avenidas del demonio, los poderosos auxiliares de las pasiones, las anchas puertas por donde se precipita el pecado, puertas siempre abiertas si la mortificación no las tiene cerradas. ¡Cuánto no hemos dicho y cuánto no decimos todos los días a nuestros oyentes en el púlpito, y a nuestros penitentes en el santo tribunal sobre los peligros a que se exponen dando a sus sentidos la libertad de que están ávidos! ¿Seguimos nosotros tan saludables avisos y tan sabias lecciones?

¿Nuestros *ojos* son siempre conducidos y gobernados por la modestia? ¿Vivimos con respecto a ellos en habitual temor, recordando los dos crímenes enormes que una sola mirada hizo cometer a David a pesar de lo apoyado que estaba en la ayuda de Dios?

Algunas veces se ven sacerdotes, que sin intención mala, seguramente, pero con una ligereza peligrosa y poco edificante, no detienen por nada sus miradas. Quieren ver todo lo que les rodea, nada se les escapa; confiados en sí mismos, detienen sus ojos sin el menor escrúpulo sobre ciertos objetos que los laicos piadosos se avergonzarían de mirar. Esta inmodestia, además del peligro que la acompaña, contrastando con la santidad que se sabe debe ser el patrimonio del sacerdote, escandaliza a los fieles que de ella son testigos; y tanta estima-

ción profesan al sacerdote tímido, reservado y modesto en sus miradas, como poca tienen para el que ven habitualmente poco mortificado en este punto.

162.—El sentido del *oído* es también con mucha frecuencia ocasión de multitud de pecados. ¿Moderamos el empeño habitual que tenemos de conocer las novedades y los rumores que circulan?—¿Recogemos con avidez todo lo que oímos?—¿No dejamos ver esta avidez y no estimulamos el deseo que se tiene de contar una infinidad de cosas inútiles que llenan nuestro espíritu de bagatelas, y por consiguiente, de distracciones en los momentos de la oración? ¿No provocamos nosotros mismos esas relaciones frívolas, y no vamos, por pura ociosidad, a pasar largas horas con aquellas personas a quienes no gustan sino las futilidades de esta naturaleza? ¿No escuchamos también algunas veces cosas ofensivas para la caridad y, en lugar de cortar en seguida tales confidencias cuando podemos, o a lo menos mostrar nuestra desaprobación con un silencio expresivo, no hacemos ver que tales conversaciones nos interesan y nos divierten?

Bien sabemos que el sacerdote santo, el sacerdote mortificado, hace exactamente lo contrario de lo que acabamos de decir: imitemos, pues, ya que debemos ser santos, la edificante modestia y la caritativa reserva de que nos da ejemplo.

163.—El *tacto* es incontestablemente el más impresionable y el más delicado de todos los sentidos. Sin duda alguna, jamás nos permitiríamos en este punto lo que reprueba la santa virtud de la castidad; pero sin llegar hasta el exceso que ella condena, ¿no podrían reprendérsenos algunas ligerezas interiores o exteriores? Un exceso de genio

alegre, una expansión natural, una falta general de mortificación, una familiaridad, para la cual se cree uno autorizado por relaciones de la infancia, hacen cometer a veces ciertas pequeñas imprudencias que no están exentas de algún peligro, sobre todo cuando la conciencia es poco delicada y la piedad poco sólida.

Por bien firme que esté la santa castidad en nuestra alma, no estará seguramente más arraigada que la de tantos santos, que, como el inocente Luis Gonzaga, no sólo no se permitían jamás lo que hemos dicho, sino ni tan siquiera fijar la vista en su propias hermanas ni en su madre.

Acaso se dirá que este es un piadoso exceso que no puede proponerse como una regla rigurosa; pero, sin querer discutir sobre este punto, diremos solamente que obrando así se llega a santo, y que obrando de otra manera sólo se va a espantosos abismos.

164.—¿Qué diremos de la *lengua* y de las desgracias que causa cuando se abandona a la intemperancia de que es susceptible? "El que no peca con palabras, dice el Apóstol Santiago, es un hombre perfecto que puede tener siempre su cuerpo a raya... La lengua es un fuego. Es un mundo de iniquidades; no es más que uno de nuestros miembros, e infesta todo el cuerpo, inflama toda nuestra vida y está ella misma inflamada de fuego del infierno... Es un mal inquieto e intratable y está llena de un veneno mortal."

¡Qué enérgicas expresiones! El Espíritu Santo es quien las emplea para hacernos ver los increíbles males que los excesos de la lengua causan todos los días.

¿Qué nos dice la conciencia sobre este punto ca-

pital?—¿No somos nosotros de esos sacerdotes charlatanes que hablan siempre más y más alto que todos en las conversaciones?—¿No hablamos con ligereza, lastimando con nuestros discursos la humildad, la dulzura, la caridad y la modestia, acaso la más hermosa de todas las virtudes?—¿Nuestras imprudencias de lenguaje no traen alguna vez lamentables consecuencias y no son causa de algunos disgustos que nosotros nos acarreamos por nuestros relatos exagerados, revelaciones indiscretas o cáusticas burlas?

¡Qué inmensa distancia hay entre un sacerdote que se conduce de esta manera y el sacerdote piadoso que nunca dice una palabra sin haberla meditado antes; que edifica a todo el mundo por la modestia de su recogimiento y que podrá presentarse sin temor al tribunal de aquel que ha dicho: *Dico vobis; quoniam omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die judicii!*

165.—En lo tocante al *gusto*, puede decirse que jamás será santo el sacerdote que no lo mortifique. No somos nosotros los que sentamos este principio, sino que este lenguaje pertenece a los santos.

"La perfección, dice San Alfonso Ligorio, consiste en mortificar la sensualidad del gusto."

"El que quiera progresar en la perfección, dice San Andrés Avelino, debe comenzar por mortificar su gusto."

"Todos los santos, dice San León, han comenzado la carrera de la santidad por la mortificación del gusto."

San Felipe Neri dijo un día a uno de sus penitentes que no había practicado bien esta mortificación: *Hijo mío, si no mortificas tu gusto, no serás jamás santo.*

¿Debe sorprendernos esto?—¿No sabemos que la intemperancia en los alimentos produce el resultado de sensualizar al hombre?—¿Qué es un hombre que hace consistir su felicidad en la comida y en la bebida?—¿Dónde está su dignidad de hombre y de cristiano?—¿Y dónde estaría ¡gran Dios! su dignidad de sacerdote, si buscase la felicidad en esta sensualidad grosera?—¿Qué obras de piedad, de caridad, de devoción y de celo pediríais a este hombre carnal? Absorto en la vida de los sentidos, ¿qué lugar quedaría en su alma para los sentimientos generosos y para los santos transportes del divino amor?

Todos nuestros piadosos lectores estarán sin duda conformes con las reflexiones precedentes; pero algunos acaso no las aplicarán más que al pequeño número de sacerdotes degradados, que no se avergüenzan de dar a las gentes el escándalo de la intemperancia llevada hasta su último limite. No nos engañemos, queridos cofrades; en esta materia pueden cometerse una multitud de pecados; sobre todo en nuestra santa profesión, se puede escandalizar a los fieles sin incurrir en los graves excesos de que acabamos de hablar. Veamos si tenemos algo de qué acusarnos con este motivo.

¿Nos regocijamos en los festines o vamos a ellos, como el sacerdote santo, contra nuestra voluntad, raras veces y para obedecer a justas conveniencias?—¿Somos sobrios en el uso de nuestros alimentós y edificamos a los fieles con esta sobriedad?—¿Nos imponemos como regla de mortificación algunas privaciones, sobre todo en las grandes comidas a que nos vemos obligados a asistir?—¿Estamos en guardia contra el atractivo natural de los licores fuertes, cuyo hábito es tan fácil de contraer

y tan difícil de desarraigar?—¿No es verdad que algunas veces en los festines consumimos gran cantidad de estos licores porque no nos sentimos molestados, y no queriendo ver que es triste y humillante para un sacerdote mostrarse en tal ocasión menos sobrio que los laicos?—¿No nos proclamamos maestros y conocedores experimentados del mérito y calidad de los vinos, teniendo a gala adivinar su nombre y exponiéndonos a adquirir la triste reputación de hábiles gastrónomos?

Velemos, queridos colegas, velemos sobre nosotros mismos con particular atención, y cuidemos de no caer jamás entre el número de esos ministros prevaricadores a quienes castigaba San Pablo con violenta energía. Consideremos bien cada una de sus palabras: *Multi ambulant, quos saepe dicebam vobis (nunc autem et flens dico) inimicos crucis Christi, quorum finis interitus, quorum Deus venter est, et gloria in confusione ipsorum, qui terrena sapiunt.* Detestemos esta vida sensual que arranca lágrimas al grande Apóstol y subamos con él a las regiones superiores, que son las que convienen a nuestro sacerdocio: *Nostra autem conversatio in coelis est, unde etiam expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae.*

166.—He ahí ante nuestros ojos la gran miseria del hombre, tal como lo dejó el pecado original. He ahí la miseria que tan solo la mortificación puede remediar. ¿No tenemos razón al decir que el hombre abandonado a sí mismo no es más que una grande y triste ruina? Ahora que lo hemos visto en detalle, dígase si la gangrena del pecado lo ha invadido por entero y si no se le pueden aplicar, en otro sentido que el del profeta, pero con la mis-

ma exactitud de expresiones, estas palabras de los libros santos: *A planta pedis usque ad verticem, non est in eo sanitas.*

Esta contemplación no debe desanimarnos; lo cual sería el colmo de la miseria, que se haría incurable. El mal es grande, sin duda, pero el remedio, y remedio infalible, está en nuestras manos. La mortificación ha producido en los santos, y produce todos los dias en multitud de dignos sacerdotes, curas admirables. Armémonos, pues, de esta mortificación y empleemos los siguientes medios, cuyo uso prescribe.

Convenzámonos desde luego de su indispensable necesidad. Pidamos a cada instante a Dios el valor necesario para practicar esta virtud. Consideremos con atención lo que principalmente reclama en nosotros una pronta y radical reforma. Interroguémonos en presencia de Dios para saber cuál es nuestro defecto dominante. Libremos diariamente nuevos combates, practicando algunos actos de la virtud opuesta. Castiguemos nuestra carne, que es nuestro enemigo capital. Ataquémosla privándola de aquello que desea en exceso. Recurramos, si es preciso, a las penitencias corporales que nos permita nuestro director. Tengamos sujetos nuestros sentidos y no les demos fuerza con una culpable indulgencia. Seamos habitualmente modestos, vigilantes, recogidos, prudentes y reservados: acordémonos de que somos sacerdotes, ministros de Jesucristo, modelos de su rebaño, y que estamos más estrechamente obligados que nadie en el mundo a reproducir en nuestras personas la mortificación que El practicaba: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali.*

Entonces seremos sacerdotes dignos de nuestra augusta vocación, gozaremos de la felicidad que la mortificación procura a aquellos que la abrazan con santo ardor; entonces edificaremos a los pueblos y salvaremos más almas por nuestra vida penitente y mortificada, que por los discursos más elocuentes, si no tienen por base esta santa vida.

CAPITULO X

Humildad.—Abnegación.—Pureza de intención.—Necesidad especialísima para el sacerdote de estas virtudes.—Humildad en los pensamientos y en los sentimientos.

167.—San Gregorio ha escrito unas palabras que debían hacer temblar a todos los que no son humildes; ha dicho que "el signo más evidente de la reprobación es el orgullo": *Evidentissimum reproborum signum est superbia.*

Efectivamente, cuando este pecado no condena directamente por sí mismo a los hombres que lo cometen, los condena por una multitud de malas obras que parecen en un principio serle extrañas, pero que se desprenden de él como de una fuente emponzoñada. Hasta podría decirse que esta estrecha relación que tiene con los otros vicios es uno de los rasgos principales que le caracterizan.

Pocas personas creen el orgullo tan nocivo como lo es en efecto; y esta ignorancia en que se está del mal que produce, hace que se le descuide bastante voluntariamente y hasta, en lugar de combatirle, se le acoja sin desconfianza. Por lo menos, si se le reconoce como un mal, no se le considera como un mal muy considerable. Todo el mundo sabe que

una violenta cólera sin motivo legítimo, una injusticia notable, una maledicencia grave, un acto impuro, son faltas mortales. Pero cuando se examina a la luz teológica esa infinidad de pensamientos, de palabras y de acciones viciadas por el orgullo y se ve lo poco que sobrepasan los límites de lo venial, se tranquiliza uno y continúa andando en el mal camino.

Esta disposición, que ciertamente no es rara, es excesivamente peligrosa. Más valdría cien veces tener que combatir a un enemigo terrible y reconocido como tal, que a un enemigo que no tiene nada de temible en apariencia, pero que dispone secretamente de un ejército formidable.

No sabremos, pues, recomendar suficientemente a nuestros dignos cofrades el estar perpetuamente en guardia contra el lazo que acabamos de descubrir. Millares de réprobos se han dejado coger en él y no han reconocido sino en el infierno que el orgullo ha sido la causa primera de su condenación.

168.—Las reflexiones que preceden no son bastante a menudo objeto de nuestras meditaciones. Los vicios manifiestamente odiosos nos impresionan, los vicios ocultos o que nos parecen poco graves, nos dejan insensibles.

Un hombre se separa de la Iglesia por herejía, y todos dicen: "¡Desdichado!, ha perdido la fe." Es cierto, pero antes de perder la fe, había perdido la humildad; y es porque no ha querido someter humildemente su juicio al de la Iglesia, y ha enarbolado contra ella el estandarte de la rebelión.

Otro, ciego de cólera, vomita torrentes de injurias, blasfema del nombre de Dios, y ni sabe lo que dice ni lo que hace. "¡Qué pecado de cólera, se di-

ce, qué blasfemia!" Es cierto; pero no se piensa que el principio de estos crímenes enormes ha sido un simple pecado de orgullo. Este hombre no ha tenido bastante humildad para soportar una ligera vejación, una pequeña contrariedad, algunas palabras poco mesuradas que se le hayan dirigido; su orgullo se ha irritado, y de ahí han venido esos transportes furiosos y esas blasfemias.

Un vengativo vive y muere en su pecado, y se dice: "¡Morir sin reconciliarse con su enemigo, qué muerte más horrible!" Esto es muy cierto; pero no se piensa que con un poco de humildad, la reconciliación se hubiera operado en el mismo instante.

Un impúdico (esto parece más extraordinario) se abandona sin remordimiento a sus brutales pasiones; y los buenos cristianos que conocen sus desórdenes, dicen gimiendo: "¡Miserable! Inmola sin pudor la más hermosa de las virtudes." Es cierto; pero téngase la seguridad que ha empezado por inmolar la humildad, puesto que, según el testimonio de los santos y de San Agustín en particular, nada más ordinario que ver que el que se eleva por el espíritu se humilla por la carne.

Así pasa en otros muchos vicios que es inútil enumerar en detalle, y que tienen todos el orgullo por primer principio.

Por lo demás, es necesario que sea así, pues está escrito en nuestros Santos Libros: *Initium omnis peccati superbia.* Es necesario que este vicio sea mucho más grave a los ojos de Dios que lo es a los nuestros, puesto que no hay bastantes anatemas para fulminar contra el orgulloso: *Superbis resistit.—Dies Domini super omnem superbum, et super omnem arrogantem, et humiliabitur.—Odibilis coram Deo est hominibus superbia.—Qui se exaltat humi-*

liabitur.—Dispersit superbos mente cordis sui; deposuit potentes de sede.—Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum.

El Espíritu Santo, que es un espíritu de sabiduría y de verdad, no emplearía de ningún modo tales expresiones para pintar el horror que le inspira el orgullo, si este vicio no tuviera realmente en sí mismo un carácter particularísimo de malicia, y si no fuera, para el que se abandona a él, fuente de multitud de pecados que no cometería de ningún modo si fuese humilde.

169.—Diremos aún de la humildad lo que hemos dicho de las otras virtudes, a saber, que conviene muy especialmente al sacerdote, no tan sólo porque la santidad de su profesión le obliga a poseer todas las virtudes en un grado más eminente que al simple fiel, sino también porque, llenándose a cada instante de las sagradas funciones de una incomprensible sublimidad, obrando sin cesar en nombre de Dios, cuyo instrumento es, subiendo todos los días al santo altar para inmolar a Jesucristo, y haciendo así perpetuamente la obra de Dios, a pesar de su debilidad como criatura y su humillación como pecador, debe evidentemente bajar a proporción que Dios se eleva. Su grande miseria le es propia; le pertenece toda entera; pero la dignidad sacerdotal de que está revestido le es inferida y conferida por Jesucristo, que se ha humillado hasta la nada: *Exinanivit semetipsum.* ¡Qué horror, pues, si olvidándose de que no es nada, se deja dominar por el orgullo, odioso vicio que el Divino Salvador mira particularmente con abominación: *Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum!*

Esta moral, eminentemente cristiana, es la que

practicaba la Santísima Virgen con una perfección que no sabemos admirar lo suficiente, y que debemos esforzarnos por reproducir en nosotros mismos. Ella sobrepasa a todas las criaturas, aun angélicas, por la excelencia de su dignidad, y es la más pequeña y la más humilde de los hijos de Dios, por la profundidad de sus humillaciones: ¿por qué? Porque, perfectamente iluminada sobre su indigencia como criatura, se siente toda penetrada de confusión al ver que ha sido elegida para ser la Madre del Divino Redentor. La medida de su elevación es la medida de su humillación. Así, y con mucha más razón, deben ser aquellos que han sido honrados con el sacerdocio, puesto que, bastante menos santos que María, llenan funciones que ella nunca ha tenido el poder de ejercer.

Por otra parte, la humildad nos es aún muy especialmente necesaria, porque si desgraciadamente estuviéramos habitualmente dominados por el orgullo, cometeríamos ciertamente este pecado en muchos actos de nuestro santo ministerio, lo cual sería doblemente abominable a los ojos de Dios, que nos ha confiado este ministerio para su gloria y no para la nuestra, para la salud de las almas, y no en manera alguna para que sirva de pasto a un vicio que él detesta. Debemos también ser humildes, y más humildes que nadie, porque tenemos necesidad de gracias bastante más considerables que los simples fieles. Las gracias comunes bastan a los que no tienen sino funciones comunes que llenar. Pero ¡qué gracias no son necesarias al sacerdote para subir todos los días al santo altar, para absolver a millares de pecadores y para continuar entre los pueblos el ministerio de un Dios! Ahora bien; no es a los orgullosos, sino a los humildes a quie-

ne promete Dios su gracia: *Superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.*

En fin, debemos ser más humildes que los demás cristianos porque somos por estado los doctores de la humildad. Nosotros somos los que predicamos la necesidad de esta virtud; nosotros somos los que fulminamos contra el orgullo y los orgullosos; nosotros somos los que explicamos a los fieles la asombrosa parábola del fariseo y del puhlicano, en la que el Divino Salvador nos muestra tan claramente la humildad recompensada y el orgullo confundido. Ahora bien: ¿cómo nos atreveríamos a hacer el elogio de una virtud que no poseyéramos, y a declamar elocuentemente contra un vicio de que fuéramos culpables?

170.—Examinemos ahora nuestra conducta y veamos lo que somos, en la práctica, relativamente a la humildad.

Y en primer lugar, *¿estamos bien convencidos de la necesidad de esta virtud?*

Sí, en general; no en multitud de ocasiones particulares que tenemos de practicarla. Llegaos a un sacerdote, cualquiera que sea, y preguntadle sin preámbulos si él cree que la humildad sea una virtud necesaria. Ciertamente, os responderá con una piadosa sonrisa; luego, si cree que lo interrogáis seriamente, os dirá que la humildad es la virtud cristiana por excelencia, que es el alma del cristianismo, que es ella la que ha condenado y reemplazado el orgullo pagano, que es la virtud querida de Jesús, que él la ha practicado constantemente desde el pesebre hasta el Calvario y, en fin, que si hay en la moral evangélica una verdad que ha pasado generalmente al estado de axioma, es que *la humildad es el fundamento de todas las virtu-*

des, como el orgullo es la fuente de todos los vicios.

He ahí ciertamente lo que respondería todo sacerdote al que le preguntara si la humildad es necesaria. No hay dificultad ninguna en el principio; está unánimemente reconocido. Pero si se viene a la aplicación práctica, entonces es cuando se cesa de entenderse y empieza a producirse la diversidad de acción. El sacerdote verdaderamente humilde permanece fiel a su principio; practica lo que cree; el sacerdote seducido por el orgullo, hace traición a su principio; es humilde en la especulación y orgulloso en la práctica.

¿A cuál de los dos nos parecemos? ¿No es para nosotros la humildad una brillante teoría, una virtud, no solamente cristiana, sino profundamente filosófica, una concepción sobrehumana que no pertenece sino al cielo revelarla a la tierra? Sin duda, todo esto se puede decir de la humildad con justa razón; pero ¿se puede decir todo esto sin ser humilde a los ojos de Dios, que no recompensa los bellos pensamientos y las hermosas frases, sino las obras? No hay de esencial en esta materia sino la necesidad de humildad práctica. Y bien; pues, ¿estamos convencidos de la necesidad de ser humildes? ¿Esta convicción se evidencia por otra cosa que por altas especulaciones y pomposos discursos? ¿Obramos como hombres perfectamente convencidos de la necesidad de ser prácticamente humildes? He aquí, lo repetimos, el punto esencial; sin él, con todas nuestras abstracciones filosóficas y teológicas, con todos nuestros discursos profundos o reputados por tales, no somos sino fríos ideólogos y vanos declamadores. Hablamos de virtud, y no somos virtuosos; decimos cosas maravillosas sobre la humildad, y no somos humildes, y a nos-

otros es a quien se dirige el autor de la *Imitación,* cuando dice: *Quia magis eligunt magni esse quam humiles, ideo evanescunt in cogitationibus suis. Vere magnus est qui in se parvus est, et pro nihilo omne culmen honoris ducit.* Continuemos nuestro examen.

171.—*¿Nós creemos suficientemente humildes porque no cometemos faltas muy graves contra la humildad?*

He aquí, sin duda alguna, una ilusión muy común, no tan sólo entre los seglares, sino entre los mismos sacerdotes. No siendo el orgullo, aunque pecado mortal por su naturaleza, según la teología, sino muy a menudo venial por ligereza de materia, se cree uno suficientemente humilde cuando no hiere notablemente la humildad. No conocemos nada más peligroso para una persona obligada a la santidad, como lo está el sacerdote, que hacer de la perfección la teología al uso. ¡Qué de reducciones habría que hacer en nuestros martirologios, si aquellos cuyos nombres tiene inscritos hubieran extendido la santidad de esta manera! Si la santa vida que las divinas Escrituras, la Iglesia, la teología, los Padres y los doctores, exigen del sacerdote, se redujera a la simple exclusión del pecado mortal, ¿qué diferencia habría entre la santidad de los sacerdotes y la de los seglares? ¿Cuál sería su perfección, si, en todos los puntos de la ley, y principalmente en los que toca a las funciones augustas que desempeña todos los días, su vida fuera un tejido de faltas veniales más o menos graves? ¿Dónde estará la edificación que debe dar, el buen olor de Jesucristo que debe difundir, el celo ardiente en que debe arder y el tierno amor que debe tener por el divino Salvador, que, al hacerle

su ministro, le ha preguntado como a Pedro, si le amaba más que los otros: *Diligis me plus his?*

Pero para llegar especialmente a la virtud de la humildad que tratamos en este momento, ¿qué sacerdotes seremos si podemos sin escrúpulo complacernos en nosotros mismos, preferirnos a los otros, correr tras las alabanzas, ocultar, desfigurar, disminuir nuestras faltas, elogiar nuestras cualidades, sostener obstinadamente nuestra opinión, recibir mal los sabios avisos, tratar al prójimo con altivez y buscarnos a nosotros mismos en casi todas nuestras obras? ¿Nos creeremos verdaderamente humildes, suficientemente humildes, siempre que, tomando aisladamente cada una de estas faltas, podamos decir que no traspasan en manera alguna los limites de lo venial? ¿Tendrá en nosotros la Iglesia servidores adictos? ¿Los pueblos tendrán en nosotros edificantes modelos y potentes mediadores? Tendrá Dios en nosotros ministros según su corazón y celosos de su gloria? La vida del santo sacerdote verdaderamente humilde puesta en comparación con la nuestra, ¿no nos llenará de confusión, y los frutos de su ministerio, bendecidos y centuplicados por su humildad, no harán resaltar la esterilidad del nuestro?

Por lo demás, recordemos lo que se ha dicho al principio de este capítulo, que el mayor peligro del orgullo consiste menos quizá en la falta que hace cometer contra la humildad, que en las gracias de que priva, y en los numerosos vicios a que conduce infaliblemente a sus víctimas.

El sacerdote humilde está predispuesto a todas las virtudes, como el sacerdote orgulloso lo está a todos los vicios. Suplicamos a nuestros lectores que tengan esta sentencia por indudable: no somos

nosotros solamente los que la pronunciamos, es la experiencia de todos los días la que la proclama.

172.—*¿Queremos sinceramente ser humildes?*

Sorprenderá quizá que hagamos esta pregunta. En realidad, hay poquísimos que se la dirijan: se va a ver, sin embargo, si está fuera de lugar.

¿Quién es entre nosotros, queridos hermanos, el que se atreverá a confesar que no quiere ser humilde? Hay algo tan repugnante en tal confesión, sobre todo de parte de un sacerdote, que con certeza ninguno querría hacerla a nadie, ni hacérsela a sí mismo. ¿Quién de nosotros, por ejemplo, querría decir claramente: No, yo no quiero ser humilde: la humildad me disgusta por sus exigencias, renuncio a ella? Este lenguaje nos rebela, y si una boca sacerdotal nos lo hiciera oír, nos escandalizaríamos; esto no es dudoso. ¿Pero qué importa la confesión de una disposición censurable, si, sin confesarla, se está, sin embargo, en esta disposición? Ahora bien; esto nos cuesta decirlo, pero es cierto que el estado que revelamos en este momento no es de ningún modo un estado quimérico; muchos se hallan en él y no hacen apenas nada para salir de él. Vamos a juzgarlo.

¿Cuándo nos hemos dicho franca, expresa y determinadamente que queremos ser humildes? ¿Cuándo hemos dicho, con la santa energía del Rey profeta: *dixi, nunc coepi?*

Si tuviéramos el vivo y sincero deseo de llegar a ser humildes, ¿este deseo no sería confirmado por actos?; cuando se desea ardientemente una cosa, ¿no es muy natural emplear los medios para conseguirla? Ahora bien: ¿qué hacemos nosotros para realizar el deseo de humildad? ¿Excitamos nuestra voluntad en meditaciones bien hechas, por refle-

xiones serias, sólidas y poderosas, sobre la necesidad de adquirir esta virtud y combatir el orgullo? ¿Fortificamos estas reflexiones con plegarias especiales, fervientes y renovadas todos los días? ¿Hacemos durante semanas y meses enteros, si es necesario, nuestro examen particular sobre esta materia? ¿Conseguimos cada día alguna victoria sobre el orgullo por algunos actos de humildad? ¿Nos imponemos una penitencia después de cada pecado cometido contra esta virtud? ¿Hemos dado parte a nuestro confesor del deseo ardiente que tenemos de ser humildes, diciéndole, por ejemplo: "Padre mío, Dios me ha iluminado: veo que mi orgullo le disgusta y que quiere que me corrija. Hasta ahora, a decir verdad, no le he combatido seriamente; pero me siento dispuesto a atacarle con vigor; sostenedme, os lo suplico, excitadme, interrogadme especialmente sobre esta materia, y no me paséis nada."

Si obramos de esta manera, entonces podremos decir en verdad que tenemos el deseo de ser humildes. Pero, de buena fe, ¿hacemos lo que acaba de decirse? Y ese pretendido deseo de humildad que tenemos *en principio*, ¿trabajamos asiduamente cada día para realizarle *por la práctica*? ¿No englobamos la falta del orgullo con algunas otras que creemos más comprometedoras que él para la salud, tratándolas todas de la misma manera, es decir, con un arreglo y una indulgoncia que, en lugar de detener su progreso, favorecen su desarrollo, confesándonos porque es necesario decir algo, pero sin un vivo arrepentimiento de las faltas cometidas, y sin una determinación fija y bien resuelta de no volver a caer?

¡Dios quiera que alguno de nuestros lectores no se reconozca en estos rasgos!

173.—Después de haber visto en las tres consideraciones que preceden las disposiciones en que debemos estar relatívamente a la virtud de humildad en general, entremos ahora en un detalle más circunstanciado, más práctico aún, para ver si el orgullo no nos hace sufrir su maligna influencia.

¿Somos humildes en nuestros pensamientos y sentimientos?

El fondo de nuestra naturaleza está tan viciado por el orgullo, que llevamos perpetuamente en nosotros mismos como un mundo de pensamientos sugeridos por este vicio. Muchos, es cierto, no son voluntarios y debemos solamente gemir cuando llegamos a apercibirlos; pero ¡cuántos otros son acogidos y conservados con placer por actos formales de nuestra voluntad!

La tierra está poblada de esos mundanos soberbios que son verdaderamente idólatras e idólatras de sí mismos. Cuando están solos, retirados en el fondo de su espíritu como un santuario profano, se colocan en frente de su propia excelencia, y con el incensario en la mano, se admiran, se extasían, se complacen en su pretendido mérito, se prefieren a aquellos con quienes se comparan, están allí ante su ídolo como el salvaje del desierto ante el sol que adora. En este momento, Dios no es nada para ellos; ellos mismos son su Dios, a sí mismos ofrecen los homenajes de su culto.

¿Cómo, pues? ¿Seríamos víctimas de tal ceguedad, nosotros sacerdotes de Jesucristo? No, ciertamente; nunca lo seremos en este grado. Sin embargo, examinemos si no tenemos que hacernos algunos reproches en este punto.

Cuando estamos solos, abandonados a nuestras reflexiones, ¿qué pensamientos acogemos más co-

mímmente en nuestro espíritu? Si desgraciadamente nos domina el orgullo, no temamos revelar a lo menos por interrogación dubitativa, el secreto de nuestro corazón.

¿No pensamos nunca en nuestro talento, y en lugar de referirlo a Dios que habría podido hacernos idiotas tan fácilmente como nos ha hecho hombres de inteligencia, nos complacemos vanamente en la consideración de nuestro mérito, como si fuéramos los principales y hasta los únicos autores?

Esta reflexión frecuente sobre nuestro talento, cuya extensión exagera probablemente un poco el orgullo, ¿no nos conduce a pensar que no somos para la plaza o puesto que se nos ha confiado, que somos capaces de ocupar uno mucho más importante, que tomamos evidentemente de tales o cuales por debajo de los que estamos colocados en escala de las dignidades, y de los que quizá hasta dependemos, aunque, según nosotros, lo contrario podía haber tenido lugar muy convenientemente?

174.—¿Estas reflexiones no nos conducen más lejos aún, y no vamos hasta censurar los superiores de que nos dejan en la obscuridad en lugar de exhibirnos a la luz del sol, citándolos en cierta manera ante el tribunal de nuestro orgullo herido, acusándolos de tener la luz oculta y de ser malos apreciadores del talento; mientras que, según el pensamiento de San Francisco de Sales, los superiores hacen un acto de verdadera sabiduría cuando eligen, aun para un puesto elevado, un talento suficiente unido a una gran virtud, más bien que un talento distinguido junto a la virtud siempre sospechosa de un orgulloso?

En fin, ¿de estos vanos pensamientos no resulta

que el orgullo se arraiga en nuestra alma en lugar de debilitarse, que nuestro respeto a la autoridad sufre algún detrimento, que el fastidio, el disgusto, las ideas sombrías nos arrojan en una especie de abatimiento y de postración; que nuestros deberes de ministerio son descuidados, que nuestras obras de celo son lánguidas o nulas, y que nuestra parroquia, separada de un pastor que se hastia de gobernarla, desea su alejamiento tanto como lo desea él mismo? Graves, muy graves inconvenientes que nunca tiene que temer el sacerdote verdaderamente humilde, que se cree siempre profundamente indigno de las funciones que se le atribuyen, por sencillas y modestas que sean. Prosigamos.

175.—¿No conservamos largo tiempo en nuestra mente el pensamiento del éxito que hemos o creemos haber obtenido en alguna acción de brillo, en un sermón de aparato, por ejemplo, en una disertación científica, en alguna producción literaria o simplemente aún en una conversación con personas distinguidas y capaces de apreciar nuestro talento?

El orgullo no deja nunca, en estas circunstancias, de sugerir estos vanos pensamientos. Los sugiere hasta a los más humildes, pero esta es para ellos la ocasión de una victoria; pues no cediendo, en manera alguna a esta tentación, combatiéndola al contrario con vigor, anonadándose ante Dios por el recuerdo de sus antiguas miserias, y repitiendo con un profundo sentimiento de humildad estas hermosas palabras de Profeta: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, claro es que la tentación les es más bien ventajosa que nociva, puesto que es para ellos el principio de muchos actos de virtud muy meritorios que no se producirían sin ella.

Pero cuando se acogen con placer estos pensamientos y se les sostiene deliberadamente durante cierto tiempo, cuando se saborea la falsa y seductora dulzura de que están como impregnados, cuando se reproduce rasgo por rasgo en la imaginación todo lo que ha pasado, las hermosas cosas que han dicho, la admiración que han excitado o debido excitar, y, sobre todo, si se trata de una conversación, las palabras de elogio de algunos altos personajes, palabras con cuyo recuerdo el orgullo se despliega aún en su lastimoso triunfo; ¡ah! entonces, ¿quién podrá decir la multitud de pecados que puede hacer cometer una necia vanidad? El orgulloso, no contando con Dios para nada en la embriaguez de su gloria, no pensando siquiera en atribuirle una parte, aunque le pertenece a él toda entera, puesto que es el fruto de sus dones, ¿no es justo que Dios a su vez resista a este orgulloso cuando más tarde le pida sus favores, y que transporte sobre el alma humilde todas las riquezas de su gracia? Es esto también lo que hace: *Superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.*

Algunas veces, sin embargo, en estas ocasiones, la vanidad sucumbe: en lugar de la gloria que esperaba, es la confusión lo que obtiene. Contaba con un triunfo y he aquí que se le impone un descalabro.

Un fracaso de esta naturaleza no abate en manera alguna al sacerdote santo. Como ha fundado su perfección en su humildad, dice apaciblemente besando su crucifijo: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me;* luego medita un instante a los pies de Jesús crucificado este consejo de la *Imitación*: *Ama nesciri et pro nihilo reputari.* Esto le basta; vedle consolado, vedle hasta contento de participar de

los oprobios que se complacen en sufrir los santos Apóstoles por el nombre de Jesús: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.*

Pero en tales circunstancias, ¡con qué sombríos pensamientos no llenará su espíritu el sacerdote que tenga la desgracia de ser orgulloso! Había sembrado vanidad, y es humillación lo que cosecha; esperaba elogios, y los ve reemplazados por malignas críticas. Nada hay tan propio como estas humillaciones para hacernos ver en su justa medida el verdadero motivo que nos hace obrar, la verdadera intención de que están animadas nuestras obras. Si obramos humilde y puramente por Dios, la humillación nos deja tranquilos, pues no es en manera alguna un pecado; y los hombres de Dios, a ejemplo de San Crisóstomo, no temen sino el pecado. Pero si buscamos nuestra propia gloria, si este es nuestro fin principal, final y casi exclusivo, nos quedamos abatidos y desanimados si recogemos todo lo contrario de lo que pretendía nuestro orgullo.

Seamos humildes, queridos hermanos, seámoslo profundamente, y no sólo la gloria de Dios, sino nuestra propia dicha, será la recompensa de nuestra humildad.

176.—Finalmente, todas las operaciones interiores de nuestra alma, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros sentimientos, nuestros juicios, ¿no están mucho más influídos por consideraciones humanas que por la voluntad de Dios?

Esto es ciertamente lo que tendría lugar si el orgullo tomara en nuestra alma el sitio que la humildad debe ocupar. El orgulloso siempre tiene ante sí la gloria humana que persigue. He ahí el

ídolo ante el cual se inclina. Un sacerdote así dispuesto, antes de indagar para conocer la voluntad de Dios y lo que procurará más abundantemente su gloria, empezará siempre en sus deliberaciones, en sus proyectos, en sus ideas de obras de celo, por preguntarse a sí mismo: ¿Qué se pensará, qué se dirá de mí? ¿Cómo se interpretará la acción que tengo a la vista, la buena obra que medito? ¿Cómo seré juzgado sobre todo, por tal o cual persona cuya estima tengo en más? ¿Qué pensarán, que dirán mis cofrades?

Sin duda alguna no debe desafiarse la opinión pública ni ponerse por encima de ella sin motivo legítimo; pero si se siguen siempre las inspiraciones del orgullo, y si las de Dios le son constantemente subordinadas, sucederá muy a menudo que el temor de un fracaso, o aun de la simple desaprobación de algún personaje influyente, bastará para hacer renunciar a obras importantes que contribuirían poderosamente a procurar la gloria de Dios y la salud de las almas. Seamos sabios, sin duda, seamos prudentes, pero no llamemos sabiduría a las pueriles combinaciones del orgullo, y recordemos que, según el Apóstol, hay tanta, tanta diferencia entre *la prudencia de la carne y la prudencia del espíritu*, como entre la vida y la muerte: *Prudentia carnis, mors est; prudentia autem spiritus, vita et pax.*

177.—Concluyamos de todo lo que precede que debemos expulsar despiadadamente de nuestro espíritu todo pensamiento, todo sentimiento de que es fuente el orgullo. Olvidémonos de nosotros mismos para no pensar sino en Dios; consideremos nuestra propia gloria como vil [illegible] que no merece sino nuestro desprecio; [illegible]o, cuan-

do la gloria de Dios exija el sacrificio de la nuestra, sepamos decir con la altura de miras del gran Apóstol: *Omnia detrimentum feci et arbitror ut stercora ut Christum lucrifaciam.*

Nunca haremos nada importante si no reemplazamos en nuestro espíritu las estrechas ideas del orgullo por los grandes y sólidos pensamientos de la fe. ¿Hallamos acaso un verdadero servidor, un digno instrumento de su misericordia, un Apóstol, un misionero que no haya sido humilde y despreciable a sus propios ojos? Dios arroja a un lado como desecho a todos esos orgullosos enfatuados con su mérito, que creen verdaderamente que tiene necesidad de ellos para su obra: *Deposuit patentes de sede;* y và a buscar al sacerdote santo que se oculta en el fondo de su humilde obscuridad, para hacer de él el ejecutor de su voluntad y el promotor de su gloria: *Et exaltavit humiles.*

Humillémonos, pues, humillémonos; seamos pequeños bajo la mano de Dios, y opongamos sin cesar a las vanas concepciones de nuestro orgullo el pensamiento de nuestra miseria y de nuestra indignidad.

Un santo hombre —y este hombre no era sacerdote—, el fervoroso M. de Renty, de quien ya hemos hablado, era tan profundamente humilde en sus pensamientos, que decía un día confidencialmente a uno de sus amigos: "Cuando estoy solo ante Dios y considero, de un lado su soberana grandeza, y de otro mi soberana bajeza, me siento tan confundido que me aniquilo mentalmente, como se destruye un huevo contra la tierra aplastándole con el pie".

¡He ahí los hombres según la voluntad de Dios! He ahí los hombres de que se sirve para procurar

su gloria, para edificar a los pueblos, para salvar a los pecadores y para glorificar a la Iglesia que ha fundado sobre la humildad de algunos pobres galileos sin talento y sin crédito.

CAPITULO XI

Continuación de la misma cuestión.—Humildad en las palabras y en las acciones.

178.—*¿Somos humildes en nuestras palabras?*

Sí, ciertamente, si la humildad está sólidamente establecida en nuestra alma, y si hemos llegado a ser *humildes de corazón*, según la escuela de Jesús, *humilis corde.* Pero si somos orgullosos en nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, será muy difícil, o más bien será moralmente imposible, que nuestro orgullo no se traduzca en nuestras palabras: *Ex abundantia cordis os loquitur.* También vemos todos los días, sobre el punto que tratamos, la confirmación de esta divina sentencia.

Sin embargo, todos los orgullosos no son igualmente inclinados a manifestar su orgullo por sus discursos. Esto no quiere decir que los que hablan menos de sí mismos que otros muchos, sean por esto más humildes a los ojos de Dios; pero son más diestros; y este recurso a que apelan es en sí mismo un engaño inspirado por el orgullo. Por mucho deseo que tengan de ser estimados y aplaudidos, temen aún más el desprecio que desean la gloria. Ahora bien; ellos saben que el desprecio de los hombres de inteligencia es el castigo infligido a la jactancia de los necios. Dejan, pues, a éstos el orgullo de baja estofa que los conduce a elogiarse,

a pavonearse ellos mismos sin escrúpulo y con aire de grotesca satisfacción que verdaderamente da lástima.

¿No habrá en nosotros, queridos hermanos, no esta jactancia ridícula de que acabamos de hablar, sino cierta vanidad ligeramente velada y suficientemente disfrazada para no ser reputada del todo como *jactancia?*

Así, por ejemplo, para ir derecho al asunto y poner el dedo en la llaga, si se está dominado por la vanidad, no se dirá secamente: "Predico bien"; esto sería un alarde grosero y despreciable, que un sacerdote, si tiene algún sentido común, no se permitirá en manera alguna. Se dirá quizá en un tono que parezca excluir todo sentimiento de vanidad, y hasta con cierto acento de piedad: "Dios se digna emplearme, aunque soy indigno de ello, para salvar algunas almas; prediqué el otro día en tal sitio, un sermón, que hizo alguna impresión; pronuncié otro en tal parroquia que ha producido más efecto aún, en verdad, todo el mundo lloraba."

Así también no se dirá neciamente; "Yo soy un buen párroco, un vicario modelo"; sino bajo la forma de distracción, se dirá de sí mismo, de su ministerio y de su manera de administrar, infinidad de cosas que forzarán al auditorio a pensar, sin que se diga claramente, que uno es buen párroco o celoso vicario.

Todo estos sutiles medios de la vanidad son lastimosos e indignos de un sacerdote. Así es que el hombre de Dios que respeta la majestad de su sacerdocio, no se rebaja nunca a puerilidades de esta naturaleza. No habla de sí mismo, sino lo menos posible; y cuando cree deber hablar, pesa sus palabras y se observa de tal manera, que no dice

con deliberación una sola palabra cuyo principio sea la vanidad.

Imitemos este hermoso ejemplo, venerables hermanos; despreciemos la vanidad y los miserables medios que emplea para engendrarse. Dejemos a nuestras obras el cuidado de hacer nuestro elogio. Si son santas y están desprendidas de todo orgullo, serán infinitamente más elocuentes que nuestras vanas palabras y nuestras ridículas jáctancias.

No hablemos nunca de nosotros mismos para elogiarnos; esto sería vanidad; no hablemos nunca de nosotros mismos sino para humillarnos; esto seria también vanidad, vanidad disfrazada, es cierto, pero, sin embargo, vanidad real, puesto que generalmente uno se rebaja así para verse pomposamente exaltado.

¿Qué hacer, pues? Morir en sí mismo, extinguir en sí mismo la vida del orgullo. "Estáis muertos, nos dice el Apóstol, *mortui, estis*; bastante más; estáis enterrados con Jesucristo en la muerte." *Consepulti estis cum Christo per baptisimum in mortem*. El orgullo nos quiere arrancar a esta santa muerte, quiere hacernos vivir no en Dios y por Dios, sino en la estimación de los hombres, y he aquí por qué nos dice incesantemente: Habla, obra, muéstrate, manifiéstate, elévate. La humildad, por el contrario, nos dice con el Apóstol: Extínguete, muere, permanece sepultado en la muerte con Jesucristo.

Prestemos oído a este último lenguaje, este es el de la verdad. Ahora bien; el muerto en su mortaja no ve nada; no dice nada; no oye nada; que se le elogie, que se le censure, que se le estime, que se le desprecie, es insensible a todo; su lengua está helada, y nunca la vanidad le hará pronunciar en lo sucesivo una sola palabra. Seamos así respecto

al mundo. Puesto que estamos muertos y sepultados con Jesucristo, no resucitemos para hacer neciamente nuestro elogio.

179.—¿Pero no herimos la humildad con nuestras palabras sino hablando directamente de nosotros mismos o de nuestras obras? Algunos podrían creerlo, y esto sería un grave error de su parte.

Asi, por ejemplo, esas palabras que se escapan de un mal fondo de envidia y por las que sin decir nada de sí mismo, se cree no obstante elevarse rebajando al que hace sombra, ¿no son palabras sugeridas por el orgullo? Si están impregnadas del veneno de la envidia, ¿de dónde salen si no es del orgullo? o más bien, ¿no son ellas el mismo orgullo y un orgullo de la peor especie, un orgullo de dos filos, que hiere la humildad y la caridad a un mismo tiempo?

Y esas palabras hipócritas, buenas en sí mismas, humildes, piadosas, caritativas, y en las que no falta sino la sinceridad de una intención pura; palabras seductoras para los hombres que no ven sino el exterior, pero detestables a los ojos de Dios que sondea los corazones y las entrañas; palabras que dan al que las profiere una reputación de virtud de que se reconoce él mismo indigno en el fondo de su conciencia, ¿no son también sugeridas por el orgullo?

Y esas palabras desdeñosas, altivas, ridiculizantes, que parecen indicar que no se hace caso ninguno del piadoso cofrade a quien se dirigen, que se le considera como un hombre sin talento, sin valor, como una nulidad de primer orden, aunque quizá sea a los ojos de Dios infinitamente superior al que le rebaja, y que en su humilde ministerio y fervientes plegarias salva a menudo muchas más

almas que el sabio orgulloso que no habla de él sino con la sonrisa del desdén, ¿no son también sugeridas por el orgullo?

Y esas palabras que se desprenden a torrentes en una discusión acalorada, palabras inspiradas por el deseo excesivo de triunfar de su adversario, palabras ardientes como la pasión que las dicta, palabras irritantes, incisivas, ofensivas quizá para aquel a quien las dirigimos, como dardos empozoñados, palabras sutiles y astutas que obscurecen y embrollan más bien que aclaran, palabras falsas, en fin, o por lo menos notablemente exageradas, que sacrifican la verdad y glorifican el error, ¿no son también sugeridas por el orgullo?

Y esas palabras vivas e impetuosas cuando nos sentimos heridos, contrariados, humillados o aun simplemente desaprobados por alguno, hieren, es cierto, la virtud de mortificación, puesto que anuncian que no hay fuerza para sufrir la más ligera vejación; hieren también la virtud de dulzura, como es fácil ver por el tono de cólera que las acompaña; hieren aun la virtud de caridad por las tormentas que levantan y el fondo de acritud que las sigue; todo es cierto, sin duda; pero, ¿estas palabras, no son producidas originariamente por el orgullo? ¿Y no hubiera impedido la humildad pronunciar una sola de ellas si se la hubiera consultado primitivamente a ella?

Y esas palabras artificiosas que se emplean, no para atraerse elogios, es cierto, pero de que se hace un hábil uso en ocasiones para prevenir y desviar la humillación que avanza hacia nosotros, y que tememos como a un accidente grave, ¿no son también sugeridas por el orgullo?

Y esas palabras aduladoras que hacen creer que

se aprueba lo que en realidad se condena, que sostienen el error entre aquellos a quienes sería necesario desengañar con franqueza, sacrificando así la verdad y hasta la caridad por el deseo de conservarse el vano aprecio de ciertas personas cuyas simpatías se tenga quizá algún interés en conservar, ¿no son también sugeridas por el orgullo?

Y esas palabras secas, frías, amostazadas, que acogen tan mal el caritativo consejo de un amigo, de un cofrade, de un superior quizá, y que manifiestan tan claramente que no agradan en manera alguna los consejeros, que no gusta dejarse dirigir, que se cree uno suficientemente sabio para conducirse solo, ¿no son también sugeridas por el orgullo?

No sabemos hasta dónde llegarían estos detalles, si nos fuera necesario hacer la enumeración de las diversas circunstancias en que la lengua se pone al servicio de un corazón dominado por el orgullo.

¿Qué hormiguero de pecados no produce este vicio? ¡Qué abismo de miserias no deja ver cuando desgarramos el velo que le encubre! ¡Gran Dios! ¿Qué es, sino esto, el hombre? ¿Y cómo, detestando el orgullo como lo detestáis, podéis amar a estos amadores de sí mismos, que prefieren la gloria humana a vuestra propia gloria: *Dilixerunt gloriam hominum magis quam gloriam Dei?* (Juan, XII, 43.) Así es que hacéis llover vuestras gracias y las delicias de vuestro amor, no sobre ellos, sino sobre vuestros humildes servidores: *Superbis resistit; humilibus autem dat gratiam.—Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum.*

Seamos humildes, queridos y bien amados hermanos; vigilemos nuestras palabras; hablemos poco: "Todo gran hablador comete el pecado", nos dice

el Espíritu Santo: *In multiloquio non deerit peccatum:* y la experiencia nos permite añadir que todo gran hablador es orgulloso.

El hombre vano no piensa sino es engrandecerse, y en la abundancia del discurso es donde hace ostentación de su vanidad: el hombre humilde, por el contrario, el sacerdote sobre todo, modesto, reservado, vil a sus propios ojos, provee a su boca de una guardia de circunspección, edifica por la sencillez de sus palabras, y se aplica a no articular una sola que tenga por principio el orgullo. Tiende sin cesar a la perfección que su sacerdocio le impone, e instruído por el Espíritu Santo, sabe que es perfecto cuando es irreprochable en sus palabras: *Si quis in verbo non offendit hic perfectus est vir,* y que no puede haber piedad verdadera, sólida para el que no quiere imponer a su lengua el freno de la sabiduría: *Si quis putat se religiosum esse, non refraenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio.* (Jac., I, 26.) No nos hagamos ilusiones, he aquí la palabra de Dios, esa palabra que no pasa, que no pasará nunca, y que debe ser hoy la regla de nuestra conducta, como será más tarde la base de nuestro juicio.

180.—*¿Somos humildes en nuestras acciones?* Dependiendo el mérito de nuestras obras de la buena intención con que las hemos hecho, es cierto que si somos humildes en nuestros pensamientos, en nuestros juicios, en nuestros sentimientos más íntimos, obraremos en conformidad con la diposición habitual de nuestra alma, y si algunas veces el peso de la naturaleza nos arrastra y nos hace hacer de tiempo en tiempo algunas acciones por un motivo de vanidad, será probablemente efecto de una sorpre-

sa, de una distracción o de uno de esos primeros movimintos de que Dios no se da por ofendido.

Pero obsérvese que lo que acabamos de decir se aplica a aquellos que son realmente *humildes de corazón*, y no a los que creen tener humildad en el alma, porque tienen en cierta estima esta virtud y cierto deseo bastante vago de practicarla. La falsa humildad de estos últimos les hará traición inmediatamente por infinidad de actos de orgullo que se operarán a su sombra.

Esto nos debe hacer ver cuán importante es ser verdaderamente humilde, pues si no se es, se está seguro de perder el mérito de casi todas las obras. En efecto, nuestra inclinación natural es buscar en todo la propia satisfacción: pues bien; como la voluntad de Dios debe ser la regla de nuestras acciones, es necesario, pues, que la inclinación que nos llevó a obrar por nosotros mismos, sea contrabalanceada por una inclinación más potente que nos haga obrar por Dios. Esta segunda inclinación, este potente contrapeso, es la renuncia a sí mismo, es la humildad.

Viendo el verdadero humilde, por un lado, la infinita grandeza de Dios que le pide sus pensamientos, sus afecciones, sus palabras y sus obras, y por otro su propia bajeza, su indignidad, su profunda miseria, tendría vergüenza de preferirse a Dios y de rehusar lo que él le ha pedido para atribuírselo a sí mismo. Renuncia, pues, a obrar por su propia gloria, y sólo se propone en todas sus obras la gloria de Dios, según la recomendación del Apóstol: *Omnia in gloriam Dei facite*. Entonces sus obras son verdaderamente santas, y si ya como las del sacerdote, son excelentes en sí mismas, ¡qué aumento de valor y de mérito no tendrán por la humildad pro-

funda con que las hace y el ardiente deseo que tiene de procurar por ellas la gloria de Dios y la salud de las almas! Todas sus obras, pues, son santificadas por su humildad; y como las obran llenan los días y la sucesión de éstos constituye lo que llamamos la vida, he ahí que la vida de este sacerdote, verdaderamente humilde, se desliza apaciblemente a los ojos de Dios, con una abundancia de méritos que la humildad oculta a la tierra, pero que el cielo contempla con alborozo: *Et dies pleni invenientur in eis.*

El orgulloso, al contrario, no teniendo pensamientos, estima ni afición sino para sí mismo, comunica a cada una de sus obras el mal principio por el cual se dirige; y como este mal principio es permanente en su alma, como es en cierto modo el alma de su alma, y no hace nada por destruirlos, sino que aun lo fortifica a cada instante con nuevos actos de orgullo, cuya ocasión no falta nunca, se sigue de aquí que lleva a los ojos de Dios una vida miserable, toda llena de pecados, y tanto más culpable si es sacerdote, puesto que debía ser más santa y digna de las augustas funciones que tiene cargo de llenar.

181.—Examinemos algunas de nuestras acciones ordinarias, y veamos si el orgullo no nos roba en manera alguna su mérito.

Trabajamos, sin duda; el estudio tiene su sitio en el círculo de nuestras ocupaciones: ¿es por la mayor gloria de Dios por lo que trabajamos?, ¿o no es, más bien, por nuestra propia gloria?

El sacerdote verdaderamente santo, y por consiguiente verdaderamente humilde, teniendo siempre presente en el pensamiento la recomendación de San Pablo: *Omnia in gloriam Dei facite,* eleva al comenzar su estudio su corazón a Dios, se le ofrece

con amor, implora su luz y su gracia, y le declara que no quiere estudiar sino para procurar su gloria con más abundancia. Hecho esto, examina cuál es el estudio a que pide que se aplique la mayor gloria de Dios. Para saberlo, no toma consejo ni del gusto ni del placer, ni del capricho, ni de la curiosidad, ni del amor de la ciencia por la ciencia, ni del amor de la ciencia para brillar por ella a los ojos de los hombres; no, la gloria y la mayor gloria de Dios, una vez más, he ahí su regla y su regla única.

Se trata de emprender un trabajo de composición, un sermón, por ejemplo; sabiendo que la gloria de Dios y la gloria humana tienen inspiraciones completamente opuestas, permanece fiel a su principio, y no queriendo agradar sino a Dios, escoge para materia de su discurso lo que cree, en conciencia, lo más útil a la masa de los oyentes que debe tener, y no en manera alguna, como querría el orgullo, lo que le permite entrever, sin utilidad para el pueblo, hermosas aspiraciones, ricas recompensas, un campo fecundo en flores, en imágenes, en erudición o en consideraciones metafísicas. Luego, cuando bajo el influjo de su humilde piedad ha elegido su tema, aun entonces le trata bajo la misma influencia: nada por la vana gloria, todo por la gloria de Dios y la salud de las almas. Este es el trabajo del sacerdote verdaderamente humilde, este es el secreto de sus éxitos y de la fecundidad de su ministerio.

¡Qué diferencia entre el trabajo de este santo hombre y el de un sacerdote que, teniendo la desgracia de dejarse extraviar por el orgullo, hiciera en casi todas las cosas lo contrario de lo que acabamos de decir, y no trabajara sino por su propia

gloria, en lugar de trabajar, como el sacerdote santo, en la de Dios sólo! Que cada uno de nosotros se interrogue y vea a cuál de los dos se parece.

182.—Estamos obligados, sin duda, a dejar algunas veces nuestra soledad y aparecer en el mundo. Las conveniencias sociales, quizá aun nuestros deberes de pastor, nos imponen la obligación de hacer algunas visitas; he aquí también una de nuestras obras. El sacerdote santo se guardará bien de eximirse; irá al mundo cuando crea que la voluntad de Dios le llama a él, pero irá a él para edificarle, para santificarle, para hacer respetar su sacerdocio. ¿Qué hará, pues, para obtener tan hermosos resultados? Poca cosa en apariencia; llevará al mundo esa amable sencillez que conocemos, esa modestia seductora que vale más que una predicación, esa mansedumbre de cordero a la que nada resiste, esa humildad profunda que hará decir cuando haya partido: "¡Tenemos por pastor un verdadero santo!" Vestido decente, sin duda, pero sin sombra de lujo ni de elegancia; conversación siempre digna de un sacerdote, sin sequedad, pero sin desahogo desmedido; sin excesivo mutismo, pero sin abundancia de palabras rebuscadas, afectadas, vanidosas, ridículas en todo el mundo, pero particularmente en el sacerdote. He aquí lo que será el verdadero hombre de Dios, siendo la humildad de Jesucristo la que le presta sus atractivos. Tómese el inverso de esta conducta, y tendréis la del sacerdote orgulloso, tal como lo produciría la vanidad, si sufriera sus influencias.

183.—El sacerdote humilde tendrá necesariamente relaciones con sus cofrades, y también su humildad le valdrá su estimación y afecto. ¿Quién no ama al sacerdote humilde? ¿Quién no tiene pla-

cer en admitirle en su intimidad? Aun a los mismos que no tienen valor para practicar la humildad por su propia cuenta, les gusta singularmente hallarla en los otros. El sacerdote humilde será, pues, buscado por sus cofrades. En realidad, esto se comprende fácilmente: no les tratará con altivez; nunca saldrá de sus labios una palabra seca o desdeñosa; nunca un término humillante dará de su parte motivo a una discusión ofensiva; nunca se apropiará aires imponentes de autoridad y de dominio; nunca se ofenderá por una broma picante ni aun por una humillación que el orgullo querría hacerle rechazar con una palabra incisiva, pero que la humildad le persuade digiera en silencio. No se verá en él en manera alguna esa frialdad, ese alejamiento, ese rencor tenaz, esa casi ruptura con un cofrade, por una simple falta de conveniencia o de miramiento de que no tiene cuenta alguna su humildad. Siempre amable y siempre amado, porque es siempre humilde, dará por todas partes lecciones de humildad sin dudarse que las da.

¡Qué motivo de remordimiento para el sacerdote orgulloso si no se reconoce en manera alguna en el ligero diseño del sacerdote humilde delineado en esta página! ¡Qué secreta confusión si se viera forzado a decir dolorosamente: He ahí lo que yo no soy absolutamente!

Si el sacerdote santo es un modelo de humildad en las simples relaciones de la vida social, ¿qué debe ser cuando llena las sagradas funciones de su divino ministerio?

¿Es el orgullo lo que le anima cuando sube al púlpito para anunciar el Evangelio de su Maestro? ¿Es su deseo cosechar aplausos? ¿Es su temor sufrir un fracaso? ¿Busca su gloria propia o la de

Dios, que le envía, y cuyo órgano es? ¿Reemplazan las mirables sugestiones de la vanidad, a la piadosa preparación y la intención pura que requiere el acto importante y solemne que va a ejercutar? ¡Ah, lejos de él disposiciones de esta naturaleza, que paralizan su obra y le atraen la maldición de su Dios! No, la humildad llena su alma y no deja sitio alguno para las indignas especulaciones del orgullo. Se humilla profundamente, y su recogida actitud, su modesta compostura, su tímida mirada y su ferviente plegaria en frente del santo altar, son como el reflejo de la humilde piedad que adorna su alma.

Cuando ha llenado su ministerio, ¿va a mendigar elogios? ¿Va a criticar su obra para que la exalten? ¿Va a repartirse humo vano, admirarse a sí mismo y rendirse homenaje a su triunfo? ¿Va a olvidar a Dios, cuya palabra acaba de anunciar, y a robarle la gloria que reclama: *Absit! Absit!* No, más humilde aún después de dejar la cátedra que lo era antes de subir a ella, se abisma en las profundidades de su nada, y su humildad no le insinúa sino dos cosas: olvidarse y orar; olvidarse para ahogar el orgullo; orar para obtener que la predicación que acaba de hacer sea abundante en frutos de salud.

Propongámonos imitar todos un modelo tan perfecto y meditar a menudo lo que nos dice San Vicente de Paúl respecto a esto: "El que predica, dice, para hacerse aplaudir, alabar, estimar, hacer hablar de sí, ¿qué hace sino un sacrilegio? ¿Pues qué, no es un sacrilegio servirse de la palabra de Dios para adquirir honor y reputación?"

184.—Y cuando el sacerdote santo se dirige al tribunal de la Penitencia, ¿va el orgullo a dirigir-

se allí con él? ¡Cómo! En ese sitio misterioso y sagrado, donde se deciden los destinos eternos de los infortunados pródigos de los cuales él es tierno padre; en ese modesto reducto en que se encierra para distribuir en nombre de Dios perdón a los pecadores, ¿pecaría él mismo enfrente de los pecados de los otros? ¿Puede haber en tal ministerio el más mínimo pasto para la vanidad? ¡Ay! el hombre es hombre en todas partes, y si él prestara oído a las inspiraciones del orgullo, este vicio infestaría al instante sus más santas acciones. Pero el sacerdote humilde tiene cuidado de vigilar por la conservación de su humildad, y no sufre jamás que la vanidad le robe su tesoro.

No pretende de ningún modo un gran número de penitentes por el vano placer de tener una abundante clientela. No se fija en la multitud de almas que dirige. No se regocija absolutamente, ni sobre todo se enorgullece tampoco, de contar entre sus penitentes tales o cuales personas más distinguidas que el vulgo. No se aflige en manera alguna cuando algunos penitentes, escogiendo otro confesor, disminuyen por su retirada la carga de su responsabilidad. No abre tampoco su corazón a sentimientos de rencor y envidia contra el cofrade que acoja los tránsfugas.

Cuando se dirige hacia el santo tribunal, le acompaña su humilde y modesta piedad. No se olvida de humillarse ante Dios y de implorar su gracia por una ferviente oración al pie del altar. No echa miradas vanas y curiosas sobre los penitentes que le rodean, para ver de qué clase de ovejas se compone el rebaño.

Cuando se han comenzado las confesiones, no tiene en manera alguna dos lenguajes, uno siem-

pre dulce para éstos, otro siempre duro y severo para aquéllos, no se deja influir nunca por la calidad de las personas, relativamente a las acciones que se le piden. No concede tampoco, sin motivo legítimo, largas audiencias a unos y cortísimas a otros. Si encuentra dificultades que lo entorpezcan, es bastante humilde para buscar en otro la luz que le falta: sabe dudar, sabe consultar, sabe despreciar el necio orgullo que quiere persuadirle que pedir un consejo es confesar su ignorancia.

En fin, cuando está terminada la sesión, olvidando todo lo que ha pasado, comprende en una oración común a la familia espiritual que acaba de santificar, y la recomienda a Dios con el fervor del celo de que se halla poseído.

¡Bendito seas, santo y digno sacerdote, bendito seas! Tu humildal producirá sus frutos. Deja al orgulloso que llene el espacio con el son de sus retumbantes címbalos; en cuanto a ti, continúa salvando las almas en silencio. Tú no sabes los prodigios que opera Jesucristo cuando tiene un sacerdote humilde por instrumento. ¿No fué con algunos pobres pescadores con los que levantó el mundo?

185.—Y cuando sube al altar, ¿es necesario preguntar si la humildad sube con él? ¡Inmolar a su Dios! ¡Realizar a Abraham en su persona, y tener a Jesucristo por Isaac! ¡Llamar al hijo de Dios del alto de los cielos a su mano por la articulación de cinco palabras! ¡Verse solo, de pie, en actitud de mando, rodeado de un pueblo inclinado y de legiones de ángeles que adoran! ¡Bendecir a Jesuristo con el signo de la cruz, depositarle en su lengua, introducirle en su alma, distribuirle a los fieles, realizar, en fin, lo que nunca la misma María pudo conseguir, y NO SER HUMILDE!!! ¿Puede concebirse

tal cosa? El sacerdote humilde no la concibe. ¿Quiere, por ejemplo, buscar vanas alabanzas por la afectación estudiada de su canto? ¿Levantará los ojos para saber quiénes son los asistentes que le rodean? ¿Desplegará una epecie de pompa, en su manera de andar, en su actitud y en sus ceremonias? Al oficiar ante numeroso concurso, ¿afectará por orgullo una piedad exterior que no existe en su alma? No, seguramente no; ningún sacerdote querrá jamás supeditar la majestad sacerdotal a estas desdichadas maniobras de la vanidad.

Pero no basta ser humilde en el acto mismo del Santo Sacrificio; no basta ser humilde en el altar; pues para no serlo sería preciso ser demonio. ¿Qué más hace falta? Es preciso ser habitualmente humilde para ser digno de consagrar todos los días la adorable carne y la divina sangre de Aquel que nos dice: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* ¿Cómo no ver que un sacerdote, habitualmente orgulloso, al subir todos los días al altar para renovar el sacrificio de la cruz, encontraría también todos los días su propia condenación al descender prodigiosamente a sus manos la Víctima por él inmolada?

Seamos humildes, queridos colegas, seamos profundamente humildes; pues nunca lo seremos tanto como debemos.

186.—No llevaremos más lejos la investigación de los diversos actos cuyo principio debe ser la humildad, contentándoños con decir que no hay uno solo que no deba ser santificado por esta virtud.

Mucho se discute en teología para saber hasta dónde llega la influencia virtual de la dirección de intención, con relación a nuestras obras; pero jamás

se ha cuestionado si podemos atribuirnos alguna. Esta cuestión sería escandalosa: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*. Todo es de Dios, todo viene de Dios, todo debe volver necesariamente a Dios; y quitarle deliberadamente, por orgullo, no ya una acción, sino un simple pensamiento, es querer arrebatarle su gloria, que jamás ha cedido ni cederá a nadie: *Gloriam meam alteri non dabo*.

187.—Teniendo la palabra de los santos gracia y eficacia particulares, creemos no poder terminar mejor este importante capítulo que presentando algunas máximas de San Vicente de Paúl sobre la virtud de la humildad, que le era tan querida. Estas preciosas máximas fortificarán singularmente nuestra propia enseñanza y probarán a nuestros piadosos lectores que no hemos traspasado los límites de la moderación en las reglas que nos hemos tomado la libertad de proponerles. He aquí las máximas:

"La humildad es la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, de su Santa Madre, y de los mayores santos; ella reune toda las virtudes, y cuando es sincera las introduce en el corazón. El arma más poderosa para vencer al demonio es la humildad."

—"Debemos decirnos a nosotros mismos: Aun cuando tenga todas las virtudes, si no tengo la de la humildad, no soy virtuoso, y al creer que soy virtuoso, no soy más que un fariseo soberbio."

—"Sólo aquellos que tienen profunda humildad y sincero desprecio de sí mismos, son propios para ejecutar las obras de Dios."

—"Entre todos los medios de conservar la unión y la caridad con el prójimo, el más eficaz es la santa humildad, es decir, ponerse por debajo de todo

el mundo y considerarse como el más malo y el más vil de todos."

—"Un justo que abandona la humildad, es rechazado por Dios y reprobado a pesar de todas sus buenas obras; lo que en él parece virtud, no es más que vicio.

—"El saber sin humildad, ha sido siempre perjudicial a la Iglesia; y así como el orgullo ha precipitado a todos los ángeles rebeldes, causa con frecuencia la pérdida de los hombres sabios; el más ignorante de los demonios sabe más que el más sutil filósofo, y que el más profundo teólogo."

—"En los discursos públicos, se debe quitar todo lo que no sirva más que para darles brillantez y encontrar aplausos. Debemos abstenernos de pensamientos y frases rebuscadas."

—"La humildad debe hacer evitar todas las vanas complacencias que puedan proceder de la notoriedad nuestra."

—"Aquellos que no tienen más que mediano talento, son ordinariamente los mejores en manos de Dios para procurar la salud de los pueblos, porque confían poco en sí mismos: recurren a Dios con humildad y sólo a El atribuyen el éxito de sus trabajos."

—"Dios exige de nosotros que no hagamos jamás el bien para alcanzar consideración, sino que su gloria sea lo que guíe todos nuestros actos, y que no hagamos nada por respeto humano."

—"El que se humilla profundamente, se convierte de pecador en justo. Por el contrario, un hombre de costumbres angelicales, adornado de las más raras virtudes y que las posea en el grado más eminente, si no tiene humildad, se hace semejante a un

réprobo, porque todas estas virtudes no tienen fundamento y no pueden subsistir."

—"Si el orgullo nos incita a elevarnos, debemos rebajarnos; si nos inspira pensamientos de estimación hacia nosotros mismos, debemos pensar en nuestra flaqueza e incapacidad; si nos mueve a darnos a conocer, debemos abstenernos de todo lo que pueda hacernos notar y preferir las obras bajas y viles a las grandes y honoríficas."

—"Cuando la vana complacencia se insinúa en las buenas obras, es su veneno; es una peste que infecta las acciones más santas y que pronto nos hace olvidar a Dios. Es el vicio más funesto a todo progreso en la vida espiritual y en la perfección."

—"Valdría más ser arrojado al fuego atado de pies y manos, que obrar sólo por agradar a los hombres."

Tales son las preciosas enseñanzas de uno de los más grandes servidores de Dios que ha tenido la Iglesia. Meditemos, y sobre todo practiquemos las santas lecciones que nos da, y para obtener la gracia, digamos con un profundo gemido del corazón: *Jesu mitis et humilis corde, miserere nobis.*

CAPITULO XII

Castidad.—Su necesidad.—Horror al vicio contrario.—Cómo nos hemos de preservar de él.—Ociosidad, sensualidad, etcétera.

188.—El más hermoso elogio de la castidad, se encuentra en esta exclamación de la Santa Escritura, al hablar de esta virtud: *O quam pulchra est casta generatio cum claritate!* Todo lo que existe sobre la tierra, valga lo que valga, no es digno de ser

comparado al mérito de un alma casta: *Omnis ponderatio non est digna animae continentis.* Es muy raro que nuestros santos Libros hagan resaltar el brillo de una virtud en términos tan expresivos, y debemos creer que la castidad es infinitamente agradable a Dios, pues exalta su belleza con tanta energía.

De hecho, la castidad es realmente la gloria soberana del hombre. "El que la guarda con fidelidad, ha dicho un piadoso escritor, se despoja de la humanidad para revestirse de la naturaleza angélica; lo mismo que el que la sacrifica es un ángel caído, un demonio:" *Qui castitatem servavit, angelus est; qui perdidit, diabolus.*

En cuanto al sacerdote, se puede decir sin la menor exageración que la castidad es la más bella joya de su corona. Si, siendo ya muy eminente por la altura de sus divinas funciones, trata sin cesar de espiritualizar su carne y sus sentidos por la castidad; si arrebatado por esta virtud hasta el corazón de Dios, establece allí su morada habitual, no descendiendo sino como los ángeles y con la pureza de los ángeles para ejercer entre los hombres su divino ministerio, ¿quién podrá pintar la magnificencia de su gloria? Sí, él es verdaderamente ángel: *Qui castitatem servavit, angelus est.*

Pero si olvida su grandeza, si olvida sus relaciones íntimas y sagradas con la carne y la sangre de Jesucristo de que todos los días alimenta su alma en el santo altar; si olvida la rigorosa ley de la castidad que le obliga como sacerdote, además de la que le obliga como cristiano; si, en fin, deja el corazón de Dios y los esplendores celestes para sepultar su sacerdocio real en el fango, ¡qué monstruo! Ya no es ángel ni hombre, ¿qué es, pues? Se

ha hecho demonio: *Qui perdidit castitatem diabolus est.*

El odioso escándalo de un sacerdote impúdico no ha contaminado a la Iglesia, en cuyo seno ha consentido Dios de tiempo en tiempo algunos desórdenes, como para probar mejor que es divina, puesto que sobrevive a aquello que parece debiera destruirla, y prosigue su marcha triunfal, no obstante los golpes que le dan los que debieran ser su corazón y su gloria.

Felizmente tales escándalos son raros, y podemos oponer a los culpables que los dan una multitud innumerable de santos sacerdotes, que llevan en sus corazones dignos de Dios el preciado tesoro de la castidad.

Convencidos de que tenemos tales sacerdotes por lectores, nos limitaremos en este capítulo a indicar los medios de conservar intacta la castidad, después de haber expuesto los poderosos motivos que tenemos para practicar esta virtud.

189.—¿Por qué debemos ser castos? Porque así lo hemos prometido formalmente en el momento más solemne de nuestra vida. ¡Cómo! ¿no nos estaba ya ordenada la castidad? ¿No nos había dicho ya San Pablo, como a todos los fieles, que nuestros cuerpos eran los templos del Espíritu Santo, y que esperaba una eterna ruína a los que los profanasen por la impudicia: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus?* Sin duda que sí; pero lo que es bastante para el simple fiel no lo es para el sacerdote; otra ley especial es la que le rige, y esta ley se la impuso voluntaria y libremente al ordenarse. Advertido por el Pontífice de que todavía era libre, pero que iba a dejar de serlo después del paso decisivo; cuando lo dió, ¿qué dejó detrás de sí más

que la obra de la carne y sus consecuencias, y a dónde se dirigió sino a la santa castidad que abrazó a los pies de su Obispo?

190.—¿Por qué debemos ser castos? Porque nuestras funciones son espirituales y tan santas que no podrían aliarse con un acto impuro, ni aun con un comercio carnal, legítimo en sí mismo, como lo es el matrimonio. La Iglesia así lo ha definido, y nunca sabremos bendecir bastante la suprema sabiduría de su ley. Además, la misma herejía, acaso sin pensarlo, pero por un instinto racional, ha pensado hasta cierto punto como nuestra Iglesia. El ministro protestante no ha dejado el celibato hasta después de haber negado lo que él tenía de más augusto en las funciones del sacerdocio, pues él hubiera renunciado a la obra de la carne si hubiera creído como nosotros que la Santa Eucaristía contiene realmente la carne adorable de nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo creer en este inefable misterio, y al mismo tiempo repartir el corazón del sacerdote entre Jesucristo, de quien es ministro, y la mujer, de quien se haría deudor carnal?

Y sobre todo, ¿cómo puede creerse que se podrá recibir todos los días la Humanidad santa del divino Salvador en una carne manchada por actos impuros prohibidos a todo el mundo?—Cuanto más tienen de carnal los vicios del sacerdote, más odiosa es su oposición a las sublimes funciones que tiene que cumplir. ¡Mirad, por ejemplo, al sacerdote borracho y al sacerdote impúdico! Los crímenes de que se manchan, ¿no constituyen el grado supremo de la abominación contra la cual se indignaba el Profeta?

191.—¿Por qué debemos ser castos?—Porque

Dios se aparta del sacerdote que no lo es. ¿Qué ha de hacer Dios en el corazón de un impúdico? Ministro prevaricador, ha escogido la carne, Dios lo deja con la carne; ha rechazado la bendición, la bendición se aparta de él: *Noluit benedictionem, et elongabitur ab eo;* ha querido la maldición, y la maldición viene a él: *Dilexit maledictionem et veniet ei;* está cubierto de ella como de un vestido, penetra en él como el agua y se filtra como aceite hasta la médula de sus huesos. Al retirarse, Dios lo abrasa como abrasó por medio de su ángel las cinco ciudades infames, con la diferencia de que el azufre y la pez son reemplazados por el fuego de sus pasiones, esperando el del infierno, si no hace una penitencia proporcionada a sus crímenes. Y así como la esterilidad siguió a la devastación de las asquerosas ciudades, del mismo modo castiga Dios con esterilidad visible el ministerio del sacerdote sacrílego.

192.—¿Por qué debemos ser castos?—Porque si el sacerdote deja de serlo, están rotos los lazos que le unen a Dios, no teniendo luz para guiarse, ni fervor para consolarse, ni valor para levantarse, ni celo para salvar a sus hermanos, puesto que se pierde a sí mismo, cae pesadamente de abismo en abismo: *Abyssus abyssum invocat;* primero cae en la ceguedad, de la ceguedad en la desanimación, de la desanimación en la insensibilidad, de la insensibilidad en el endurecimiento, y de éste, si no se verifica un raro prodigio de misericordia, en otros abismos conocidos sólo por Dios, en los que le precipita casi siempre una triste muerte.

Debemos ser castos, porque los desórdenes del sacerdote impúdico, al principio secretos, concluyen por no serlo, y entonces se ve en la Iglesia uno

de esos escándalos que le arranca, así como a las almas piadosas, gemidos y lágrimas; escándalo que alegra a los impíos, que llena de oprobio al que lo da y que hace decir al divino Salvador lo que decía de su pérfido Apóstol: *Vae homini illi!... Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille!* "¡Miserables! decía un santo y venerable pastor a propósito de un sacerdote escandaloso, nos obligarán a avergonzarnos de nuestro sacerdocio ante las gentes."

193.—¿Por qué debemos ser castos?—Porque el sacerdote que no lo es, no tan sólo peca contra la castidad, sino que sacrifica sin remordimientos todas las virtudes y se abandona a todos los vicios hacia los que se siente atraído. Estando derribada la valla principal, ¿quién puede detenerlo? ¿Dónde encontrar un impúdico que no sea algo más? Sacrificada la castidad, ¿qué son, para el que la viola, la caridad, la dulzura, la templaza, la humildad, el celo, la mortificación y todas las demás virtudes? ¡Qué estado, gran Dios, qué estado! ¡Y qué enorme aumento lleva todos los días a la cadena de sacrilegios cuyos anillos pronto se hacen innumerables! No hay una función sagrada que no sea un crimen, ejecutada por este sacerdote, y estos crímenes los comete a cada momento hasta que llega su término, o por una conversión bien rara, o por una suspensión canónica, o por una muerte más terrible que todo lo demás.

194.—En fin, ¿por qué debemos ser castos?—Porque el sacerdote verdaderamente casto es casi infaliblemente un sacerdote santo. Este dulce pensamiento consuela, sobre todo cuando se piensa en la innumerable cantidad de sacerdotes fieles a la castidad que han votado. Bendecid, Señor, a esa legión de santos sacerdotes que reciben todos los

días en una carne inmaculada la carne adorable y la preciosa sangre del divino Cordero! ¡Derramad sobre ellos gracias y bendiciones para que continúen edificando a los pueblos por la santidad de sus costumbres, y haced que vivan de modo que puedan presentaros sin mancha el limpio ropaje que les habéis dado en signo de alianza el día feliz de su sacerdocio!

O quam pulchra est casta generatio cum claritate!

Ahora daremos algunos avisos prácticos para prevenir a nuestros piadosos hermanos contra los peligros que los rodean, con relación a la santa castidad.

195.—Una recomendación particular creemos que debe hacerse antes de las reglas de conducta que vamos a proponer, y es considerar la virtud de la castidad como tan indispensablemente necesaria a un sacerdote para edificación del prójimo, el buen éxito de su ministerio y su propia santificación, que no sólo no haga nada contra su virtud, sino que se abstenga de todo lo que pudiera despertar la sombra de una sospecha contra la pureza de sus costumbres. Si no somos escrupulosos respecto a esto, si tratamos de frívolas minuciosidades las sabias disposiciones de los sacerdotes santos, nos permitiremos algunas cosas que no alarmarán nuestra conciencia, porque no serán propiamente pecados, pero sí imprudencias que pronto nos harán cometer faltas reales y concluirán por atentar a nuestra reputación.

Un libertino laico, sinceramente convertido, recuperará la estimación pública que había perdido; el sacerdote jamás. Dios podrá perdonarle, el mundo no le perdonará. Cuando más, le creerá penitente; pero un sacerdote reducido a la condición

de penitente ha perdido su aureola. Aunque haga milagros, el recuerdo de sus faltas empañará su brillo.

San Vicente de Paúl era, respecto a esto, de una delicadeza admirable; inculcaba con gran empeño la recomendación que acabamos de hacer a todos los sacerdotes de su Congregación. He aquí lo que les dijo una vez con este motivo: "No es bastante para vosotros esmeraros en la virtud de la pureza, sino que debéis hacer todo lo posible y portaros de tal suerte, que nadie pueda concebir respecto a vosotros *la menor sospecha del vicio contrario;* porque esta sospecha, por infundada que sea, os perjudica más que todos los demás crímenes que falsamente pudieran imputaros."

No podríamos decir cuántos sacerdotes, aun siendo buenos sacerdotes, han tenido que arrepentirse por no haber tenido en cuenta una recomendación tan importante.

196.—*¿Hemos estado sujetos al vicio impuro antes del sacerdocio?* Si respondemos a esta pregunta poniendo la mano en el pecho, velemos, velemos sobre nosotros mismos con atención continua. Por edificante, por sincera que haya sido nuestra conversión, hemos adquirido a consecuencia de las miserias pasadas, cierto fondo de debilidad, cierta inclinación al mal que nos arrastraría de nuevo rápidamente hacia los antiguos abismos, si no diésemos continuamente por reparo a nuestra castidad reconquistada una vigilancia severa y una oración constante y asidua. *Vigilate et orate ut non intretis in tentationem.*

No olvidemos jamás que el demonio hace esfuerzos increíbles para precipitar a los sacerdotes desde su suprema elevación a los abismos del pecado; y

sobre todo, si pudiera, en el fango del vicio impuro.

Recordemos, con este motivo, las propias palabras de nuestro divino Salvador, palabras tan claras, tan precisas y que tan poderosamente fortifican la recomendación que acabamos de hacer: *Cum immundus spiritus exierit de homine, ambulat per loca inaquosa, quaerens requiem: et non inveniens dicit: Revertar in domum meam unde exivi. Et cum venerit, invenit eam scopis mundatam et ornatam. Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus secum nequiores se: et ingressi habitant ibi. Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.*

Con frecuencia volvemos a las faltas antiguas; el medio de no recaer es pensar en esto frecuentemente para humillarse ante Dios y suplicarle que nos aparte de la humillación de una recaída.

"Meditando sobre la caída de San Pedro, dice "el Padre Colombiére en su *Retiro Espiritual,* he "comprendido con temor cuán débiles somos: esto "me estremece. Yo tengo en mí las fuentes y las "semillas de todos los vicios; no hay uno que no "sea capaz de contraer; ni hay entre el abismo y yo "más que la gracia de Dios que me impide caer. "¡Qué humillante es esto! ¡Cuánta confusión pro"ducirá este pensamiento en las almas santas! He "aquí por qué dice San Pablo: *Cum metu et tremo"re vestram salutem operamini.*"

No basta mirar, en general, si antes se ha pecado contra la santa virtud; es preciso considerar además cuáles fueron las desgraciadas circunstancias que determinaron las caídas, las ocasiones que ofrecieron más peligro y la naturaleza de las inclinaciones particulares que produjeron tales o cuales pecados, porque es seguro que por este medio se conocerá el lado flaco del alma, y qué precau-

ciones conviene adoptar para apartarnos de nuevas desgracias: esto no quiere decir que se haya de entrar en detalles demasiado circunstanciados, cuyo recuerdo no dejaría de ofrecer peligro.

197.—*¿Estamos hoy llenos de un vivo horror al vicio impuro y de un ardiente deseo de conservar intacta la santa castidad?*

Bendigamos a Dios si este doble sentimiento está profundamente impreso en nuestra alma. Fortifiquémoslo diariamente meditando sobre la vergonzosa desgracia del sacerdote que cae en el cenagal de la impureza, sobre el horrible crimen que ejecuta, sobre la indignación que esto causa a Dios, sobre los puros goces de que se priva, sobre la esterilidad de su ministerio, sobre los sacrilegios que comete, sobre la muerte, frecuentemente repentina, a que se expone, y, por último, sobre el infierno, más profundo que todos los infiernos, que le prepara su vergonzosa pasión.

Fortifiquemos también este doble sentimiento meditando sobre el precio inestimable de la castidad, sobre la felicidad del sacerdote casto, sobre las bendiciones de que Dios rodea su persona y su ministerio, sobre la edificación que da al rebaño que conduce y a los colegas cuyo trato frecuenta, sobre todas las virtudes sacerdotales que frecuentemente acompañan a la castidad, sobre la muerte preciosa que proporciona, y, por último, sobre el hermoso cielo en que introduce al santo sacerdote que la practica, donde tendrá la felicidad de seguir eternamente al divino Cordero en compañía de las vírgenes de Jesucristo.

198.—*¿Somos siempre fieles a los piadosos ejercicios que hemos adoptado al principio de nuestro sacerdocio?*

Esta dichosa cadena de prácticas espirituales es la guarda infalible de la castidad. Desafiamos a que se nos cite un sacerdote fiel a estas prácticas y violador de la santa virtud. Cada una de ellas es un lazo que le liga a Dios, ¿y cómo se ha de ser impuro, estando unido al Dios de toda pureza? ¿Sucedería lo mismo al sacerdote imprudente que, apoyándose presuntuosamente en sí mismo, creyera poder eximirse de las obras piadosas? ¿No correría algún riesgo su castidad si se separase de Dios sin querer escuchar al Espíritu Santo, que le dice: *Non potest esse continens nisi Deus det?*

Estamos profundamente convencidos de que todo sacerdote escandaloso, ignominiosamente señalado por la opinión pública, ha comenzado por sacudir el yugo de las prácticas piadosas que en un principio había adoptado; que sea sincero, y dirá que no ha violado desde luego la castidad y abandonado después los ejercicios espirituales, sino que después de haberlos interrumpido es cuando se hizo prevaricador. ¡Infortunado! ¡Cuán lejos estaba de pensar que una omisión que le parecía insignificante era la primera señal de sus vergonzosos desórdenes!

Aprendamos en ellos, venerables hermanos, y no consideremos ligera una negligencia que nos conduce a tales abismos. Continuemos nuestros piadosos ejercicios, si aún los practicamos, y reanudémoslos, si hemos tenido la desgracia de dejar tal costumbre.

199.—*¿No hay en el conjunto de nuestra conducta cierto fondo de molicie, dejadez o desorden?*

En el hombre verdaderamente casto se notan de ordinario dos rasgos salientes: la firmeza y la regularidad. Es firme, porque no se puede ser verdade-

ramente casto toda la vida sin combatir; es arreglado, porque la castidad es el orden en el hombre. Ella regula sus pensamientos, sus deseos, su imaginación, su corazón y todas sus afecciones, su alma y todas sus potencias, su cuerpo y todos sus sentidos.

Cuando el hombre no es firme, tiene probabilidades de caer, si es atacado, y, sobre todo, si lo es por un enemigo terrible que posee el pérfido secreto de endulzar sus heridas.

Cuando no es arreglado, cuando el desorden no hace sobre él ninguna impresión penosa, y aun quizá es tan desgraciado para gozar así, el desorden del vicio impuro no le afectará como a otro perfectamente arreglado.

Otra cosa hay admirablemente confirmada, relativa al vicio que combatimos. ¿Es entre los hombres de sólidas convicciones, de firmeza en sus principios y ligados por una voluntad fuerte a la práctica de sus deberes religiosos, donde hace sus estragos la impureza? No, seguramente no.

¿Es entre los hombres de orden, esclavos de una regla que se han impuesto a sí mismos como una ley severa, a la cual son tan fieles después de treinta o cuarenta años de sacerdocio como lo eran al principio de su santa carrera? ¿Sucede eso a esos venerables pastores, como los hemos conocido, para los que el presbiterio es una comunidad ferviente y perfectamente reglamentada? ¿Es a estos santos sacerdotes a los que el demonio ataca con éxito? No, ciertamente no.

Pero si se llevara una vida sin orden, sin regla, sin costumbres piadosas constantemente observadas; si se viviese al azar, según los gustos y las inclinaciones del momento, entregándose en algún

modo al primer impulso, y no estando retenido en el bien por la fuerza poderosa de la regularidad, entonces el enemigo de la salvación, que ronda sin cesar, sobre todo alrededor del sacerdote para hacer su conquista, viendo una plaza tan mal guardada y tan débilmente defendida, no tardaría en hacerse dueño de ella.

Del mismo modo, al ver un sacerdote débil como un hombre mundano, dándose todos los gustos, huyendo de toda contrariedad, no imponiéndose ninguna privación, tratando su cuerpo con delicadeza, prolongando el sueño más de lo necesario, entonces el espíritu impuro le presentaría grandes batallas, en las que podría perecer la castidad.

Desconfiemos, pues, queridos hermanos, de esa vida lánguida, de esa vida muelle y sensual que sería el preludio de las más lamentables desgracias. Todos los santos han detestado esa molicie, y si algunos la han conocido por naturaleza, la han destruido por virtud y la han reemplazado por una vida penitente y mortificada, que ha sido la salvaguardia de su castidad, como será la salvaguardia de la nuestra.

Desconfiemos también de la vida sin regla y sin orden que no se alía jamás con la verdadera santidad. Recordemos que los días más felices de nuestro sacerdocio fueron aquellos en que un reglamento particular, puntualmente observado, santificaba todas nuestras obras, nos ligaba a la virtud y fortificaba nuestra alma hasta tal punto, que la misma apariencia del mal nos encontraba siempre a la defensiva, fieles a la recomendación del gran Apóstol: *Ab omni specie mala abstinete vos*. Reanudemos, reanudemos con valor esta santa regularidad, fuera de la cual todo es peligroso para el sacerdote,

200.—*¿Somos dados a la ociosidad?*

Compadeceríamos con toda la compasión de que somos capaces al sacerdote que, contestando a esta pregunta, nos dijera: "Sí, lo declaro, soy ocioso; el trabajo me pesa; el estudio, sobre todo, me es insoportable; así es que no hago nada más que aquello que absolutamente no puedo dejar de hacer." No tendríamos necesidad de que ese infortunado hiciera más declaraciones; el vicio de la ociosidad nos pondría en el rastro de los demás. Jamás podríamos decir los espantosos males que este vicio produciría en el clero si desgraciadamente llegara a propagarse.

El alma de un hombre ocioso está vacía de virtudes, y, por consiguiente, abierta a todos los vicios: *Multam malitiam docuit otiositas*, dice el Espíritu Santo. Hablando especialmente del vicio que combatimos, ¿cuál fué la causa de los crímenes de Sodoma y de los espantosos suplicios que fueron su consecuencia? También nos lo dice el Espíritu Santo: *Haec fuit iniquitas Sodomae, otium illius.*

"Si se presta atención, hemos dicho en la *Práctica del celo,* se verá siempre y casi sin excepción, que la relajación en la piedad, el amortiguamiento del celo, las tentaciones débilmente combatidas, los pequeños escándalos del momento y más tarde los escándalos enormes que deshonran el sacerdocio, tienen su fuente primitiva en el disgusto del estudio y en la cobarde ociosidad que ha causado y causa tantas víctimas."

"Por otra parte, si se presta la misma atención, se verá ciertamente que un sacerdote estudioso, sobre todo (nótese bien esto) si se dedica a la ciencia eclesiástica, será muy rara vez, o más bien no será nunca, un sacerdote escandaloso."

Amemos, pues, el estudio como la pureza a la cual protege, y odiemos la ociosidad como al vicio impuro a que nos conduce: *Ama scientiam Scripturarum,* nos dice con razón San Jerónimo, *et carnis vitia non amabis.*

Se lee en la vida de la bienaventurada María de la Encarnación, llamada en el mundo Mad. Acarie, un caso que refuerza singularmente lo que acabamos de decir. "Un eclesiástico se había dejado arrastrar a una mala pasión; y, para casarse impunemente, quería hacerse hereje. Como hasta entonces su conducta había sido muy buena, el escándalo fué más grande. Este hombre estaba ocioso, dice Mad. Acarie, y no ocupado como debía: he ahí por qué cayó. Su amor por aquella joven fué primero espiritual: después degeneró en amor sensual y en seguida se hizo carnal, hasta que, por último llegó a brutal. "Notemos, dice el autor de la vida de la Santa, que estas pocas palabras fueron muy útiles a un sacerdote que estaba presente y que conocía al eclesiástico en cuestión; él mismo se aplicó a sus deberes para no caer como su desgraciado colega."

201.—*¿Somos sobrios en el uso de los alimentos?*

La impureza es particularmente el vicio de la carne: he ahí por qué los santos de todos los siglos y condiciones, queriendo ser castos, han domado y macerado su carne por el ayuno y las austeridades de la penitencia. A pesar de estos santos rigores el aguijón de la carne, que no dejaba a un San Pablo, no los dejaba; pero, siempre victoriosos porque estaban siempre mortificados, sus tentaciones se transformaban en victorias. ¿Qué les hubiera sucedido si, en lugar de combatir su carne, la hubieran cuidado y fortificado, satisfaciendo plenamente

sus apetitos sensuales? *In vino luxuria*, nos dice el Espíritu Santo, y ¿quién no sabe que la experiencia confirma a cada momento la verdad de esta sentencia?

Cierto día, un médico muy notable desde el punto de vista de la religión y de la ciencia, profirió estas palabras que jamás hemos olvidado y que están bien aquí: "Yo creo firmemente en la pureza de los sacerdotes, que me edifica; pero cuando veo a algunos participar largamente de las frecuentes comidas que se dan entre ellos y a las que son invitados por seglares, admiro que permanezcan castos, practicando lo que, según creo, es excesivamente perjudicial a la castidad; y sólo me explico la pureza de sus costumbres, con tales hábitos, por las abundantes gracias que sin duda reciben en su augusta profesión."

Es vergonzoso que demos motivo a que personas respetables del mundo tengan para hablar de nosotros tal lenguaje.

Citaremos también lo que con este motivo decía un piadoso personaje cuya eminente virtud ha conocido y admirado toda Europa, el príncipe de Hohenlohe: "El monte Etna, dice, no arde con tanto ardor como la carne, cuando está inflamada por el vino y los manjares. Si puedo dar algún consejo, si se cree la prueba que yo he hecho, advierto sobre todo, y conjuro al alma que quiere ser esposa de Jesucristo conservando la castidad, que huya del vino como un veneno mortal." Estas son las principales armas del demonio. El vino enciende la voluptuosidad. ¿Por qué echamos aceite al fuego? ¿Por qué damos a este cuerpo ya lleno de fuego lo que le hace arder más? El príncipe toma de San Jerónimo estas dos preguntas, lo cual da mayor

fuerza a su autoridad y debe hacer en nosotros una impresión aún más profunda.

Meditemos a menudo estas graves consideraciones que deben hacernos mortificar nuestra carne, y meditemos también estas palabras del grande Apóstol: *Datus est mihi stimulus carnis qui me colaphizet... Corpus meum castigo et in servitutem redigo, ne, cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar... Sobrius esto... Oportet diaconos esse pudicos... Non multo vino deditos.*

Si amamos la castidad, debemos amar lo que la protege; y si detestamos el vicio impuro, debemos detestar lo que le da origen y lo fomenta.

202.—*¿Practicamos fielmente la mortificación de los sentidos?*

El corazón es incontestablemente el foco de la impureza; pero los canales, las avenidas, o por decirlo así, las bocas del corazón, son los sentidos. Entre los ojos y el corazón, la comunicación es instantánea; no es más rápida la electricidad. Con el oído sucede lo mismo; la palabra que lo hiere, repercute en el mismo instante en el fondo del corazón. Luego los sentidos y el corazón tienen natural inclinación a gustar de las satisfacciones carnales. Así, pues, si están abiertos y siendo las ocasiones de satisfacerlos demasiado frecuentes, fácil es comprender que expondrán la castidad a continuos peligros. De ahí la mortificación severa que todos los santos han creído deber imponerles. Nosotros consideramos como una especie de milagro la alianza de la castidad con sentidos no mortificados.

¿Estamos en regla respecto a esto? Examinémoslo.

¿Evitamos la compañía de personas cuyas pala-

bras inconvenientes hieren desagradablemente el oído? ¿Rehusamos oír canciones profanas que contienen cosas de que el pudor, el pudor clerical sobre todo, puede alarmarse justamente? ¿Nos prohibimos ciertos conciertos lascivos en que el alma suele debilitarse, conciertos en que por lo demás las mismas gentes del mundo se sorprenden de ver a un sacerdote? ¿No frecuentamos el trato más que de aquellas personas que son edificantes y propias para hacernos perseverar en la práctica de la santa virtud?

Con este motivo recomendaremos como compañía habitual y amigos íntimos algunos santos sacerdotes *eminentemente castos*. Hay en su conversación un no se qué de simpático, en cuestión de pureza, que se apodera deliciosamente de todos los que se les aproximan. Sus palabras, sus miradas, sus actitudes y la modestia de Jesucristo en su interior; todo esto produce una impresión de virtud que hace que al separarnos de ellos seamos más castos que antes de haberlos tratado.

¿Son castos nuestros ojos? Ved en el mundo a un libertino: ¡qué mirada! Parece que el demonio de la impureza ha fijado sus reales en los ojos de tal miserable. Pero ved a un hombre casto: ¡qué pudor! ¡Qué modestia! Verdaderamente el ángel de la pureza es quien dirige sus ojos. No conocemos nada más edificante que la encantadora mirada del sacerdote verdaderamente casto. ¿Quién de nosotros, queridos hermanos, no ha sentido su alma como inundada de pureza a la simple vista de la imagen del angélico Luis de Gonzaga, tal como se le representa comúnmente?

San Vicente de Paúl era también admirable por la modestia de sus ojos, El autor de su vida, Mon-

señor Abelly, se expresa de este modo: "El pudor de su alma resplandecía en su rostro. Tenía todos sus sentidos en gran sujeción, particularmente el de la vista, no mirando ligeramente, ni con curiosidad, ni fuera de tiempo, ni con fijeza, a las personas del otro sexo."

No solamente conservaremos el preciado tesoro de la castidad por la modestia de las miradas, sino que de ese modo edificaremos de tal modo a los demás, que por esto nos creerán dignos y santos sacerdotes. Si no somos modestos en nuestras miradas, los que nos vean por primera vez querrán pruebas de nuestra santidad antes de creer en ella, pero creerán inmediatamente si nuestras miradas son púdicas y arregladas.

Diremos, por último, algunas palabras sobre el más impresionable de nuestros sentidos: el tacto. No lo olvidemos: nuestra carne es santa. Lo era ya por el bautismo que nos había convertido en templos del Espíritu Santo; lo fué más aún por la unción sacerdotal, y por último, se santificó más y más en el santo altar por su contacto, mejor dicho, por su incorporación cotidiana con la carne y la sangre del divino Salvador. Hemos conocido a un sacerdote, hombre de fe, que gustaba de besar con profundo respeto sus dedos consagrados, pensando en que tenían el honor de tocar todos los días el cuerpo adorable de Jesucristo. ¡Desgraciados de nosotros si profanamos con un contacto ilícito la carne consagrada que el Hijo de Dios elige con tanta frecuencia por su tabernáculo, a cuyo alrededor los ángeles adoran al Santo de los santos que encierra!

No nos permitamos jamás una sola de esas ligerezas, uno solo de esos tocamientos, con nosotros

mismos o con otros, que los sacerdotes santos se prohiben con escrupuloso rigor.

¡Qué edificante es ver hasta dónde llevaba su reserva San Vicente de Paúl sobre tan importante punto! Un cura piadoso le propuso cierto día, sobre esta materia, una cuestión que dió a conocer la delicadeza del buen sacerdote y la exactitud del santo: le preguntó si sería malo tomar el pulso a una joven o a una mujer muy enferma para ver si está próxima a morir con objeto de darle los Santos Sacramentos y rezar las oraciones de la agonía. He aquí la respuesta que obtuvo: "Tened cuidado con esa práctica, porque el espíritu maligno podría servirse de ese pretexto para tentar al vivo y aun a la moribunda. En este momento el demonio se vale de todo para coger un alma; puede haber vigor en el espíritu por débil que esté el cuerpo. Acordaos de aquel santo que, estando enfermo, no quiso de ningún modo que su mujer le tocase después de haberla dejado por mutuo consentimiento, diciendo con la poca voz que le quedaba, que aún había fuego bajo la ceniza. Servíos del médico o de otra persona para saber lo que deseáis; pero, suceda lo que quiera, *no os atreváis a tocar a mujer alguna bajo ningún pretexto.*" Era tan riguroso en esta materia, añade el autor de su vida, como condescendiente en cualquier otra cosa. Imitemos, queridos hermanos, este rigor, que será la salvaguardia de nuestra castidad.

203.—*¿No nos encontramos frecuentemente, y sin motivo legítimo, en compañía de personas de diferente sexo?*

Todo el mundo sabe que el tracto frecuente de las mujeres es para el hombre una ocasión de pecado. Además, hay en la moral un principio generalmen-

te admitido, y es que debe huirse de la ocasión del pecado si se quiere tener segura la salvación. Este principio, cierto en todas las materias, es absolutamente incontestable en lo que concierne a la santa virtud. El hombre no puede conservarse casto a no ser con ayuda de Dios: *Scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det;* y Dios no viene en auxilio del que se expone voluntariamente a la ocasión de pecar; por el contrario, le anuncia una ruina segura: *Qui amat periculum, in illo peribit.*

San Felipe Neri decía con mucha razón que, en la guerra contra el vicio impuro, los cobardes, es decir, los que huyen de la ocasión, son los que alcanzan la victoria.

San Vicente de Paúl, dice el autor de su vida, no iba jamás a visitar a las damas de su cofradía, sin necesidad, ni aun a Mlle. Le Gras, superiora de las Hijas de la Caridad, de que era fundador. Una vez escribió a esta virtuosa joven, que estaba enferma: "Si deseáis que os vea en vuestra enfermedad, mandádmelo; me he impuesto la ley de no ir a veros jamás sin ser llamado para alguna cosa *necesaria o muy útil.*" Cuando se veía obligado a visitar a alguna de sus hijas para un asunto de conciencia o en cualquier circunstancia importante, era preciso apurarlo mucho; entonces cedía, aunque con repugnancia, para que no volviesen a la carga. ¡Qué precauciones tomaba cuando concedía tales audiencias! Hacía entrar a su compañero en la misma habitación donde entraba él y no le dejaba salir antes, haciéndole solamente estar un poco retirado. Deseaba siempre testigos cuando hablaba con una persona del otro sexo; abreviaba la conversación todo lo que le era posible, y mientras duraba no se apartaba jamás de la más estricta

modestia en sus palabras, en sus miradas y en sus movimientos. Por eso se ha notado que, aunque se le hayan achacado diversos defectos, jamás se ha osado tocar a su pureza virginal.

¡Cosa notable! los santos se creen obligados a tomar precauciones infinitas para la conservación de una virtud tan protegida, al parecer, por su eminente perfección, y los sacerdotes frívolos, imprudentes, poco recomendables por su piedad, habitualmente predispuestos a toda clase de miserias, se exponen alegremente, y sin el menor escrúpulo, a las ocasiones más peligrosas; porque hay que convenir en que los que temen menos son precisamente los que deben temer más.

Pero, se dirá: la persona a quien yo trato es ya de edad.—¿Es de bastante edad para que su trato no tenga el menor peligro para vos y para ella? Y si es de edad, ¿no vive con personas más jóvenes, como hijas, nietas o criadas? ¡Qué desgracia sería si, sin darse cuenta de ello, fuesen las visitas tanto por éstas como por la persona mayor! La persona de que se trata es de edad, pero ¿no hay en el mundo lenguas que censuran vuestro frecuente trato?

Estoy seguro de mí mismo y de mis intenciones, se dirá.— ¡Qué presunción, y cómo creen que Dios la bendecirá! ¿Tenéis más razones para estar seguros que San Vicente de Paúl, cuya sabia conducta acabamos de admirar? Escuchad a San Jerónimo; sus palabras debían haceros estremecer: *Plurimi sanctisimi cciderunt in hoc vicio propter suam securitatem. Nullus in hoc confidat. Si sanctus es nec tamen securus es.* Escuchad también a San Juan Crisóstomo: *Num tu saxum es, num ferrum? Homo es communi naturae imbecilliati obnoxius. Ignem capis, en ureris?*

Recordemos lo que hemos dicho en la *Práctica del celo eclesiástico*, número 398 (3.ª edición), respecto al trato frecuente que nos permitimos alguna vez despreciando la censura del público. "En los malos sacerdotes que se han quitado la máscara, esto se concibe; pero en los sacerdotes del todo irreprochables esto no puede explicarse más que por una contradicción de espíritu o un engaño de juicio. Y sin embargo, no hay nada más sencillo que esta reflexión: *No es preciso que yo frecuente el trato de esta persona, pero sí es de absoluta necesidad que mi reputación esté sin mancha.*"

204.—*¿Nos permitimos ciertas lecturas más o menos peligrosas?*

Jamás el sacerdote santo debe permitirse tal cosa. Marchemos fielmente sobre sus huellas, a lo menos en este punto tan delicado. Impongámonos como una severa ley el no leer jamás esas historietas un poco ligeras, por no decir galantes; esos folletines en los que, al lado de sentencias morales, se encuentran otras que no lo son; esas piezas de teatro, y aun la simple revista de ellas, que arrancan siempre a la castidad algunos gemidos, y por último esas novelas consideradas como honestas, que los mismos que las califican como tales se admirarían de ver en manos de un sacerdote.

Después de tales lecturas, cuando se tiene la imprudencia de verificarlas, se siente siempre en el fondo del alma un cierto malestar, un remordimiento más o menos punzante, un fondo de malicia o de cobardía, menos gusto por los trabajos de su ministerio y una especie de incapacidad y casi de aversión por la oración y los ejercicios espirituales; es decir: todo lo contrario de lo que se siente después de una lectura piadosa.

205.—*¿No sostenemos correspondencia frecuente con personas del otro sexo?*

No vamos a repetir aquí lo que hemos dicho detalladamente en la *Práctica del celo* (número 294); solamente diremos que estas correspondencias son rara vez útiles y con frecuencia excesivamente dañosas. Podrían tenerse ciertas expansiones sobre cuyas consecuencias es imposible pasar sin estremecerse.

No olvidemos que, en nuestras relaciones con las mujeres, una palabra puede ser una chispa y una chispa basta para producir un vasto incendio; no olvidemos que las jóvenes no tienen jamás secretas las cartas que les son dirigidas por sacerdotes, pues tienen en el mundo amigas con las que gozan y aun se envanecen mostrando las cartas de su correspondencia; y de confidencia en confidencia, el secreto con que se contaba adquiere una publicidad que se deplora cuando ya no tiene remedio.

Regla excelente para evitar esta desgracia: no enviar jamás una carta si después de haberla leído no podemos decir: Yo se la daría a leer a mi Obispo si estuviera presente.

206.—*Por último, ¿somos completamente irreprochables, en el tribunal de la Penitencia, con relación a la santa virtud?*

He aquí las principales recomendaciones que creemos deber hacer sobre este importante punto:

1.ª No desear tener jóvenes de uno u otro sexo por penitentes y no hacer nada para ser su confesor.

2.ª Gran modestia en la mirada durante la confesión, no deteniendo deliberadamente la vista sobre las personas del otro sexo, ni sobre sus vestidos.

3.ª Excesiva reserva en las preguntas, limitándose a lo estrictamente necesario y empleando las expresiones más modestas cuando se llega al sexto mandamiento.

4.ª No permitirse exhortaciones demasiado calurosas, aun para conducir a los jóvenes a la virtud. "Absteneos completamente, decía San Vicente de Paúl a los sacerdotes de su Congregación, de hablar y de escribir a las mujeres y a las jóvenes en términos demasiado afectuosos, aunque sea en materia de devoción." Hablaba y escribía, dice el autor de su vida, buena y respetuosamente a todo el mundo, pero jamás demasiado amistosa y blandamente a las personas del otro sexo.

5.ª Enviar a otro las penitentes en quienes se vea un cariño demasiado marcado hacia su confesor, a menos que el temor que manifiesten no sea un vano escrúpulo. Podemos asegurarnos de que es así, viendo si son escrupulosas en otros puntos y si han sido lo mismo con todos sus confesores.

6.ª Alejarlas sin consideración si, por desgracia, lo que seguramente no tendrá lugar, nos vemos expuestos al peligro próximo de pecar por su causa, sobre todo si este peligro no puede evitarse por otros medios.

7.ª Tener a mano un pequeño Crucifijo cuando se confiesa a las jóvenes; mirar constantemente este Crucifijo y besarlo de cuando en cuando con piedad, invocando en el fondo del corazón a Jesús y María.

8.ª Confesar más brevemente, en igualdad de circunstancias, a las jóvenes que a los demás penitentes.

9.ª Por último, no pensar ya en ellas voluntariamente cuando la confesión esté terminada.

207.—Tales son las reglas de conducta que hemos creído deber proponer a nuestros dignos hermanos, relativamente a la más hermosa y delicada de todas las virtudes. ¡Ojalá las observemos con inviolable fidelidad! Cuando el sacerdote es casto, es bendito de Dios y de los hombres; y Dios y los hombres lo desprecian cuando cesa de serlo. Consideremos la castidad como el más precioso de todos nuestros tesoros, y velemos en su guarda con escrupulosa atención. Seamos sobrios, seamos modestos, seamos humildes, seamos mortificados, seamos estudiosos, seamos hombres arreglados y de oración, y no rechacemos jamás como minuciosos los menores medios que Dios nos inspire para la conservación de una virtud que le es tan querida.

Un ferviente director de seminario, cuyos sabios consejos y eminente virtud gustamos de recordar, nos decía frecuentemente con el aplomo de una inquebrantable convicción y la autoridad de una larga experiencia: *Señores, un sacerdote perfectamente casto, es un sacerdote santo.* Adoptemos esta sentencia como un axioma espiritual, y pues debemos ser sacerdotes santos, seamos todos, seamos siempre eminentemente castos, y cedamos con entusiasmo a la tierna solicitud que el Espíritu Santo nos dirige por boca de San Pablo: *Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem.*

CAPITULO XIII

Buen ejemplo.—Modestia.—Amor al retiro, al régimen y al estudio.—Vida santa.—Excelentes efectos del buen ejemplo.—Ruina de las almas por el escándalo de los sacerdotes.

208.—Colocamos el buen ejemplo al fin de las virtudes eclesiásticas, no porque sea menos importante que las demás, sino porque las reune y las encierra todas, y es como el resumen más completo de ellas.

Todas las virtudes se encuentran en el sacerdote santo; así edifica a todo el mundo por el buen ejemplo que da.

Por el contrario, el mal sacerdote, y aun el tibio y relajado, carecen de algunas virtudes esenciales o practican muy imperfectamente las escasas virtudes que poseen, así es que su vida es, o escandalosa, o muy poco edificante.

Es posible tener virtudes sin edificar a los pueblos, y estar privados de ellas sin llevarlos al mal, por el escándalo. Esto es lo que hacía decir a Massillón estas notables palabras: "El ejemplo es "el primer deber de nuestro estado; sin él, o todas "nuestras funciones son inútiles, o son ocasiones "de caída y de escándalo para los pueblos que el "Señor nos ha confiado".

¿Es preciso insistir sobre la necesidad indispensable para todo sacerdote de edificar a los pueblos por el espectáculo de sus virtudes?—¿No basta un momento de reflexión para ver las numerosas y potentes razones que hacen resaltar esta necesidad? Recordaremos tan sólo las principales.

209.—Debemos edificar por una vida verdaderamente santa, porque nuestro divino Salvador nos

ha dado la misión de guiar a los pueblos y ser su luz: *Vos estis lux mundi.* ¿Qué es una luz que no se ve? ¿Qué guía es el que corre a los abismos?

—Debemos edificar, porque la luz que estamos encargados de mostrar a los hombres, debe descubrir la santidad de nuestra vida y el brillo de nuestras buenas obras.

—Debemos edificar a los fieles, porque el gran Apóstol ha hecho de ello un precepto formal en términos que no admiten réplica; meditemos bien sus palabras: *In omnibus teipsum praebe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate,* etc. *Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate,* etc.

—Debemos edificar, porque la Iglesia en su Concilio, y los santos con su doctrina y sus ejemplos, nos recuerdan sin cesar esta obligación rigusa y fundamental.

No hay nada más preciso que estas palabras del Santo Concilio de Trento, que todos conocemos: *Habitu, incessu, sermone* ALIISQUE OMNIBUS REBUS, *nihil nisi grave, moderatum ac religione plenum* (sacerdotes) *prae se ferant.*

In incessu, había ya dicho San Agustín, cuyas palabras parece haber tomado el Concilio de Trento, *statu, habitu et omnibus motibus vestris, nihil fiat quod cujusdam offendat aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem.*

"Todo pastor que escandaliza, dice el mismo Santo, da la muerte a las ovejas que debe apacentar". *Omnis qui male vivit, in conspectu eorum quibus praepositus est, quantum in se est, occidit oves.*

"La vida de los clérigos, decía en 1537 un Sínodo de Tours, es el libro de los laicos:" *Liber laicorum, vita clericorum.*

—Debemos edificar, porque nuestra misión esencial es salvar las almas, y salvaremos muchas más con el ejemplo de una vida santa, que con nuestro talento y nuestras predicaciones.

—Debemos edificar, porque para un sacerdote, no edificar es escandalizar, y escandalizar es deshacer y anonadar el sacerdocio; es hacerse auxiliar del demonio y destruir el edificio de la salvación de los pueblos, que Jesucristo construyó con su Evangelio, con sus trabajos, con sus fatigas, con su sudor y con su sangre.

—Debemos edificar, en fin, porque si damos ejemplo de vicios en lugar de virtudes, autorizamos a los pecadores a perpetuar sus desórdenes y nos condenamos a la vergüenza de no poder reprenderlos. ¿Cómo condenar a los intemperantes, si pudieran decir: Nuestro pastor obra como nosotros? ¿Cómo anonadar al impúdico, si pudiera decir: Tal o cual sacerdote es mi modelo? ¿Cómo atacar al avaro si pudiera decir: Mi cura atesora? ¿Cómo censurar al jugador desenfrenado, si pudiera decir: Los sacerdotes pasan jugando los días y las noches?

El Sacerdote Santo puede estigmatizar todos los vicios, porque se sabe que no es esclavo de ninguno, y puede predicar todas las virtudes sin excepción de una sola, porque se sabe que las practica todas.

Por la gloria de Dios, muy amados hermanos, por el honor de nuestro sacerdocio, conservemos la santa libertad de la palabra; no enajenemos jamás el derecho que siempre debemos tener de combatir el vicio y preconizar la virtud. No seamos de aquellos hombres que el gran Apóstol censuraba con tanta energía: *Ducem caecorum... qui alium*

doces, teipsum non doces: qui praedicas non furandum, furaris; qui dicis non moecchandum, moecharis; qui abominaris idola, sacrilegium facis; qui in lege gloriaris, per praevaricationem legis Deum inhonoras; y miremos bien sobre todo estas últimas palabras: *Nomen enim Dei* PER vos *blasphematur inter gentes.*

210.—Pero, digámoslo muy alto, nosotros detestamos, nosotros aborrecemos los grandes escándalos; y si alguna vez apareciera algún Judas en nuestra santa corporación, tengamos lágrimas para su miseria y un estremecimiento de indignación para sus crímenes.

Esto es cierto, y por ello debemos regocijarnos de todo corazón delante de Dios. Pero no nos hagamos ilusiones, y no creamos que todo es regular en nuestra conducta, porque no damos a los pueblos graves escándalos que los agiten.

¿Osaremos decirlo? Al pronto sorprenderá, pero reflexionando un poco, se reconocerá que la mala vida de un sacerdote gravemente culpable, impúdico, borracho o avaro, por ejemplo, pues estos son los tres mayores delitos de un sacerdote escandaloso, no es quizá lo que determina a muchas almas a separarse de Dios para unirse al pecado. En el mundo, aun entre la gente más perversa y corrompida, un sacerdote así es escarnecido, avergonzado, despreciado; se sabe que hace traición a todo lo que hay de más sagrado en la tierra, que sepulta su sacerdocio en el fango, que huella con sus pies las leyes de Dios y de la Iglesia, y que bajo su hábito santo late un corazón degradado. Las almas piadosas lloran sus desórdenes, sus venerables hermanos están consternados, su Obispo lo castiga suspendiéndolo; todos exclaman: "¡Es

un miserable!" y he ahí todo. Su conducta es más repulsiva que contagiosa. No hay duda de que produce espantosos males en la Iglesia; ocupa algunas veces el lugar de un santo sacerdote; no tiene celo y deja caer las almas en el infierno sin conmoverse; su ministerio es de una esterilidad desoladora, es un ministerio de muerte, que Dios reprueba y maldice. Todo esto ¡ay! es demasiado cierto; pero bajo el punto de vista del escándalo propiamente dicho, es decir, de arrastrar las almas al mal por el mal ejemplo que da este sacerdote indigno, lo repetimos, el contagio no es tan funesto como podría creerse. Los pecadores que en el mundo se entregan a los graves desórdenes de que acabamos de hablar, saben que son grandes culpables, y no porque un sacerdote se entregue a los mismos excesos, se creen autorizados a violar impunemente la ley de Dios. Casi todos serían y continuarían siendo lo que son, aunque no tuvieran a la vista los escándalos de un sacerdote a quien desprecian como todo el mundo.

No sucede lo mismo con ciertos pecados, menos graves en sí mismos, que habitualmente cometen varios sacerdotes, que en otros conceptos son irreprochables, y que nadie califica de escandalosos en la acepción más odiosa de esta palabra. No siendo crímenes estos pecados, inspiran menos horror que los antes mencionados; y cuando se ve que los cometen sacerdotes que no están reputados por malos, es fácil persuadirse de que no tienen gravedad y que casi pueden permitirse sin escrúpulo; este es un gran mal y una fuente de los más graves desórdenes.

Por lo demás, no olvidemos que estamos obligados a dar buen ejemplo en todo, no sólo para no

arrastrar a los pueblos al mal por medio del escándalo, sino también para glorificar a Dios, para hacer respetar y bendecir la Religión, para honrar y hacer más fecundo nuestro ministerio, y para edificar y santificar más al justo. Por eso, todo aquello que, en nuestro modo de ser, pone obstáculos al desenvolvimiento continuo de esos frutos de santificación debe ser radicalmente reformado, según la orden de San Pablo: *Oportet... irreprehensibilem esse... sobrium, prudentem, pudicum, hospitalem, doctorem, non vinolentum, non percussorem, sed modestum, non litigiosum, non cupidum,* etc.

Veamos, pues, si somos sacerdotes ejemplares, sacerdotes modelos, sacerdotes, en una palabra, *irreprensibles*, según la expresión de San Pablo.

211.—Debemos dar edificación en todo el exterior de nuestra persona y en nuestra conducta. Un acto interior de fe, de esperanza, de caridad, de humildad, no edifica al prójimo: ¿por qué? Porque sólo Dios es testigo de ellos. Indudablemente, este acto contribuirá indirectamente a la edificación del prójimo, en el sentido de que sostendrá en el alma las virtudes de que es fruto y de que estas virtudes se reproducirán infaliblemente por actos exteriores, que atraerán hacia el bien a los que los vean ejecutar; pero por sí mismo, este acto interior no es, propiamente hablando, un acto edificante. Lo repetimos, lo que edifica es el porte exterior.

El sacerdote debe ser en la Iglesia un tipo vivo y manifiesto de todas las virtudes. Al verlo y al oirlo todos deben decir: "He ahí un santo sacerdote." Si, aunque sólo sea en un sólo punto, no nos conducimos de modo que pueda hacerse de nosotros este elogio, hay seguramente algo que corregir o alguna reforma que emprender.

Podemos reducir a tres puntos lo que en el sacerdote debe edificar al prójimo: su porte exterior—sus palabras—y sus obras, ¿Somos objeto de edificación en estos tres sentidos? Es lo que vamos a ver.

Que no cause sorpresa el que volvamos sobre algunos puntos ya tratados: ya lo hemos dicho, la materia de que tratamos en este momento es el resumen sucinto, la recapitulación rápida de lo anterior.

212.—Desde luego decimos que el sacerdote debe edificar *por su aspecto exterior;* lo cual viene a decir que debe edificar por su modestia.

La modestia es la composición digna, amable y bien arreglada de todo el exterior. Es una virtud cristiana cuando se la practica piadosamente a imitación de la modestia de Jesucristo y con ánimo de agradarle.

No hay nada tan edificante como la modestia, tal como la acabamos de definir. Los que la ven, dice el Papa Inocencio II, se sienten movidos a tomarla por modelo: *Intuentium forma et exemplum.* Es, dice un Concilio de Letrán, una predicación perpetua, fecunda en frutos de salvación: *Assidua salutis praedicatio.* Por ella el sacerdote llega a ser imitador fiel del divino Salvador, modelo acabado de toda perfección: *Totius sanctitatis exemplar et cunctarum norma virtutum.*

La modestia de un sacerdote santo gusta y encanta a todo el mundo. El impío mismo sufre su influencia: tan mordaz, burlón y acerbo es contra el sacerdote despojado de esta virtud, como admira y exalta al que la posee.

La modestia no es tan sólo un medio de edificación para el prójimo: es también un principio de

santificación personal para el que la observa, hasta tal punto, que el P. Guilloré, muy sabio en materias espirituales, ha consagrado más de diez páginas a la demostración rigurosa de esta verdad: *la modestia sola es un poderoso medio para vencer las pasiones.*

213.—La virtud de la modestia comprende todo el hombre exterior. Es en proporciones convenientes una cierta mezcla completa de bondad, de dulzura, de sencillez, de candor, de moderación, de buenos modales y de gravedad sin aspereza.

Cuando se ve a un sacerdote así dispuesto, los fieles se unen a él por los lazos del respeto, de la estimación, de la confianza y del afecto. ¿Inspira nuestra modestia estos buenos sentimientos al prójimo? Examinémoslo.

¿Cuál es nuestro exterior considerado en conjunto? ¿Qué impresión creemos que hace sobre las personas con las cuales tratamos?

Es bastante difícil que uno mismo conteste con exactitud a estas preguntas. Nos conocemos tan poco, somos tan ciegos para nuestros defectos, aun para los exteriores, que, con frecuencia, los tenemos que disgustan a todo el mundo, y de los cuales nos creemos completamente libres. ¡Qué importante sería, pero el orgullo no lo permite, alcanzar que un amigo virtuoso y sincero nos revelase sin ambajes todas las faltas que notase en nosotros! Sin embargo, ya que nos hemos abandonado a nosotros mismos, reflexionemos y hagamos comparaciones.

214.—¿No hemos observado u oído decir a alguien que estaba generalmente un poco temeroso y embarazado cuando tenía que tratar con nosotros? Si sabemos que es así, tengamos por seguro

que hay en nuestro exterior o sequedad, o desdén, o frialdad, o brusquedad, o demasiada seriedad, o una severidad excesiva, y velemos sobre nosotros mismos para proporcionar las cualidades que le faltan a nuestro exterior defectuoso.

¿Hemos notado, por el contrario, que se tiene demasiada confianza con nosotros, que no se teme ofendernos con bromas poco convenientes, que se usan con nosotros ciertas familiaridades y ciertas libertades que nadie se permitiría con un sacerdote verdaderamente modesto? Estemos seguros de que somos demasiado poco serios y reservados; observémonos cuidadosamente, y veremos que en verdad hay en nuestras maneras demasiado abandono, demasiada expansión, demasiado descuido; cosas que la modestia condena y debe reformar.

215.—¿Se nos ha dicho, de un modo más o menos directo, que tenemos cierta reputación de excesiva pulcritud, que se encuentra en nuestro traje, en nuestro cabello y en toda nuestra persona algo que no tiene bastante sencillez? Estemos persuadidos de que hay en nosotros demasiado rebuscamiento, demasiada elegancia y demasiado cuidado por tonterías que se perdonan a las gentes del mundo, pero que la modestia sacerdotal prohibe rigurosamente a los eclesiásticos.

¿Sabemos, por el contrario, que se dice sonriendo que somos antípodas de la elegancia, que la sencillez de nuestro traje va demasiado lejos, que se confunde con la suciedad que a todo el mundo disgusta, porque es un defecto y no una virtud? Corrijamos este exceso; y sin retroceder hasta la elegancia, seamos sencillos, pero limpios y convenientemente vestidos, y, como lo hemos recomendado en la *Práctica del celo,* seamos tales que al

ver nuestro aspecto nadie diga: "Es elegante" o "es sucio", sino que todo el mundo diga: "Esto es conveniente".

216.—¿Hemos conocido que se encuentra algo de curioso, de escrutador y de inmodesto en nuestra mirada? ¿Sabemos que esto nos hace pasar por sacerdotes ligeros, disipados y demasiado ocupados del mundo exterior y frívolo? Apresurémonos a reformar este juicio, corrigiendo lo que autoriza a formarlo, y demos a nuestros ojos esa piadosa modestia, esa continencia edificante que es uno de los rasgos más notables del sacerdote santo.

¿Sabemos, por el contrario, que se nos encuentra demasiado concentrados, que se considera la severidad excesiva de nuestra mirada como una cosa afectada que rechaza en lugar de atraer? Dejemos a la modestia corregir *ligeramente*, muy ligeramente, este exceso; contengámonos en los límites del recogimiento que edifica, y no lleguemos hasta el recogimiento que hace reir.

217.—¿Se nos ha dicho, o por lo menos dado a entender, que somos en nuestra actitud, en nuestro andar, en todo nuestro exterior en general, demasiado afectados, demasiado estirados, amanerados y preocupados de nuestra persona? Aprovechemos, aprovechemos esta advertencia y volvamos pronto a la amable sencillez que las gentes, aún las más refinadas, quieren encontrar en un sacerdote antes de concederle su estimación.

¿Sabemos que se ríen de nuestras maneras toscas, de nuestro aire pesado y agreste, de nuestro andar sin dignidad, y que se nos reprocha generalmente cierto descuido llevado al extremo? Encarguemos a la modestia de castigar lo excesivo en este punto y de hacernos tales que podamos

presentarnos en todas partes sin excitar otra cosa más que respeto, estimación, afecto y edificación.

Tales son los puntos principales sobre los que creemos deber insistir, con relación al buen ejemplo que con nuestro exterior hemos de dar a los pueblos.

218.—Hemos dicho, en segundo lugar, que debemos edificar *con nuestras palabras*.

En este punto tenemos una misión difícil que llenar, porque ¡ay! ¡de cuántos desórdenes no es instrumento la lengua!

Debiéramos ser tan edificantes y reservados sobre este punto, que todos dijesen de nosotros lo que se decía de nuestro divino Salvador al oirle hablar: *omnes mirabantur in verbis gratiae quae procedebant ex ore ejus*. ¿Sucede así? Vamos a verlo.

El primer defecto, relativo a la lengua, que debemos destruir para ser edificantes, es la exuberancia del discurso. Hay sacerdotes tan amigos de perorar, que reducen a todo el mundo al silencio cuando están en una sociedad. Trátese de lo que se trate, cogen el asunto, lo discuten, lo explotan, lo presentan bajo todos sus aspectos y no dejan a los demás tiempo para decir lo que piensan; porque cuando creen el punto suficientemente discutido pasan a otro que tratan de la misma suerte. Si algún otro interlocutor que también quiere hablar, les quita la palabra por sorpresa, la recogen a la primera ocasión y se resarcen de un instante de silencio, con un cuarto de hora de charla. No tienen escrúpulo en interrumpir al que habla, en medio de las frases, y para dar calor a esta interrupción, promueven un incidente en forma de paréntesis; pero abierto el paréntesis, no se sabe cuándo se va a cerrar. Por caritativos que sean los oyen-

tes, es difícil no pensar que hay en el fondo de este *multiloquium* insípido un fondo de vanidad, un secreto deseo de hacerse admirar y aplaudir, deseo que seguramente no siempre queda satisfecho. Con efecto, los grandes charlatanes, digan y piensen lo que quieran, cosechan menos aplausos que críticas. Lo que pone más en relieve su defecto, es la presencia de alguna persona seria, más instruída que ellos, y que es tan sobria de palabras como pródigo es él.

Evidentemente, este exceso debe reformarse, y sería bien ciego el que no viese la necesidad de poner un freno a locuacidad tan insoportable.

Tampoco es preciso caer en el extremo opuesto, condenándose a un mutismo excesivo que haría acabar la conversación. Este exceso, aunque menos condenable que el anterior, es, sin embargo, un exceso y debe evitarse. Hablemos con moderación y no olvidemos la sentencia del sabio: *Omnia tempus habent... tempus tacendi et tempus loquendi.*

219.—Otro defecto que también debe evitar el eclesiástico es la elevación de la voz, el tono magistral, el énfasis del gesto y todo lo que se aparte de una sabia moderación. "La modestia, dice San Ambrosio, llega hasta pesar el sonido de la voz"; *Ipsum vocis sonum librat modestia.*

Se ven algunos que no pueden decir nada con amable reserva; dominan todas las voces con la suya, y dicen con su energía habitual aun aquellas mismas cosas que por su naturaleza requieren un tono dulce y tranquilo. Además de que esto indica un vicio de educación, que será muy censurado entre gente cortés, al hablar de este modo, se da a todo lo que se dice un tinte apasionado que atenúa

más bien que aumenta el poder de las razones que nos esforzamos en hacer prevalecer.

Algunas veces, y esto no es raro en las sociedades de eclesiásticos un poco numerosas, se encuentran algunos que tienen el defecto que hemos señalado. Cuando la multitud se anima y hay discordancia de pareceres, no se oye nada más que una lluvia de palabrotas, y oleadas de argumentos que chocan entre sí; no es aquello una conversación, sino una tempestad en que perece la modestia. Algunas veces hemos sido testigos de esta animación de palabras y aun resuenan en nuestros oídos. Cuatro hombres que hablen así, harán mas ruido que veinte sacerdotes modestos y piadosos. Seguramente harán más que los doce Apóstoles unidos a su divino Jefe, en las diversas conversaciones que sostenían entre ellos. ¡Ah! es que la modestia de Jesucristo presidía estas santas asambleas, y frecuentemente ¡ay! está fuera de las nuestras.

220.—Pero ¿qué hemos de decir de las palabras no ya fuera de su lugar, sino positivamente malas?

Palabras mentirosas, o a lo menos exageradas, que, reconocidas como tales más pronto o más tarde, disminuyen, si no hacen perder, la confianza y la estimación de que todo sacerdote debe gozar.

Palabras burlonas, acaso maldicientes, que seguramente están muy lejos de edificar a las personas que las oyen.

Palabras picantes, palabras de censura, que alcanzan a veces a los superiores eclesiásticos y a los diversos actos de su administración.

Palabras altaneras, desdeñosas y casi despreciativas, que hieren del mismo golpe la caridad, la dulzura y la modestia.

Palabras bufonescas y casi groseras, que hubie-

ran chocado a San Bernardo, que pronunció aquella sentencia tan conocida: *In ore laicorum nugae, nugae sunt; in ore sacerdotum, blasphemiae.*

Palabras agrias, palabras aduladoras, vanidosas y tantas otras de que tendremos que dar cuenta a Aquel que prohibe, a los simples fieles, las palabras inútiles: *Dico vobis, quoniam omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo, in die judicii.*

¡Cuántas reformas que hacer! ¡qué de escándalos que evitar! ¡qué de trabajo tiene el sacerdote mal acostumbrado, para cumplir a toda costa el precepto del Apóstol: *Exemplum esto fidelium in verbo!*

221.—También es violar la ley del buen ejemplo, impuesta a los eclesiásticos, entrometerse a hablar con calor y vivo interés de las novedades mundanas, de los rumores que circulan, de las frivolidades del siglo y de mil pequeñas nonadas que interesan a los mundanos, pero a las cuales no debe dar importancia un sacerdote.

El sacerdote santo, cuando está en compañía de seglares, no corta bruscamente la conversación sobre estas materias, ni se impone un silencio completo, que seria una censura fuera de lugar, sino que toma parte de modo que se vea que lo hace sin interés; y cuando, sin brusca transición, puede dar a la conversación otro giro, lo hace y halla medio de decir cosas más interesantes y más útiles.

También edifica por su palabra, en las delicadas circunstancias en que le es imposible evitar una discusión en la que se le invita a tomar parte. Si no tiene importancia, pasa de ligero y todo está concluído. Si la verdad, la fe o alguna otra virtud requieren en nombre de la gloria de Dios que se declare, lo hace francamente, pero con modestia; y

si después de haber emitido su opinión y haber expuesto sus razones no puede convencer a su adversario, se abstiene de prolongar una lucha inútil, porque debe saber que un debate apasionado no convencería al que se resiste a la verdad adornada con los encantos de la dulzura y de la modestia. En cuanto a los puntos dudosos y controvertibles, expone su duda, no dándole otro carácter que el de duda, y se abstiene de presentar a los demás como una verdad lo que acaso no lo sea a sus propios ojos. En esto como en todo, manifiesta el sacerdote santo el deseo de ser edificante, lo cual le hace adoptar una regla de conducta tan prudente y sabia.

222.—El mismo deseo es el que le hace observar antes de hablar, y no proferir una palabra sin haberla pesado, conforme a esta bella frase de San Agustín: *Omnia verba prius veniant al limam quam ad linguam;* bien al contrario de aquellos que, hablando siempre con precipitación, lanzan sus dardos para tener que llorar en seguida el mal irreparable que han causado.

También la necesidad que siente el sacerdote santo de dar buen ejemplo en sus conversaciones, le obliga a reglamentar de tal modo su lengua, que jamás deja escapar voluntariamente una sola palabra que ofenda al bien parecer o a una virtud cualquiera, imponiéndose el deber de no decir nada que no redunde en edificación del prójimo.

¡Feliz, tres veces feliz, el sacerdote que se conduce con esta sabia reserva y esta santa modestia! Es bendito de Dios, es el ministro querido de Jesús, es amado y reverenciado por los hombres. está siempre en paz consigo mismo, ¿qué más? es perfecto, porque es uno de aquellos de quienes ha di-

cho el Espíritu Santo: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir.*

223.—Debemos, en tercer lugar, edificar con *nuestras obras.*

En esto ya se comprende que el detalle es inmenso. Si el sacerdote no hace nada o hace poco, escandaliza por su ociosidad; si hace algo, debe edificar por sus obras.

Hay pocos hombres en una parroquia cuya conducta exterior sea tan generalmente conocida como la del cura, sobre todo, en los pueblos pequeños y en el campo. Como es hombre público, encargado de funciones visibles y eminentemente graves; como es, en multitud de localidades, el personaje más importante, y como está, por la naturaleza de su empleo, en relación necesaria con gran número de personas, puede decirse que todas las miradas están sobre él y que tiene tantos jueces como habitantes el pueblo o ciudad en que ejerce su ministerio. Si edifica por su santidad sin tacha, todo el mundo le admira y hace su elogio; si, por el contrario, escandaliza, aunque no sea más que en un solo punto, los malos lo critican y lo desprecian y los buenos se afligen, lo lamentan y le retiran su estimación.

¿Cuál de estos sentimientos hace nacer nuestras obras? Para saberlo presentaremos dos cuadros: el del sacerdote que edifica y el del sacerdote que escandaliza.

224.—Como hemos dicho, el primero desarma la crítica por la modestia de su persona y el encanto de sus conversaciones. Pero convencido de que estos dos rasgos serían insuficientes si el resto de su conducta no estuviera en perfecta relación con ellos, se observa con atención escrupulosa para no dejarse hacer presa de la malignidad.

Edifica por su ferviente piedad. Viendo que practica fielmente sus obras, que es modesto y recogido en la iglesia, que está largo tiempo al pie del altar o va todas las tardes a adorar a su Dios, que celebra los santos Misterios con la dignidad que exigen, y que no parece ocuparse más que de establecer el reinado de la piedad en las almas, todos dicen admirándole: "He ahí el verdadero sacerdote santo."

Edifica por el ministerio que ejerce. Cuando se ve su celo por anunciar la palabra de Dios a los hombres y catequizar a los niños; cuando se le ve asíduamente en el tribunal de la penitencia, donde acoge con igual bondad a todo el mundo; cuando se le ve prodigar a sus enfermos la más tierna caridad; cuando se le ve siempre digno, siempre piadoso en la administración de los Sacramentos; cuando se le ve constantemente dispuesto a acudir a la primera señal donde le llama su deber de pastor, se levanta una voz unánime y esta voz dice: "He ahí el verdadero sacerdote santo."

Edifica por su desinterés y su generosa caridad. ¿Cómo es posible ver las buenas obras que hace, la iglesia que adorna, las misiones que predica, las privaciones que se impone, los servicios que presta a costa de su bolsa, el poco empeño en exigir sus derechos, sobre todo a los pobres a quienes visita y anima, sin exclamar: "He ahí el verdadero sacerdote santo"?

Edifica por la pureza de sus costumbres. Siempre casto hasta el escrúpulo en todas sus palabras, siempre piadosamente tímido y reservado en sus miradas, siempre enemigo de tratos sospechosos, siempre grave y santamente austero en sus relaciones indispensables con las mujeres, siempre prudente con exceso en las correspondencias epistola-

res que alguna vez se ve obligado a tener con ellas, siempre cuidadoso de tenerlas a distancia por la dignidad y la modestia perfectas de su exterior; hace a cada instante, acaso sin pensarlo, el elogio más completo de la santa virtud que practica. Ante esta angélica pureza, el mismo libertino se inclina y exclama como todo el mundo: "He ahí el verdadero sacerdote santo."

Edifica por su templanza. Conocido en el país que habita por su ejemplar sobriedad, fiel a la ley que se ha impuesto de alimentarse con la conveniente frugalidad, igualmente apartado de la abundancia que anuncia al hombre sensual y de la sórdida mezquindad que denota al avaro, firmemente pronunciado contra la frecuencia de las comidas extraordinarias, dentro o fuera de su casa, cuidadoso de mostrarse más sobrio que los seglares con quienes se encuentre, muy moderado, sobre todo en el uso de los licores fuertes, teniendo cuidado de no decir una sola palabra de las que revelan demasiado amor a la buena mesa y al placer que procura, da con su ejemplo una lección práctica de templanza a muchos, que también dicen: "He ahí el verdadero sacerdote santo."

Edifica con una vida regular, estudiosa y retirada. Se sabe generalmente que es el feliz esclavo del reglamento que se ha impuesto; se sabe que el estudio es su ocupación favorita y que se entrega a él con santo ardor; se sabe que la soledad hace sus delicias, que permanece en ella todo lo que puede, y que allí refuerza su alma por una unión más estrecha e íntima con el Dios de amor; se sabe que no quebranta su regla, que no se aparta del estudio, y que no deja su feliz retiro sino cuando la gloria de Dios, la salvación de las almas, las exigencias de su

ministerio u otras cosas de su obligación le exigen que lo abandone; pero también se sabe que, cumplidos sus deberes, vuelve inmediatamente a su regla, a su estudio y a su querido retiro, no concediendo a la ociosidad la más pequeña parte de un tiempo cuyo valor sabe apreciar. ¿Cómo es posible ver hábitos tan sencillos, y no decir del que los ha contraído: "He ahí el verdadero sacerdote santo?"

En fin, edifica por sus relaciones con todo el mundo y por el séquito de virtudes que le acompaña por todas partes. No tiene un atractivo de predilección para el mundo, y sin embargo, es el ídolo de todos; no aparece más que para cumplir sus deberes, y se conquista la admiración y el respeto de todos. Se admira su amable dulzura, su ferviente piedad, su graciosa modestia, su ferviente caridad, su sencillo candor, su celo de apóstol, su afabilidad de pastor y su inocente alegría, siempre contenida por la reserva que su estado sacerdotal le impone. Se goza cuando está presente, se le echa de menos cuando se aleja, y cuando ha embalsamado la casa que deja con el perfume de su virtud y el dulce olor de Jesucristo, no se puede menos de decir una vez más: "¡He ahí el hombre de Dios! ¡He ahí el buen pastor! ¡He ahí, he ahí el sacerdote santo!"

225.—Nos repugna oponer al brillo reluciente de la preciosa medalla que acabamos de contemplar, todo lo que hay de sombrío en su reverso. Bástanos hacer notar en pocas palabras el inmenso intervalo que habría, bajo el punto de vista del buen ejemplo, entre el sacerdote cuyo bosquejo acabamos de trazar y aquel cuyos rasgos formasen con los del otro un penoso contraste.

Si, por ejemplo, no diese prueba alguna de pie-

dad, si no tuviera dignidad alguna en el santo templo, no apareciendo en él más que para celebrar la misa, si la dijera con excesiva rapidez, sin recogimiento y sin modestia, ¿se diría como de su piadoso colega: "He ahí el verdadero sacerdote santo"?

Si, siendo cura párroco, anunciase rara vez la palabra de Dios; si subiese al púlpito para no decir nada útil; si se permitiese expresiones triviales u ofensivas alusiones personales; si no instruyese a los niños que se le confiaran, rechazándolos con un rigor excesivo, humillantes reproches y acaso malos tratamientos, ¿cómo podría decirse: "He ahí el verdadero sacerdote santo"?

Si dejase ver que el santo tribunal le enoja, que no va a él sino con repugnancia, que los penitentes le sirven de carga, y que tiene por algunos marcadas preferencias que ofenden a los demás; si dejase hundir las almas en el abismo del sacrilegio, no dándoles completa libertad para dirigirse a otro confesor cuando lo creen útil; si durante sus frecuentes ausencias, acaso estando en el juego, algunos enfermos de los cuales es pastor, muriesen sin recibir los auxilios de la religión, ¿pensaría alguien hacer su elogio diciendo: "He ahí el verdadero sacerdote santo"?

Si se supiera, sin asomo de duda, que vive sin regla y en perpetuo desorden, que la ociosidad tiene tanto atractivo para él como repugnancia el estudio, y que la vida retirada le es insoportable; si estuviera siempre de excursiones y de viaje, encontrándosele en todas partes menos en la iglesia y en su casa, ¿qué voz se levantaría para decir: "He ahí el verdadero sacerdote santo"?

Si con razón pasara por demasiado apegado a los bienes de la tierra; si se le diese el odioso título de

avaro; si no ejecutase ninguna obra de caridad, por poco costosa que fuera; si dejase a su iglesia en una suciedad completa, en asqueroso desbarajuste; si rechazase a los pobres; si se supiera que no los socorre más que con el dinero que le dan los ricos y casi nunca con el suyo propio; si, sobre todo, después de haber vivido pobre y sórdidamente, dejase cofres llenos de oro, ¿quién osaría exclamar sobre su tumba: "He ahí el verdadero sacerdote santo"?

Si diera el ejemplo del vicio impuro, o si, sin saberse públicamente sus desórdenes, pasara generalmente por tener costumbres sospechosas o más que sospechosas; si fuese grosero en sus palabras, inmodesto en sus miradas, libre y familiar en sus relaciones con las personas de diferente sexo y poco cuidadoso de los sabios consejos que se le diesen respecto a ciertos tratos de que debiera rigurosamente abstenerse, ¿quién se ocuparía de hacer su elogio? ¿Quién no diría, por el contrario, con dolor: "¡Qué sacerdote!"

Si ahogase con frecuencia su razón en el vino; si sus intemperancias fuesen conocidas y causaran la risa de las gentes, o si, sin llegar a los últimos excesos, no gustase más que de festines, y dejase ver a todo el mundo su gusto pronunciado por la buena mesa, ¿quién podría proclamarle sacerdote santo?

Si, por último, no se viese en él ninguna virtud digna de alabanza; si sacrificase a cada instante la dulzura a sus ímpetus, el recogimiento y la piedad a su disipación, la modestia a la inconveniencia de sus modales y de sus palabras, la caridad a sus burlas y su maledicencia, ¡qué murmullo de desaprobación se levantaría si una sola voz dijese: "He ahí el verdadero sacerdote santo"!

226.—Detengámonos aquí, queridos colegas, y

roguemos a Dios que no castigue jamás a la Iglesia con una vida tan poco digna del divino sacerdocio que adorna nuestra alma. Salvemos, salvemos a los pueblos por el buen ejemplo y no los conduzcamos al infierno por nuestros escándalos. ¡Ay! Ya que se precipitan demasiado por sus propias culpas, no aceleremos su caída por las nuestras. Encargados por nuestro estado de conducirlos al cielo, temblemos, temblemos si les damos el derecho de acusarnos, en el último día, de su eterno infortunio. Hagámonos bendecir por nuestras virtudes y no nos hagamos despreciar por nuestros vicios. Meditemos estas divinas palabras que nos dirige el Espíritu Santo: "*Ad vos mandatum hoc, o sacerdotes... recessistis de via, et scandalizastis plurimos in lege, irritum fecistis pactum Levi, dicit Dominus exercituum. Propter quod et ego dedi vos contemptibiles et humiles omnibus populis, sicut non servastis vias meas... Mittam vos in egestatem, et maledicam benedictionibus vestris et maledicam illis, quoniam non posuistis super cor*". Meditemos también éstas de nuestro divino Salvador: "*Qui scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris*". En fin, al lado de los anatemas contra el escándalo, pongamos esta orden que nos da el gran Apóstol, de salvar a los pueblos por el buen ejemplo: "*In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus... in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta*".

Ojalá, queridos colegas, vivamos de manera que podamos decir como San Pablo:

IMITATORES MEI ESTOTE, SICUT EGO CHRISTI.

TERCERA PARTE

SEGUNDO MEDIO DE SANTIFICACIÓN PARA EL SACERDOTE: LAS OBRAS

227.—La exposición que acabamos de hacer de las virtudes propias de nuestro santo estado, parece que debe hacernos ver que, si las practicáramos con fidelidad constante, seríamos infaliblemente santos sacerdotes.

Al tratar de estas virtudes, hemos hablado por necesidad de las malas acciones opuestas y de las buenas acciones que inspiran. Sin embargo, lo que hemos tenido más presente en la segunda parte de nuestra obra, fué incitar al sacerdote a adquirir las virtudes, cuya necesidad demostramos, y a formarse un medio de santificación personal.

Pero, en esta tercera parte, nuestro objeto directo es determinar al sacerdote a santificarse por la práctica de las obras que ocupan o deben ocupar su tiempo.

En el primer capítulo recordaremos la necesidad de emplear bien el tiempo, de no ejecutar las obras que Dios le prohibe, de hacer a cada momento las que le manda, y de santificarse santificando todo lo que hace. Esto, unido a lo que hemos dicho sobre la misma materia con ocasión de las diversas virtudes de que hemos tratado, nos dispensará de entrar en detalles circunstanciados de cada obra en particular.

En cuanto a las obras espirituales propiamente

dichas, es diferente; son tan importantes y tan esenciales, bajo el punto de vista de la santificación propia del sacerdote, que creemos deber consagrar a cada una de ellas un capítulo especial. Sin embargo, no entraremos en todos los detalles que la materia contiene. No tenemos intención, por ejemplo, al hablar de la oración, de la santa misa, o del oficio divino, de hacer un tratado completo de cada una de estas obras; solamente queremos hacer resaltar su alta importancia, dar algunos consejos y trazar algunas reglas prácticas para indicar la manera de santificarlas perfectamente y sacar de ellas todos los frutos que producen cuando se hacen santamente.

Como se instruye ordinariamente muy poco cuando no se sale de lo vago de las generalidades, y como, por el contrario, la precisión y la claridad son extremadamente útiles en todo, hemos creído conveniente clasificar a los sacerdotes, como lo están en realidad, en cuatro categorías bien distintas, según su grado de perfección.

Todos sabemos que hay entre nosotros cuatro clases de sacerdotes, muy diferentes las unas de la otras: el *mal* sacerdote, el sacerdote *frío y relajado,* el *buen* sacerdote, y, por último, el sacerdote *santo.* Esta clasificación, que rogamos se tenga presente, tendrá su importancia en lo que vamos a decir en breve, con ocasión de cada obra espiritual de que hablemos, cuál es la manera de ser y la conducta habitual de tal o cual sacerdote con relación a cada obra, lo que pondrá al lector en estado de juzgar a qué categoría pertenece.

CAPITULO PRIMERO

Santificación de las acciones.—Buen empleo del tiempo.—Estudio.—Ociosidad.—Obras de celo.

228.—Colocamos bajo el mismo título y confundimos en el mismo capítulo la santificación de las acciones en general y el empleo del tiempo, porque es evidente la conexión entre ambas cosas. Hacer un buen empleo del tiempo ¿no es llenarlo de obras santas? y llenarlo de obras santas ¿no es emplear el tiempo como Dios quiere que se emplee? Rogamos a nuestros dignos colegas que recuerden lo que hemos dicho, a saber: que una vida santa no es otra cosa que una vida llena de santas obras. Hacer constantemente lo que Dios nos pide, y hacerlo con la perfección que exige de sus sacerdotes; he ahí, en dos palabras, el resumen de la santidad sacerdotal.

Nuestras obras son el único bien sólido que tenemos en este mundo y que podemos llevar al otro. Honores, placeres, dinero, posesiones terrestres, nada de eso nos seguirá más allá de la tumba; sólo nuestras obras y nuestra alma serán nuestro equipaje para la eternidad. Ni siquiera nuestro cuerpo asistirá al primer juicio. ¡Ay! No se habrá todavía enfriado sobre el lecho fúnebre en que haya exhalado su último suspiro, cuando ya estará decidida nuestra suerte eterna y sólo nuestras obras servirán de base a nuestra irrevocable sentencia. Hablando con propiedad, puede decirse que no es Dios quien nos ha de juzgar, sino nuestras obras. Lo mismo que el presidente de un tribunal, si osamos emplear esta comparación, Dios aplicará la ley y decretará y consumará la ejecu-

ción de la sentencia; pero sólo nuestras obras serán nuestros jueces, y a su simple vista sentiremos alegría inefable o desesperante desolación. ¡Qué gran fuerza no debe tener esta consideración para determinarnos a santificar todas nuestras obras, siguiendo fielmente las reglas que vamos a proponer!

229.—Sabemos todos, y lo decimos con frecuencia, que el tiempo es infinitamente precioso para todo el mundo, pues no ha sido concedido al hombre sino para merecer por su buen empleo la eterna felicidad prometida. Pero la simple reflexión debe convencer inmediatamente que el tiempo de un sacerdote es aún más precioso que el de los simples fieles. Con efecto, siendo la misión del sacerdote no sólo salvar su alma, sino también trabajar sin descanso para salvar las de sus hermanos, es evidente que el tiempo que Dios le concede para cumplir una misión de esta importancia, es doblemente estimable. Un sacerdote que tenga verdadero conocimiento de su sacerdocio, comprenderá sin trabajo que, si cumple como debe las funciones de su ministerio, estará constantemente ocupado de la salud de las almas, pues siempre, y donde quiera, es sacerdote; es decir, mediador entre Dios y los hombres.

Colocado por su estado en la fuente de las gracias, el sacerdote está encargado de repartirlas con profusión entre los pecadores a quienes son necesarias. Dios no rehusa nada al sacerdote santo, escucha todas sus oraciones, bendice todos sus trabajos, fecundiza su ministerio, salva por cada obra suya millares de almas, y no sabremos bien, hasta la eternidad, los frutos de salvación que habrá producido durante su apostolado. ¿Cómo,

pues, no sentir la pérdida de un tiempo que puede ser empleado con tanta utilidad? Cuando, contra la voz de nuestra conciencia, sacrificamos a un vano placer, a largas y frívolas conversaciones, las horas durante las cuales podríamos salvar almas, ¿cómo no pensamos que causamos una pérdida inmensa y acaso irreparable?

En vista de estas consideraciones, los sacerdotes más santos se echan en cara un sólo momento perdido, y aunque estén continuamente ocupados en obras santas, temen aún, al fin de su carrera, no haber cumplido como debían las tan importantes funciones de su augusta profesión. ¡Qué lección para el sacerdote ocioso! ¡Qué materia de remordimiento para el sacerdote que ve tan tristes lagunas en su vida!

230.—Ya hemos dicho que el tiempo está santamente empleado cuando, a medida que corre, se le llena de obras santas. Entremos ahora en los pormenores de nuestras obras y veamos si hacemos constantemente las que Dios nos ordena, en el tiempo y del modo que deben hacerse, de modo que formen como el tejido de una verdadera vida sacerdotal. En otros términos, examinemos si según el lenguaje de la Santa Escritura, nuestros días pueden ser llamados días llenos, *dies pleni*.

Y además, ¿no estamos ociosos con frecuencia? Uno de los signos más incontestables del relajamiento de un sacerdote, es la ociosidad. Cuando se da a este vicio, se verifica en él una especie de desorganización física y moral que no le deja gusto para ninguna cosa, por importante o útil que sea

El cuerpo contrae un hábito tal de descanso, de languidez y de molicie, que le repugna sólo la idea del trabajo.

El alma, por su parte, no tiene casi fuerza para aplicar sus potencias a una ocupación aunque sea poco seria. El resorte de su voluntad está tan flojo, que las obras más obligatorias y de las que no se puede prescindir sin escándalo, se hacen con poco vigor, penosamente, y, por consiguiente, con mucha imperfección y muy poco mérito.

En este triste estado se es una carga para los demás y para sí mismo; la vida es un peso que molesta; los días, que corren tan veloces para el sacerdote santo, son largamente fastidiosos para el sacerdote ocioso. Se fastidia cuando no hace nada, se fastidia cuando hace algo; pero como de todos modos se ve condenado al fastidio, quiere mejor el fastidio de la ociosidad que la molestia del trabajo. Así pasa cada día horas enteras en esta lamentable inacción. Para hacer el día un poco más corto, lo empieza lo más tarde posible, y podría decirse que su regla para levantarse, es dejar el lecho cuando le es más penoso permanecer en él que abandonarle. Después de algunas cosas indispensables, hechas con su dejadez y descuido habituales, vuelve a entrar en su nulidad; anda por andar, habla para no decir nada, se entretiene con alguna persona de su casa o algunos vecinos, y si se detiene en su habitación es para ocuparse de nonadas o acaso para dormir otra vez, porque el sueño es el supremo recreo de los ociosos. Así corre el día, mejor dicho, así se pasa la vida del que ha contraído el hábito de la pereza.

En una vida de esta clase, las obras espirituales, así como las demás, están heridas de inutilidad. La oración es sacrificada o totalmente insignificante por su excesiva brevedad o por el descuido con que se hace. El oficio divino no es más que una

penosa fórmula que se cumple lo más rápidamente y lo más tarde posible. La misma santa Misa se resiente como las demás obras de la dejadez del que celebra, que lleva hasta el altar el fondo de negligencia y apatía que le distingue.

Tocante a las obras de su ministerio, ¿qué pueden ser con este hábito de pereza y dejadez? Requieren energía y no se tiene ni aun sombra de ella. Requieren celo, ¿y qué lugar ocupa el celo en el alma del perezoso? Requieren piedad, ¿y qué piedad puede tener el que no la practica? Requieren regularidad, ¿y qué regularidad se puede esperar del que parece haberse echado en brazos del desorden? ¡Esto hace verdaderamente estremecer! Así es como pasa la vida un sacerdote. Y es el ministro de Jesucristo, su lugarteniente sobre la tierra, el salvador de las almas rescatadas por su sangre adorable, quien se duerme profundamente en esta ociosidad, hasta el punto de no despertar ni aun al oir la formidable sentencia que contra él lanza su divino Maestro: *Servum inutile ejicite in tenebras exteriores.*

231.—Si acaso hacemos algo, ¿no nos hace cometer malas obras la ociosidad? Fácil es ver que la vida lánguida y desordenada, de que acabamos de hablar, echa del alma todas las virtudes e introduce todos los vicios. El Espíritu Santo no tiene necesidad de decirnos: *Multam malitiam docuit otiositas.* ¿Cómo es posible que la inclinación natural que tenemos a la dejadez no se fortifique por un fondo de molicie que no permite ni practicar el bien, ni resistir al mal? ¿Cuál es el hombre dado a la ociosidad que no tenga que llorar por este vicio? Si desgraciadamente estamos sujetos a él, volvamos en nosotros y veamos si, además del des-

orden de una vida ociosa, no hacemos obras positivamente malas.

¿En qué parroquia se encuentran los penitentes friamente acogidos, los enfermos descuidados, los niños mal instruidos y todo, en fin, en desorden? ¿Es en la parroquia de un cura piadoso, activo, laborioso y lleno de celo, o es en la del sacerdote abandonado, descuidado y ocioso?

¿Cuál es el sacerdote que pasa horas enteras en conversaciones frívolas en las cuales se permite burlas, acaso maledicencias, relaciones indiscretas, confidencias extemporáneas y una multitud de imprudencias que le enajenan la estimación y la confianza de los pueblos?—¿No es el sacerdote ocioso?

¿Cuál es el sacerdote que da a cada instante en el tribunal de la penitencia resoluciones al azar; que sin principios fijos, dispensa a sus penitentes la restitución o les obliga a ella según las engañosas luces de su débil razón y no según las verdaderas luces de la teología, a las que le impide recurrir su pereza?—¿No es el sacerdote ocioso?

¿Cuál es el sacerdote que se arruina por sus gastos inconsiderados, que vive sin regla y sin orden, tanto para sus asuntos temporales como para los de su conciencia; que contrae deudas en todas partes sin pagarlas nunca, y que deja al morir un intrincado caos, del cual resulta a veces un perjuicio considerable para los que le honraban con su confianza?—¿No es con frecuencia el sacerdote negligente y ocioso el que causa este perjuicio y da este escándalo?

¿Cuál es el sacerdote que escandaliza a los fieles con intemperancias indignas de su divino carácter, que le hacen caer en el envilecimiento y el desprecio? ¿Es el sacerdote estudioso el que da este

escándalo, o es más bien el sacerdote indolente, que ha perdido el gusto de los ejercicios espirituales y de las obras de celo, que ha roto con el estudio y los libros, que no se ocupa de trabajo alguno y que por su ociosidad es una carga para sí mismo y para los demás?

Y cuando, de tarde en tarde, la iglesia está de duelo porque ve en la persona de uno de sus ministros el sacerdocio públicamente humillado hasta el fango, hasta la sentina del más aborrecido de los vicios, ¿es un sacerdote estudioso y celoso el que hace correr estas lágrimas?—¿No es, por el contrario, el sacerdote muelle, apático, sin nervio, sin energía, enemigo del estudio y de toda ocupación seria; no es éste el que con su ociosidad llama la atención?

¡Qué larga sería la lista si fuésemos a enumerar aquí todas las malas obras cuyo principio es la pereza!

232.—Acaso algunos colegas, al leer lo que precede, se tranquilicen pensando que no son ni completamente ociosos, ni culpables de las obras positivamente malas que acabamos de señalar. Que tengan cuidado: pierden el tiempo muchos otros más que aquellos de quienes acabamos de hablar. ¡Cuántos hacen algo, pero no lo que deben hacer!

¿Haríamos lo que debemos, por ejemplo, si nos encargáramos de asuntos inútiles y extraños a nuestra santa profesión? ¿Sería un tiempo bien empleado el que pasásemos en penetrar los secretos de las familias y en dirigir, no sólo el alma, sino también los asuntos temporales de nuestros penitentes, a riesgo de atraernos los más vivos reproches de aquellos a quienes nuestros consejos pudieran perjudicar?

¿Obedeceríamos al Apóstol que nos dice lo que decía a Timoteo: *Opus fac evangelistae*, si tuviéramos la imprudencia de entrometernos en arreglos de matrimonios, testamentos, ventas, compras y transacciones de toda especie, en lugar de encerrarnos en nuestra esfera completamente espiritual y *dejar a los muertos sepultar sus muertos,* según la expresión de nuestro divino Salvador, que no permitió al joven que quería ser su discípulo, separarse de él algunos instantes para cumplir con su propio padre un deber que le parecía rigurosamente mandado?

¡Cosa admirable!, queremos obrar bien; pero queremos hacer lo que nos está prohibido y descuidar lo prescrito.

233.—¿Sería bien empleado el tiempo que un sacerdote consagrase a obras que la Iglesia le prohíbe por medio de multitud de Concilios? Transformar, por ejemplo, un presbiterio en granja, trabajar él mismo los campos de que disfruta, alquilar algunos trozos de tierra sin necesidad, a fin de satisfacer el gusto desordenado que tiene por los trabajos de la agricultura, y dar a los cuidados de los viles animales las horas que reclaman las almas rescatadas por la sangre de Jesucristo, a la salvación de las cuales debe estar aplicado constantemente, ¿es esto emplear el tiempo como los sacerdotes santos lo emplean? ¿No se tendrá que responder ante el tribunal de Dios de tantas obras de celo, a las cuales son preferidas otras enteramente terrestres, y de tantos pecadores como se podrían salvar, dedicándoles un tiempo que injustamente se les roba para malgastarlo en trabajos indignos del sacerdocio?

¡Cuántas lecciones de catecismo perdidas o mal

hechas; cuántas confesiones a la ligera; cuántos enfermos descuidados; cuántas oraciones suprimidas o hechas sin devoción; cuando nos consagramos a obras indignas de un sacerdote, cuando se anonada en el alma la unción de la piedad y se la reemplaza por el gusto de las cosas de la tierra, que San Pablo prohibía a los simples fieles, y que prohibió más severamente a los ministros del Evangelio: *Quae sursum sunt sapite, non quae super terram.*

234.—Esas cartas frívolas, escritas con frecuencia a amigos que contestan en el mismo tono; y esas composiciones literarias, sin ton ni son, que absorben con frecuencia un tiempo precioso, con detrimento de obras serias e importantes; y esas lecturas inútiles, acaso más que inútiles, a que uno se acostumbra y que llenan el alma de mil pensamientos vanos, haciendo perder el gusto del estudio y de la piedad; y esos estudios profanos a los que se entrega con ardor desordenado, estudios, que sin duda no son malos por su naturaleza, que convienen a los sacerdotes empleados en colegios, pero que están muy lejos de ser indispensables a los sacerdotes encargados del ministerio parroquial, que no debieran permitírselos más que como ejercicio de recreación y cuando los trabajos inherentes a sus cargos estuviesen perfectamente en regla. ¿No hay que reformar esto en la vida de un sacerdote? ¿Todo esto no puede, no debe necesariamente ser reemplazado por ocupaciones incomparablemente más útiles bajo el triple punto de vista de la gloria de Dios, de la salvación de las almas y de la santificación personal del sacerdote?

235.—Las interminables visitas que se hacen habitualmente para pasar los días que, sin este vano pasatiempo, serían insoportables, ¿cómo pueden

hacerse, cuando se sabe que podrían emplearse en obras importantes las horas que se las consagran?

La costumbre de estas visitas frívolas es acaso uno de los rasgos más característicos del sacerdote ocioso. La vida retirada lo pone en un suplicio, y esto se concibe; la soledad no tiene atractivos más que para el hombre de estudio y de oración; y como no es ni lo uno ni lo otro, tiene necesidad de buscar en compañía de alguien el remedio al fastidio bajo cuyo peso sucumbe. El círculo de sus conocimientos íntimos no es siempre, ni por lo general, muy extenso. Hay dos o tres casas en las que parece haber hecho elección de domicilio, y allí se le encuentra de seguro cuando no está en su aposento. Después de decir Misa y oir algunas confesiones, entra en su casa, para volver a salir poco tiempo después, y entonces comienzan sus visitas cuotidianas.

Los que notan esta constante asiduidad, que están lejos de edificarse, se preguntan qué es lo que puede decirse de interesante en conversaciones tan frecuentes y tan largas; no se sabe cómo se pasa el tiempo en tales visitas, ni se comprende que sea inagotable el placer que proporcionan. Estemos persuadidos de que en verdad no lo es. La ociosidad no procura jamás una felicidad verdadera al que a ella se entrega, aun cuando espere encontrarla en las costumbres que están en relación con la apatía que le caracteriza. Lo esencial para él es sustraerse por medio de visitas frívolas al fastidio que le ataca cuando está solo. Estas visitas, es verdad que a la larga llegan a ser poco agradables; falta de que hablar; las historias y los cuentos se agotan; no se está siempre para decir chistes y palabritas; el fastidio que el perezoso encuentra en

todas partes, se encuentra también a veces en el mismo sitio donde se viene a huir de él; pero no habiendo nada comparable al disgusto que la vida retirada le inspira, quiere mejor fastidiarse *un poco* en compañía, que fastidiarse *mucho* en la soledad.

Lo que muchas veces agrava el mal, es la elección que hace de la sociedad con la que pasa los días. Esta, con efecto, no es siempre la que debiera visitar un sacerdote. Si es bueno, acaso necesario, no visitar solamente a los más distinguidos del rebaño, no es tampoco conveniente visitar habitual, asidua, casi exclusivamente a la clase inferior, ni escoger en ella los amigos íntimos y familiares. El sacerdote pierde entre ella infaliblemente una parte de la consideración que debe tener. Sin embargo, sucede algunas veces que sólo allí es donde goza. Está más a su gusto, habla con más libertad, se ríe con más fuerza, se entrega más a su placer a los epígramas, las bromas y la alegría franca. ¿Pero está allí en su lugar?—¿Se hace la obra de Dios?—¿Se edifica al prójimo?—¿El tiempo que así se pasa es un tiempo empleado santamente?

¡Plegue al cielo que el mal no se extienda más y que en las casas donde se instale su ociosidad no encuentre ocasión de peligros aún más graves que los que acabamos de señalar!

Existe con relación a las visitas otro desorden, que con frecuencia ocasiona una pérdida muy considerable: queremos hablar de las que se crean por los numerosos conocimientos que se hacen. Cuando gusta entretenerse en conversaciones, cuando se pasea por todas partes el fastidio, cuando se hace ver que no se economiza el tiempo y que gusta pasarlo en vanos entretenimientos, cuando se recibe con muy marcadas muestras de satisfacción

a los que nos son presentados, jamás faltarán numerosos visitadores. ¡Hay tantos ociosos en el mundo que sitian a los que acogen bien! El afable recibimiento con que se les honra, los medios que se emplean para retenerlos, el placer que se les manifiesta oyéndoles contar sus tonterías, todo da a conocer que son ociosos, que necesitan a otro; y tan poco gusto tienen en tratar a un santo sacerdote, como grande en visitar a un sacerdote ocioso.

¡Cuánto tiempo perdido con visitantes y visitadores de esta especie!

236.—¿Y los juegos, y los festines, y las frecuentes ausencias, y los viajes, y las diversiones prolongadas con nuestros colegas o con otros, que podrían calificarse de tiempo perdido, cuando por desgracia disgusta el trabajo y se toma la culpable costumbre de la ociosidad?

Al ver la torpeza y languidez de un hombre ocioso, podría creerse que no es susceptible de ardor ni de energía; lo cual no es cierto. Este hombre, a quien veis tan apático y tan blando, cuando reclama su atención una cosa seria, encuentra súbitamente una actividad sin igual cuando está en la mesa, en viaje, o en alguna diversión de su gusto; entonces nada iguala su penetración, su viveza, su abundancia de palabras, y la rapidez de sus movimientos. En tanto que el hombre de Dios es reservado, se encierra en su amable modestia, cuida de decir sólo cosas convenientes y demuestra que mejor quiere el reposo de su aposento o el piadoso silencio del santuario, que la turbulenta sociedad; el ocioso, por el contrario, da a conocer que allí está en su centro y en su elemento.

He ahí los dos hombres de que habla San Pablo

cuando dice: *Qui secundum carnem sunt, quae carnis sunt sapiunt, qui vero secundum spiritum sunt, quae sunt spiritus sentiunt.*

En el seno de esas frivolidades corren las horas sin dejar huellas de su paso, ¡fútilmente se emplean! Allí se evapora la unción de la piedad y el precioso perfume del espíritu sacerdotal; allí se pierde más y más el gusto por el trabajo; allí el sacerdote deja de serlo para volverse hombre con gran detrimento de las almas de que está encargado por Dios.

¿Qué trabajo, preguntamos, se hace, sobre todo en las aldeas, el día de una gran comida? Muy poco por la mañana, nada en el resto del día, a no ser el oficio divino rezado de prisa, a altas horas de la noche, acompañado de mil distracciones, y en un estado de ánimo que autoriza a dudar si se ha cumplido el precepto.

¡Si tales comidas y juegos fuesen periódicos!—¡Si su periodicidad fuese frecuente!—¡Si todas las semanas se perdiese considerablemente un tiempo precioso, sagrado, que no pertenece a los que tan pródigos de él se muestran, sino a multitud de pecadores a quienes debió haberse consagrado escrupulosamente!—¡Qué vida!—¡Qué abuso de gracias!—¡Qué pérdidas!—¡Qué desorden!—¡Y cómo habría que compadecer al que, reconociéndose culpable, no tratase de poner remedio!

237.—Sabemos que se dice que lo principal del ministerio está cumplido y que están satisfechas las obligaciones principales; pero ¿es siempre cierto?—¿No nos hacemos ilusiones sobre esto? El hombre habitualmente ocioso, casi siempre ausente, enemigo del trabajo, sin gusto por la piedad, sin fervor para las obras de celo, ¿está acaso per-

fectamente en regla respecto a los deberes del sacerdocio?—Que consulte los autores que tratan de esto, que recorra los Cánones de los concilios que trazan sus reglas de conducta; que interrogue al piadoso y exacto eclesiástico a quien escoja por director; que se pregunte a sí mismo a solas, sin disculparse y como si estuviera a las puertas de la eternidad, y verá si puede estar tan tranquilo como afecta estarlo.

¡Ah! ¡Si contase a su Obispo todos los detalles de su conducta! ¡Si le declarase con perfecta sinceridad cómo se pasan sus días, cómo hace los ejercicios espirituales, cómo catequiza, cómo predica, cómo confiesa, cómo visita sus enfermos; si le dijese lo que hace, o mejor, lo que no hace por el decoro de su Iglesia; si le describiera la suciedad que en ella reina; si le confesase su poco celo por tenerla a lo menos en un estado decente; si le designase los medios de santificación que descuida para salvar a los pecadores que le están encomendados y perfeccionar las almas piadosas que dirige; si, por último, pusiese ante sus ojos el cuadro perfectamente circunstanciado de su vida, tan sólo durante un año, ya vería si su digno Obispo le concedía el *bill de indemnidad* que se adjudicará a sí propio!

Pero, aun cuando fuese cierto que cumpliera lo esencial de su ministerio; aunque estuviese rigurosamente en regla y pudiera decirse que los hábitos contraídos no son *mortalmente* malos; en verdad, queridos hermanos, ¿se podría estar tranquilo y pasar toda la vida en la línea divisoria del infierno, no teniendo más que dar un paso para caer en el abismo?—¿Qué se necesita para ser devorado por él, cuando se está a su borde con loca presunción?—¿No basta en este triste estado que se presente

una ocasión peligrosa, que una violenta tentación sobrevenga, que de súbito se sufra un momento de vértigo para poder ser culpable de una prevaricación grave?

Y además, ¿no tiene a su alrededor hijos pródigos que no esperan más que una palabra de su tierno padre para arrojarse en sus brazos?—¿No hay en el rebaño que guarda corderos extraviados que no esperan más que la voz de su pastor para volver al redil?—¿No tiene pecadores que visitar, pobres que asistir, afligidos que consolar, y toda una parroquia que edificar con el espectáculo de una vida verdaderamente digna de un sacerdote?—¡Ya veremos a la hora de la muerte si estamos tan seguros como hoy!

Ya lo hemos dicho; si los sacerdotes fervientes y celosos temen, a pesar de su vida, ¿cómo pueden estar tranquilos los que en nada se les parecen?

238.—También el emprender multitud de obras demasiado considerables, es hacer un empleo desordenado del tiempo. No es raro ver algunos hombres tan débiles ahora en la ejecución de sus trabajos como ardientes eran al principio.

Tratándose de obras santas, sobre todo de obras de celo, la primera idea que nos formamos es siempre más o menos ligera. La imaginación, esa engañosa hipócrita, nos representa estas obras como ya hechas; nos seduce con la pintura del bien que han de causar, de la calificación que obtendrán, del reconocimiento que nos han de traer; en una palabra, enseña lo bueno y oculta los obstáculos; descubre una rica cosecha y disminuye los trabajos del cultivo; nos dice: Comienza, y comenzamos en efecto; pero apenas lo hemos hecho, cuando, rechazados por una dificultad poco seria, la idea de otra obra

se presenta en nuestro espíritu, y la emprendemos aun con detrimento de la anterior, sin perjuicio de abandonar también ésta a la menor contrariedad. ¿Estos que ven tantas empresas y tan pocos resultados nos tratan como aquel insensato de que nos habla el Evangelio: *Incipiunt illudere ei, dicentes; quia hic homo coepit aedificare et non potuit consumare?*

Si no somos tan sensibles al decaimiento, si intentamos emprender muchas obras y efectuarlas hasta el fin, entonces se declararán nuevos inconvenientes. El exceso del trabajo que nos imponemos perjudica a las obras necesarias de que estamos encargados por la naturaleza de nuestro empleo, Queriendo hacerlo todo, lo verificamos con efecto, pero mal, con precipitación y con poca prudencia y madurez.

Otros, esto es cierto, caen en el exceso opuesto y están muy lejos de hacer un empleo conveniente del tiempo. Hacen muy pocas cosas, excesivamente poco de cada una, y lo poco que hacen es con sin igual lentitud. Entre estos dos términos debemos sostenernos, no sólo respecto a las obras extraordinarias de celo, sino también en lo que toca a los actos diarios del santo ministerio.

¡Guerra a la precipitación, que no reflexiona!— ¡Guerra a la lentitud, que reflexiona demasiado!

¡Guerra a la precipitación, que no quiere consejos!

¡Guerra a la lentitud, que los pide a todo el mundo y no sabe cuáles ha de seguir!

¡Guerra a la precipitación, que dice siempre: Adelante!

¡Guerra a la lentitud, que siempre dice esperemos!

Y, para aplicar estos principios a un caso parti-

cular, guerra a la precipitación, que exclama: ¡Veinte confesiones por hora! ¡Guerra a la lentitud, que dice: ¡Con dos o tres hay bastante!

Para reasumir todo esto en dos palabras: ¿qué haremos? Seguiremos aquel consejo de uno de nuestros poetas:

Apresuraos lentamente...

Entonces el tiempo estará bien empleado y nuestras obras ejecutadas santamente, porque habremos dado a nuestro celo la actividad que ejecuta y la prudencia que dirige.

239.—He aquí también, respecto al empleo del tiempo, otro desorden que merece ser notado. No se está ocioso, se lamentaría el estarlo, se conoce el valor del tiempo, se quiere trabajar y realmente se trabaja. Esto es bueno; pero por desgracia se trabaja sin fruto. ¿Por qué? Porque no se sigue en la elección de los trabajos más que el gusto, el capricho, la inclinación del momento. Enemigos de la reglamentación, creemos que todo va bien cuando se pasa el día sin que la ociosidad haya dejado en él una laguna. ¿Qué es lo que sucede? Que aplaudimos un trabajo casi totalmente improductivo. Vamos a ver algunos ejemplos.

Sentimos una atracción pasajera por la Santa Escritura; hallamos su lectura buena, útil, excelente bajo todos conceptos; así, pues, nos proponemos leer los Libros Santos, estudiarlos, alimentar con ellos nuestra alma. ¡Esto está perfectamente! Se coge la Biblia, se lee un capítulo y quizá otro al día siguiente. Al tercer día, el atractivo desaparece y ocupa su lugar un gran deseo de estudiar Historia Eclesiástica: este es el estudio propio del sacerdote, porque, si el que es su ministro no la sabe, ¿quién

es el que ha de saberla? ¡Muy bien! Se hacen una, dos, o acaso tres lecturas de la obra del buen autor, cuya obra teníamos hacía mucho tiempo como si no la tuviéramos, y después de estas lecturas se deja en su sitio por medio o un año el libro que nos habíamos propuesto leer todos los días consecutivos. Lo mismo se hace respecto al estudio de la teología, de las rúbricas, del ritual, del sermonario y de lo demás. No hay orden, no hay método, no hay asiduidad en los estudios, así es que el trabajo resulta infructuoso.

Lo demás se hace de la misma manera: se va a confesar cuando no se siente demasiada repugnancia hacia esta función del sagrado ministerio; hoy a una hora, mañana a otra: se va a ver a los enfermos con regularidad durante una o dos semanas, y después se los descuida durante un mes; se hace una hora de oración, porque hay algún fervor, y al día siguiente no se la dedican más que unos minutos porque se está frío; se traza un plan de instrucciones metódicas y seguidas sobre toda la doctrina cristiana, y apenas se ha comenzado la ejecución de este plan, se le abandona para dedicarse a pláticas completamente insignificantes.

Cuando se interrumpen las buenas obras, no es para sustituirlas con la ociosidad; ya lo hemos dicho, no se está ocioso, se hace algo; pero lo que se hace es tan sin ilación, tan desatinado, que no se obtiene de ello ninguna ventaja.

Rogamos a los que obran así que se interroguen al fin de cada año para saber, como cuestión de estudio, a qué se reduce el fruto de su trabajo; si son sinceros, confesarán ciertamente que este fruto es imperceptible. Han leído mucho, pero no han retenido nada; han escrito mucho, pero ni siquiera

saben qué es de sus innumerables apuntes; han trazado muchos planes y tienen en su cabeza muchas ideas, pero sin resultado apreciable.

¿Qué les falta a estos queridos colegas? Les falta celo, pasión por el orden, espíritu de consecuencia, tenacidad en el método; les falta realizar en su ministerio, en sus proyectos, en sus trabajos, en sus estudios y en el conjunto de su conducta el consejo del Apóstol: *Omnia... secundum ordinem fiant.*

Que imiten al sacerdote santo: acaso no sea tan fecundo como ellos en planes, en ideas, en brillantes concepciones; acaso esté prevenido contra el número y la seducción de tan bellas cosas; pero en cambio, ve con una mirada de prudencia y de sólida piedad lo que *puede y lo que debe* hacer cada día, cada semana, cada mes y cada año.

Sus ejercicios espirituales están perfectamente arreglados, en lo tocante a la hora, al modo de hacerlos y a su duración.

Las obras de su ministerio están metódicamente clasificadas en el día, y si alguna vez hay que cambiarlas, es por una excepción que no afecta a la regla.

Por lo que toca a sus estudios, se entrega a ellos bajo el punto de vista de la utilidad y no del capricho. Ve en esto, como en todo lo demás, lo que debe estudiar más particularmente para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. La Santa Escritura, la Teología, la Historia Eclesiástica y la redacción de un curso de pláticas perfectamente seguidas sobre la doctrina cristiana: he ahí los ricos materiales de sus trabajos de gabinete. Estos diversos estudios son reglamentados, concienzudos, rara vez interrumpidos, y siempre re-

comenzados cuando desaparece la causa que los había hecho suspender. Por lo demás, para estar más seguro de que este trabajo no será inútil, el sacerdote santo no hace jamás una lectura sin tener a mano un cuaderno de anotaciones en que consigna, por orden alfabético, una multitud de cosas excelentes de que más tarde ha de servirse ventajosamente, y que olvidaría por completo si no se sirviera de este ingenioso método.

¡Qué hermosa es la piedad! ¡Qué bien se aplica a regularizar todas las cosas! ¡Qué fecundas son en obras santas sus inspiraciones! ¡Qué útil es a los demás y a sí mismo el sacerdote que la toma por guía! *Pietas ad omnia utilis est, promissionem. habens vitae quae nunc est et futurae.*

240.—En fin, si hemos hecho lo que acabamos de decir, si hemos evitado las faltas que acabamos de señalar, si todos los días y en todos los momentos hacemos lo que nos está prescrito, ¿estamos en regla? ¿Podemos estar tranquilos? ¿Podemos nosotros descansar todas las noches como el servidor fiel que ha cumplido su obligación, y decir como San Pablo: *Cursum consummavi; in reliquo reposita est mihi corona justitiae?* Sí; sí hemos fecundado nuestras oraciones, nuestros estudios, nuestras acciones y nuestras penas con una intención pura y un continuo deseo de cumplir la voluntad de Dios para la gloria suya. Porque bien sabemos que no es la obra, por santa que sea en sí misma, lo que es meritorio ante Dios, sino la piadosa atención con que se hace.

Dos escollos hay que evitar en este punto: obrar sin intención, naturalmente y por rutina, y obrar con intención mala.

—Obrar sin intención: ¡Cuántas cosas hacemos

maquinalmente, por costumbre, por inclinación y sin objeto! ¿Qué hay para Dios en estos actos, que ni directa ni indirectamente se refieran a él? ¿Qué recompensa debe a los que ni aun piensan en merecerla ni en desearla? Si fuesen bastante ciegos, para pretenderla, la muerte los desengañarían bien pronto, arrojándolos a los piés de su juez, con las manos vacías como los insensatos de que habla el Profeta: *Dormierunt somnum suum et nihil invenerunt in manibus suis.*

—Obrar con mala intención: esto es lo que tendría lugar si obrásemos tan solo para proporcionarnos placer, o en vista de cualquier otro interés material o por agradar al prójimo, o por un motivo de orgullo o de vanagloria, en fin, por cualquiera consideración que desaprobara la conciencia y de que Dios se ofendería justamente.

¡Cuántas cosas se echarán a perder con estas amargas raíces si no estamos animados de una verdadera piedad y no somos sacerdotes santos! Aquí no sólo dejamos de ganar la recompensa, sino que nos espera el castigo.

Tengamos cuidado, queridos hermanos, tengamos gran cuidado: la pendiente de una mala naturaleza nos arrastra rápidamente a las intenciones defectuosas: no hay otro contrapeso más que una piedad sólida. Creemos hacer maravillas, y si no obramos por un motivo piadoso, Dios no se dignará honrar nuestras maravillas con una mirada de complacencia. "Estos hacen, dice él, obras grandes y hermosas en sí mismas, pero tienen la locura de hacer homenaje a Baal, y no llegan a mi corazón": *Aedificaverunt excelsa Baalim... nec ascenderunt in cor meum.*

241.—Seamos, pues, queridos colegas, sabios con

la sabiduría de los santos; obremos como ellos obrarían, y para reasumir todo este capítulo, adoptemos las reglas siguientes que nos enriquecerán por toda la eternidad.

—No perdamos jamás un sólo momento, pues todos los que se pierden deben utilizarse en la salud de las almas; sí, de las almas, primero de la nuestra, y después de las de nuestros hermanos.

—Nada de obras malas: santificadores de los pueblos, luz del mundo, sal de la tierra, exterminadores del pecado, no violemos la ley que predicamos, no suframos en nosotros mismos el pecado que combatimos en los demás.

—Desechemos el desorden, que Dios jamás bendice; seamos hombres reglamentados; hagamos siempre lo que debemos hacer; obedezcamos a Dios y no a nuestros caprichos; seamos esclavos de nuestros deberes y no de nuestros placeres.

—Por último, trabajemos, trabajemos mucho, oremos mucho más, pero trabajemos y oremos santamente; que Dios y sólo Dios sea el alma de nuestras obras; que nuestra intención sea tan sólo agradarle. Temamos parecernos a aquel infortunado, de que habla el Evangelio, que creía haber adquirido el derecho a ser ocioso. ¡Quiera Dios que sus palabras que no sean nunca las nuestras! *Dicam animae meae: Anima, requiesce, comede, bibe, epulare. Dixit autem illi Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetent a te: quae autem parasti, cujus erunt?*

CAPITULO II

La oración.—Su imperiosa necesidad.—Conducta ordinaria de los sacerdotes respecto a la oración.—Reglas prácticas.

242.—Después de haber hecho, al despertar, la señal de la cruz con agua vendita, invocado a Jesús, María y José, y dado afectuosamente su corazón a Dios, el sacerdote comienza el dia por la oración; de ella vamos a hablar inmediatamente.

Apoyados en el testimonio de todos los santos, de todos los doctores, de todos los maestros de la vida espiritual, en la formal enseñanza de gran número de Soberanos Pontífices, de muchos cánones de Concilios, de todos los obispos en sus diócesis respectivas, en la práctica constante universal de todos los seminarios, congregaciones, comunidades, sociedades más o menos religiosas, y en general, en todo lo que tiene alguna autoridad en la Iglesia, podemos afirmar como un hecho incontestable que la oración mantiene la vida del alma como el alimento material mantiene la del cuerpo; y que, sobre todo para el sacerdote, es tan absolutamente necesaria, que parece moralmente imposible que sin ella cumpla con los grandes deberes que se le han impuesto, y asegure la salvación de su alma.

Efectivamente, si se pone atención, se ve sin trabajo que así debe ser. Un asunto muy serio, muy grave, y que debe tener por resultados, o inmensas ventajas o terribles desastres, ¿no merece, para que salga bien, aplicarse a él con un cuidado en proporción a su gran importancia? ¿No reclama ocuparse frecuentemente de él, que se le estudie a fondo, que se eviten los obstáculos que se opo-

nen a su feliz éxito y que se busquen y empleen para que salga bien los medios más eficaces? Ciertamente que todo hombre juicioso convendrá en estos principios. ¿Y defenderlos, no es proclamar la necesidad de la oración, sobre todo para el sacerdote?

¿Qué asunto puede haber que tratar en la tierra, que sea tan importante como el de que el sacerdote se ha encargado al ordenarse? No sólo está, como todo el mundo, encargado de salvar su alma, sino también la de ótros, o por lo menos, de trabajar con actividad para conseguirlo. Mediador perpetuo entre Dios y el hombre, agente responsable de la Iglesia que le confía sus hijos y sus poderes, empleado en los trabajos y en el ministerio mismo de su divino jefe, luz del mundo, espejo de los pueblos, predicador del Evangelio, dispensador de los sacramentos, cotidiano inmolador de la carne y de la sangre de Jesucristo: ¡Qué cargo! ¡Qué funciones! ¡Qué abrumador peso! ¿Dónde hay, fuera del sacerdocio, un hombre que tenga que tratar asuntos de esta importancia?

Luego estos asuntos, o mejor, estos empleos enteramente divinos, no tienen nada de material ni de terrestre; se ejercen siempre en la esfera de la fe, siempre en Dios, con Dios, por Dios y en nombre de Dios. El sacerdote abandonado a sí mismo es incapaz de cumplir una sola de estas obligaciones con la santidad que exigen. A cada momento necesita auxilio divino indispensablemente; privado de este socorro, no hará lo que debe hacer o lo hará mal; y en ambos casos, la pérdida de las almas será el resultado infalible de su incuria, de su ceguedad o de su ignorancia.

¿Dónde encontrará, pues, este auxilio sin el cual

no puede pasar, a no ser en la oración? ¿Qué luces tendrá para iluminarse e iluminar a los demás si no es hombre de oración? ¿Qué ardor tendrá para correr detrás de las ovejas descarriadas de su rebaño si no es hombre de oración? ¿Qué valor tendrá para luchar contra los obstáculos que encuentra su celo, si no es hombre de oración? ¿Qué fuerza tendrá para combatir las tentaciones que le suscite el espíritu de las tinieblas si no es hombre de oración? ¿Qué fervor tendrá para unirse a Dios, haciendo la obra de Dios, si no es hombre de oración? ¿Qué consuelos tendrá para sobrellevar las penas y los disgustos que le esperan, si no es hombre de oración? ¿Qué hará en el púlpito, en el santo tribunal, en el lecho del moribundo y en el altar, si no es hombre de oración?

El sacerdote santo, en sus diversas funciones, glorifica a Dios, salva millares de almas y se salva él; ¿por qué? Porque es hombre de oración. Quitadle la oración, y lo veréis sin fervor, sin celo, sin unción, sin piedad: ya no corre por las santas vías de la perfección, se arrastra penosamente en la compañía del sacerdote tibio y relajado; y quién sabe, ¡ay!, si renunciando a la oración no irá muy pronto al abismo en que ha caído el mal secerdote, sólo por haber abandonado este santo ejercicio.

243.—Teniendo presentes estas consideraciones, no debe sorprendernos oir a todos los santos recomendar la oración, como un ejercicio absolutamente indispensable. No debe sorprendernos oir, por ejemplo, a San Alfonso de Ligorio pronunciar estas palabras tan graves y tan juiciosas: "Aquel que no medita las verdades eternas, no puede, sin ser milagro, vivir como cristiano; porque sin la oración mental se está sin luz y se camina en las ti-

nieblas. No pudiendo ser percibidas las verdades de la fe por los ojos del cuerpo, sino sólo por los del alma cuando se medita sobre ellas, el que no las medita no las ve, y marcha, por consiguiente, en las tinieblas, y entonces es natural que se una a los objetos sensibles y desprecie los bienes eternos."

No nos sorprenderá oir a una Santa Teresa, el *gran modelo de la oración mental*, como la llama San Alfonso, pronunciar esta enérgica sentencia: "Aquel que abandona la oración mental no tiene necesidad de demonios que lo empujen al infierno, pues va él solo."

No nos sorprenda que el sabio P. Suárez, que estimaba mucho más la piedad que la ciencia, nos haya legado estas hermosas y santas palabras: "Quisiera mejor perder toda mi ciencia que una sola hora de oración mental." Este ferviente religioso había dividido el día en tres partes: ocho horas de estudio, ocho horas para dormir, comer y el recreo. *¡Ocho horas de oración!* no olvidemos esto.

No nos sorprendamos, por último, de que varios venerables Pontífices, profundamente convencidos de la necesidad de la oración para los sacerdotes, hayan adoptado la santa costumbre de no admitir al sacerdocio sino a aquellos que se obliguen a consagrar algunas horas todos los días a la meditación.

Examinemos ahora la conducta ordinaria de los sacerdotes relativamente a la oración.

244.—¿Hace oraciôón el *mal sacerdote?* No, jamás. Si la hiciera no sería mal sacerdote; se hizo malo porque renunció a este ejercicio. Esto es muy importante, y rogamos a nuesros piadosos lectores que consideren con atención estas palabras. ¿Se hace uno mal sacerdote porque abandona la oración, o se abandona la oración por ser mal scerdote? En

otros términos: ¿por qué se empieza a ser mal sacerdote? ¿se comienza por los pecados que hacen al sacerdote malo, o por abandonar la oración? Consultemos la experiencia; ella es la que va a resolver nuestras dudas.

No se trata aquí del que siempre ha sido mal sacerdote, aun en el mismo momento de ordenarse. Este audaz usurpador del sacerdocio se ha lanzado, contra la voluntad de Dios, a la carrera eclesiástica porque estaban cerradas para él todas las demás. Puede decirse que jamás ha hecho oración: ni aun en el seminario; asistía a ella como los demás, porque estaba obligado; pero asistir a la oración no es hacer oración. No hacía otra cosa mientras estaba en el seminario; estaba allí con el cuerpo, pero no con el espíritu y el corazón. Cuando fué dueño de sí mismo se libró a toda prisa de un ejercicio que le era fatigoso y molesto.

No, no es de este desgraciado de quien hablamos aquí. Si hubiera hecho bien la oración, habría sido el principio de su salvación; aun hoy mismo, si quisiera hacerla y hacerla bien, volvería a llevarle al buen camino, que es molesto, sí, pero también el único capaz de tranquilizar su conciencia. El mismo hace, pues, sin saberlo, el elogio de la oración y demuestra perentoriamente la necesidad de ella con su indigna conducta.

Pero pongámonos en las condiciones más ordinarias; hablemos del mal sacerdote que no lo ha sido siempre, pero que ha ido haciéndose así poco a poco. Es verdad que no hace oración; pero ¿cuándo ha renunciado a ella? Nos atrevemos a asegurar, en la certeza de que nadie nos desmentirá sobre este punto, que mientras hizo con regularidad sus oraciones, no fué nunca lo que se llama un mal sacer-

dote. Pudo haber cometido de cuando en cuando algunas faltas, acaso notables; pero las gracias de la oración le hacían ver su gravedad y buscar el remedio, sin permitirle jamás consumar su obra de iniquidad por el sacrilegio.

¿Cómo llegó, pues, a extremo tan deplorable? Hélo aquí: las primeras faltas de que acabamos de hablar, aunque anuladas por los buenos efectos de la oración, dejaron, sin embargo, en su alma cierto fondo de debilidad; el gusto de la piedad, y por consiguiente de la oración, se alteraba en él cada vez más. Esta oración, que acaso no había hecho nunca con mucho fervor, la hizo después de sus caídas con menos fervor aún; muy pronto, no encontrando en ella ningún atractivo, la omitía de cuado en cuando sin escrúpulo; los días en que aún la hacía, abreviaba su duración y no tardó en contentarse con algunas reflexiones vagas y superficiales, que coronaban una oración usual toda de rutina y que ya ni el nombre de oración merecía. Por último, estas mismas reflexiones, cuya inutilidad veía perfectamente, fueron suprimidas, y desde entonces ya no hizo oración ni cosa que se le pareciese. Por otra parte, los diversos ejercicios espirituales a que concedía mucha menos importancia que a la meditación, los había sacrificado ya mucho antes, y se encontró con que no tenía otra obra piadosa que hacer en todo el día, más que el santo sacrificio de la misa, celebrado precipitadamente, sin piedad, sin preparación ni acción de gracias, y el oficio divino (que aún queremos creer que dice), recitado de manera que más irrita a Dios que lo apacigua.

Estando así las cosas, ¿qué sucede en la región de las tempestades? El enemigo de la salvación,

que como el león voraz, ronda sin cesar alrededor de las almas, sobre todo de las almas de los sacerdotes, para hacer su presa, ¿deperdiciaría la ocasión de atacarla y vencerla? Viéndola totalmente desarmada y privada, sobre todo del eficaz auxilio de la oración general y particularmente, ¿tendría lástima de su debilidad, o, por el contrario, no se aprovecharía para arrastrarla al abismo de malos encuentros, de imágenes perjudiciales, del disgusto por la virtud, del atractivo del vicio y de las tentaciones de toda especie?

No iremos más lejos, porque el resto ¡ay! es muy fácil de adivinar. Sí; he ahí, sin duda alguna, el camino que recorre el sacerdote cuando renuncia a la oración. Ella lo sostiene cuando es fiel; cuando la abandona, cae; vuelve a levantarlo cuando recurre a ella, después de una caída; continúa dirigiéndolo cuando sigue teniéndola por guía, y no se establece definitivamente en el mal, sino cuando definitivamente la ha repudiado.

¡Qué elogio de la oración! ¡Qué demostración de su utilidad, o más bien, de su necesidad incontestable!

¿Dónde estamos nosotros, venerables colegas, dónde estamos respecto a este punto capital? ¿Qué vemos en nuestra alma a la luz de la experiencia que se nos propone en este momento? ¡Ah! si hemos descuidado aunque haya sido poco la oración, apresurémonos a volver a ella, porque ella es únicamente nuestra salvaguardia.

245.—¿El sacerdote *tibio y relajado* hace oración? Lo ordinario es que sí; pero falta a ella con frecuencia y la hace mal.

Hay sacerdotes tibios y relajados que nunca llegarán a ser malos sacerdotes, propiamente dicho.

Estamos convencidos que la oración los sustrae a esta afrentosa desgracia. La hacen mal, es verdad, pero al fin la hacen y Dios los recompensa de esta media fidelidad sosteniéndolos al borde del abismo donde pasan su triste vida. La omiten algunas veces y aun con frecuencia, también es verdad, y he ahí por qué no tienen más que dar un paso para caer en el abismo; pero como no han renunciado enteramente a este medio de salvación, como hacen oración con más frecuencia que la abandonan, ésta tiene tanto poder que los libra de la catástrofe final.

El mal sacerdote ha vivido en el estado de tibieza antes de fijarse en el del crimen. ¿Qué diferencia hay entre éste y el sacerdote tibio, que ha rehusado seguirle? El uno se ha divorciado de la oración, el otro no ha renunciado a ella definitivamente: he ahí, según nosotros, la explicación del misterio.

Por lo demás, si la oración imperfecta e interrumpida del sacerdote tibio, le impide llegar a ser mal sacerdote, jamás, siguiendo así, podrá hacelo bueno. Que haga un generoso esfuerzo para darle las condiciones que le faltan y ya verá si lo lleva al grado superior, que ocupa el buen sacerdote, y aun al supremo en que Dios hace gustar tan dulces goces al sacerdote santo. Tiene la prueba de lo que decimos durante los días felices de un retiro, y el tiempo, desgraciadamente corto, que ha conservado sus frutos. Entonces no había tibieza en su alma, porque había vuelto a ser fiel a la oración. Que persevere, y la misma causa producirá la continuación de los mismos efectos.

Que no abuse, por lo demás, del estado en que se encuentra. Que no se alabe de ver un pequeño

intervalo entre él y el mal sacerdote. Si la oración imperfecta que practica lo preserva de los pecados graves que lo harían mal sacerdote declarado, acaso no le impida ser muy miserable a los ojos de Dios, y aunque menos culpable que el mal sacerdote, acaso lo será bastante para merecer estas palabras: *Nomen habes quod vivas et mortuus es;* y seguramente estas otras le convienen: *Quia tepidus es, incipiam te evomere de ore meo.*

Sacamos en consecuencia de lo que precede, que el sacerdote tibio y relajado hace también a su manera el elogio de la oración y demuestra con su conducta sus ventajas y su necesidad.

246.—¿Hace oración el *buen* sacerdote? Sí, y es muy raro que falte a ella; sólo que no saca todos los frutos que debiera sacar, porque no la hace con las santas disposiciones que debiera tener.

El buen sacerdote es estimado de Dios y de los hombres; hace bien y mucho bien en la Iglesia. Ejerce un honroso ministerio; sus costumbres están al abrigo de todo reproche; cumple generalmente sus deberes con edificación y regularidad: no quisiera por nada de este mundo cometer deliberadamente una falta notable; quiere salvarse, y no quiere salvarse sólo en su santo estado; predica, catequiza, confiesa con un verdadero deseo de ganar almas para Dios, y por último, por toda su conducta merece que se diga de él que es un *buen* sacerdote.

Sin embargo, al lado de estas preciosas cualidades se encuentran algunas imperfecciones, algunas que por no tener gravedad considerable, no le quitan la estimación y la confianza de las gentes. Son, por ejemplo, impaciencias y vivacidades bastante frecuentes, críticas, bromas, algunas pala-

bras de vanidad, susceptibilidades, pequeños resentimientos, descuidos en el servicio de Dios, poco celo en los trabajos extraordinarios, y otras mil cosas de esta naturaleza que limitan su santidad, disminuyen lo bueno que podía hacer en la Iglesia, y le impiden colocarse entre los *santos* sacerdotes, que prescinden, en cuanto la debilidad humana lo permite, de las pequeñas miserias que acabamos de indicar.

Ya lo hemos dicho; es fiel a este ejercicio; lo hace todos los días y Dios recompensa su fidelidad en este punto, preservándole, no sólo de los afrentosos extravíos del mal sacerdote, sino también de la tibieza del sacerdote relajado. ¿Por qué, pues, no llega al grado de sacerdote *santo* y pasa toda su vida en el estado que acabamos de describir? Vamos a buscar la explicación de este nuevo misterio en la oración que hace.

Que atienda, y verá que no lleva a la oración las disposiciones necesarias para que produzca *plenamente* su efecto. Todas nuestras faltas, sobre todo cuando no trabajamos seriamente para destruirlas, son poderosos obstáculos para los grandes frutos de la oración. Estas faltas, como ya hemos dicho, son bastante numerosas en el buen sacerdote, y hace pocos esfuerzos para corregirlas. De ahi procede su frialdad en la oración, porque no ama bastante a Dios; su sequedad, porque no es bastante humilde; sus distracciones, porque no es habitualmente recogido; sus fastidios y sus disgustos, porque concede demasiado a la vida de los sentidos y muy poco a la del espíritu, y así sucesivamente.

Si hiciera su oración con la decidida intención de emplearla como un medio eficaz de corregirse

de sus faltas sería excelente; pero no sucede así. Hace oración todos los días, es verdad, pero también lo es que la hace sin un fin especial y bien determinado. Para él la oración es un fin y no un medio de santificación; es como un camino sin salida, al cual va a pasearse todas las mañanas sin otro propósito que el recreo espiritual en compañía de Dios; recreo que, por lo demás, no es siempre el mismo. Cuando puede decir: Ya hice mis oraciones, he pasado en ellas la media hora o la hora de costumbre, he combatido las distracciones que me han sobrevenido, ya está contento. Sin embargo, a pesar de esta oración, que ciertamente no deja de tener mérito, las faltas persisten, la santidad permanece limitada, el celo no adquiere mayor desarrollo, los bienes no aumentan, y muchas virtudes, o por lo menos algunas, siguen siendo imperfectas durante años enteros.

¿Qué sería, pues, preciso para hacer desaparecer estos inconvenientes? Se necesitarían oraciones bien hechas, oraciones precedidas de debida preparación remota y próxima, oraciones durante las cuales se tuvieran a la vista las diversas faltas a que se está sujeto, oraciones aplicadas especialmente a la destrucción de estas faltas, oraciones al fin de las cuales se tomasen resoluciones, no vagas, generales y superficiales, sino precisas y bien particularizadas, con relación a las principales infidelidades que puede notar Dios en la conducta habitual. Esto es lo que no se hace, ni se piensa en hacer, puesto que, como hemos dicho, se vive con las imperfecciones y los defectos sin tener un verdadero deseo de corregirlos.

Sigan los buenos sacerdotes a quienes hablamos en este momento concediéndoles toda nuestra es-

timación, los consejos que nos tomamos la libertad de darles; hagan en adelante sus meditaciones conforme a las reglas que acabamos de trazarles, y seguramente harán con su conducta el más magnífico elogio de la oración.

247.—Por último, ¿hacen oración, y cómo la hacen los sacerdotes *santos?* Sí, los sacerdotes santos hacen oración, y sólo Dios conoce las abundantes gracias de que es para ellos inagotable fuente. Quitarles la oración sería quitarles la vida. Entran en ella con felicidad, descansan en ella con delicia y la dejan con tristeza. San Francisco de Borja, después de cinco o seis horas de oración, pedía aún, como un favor inmenso, un cuarto de hora más al hermano que le habían dado para moderar su fervor. Nosotros apenas podemos concebir esta insaciable avidez por un ejercicio que nos parece siempre algo largo, por corto que sea, y durante el cual disfrutamos ordinariamente pocos consuelos. Seamos santos, o, por lo menos, tengamos simplemente el deseo de llegar a serlo, y comprenderemos lo que aún no hemos comprendido.

La oración es una conversación, una comunicación íntima con Dios. Amémosle con todo nuestro corazón, combatamos nuestras faltas que le disgustan, no cometamos jamás deliberadamente pecado alguno, y veremos cómo Dios, que no desea más que demostrar su amorosa bondad, se dilata en nuestro corazón, como en el de los santos.

Además, no sólo procura la oración dulces goces al sacerdote santo. Las vivas luces que lo iluminan, la fuerza contra la tentación, el celo ardiente por la salvación de las almas, el afán por el orden y la reglamentación, el amor al retiro y al estudio, el disgusto de las bagatelas y frivolidades, la vida

entera llena de buenas obras, tan edificante y tan santa, ¿qué son sino los frutos de las excelentes oraciones con que el sacerdote baña todos los días su alma en el elemento divino? ¡Quitadle la oración y veréis qué esterilidad sigue a esta prodigiosa abundancia!

No solamente no comprendemos los grandes goces de la oración, sino que ni aún estamos acaso convencidos de las grandes ventajas que tiene, y no sería difícil que pensáramos que, en los pomposos elogios que se hacen de este ejercicio, hay algo de piadosa exageración. Esto se concibe: no habiendo conocido por experiencia propia la realidad de sus preciosas ventajas; no habiendo hecho nunca oración con la pureza de intención y los fervientes deseos de los sacerdotes santos, no ha producido en nuestra alma más que los frutos proporcionados a las disposiciones que llevamos a ella. Estos frutos no eran notables, tenían más de negativos que de positivos, nuestras oraciones nos hacían más bien evitar el mal que practicar el bien, y así como las oraciones imperfectas del sacerdote tibio, solamente le impedían llegar a ser mal sacerdote, las nuestras se limitaban e impedirnos llegar a ser relajados; y siendo poco notable esta ventaja, casi no la teníamos en cuenta, y no la atribuíamos a la oración. Pues tratemos de hacer en adelante nuestras meditaciones con la generosa voluntad de llegar a ser más santos y más perfectos y muy pronto nos admiraremos de los frutos que la oración producirá en nosotros como en el sacerdote santo.

En opinión nuestra, ahí está todo el secreto de la oración. Abunda en una multitud de excelentes frutos, es verdad, pero no los produce a pesar nuestro, y para producirlos requiere condiciones

favorables para su desarrollo. Es lo mismo el grano de trigo. Este es muy bueno de por sí; pero, por bueno que sea, nunca producirá nada si no se deposita en una tierra capaz de desarrollar la fecundidad de su germen. Buscamos buenos libros para meditar, corremos tras los métodos de oración, nos indignamos contra nuestras frialdades y distracciones; todo esto es muy laudable sin duda, y anuncia un fondo de buena intención; pero si nos limitamos a esto, no llegaremos nunca a lo esencial.

¿Queremos, sí o no, corregirnos de nuestras faltas, atacarlas con vigor y alcanzar la perfección de los sacerdotes santos? Si lo queremos sincera y firmemente, todas nuestras meditaciones serán excelentes, y nos ayudarán poderosamente a realizar nuestros buenos deseos. Pero si, en el fondo, no lo queremos, todos los libros de meditaciones, todos los métodos de oración, todas nuestras indignaciones contra nuestros descuidos, no podrán producir una reforma que nos negamos a practicar.

Ved un gran pecador del mundo, que se convierte: ayer la oración le era insoportable; ¿por qué? Porque ayer estaba ligado al pecado: hoy, por el contrario, ora con delicia; ¿por qué? Porque hoy tiene odio al pecado. ¿Quiere decir esto que debe omitirse la oración porque no produce en nosotros todos los frutos que debiera producir? No, ciertamente. Continuemos haciéndola, puesto que nos impide hacernos peores; pero hagámosla de modo que nos haga ella mejores, y no neutralicemos su acción con una obstinada resistencia y una especie de resolución previa de conservar, a pesar de ella, nuestras imperfecciones y nuestras faltas.

248.—No vamos a dar aquí un método particular de oración. Lo que hemos expuesto es, a nuestro

entender, el mejor de los métodos; sin embargo, no es nuestro ánimo desaprobar los que nos han sido legados por nuestros maestros en la vida espiritual. Son muy buenos y muy útiles, sobre todo, para aquellos que, no habiendo hecho nunca oración, tienen necesidad de algunas reglas que contengan su espíritu y les impidan perderse en divagaciones sin fin. Pero como hablamos a piadosos compañeros, que están acostumbrados a orar de mucho tiempo acá, no les indicaremos ningún método particular, porque muy bien podría no convenirles, y que encontrarán, si quieren, en multitud de libros que tratan especialmente de esta materia. Solamente diremos, en forma de advertencia, lo que debe hacer el que sinceramente quiera sacar de la oración frutos abundantes:

1.° Vivir habitualmente en disposición de morir antes de cometer un pecado venial con deliberada intención;

2.° Preparar por la noche el objeto de la meditación, para el día siguiente, y pensar en él antes de dormir;

3.° Elegir como objeto de meditación lo que más se relacione con las necesidades espirituales de cada uno, y lo más apropósito para corregir sus faltas habituales;

4.° Hacer siempre una buena preparación antes de orar;

5.° Hacer oración en lugar favorable al recogimiento y a las graves reflexiones a que va a entregarse;

6.° Estar durante las oraciones en una postura respetuosa y modesta, lo cual contribuye más de lo que se cree a la acción de la gracia;

7.° Desechar firmemente las distracciones a

medida que se presenten y recurrir a un libro, si no pueden desecharse de otra manera;

8.° Dirigir siempre la meditación hacia las faltas principales a que se está sujeto y pedir frecuentemente a Dios su destrucción con fervientes plegarias y aspiraciones;

9.° Tomar durante la oración, y sobre todo al terminar, resoluciones precisas y perfectamente determinadas, relativas a las faltas que se cometen habitualmente y cuya ocasión se entrevé ya en el día que empieza.

10. Por último, consagrar, si se tiene valor, una hora entera a la oración mental, o, por lo menos, media hora después de la oración vocal que la precede. Si tenemos alguna repugnancia a hacer tan larga oración, debemos deducir con seguridad que, por lo mismo, tenemos particular necesidad de ella.

¡Ojalá que lo que acabamos de tratar pueda ayudar en algo a nuestros dignos colegas! Si ellos quieren, nada acaso de esta obra les será tan útil como lo poco que hemos dicho sobre la oración mental.

CAPITULO III

La Santa Misa.—Su excelencia.—Conducta ordinaria de los sacerdotes respecto al Santo Sacrificio.—Reglas prácticas.

249.—"Jamás, dice San Alfonso, el sacerdote que no está penetrado de la grandeza del sacrificio de la Misa lo ofrecerá convenientemente. Jesucristo no ha hecho sobre la tierra nada más grande ni más sublime."

"Aquel mismo que se ofreció sobre la cruz, dice

el santo Concilio de Trento, es ofrecido en el altar por el ministerio de los sacerdotes:" *Idem nunc offerens sacerdotum ministerio qui seipsum tunc in cruce obtulit.*

San Juan Crisóstomo, con su acento de viva fe, decía: "Cuando veáis al sacerdote ofrecer el santo sacrificio, olvidad que es un sacerdote, y figuráos que veis la mano misma de Dios invisiblemente extendida sobre el altar:" *Cum videris sacerdotem offerentem, non sacerdotem esse putes, sed manum Dei invisibilem extensam.*

"Todo sacerdote, dice el mismo santo, debiera descender del altar completamente inflamado en amor divino y aterrar al infierno." *Tanquam leones ignem spirantes, ab illa mensa recedamus, facti diabolo terribiles.*

O veneranda sacerdotum dignitas, exclama San Agustín, *in quorum manibus, velut in utero Virginis, Filius Dei incarnatur!*

Tales son los pensamientos, los sentimientos y el lenguaje de la Iglesia y de los santos respecto al augusto sacrificio de nuestros altares. Por enérgico que sea este lenguaje, hay que convenir en que aún es muy débil cuando se piensa en el inefable misterio que exalta. Santo Tomás, lamentando en cierto modo no poder decir de la divina Eucaristía nada que estuviese en relación con su excelencia, nos dirige estas palabras en que está retratada su importancia en este punto: "Llegad en las alabanzas al límite de lo posible, que jamás alabaréis este misterio como merece ser alabado; sois absolutamente incapaces de conseguirlo."

Quantum potes, tantum aude,
Quia major omni laude,
Nec laudare sufficis.

¡Y somos nosotros, sacerdotes de Jesucristo, los que todos los día obramos este prodigio que ninguna lengua humana alcanza a celebrar!

Hemos pensado con frecuencia, y cualquiera que reflexione seriamente pensará como nosotros, que es verdaderamente humillante para nuestra pobre naturaleza ver que se familiariza con este misterio, enteramente divino, hasta el punto de no sentir viva emoción en el momento de celebrarlo. Los buenos y aun los santos sacerdotes están muy lejos de sentir siempre esta emoción. A la verdad, no es cosa que deba exigirse; pero parece tan natural, tan necesaria, que el no experimentarla es realmente una humillación. ¡Ojalá que nosotros, ya que no nos conmovamos, estemos, por lo menos, santamente preparados para cumplir la función de sacrificadores que nos ha sido impuesta!

Nunca podríamos pensar ni decir a qué grado de perfección quisiera la Iglesia que se elevasen los sacerdotes para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Si en la ley antigua era preciso que los que llevaban los vasos sagrados estuviesen sin mancha: *Mundamini qui fertis vasa Domini,* ¡cuánto más puros no deben ser, dice Pedro de Blois, los que llevan al mismo Jesucristo en sus manos y en su pecho! *Quanto mundiores esse oportet, qui in manibus et in corpore portant Christum!*

"Es preciso confesar, dice el Concilio de Trento (meditemos estas graves palabras), que el hombre no puede hacer una obra más santa ni más divina que celebrar el tremendo Sacrificio de la Misa." *Necessarium fatemur, nullum aliud opus adeo sanctum et divinum tractari posse quam hoc tremendum mysterium.* "Luego, añade el mismo Concilio, el sacerdote debe ocuparse enteramente de celebrarlo

con la mayor pureza posible de conciencia." La energía de estas palabras es verdaderamente notable; ¿cómo no sentirse vivamente afectado cuando se piensa en la imponente autoridad de donde emanan? *Satis apparet omnem operam in eo esse ponendam, ut* QUANTA MAXIME FIERI POTEST, *interiori cordis munditia peragatur.*

250.—Veamos si estamos exactamente conformes con las prescripciones que se nos han hecho sobre este tan importante punto de nuestras obligaciones:

El *mal* sacerdote ofrece el Santo Sacrificio de la Misa, ¿y cómo lo ofrece? La respuesta es tan horrible, que nos repugna consignarla aquí. Tengamos, sin embargo, el doloroso valor de decirlo. ¡Sí, el mal sacerdote sube al altar; si, sube con el pecado mortal en el alma; sí, sube al principio con temor, con menos temor después, y con calma más profunda a medida que va hundiéndose más en el abismo del sacrilegio!

Ya, sin duda, antes de profanar el altar por primera vez, había endurecido su alma renunciando a la oración y a todas las prácticas de la piedad; ya había embotado el aguijón de los remordimientos en una multitud de pecados cuya gravedad iba de día en día aumentando; ya, por sus comuniones sospechosas y más que sospechosas estaba, en algún modo, ejercitado en el sacrilegio. Sin embargo, cuando se decidió por primera vez a cometerlo a sabiendas, se estremeció de horror. Semejante a Judas, que también luchó contra muchos remordimientos antes de vender a su maestro, titubea, tiembla y cree oir bramar el trueno sobre su cabeza culpable. ¡Dichoso él si se hubiera detenido al borde del precipicio, y no hubiera paralizado el último

esfuerzo que la gracia hizo para salvarle! Pero no; se envalentonó con la criminal esperanza de la impunidad, y cuando vió que, en efecto, la cólera de Dios no le había abrasado como merecía, se hicieron las tinieblas en su alma, y aplicando a su persona las palabras del Apóstol, se durmió en el sueño de la muerte: *Qui manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit. Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles et dormiunt multi.* Al día siguiente, su turbación había disminuido notablemente: Satanás lo tranquilizó, porque Satanás había ocupado en su alma el lugar de Dios: *Post buccellam introivit Satanas.* El segundo sacrilegio completó el endurecimiento preparado ya por el primero, y entonces, rodando de abismo en abismo, *abyssus abyssum invocat*, se sentó sin remordimientos de su iniquidad: *In umbra mortis sedit.* Decir todo el mal que hizo después, todos los deberes que esquivó, todos los vicios a que se entregó, las almas que pervirtió, todos los sacrilegios que cometió cada día, sólo él podría hacerlo, y acaso lo ignore él mismo; pues el mal que hace, y el que hará largo tiempo después de su muerte en las parroquias donde ha ejercido su fatal ministerio, no es bien conocido a no ser del demonio, que se lo hizo cometer, y de Dios que lo observa para castigarlo en su furor cuando llegue el día: *Vultus domini super facientes mala.*

¡Así vive este infortunado! Renovando todos los días lo que Judas no hizo más que una vez, marcha con la frente alta en la asamblea de los justos, hasta que su Obispo, conocedor de sus desórdenes, lo arranca del sacrilegio por medio de una suspensión, como se arranca la mala hierba de en medio del buen trigo a cuyo desarrollo se opone.

Bendigamos a Dios, venerables colegas, porque somos más afortunados que los apóstoles, que tenían un traidor en su sagrado colegio, compuesto de doce miembros solamente, mientras nosotros no tenemos más que algún que otro Judas en nuestras santas e innumerables falanges.

Si, por acaso, las líneas que acabamos de trazar estuvieran a la vista de uno de esos desgraciados cólegas a quienes se dirigen, les suplicaríamos con las más vivas instancias y por las entrañas de Jesucristo, *in visceribus Christi*, que las meditara algunos instantes en presencia de Dios después de haber implorado fervorosamente sus luces y su gracia. ¿Seguirá nuestro consejo? El endurecimiento y la ceguedad, que son los dos rasgos característicos del mal sacerdote, ¿no harán completamente inútiles los esfuerzos que hacemos para salvarle, como tantas otras gracias de que ha abusado hasta aquí criminalmnte? Lo tememos mucho, porque si aquella sentencia de la Santa Escritura: *Perversi difficile corriguntur*, tiene siempre rigurosa aplicación, más la tiene respecto al mal sacerdote, cegado y endurecido por la costumbre de sacrilegio. Que sepa, sin embargo, que el Dios bueno que dió a Judas el nombre de amigo, se lo da también a él, y que está pronto a dejar el rayo para recibirlo con misericordia, si quiere postrarse a sus pies con un sincero arrepentimiento.

251.—El sacerdote *tibio* y *relajado* ofrece el Santo Sacrificio de la Misa, y ¿cómo lo ofrece? También es triste la contestación que hemos de dar a esta pregunta. Si, el sacerdote tibio y relajado celebra el Santo Sacrificio. Sin embargo, no tiene el menor escrúpulo en dejarlo de hacer. Como no

tiene fervor, ni piedad, ni amor a Dios, no le importa subir al altar, sabiendo desde luego que recibe pocas gracias y no experimenta ningún consuelo; se exime, pues, de celebrarlo por frívolas razones, que nunca influyen en el sacerdote santo. Y cuando lo celebra, ¿cómo lo hace? Lo mismo que todo lo que se refiere al servicio de Dios, es decir, con un descuido, una flojedad, una frialdad y un disgusto, que evidencian lo aplicable que es para él esta amenaza: *Quia tepidus es, incipiam te evomere de ore meo.*

El sacerdote tibio no se cuida más que de una cosa, y eso débilmente, y es poder decirse con alguna convinción que no está en pecado mortal. Cuando está en esa seguridad, está tranquilo; y para tenerla, en lugar de pensar en el mal que ha hecho y en el bien que debía hacer, piensa en el mal que no hace y en el poco bien que practica. Nada lo tranquiliza tanto como los vergonzosos desórdenes del mal sacerdote: *Yo no soy como él* dice para sí. Nada lo perturba tanto como el edificante fervor de sus piadosos colegas: ¡*Cuán lejos estoy de parecerme a ellos!*, se dice confuso.

Si quisiera reflesionar, vería mucho mejor aún cuán lejos está de Dios, porque bastando una sola comunión para santificar al que la recibe, él comulga todos los días, hace años enteros, sin salir del triste estado a que le llevó su tibieza. ¿Cómo podía ser de otra manera, cuando no lleva a la celebración de los santos misterios casi ninguna de las disposiciones que desarrollan sus frutos? "El "uso de los sacramentos, dice muy bien Bourda- "loue, no puede ser útil más que siendo santo; y no "se es santo sino cuando se va convenientemente "preparado." ¿Qué disposiciones lleva el sacer-

dote tibio a la celebración del santo sacrificio?

Como preparación remota, ¿qué es lo que ofrece a Dios? Oraciones muy cortas y muy frías, cuando las hace (porque las omite con frecuencia); el oficio divino recitado sin el menor sentimiento de devoción; por lo demás, nada de lecturas espirituales, ni de visitas al Santísimo Sacramento, ni de exámenes de conciencia, ni de obras de penitencia y mortificación; y para reemplazar a estos piadosos ejercicios, una vida de desorden, hábitos de disipación. el tiempo fútilmente empleado, paseos, viajes, juegos, festines casi continuos, y, entre todo esto, una multitud innumerable de pecados tolerados sin escrúpulo, porque se persuade de que son veniales, aunque a los ojos de Dios tengan algunas veces otro carácter. ¡Qué preparación! ¿Qué frutos pueden esperarse de ella?

En cuanto a la preparación próxima, ¿cuál será la del sacerdote relajado que se conduce como acabamos de decir? El celebra, ¿pero que signos de devoción da, antes del Santo Sacrificio, durante él, y en la acción de gracias que le sigue? Se dirige a la iglesia sin saber lo que va a hacer, se reviste de los ornamentos sagrados, conversando con los que le rodean, sube al altar como a su casa; trunca casi todas las ceremonias; precipita la celebración, como si al concluir tuviera que hacer alguna cosa más importante; produce confusa y vagamente algunos actos en forma de acción de gracias; vuelve a caer otra vez en su habitual indiferencia, y pasa todo el día sin acordarse una sola vez de que por la mañana ofreció el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que la corte celestial contemplaba en el éxtasis de la admiración, mientras él cumplía con fría insensibilidad su tremenda fun-

ción de sacrificador. ¡Qué triste espectáculo! ¡Cómo es posible no ver las refomas que debe sufrir tal conducta!

252.—El *buen* sacerdote ofrece el Santo Sacrificio de la Misa, ¿cómo lo ofrece? Aquí, por lo menos, vamos a encontrar gérmenes de edificación. Sí, el buen sacerdote ofrece el Santo Sacrificio para gloria de Dios, utilidad de la Iglesia y de sí mismo. No sólo llega al santo altar con una conciencia pura, sino que lleva virtudes, costumbres piadosas, un continente serio, respetuoso, modesto y recogido, que le vale una mirada de complacencia de Dios y todos los días un aumento de estima de las gentes.

Debemos decir, sin embargo, a algunos de estos dignos colegas, que debían conceder algún tiempo más a la preparación y a la acción de gracias. Les aconsejaríamos que, a ser posible, hicieran estos dos ejrcicios *coram populo,* pues son poco fervientes las oraciones de sacristía. También les recomendamos tengan cuidado en la cuestión de ceremonias, pues hay sacerdotes buenos que las hacen muy mal. ¡Cuántos no vemos que, por ejemplo, dicen las oraciones del Canon en voz alta, aunque está rigurosamente ordenado lo contrario! Los invitamos a que lean con frecuencia y gran atención algún buen *Tratado de los santos misterios,* el de M. Richandeau, por ejemplo, y un buen *Ceremonial,* como el del P. Levasseur, en el que encontrarán la enumeración de las faltas que se cometen en la celebración de la Santa Misa (1).

---

(1) A este propósito creemos deber exhortar a los señores eclesiásticos que enseñen a los niños a ayudar bien a Misa. Harían muy bien si pusieran en sus manos libritos para ayudar a Misa y otros asuntos de la Iglesia, que podrían dárseles como

Por último, les recomendaríamos tuvieran cuidado con la celebración demasiado rápida; pues hay buenos sacerdotes cuyas misas son demasiado cortas. Esto ofende a las almas piadosas, y podemos añadir que regocija a los sacerdotes relajados y a los malos, que se conceptúan felices teniendo un solo rasgo de semejanza con algunos de sus piadosos colegas.

Tocante a las disposiciones interiores, debemos decir, para ser exactos, que muchos *buenos* sacerdotes no sacan de la más santa función de su ministerio todos los frutos que produce en aquellos que favorecen su desarrollo con una vida santa y perfecta. Ellos quieren solamente comulgar y comulgar bien, es cierto; quieren, al comulgar, hacer una cosa agradable a Dios, también es verdad; quieren ser útiles a las almas en general y a la suya en particular, esto es incontestable; pero, por buenas que sean sus intenciones, ¿están dispuestos a progresar sin cesar en piedad y fervor por medio de la misas que celebran? ¿Produce en su alma la divina Eucaristía la perfección siempre creciente que produce entre los que no ponen ningún obstáculo a sus operaciones? ¿Se esfuerzan por llegar al colmo de esta perfección? ¿Surten sus comuniones otro efecto que el de mantenerlos en su actual estado, y no son, más bien, obra de *conservación* que de *progreso?* La nube de imperfecciones y los pecados veniales habituales, que comete alguna vez el buen sacerdote, como hemos dicho al hablar de la oración, ¿se disipan al contacto del cuerpo y de la sangre de nuestro divino Salvador?

---

premio en las lecciones de Catecismo. Les recomendamos un pequeño opúsculo titulado: *Modo de ayudar bien a Misa,* extractado del *Ceremonial* del P. Levasseur, (N. DEL A.)

Hay que convenir en que estos felices efectos no los produce ordinariamente la comunión de los *buenos* sacerdotes. Los mantiene *buenos* sacerdotes, pero rara vez los hace llegar a sacerdotes *santos,* y acaso ellos mismos se alaben por no haber descendido al grado de los tibios, cuando debían sentirse humillados por no haber subido al grado de los perfectos, después de tantas y tantas comuniones.

¿De dónde procede esta desgracia? Al darse todos los días a nosotros con tanta bondad, el divino Salvador, quiere ciertamente hacernos santos; si no llegamos a serlo, la culpa es tan sólo nuestra; *defectus non in cibo est, sed in sumente,* dice el Cardenal Bona. "Un alma bien preparada, dice el Padre Lallemand, recibe en la comunión un favor inmensamente mayor que todas las visiones y revelaciones que han tenido todos los santos juntos." Pero hay que fijarse bien en que esta abundancia de dones espirituales se le ha concedido *porque estaba bien preparado;* y por consiguiente, no estándolo nosotros, seguiremos siendo después de nuestras comuniones lo que éramos antes.

Esto, desgraciadamente, es demasiado cierto. Porque tenemos la conciencia tranquila respecto al pecado mortal, porque nos consideramos buenos sacerdotes, porque vemos que estamos por encima de los malos sacerdotes y de lo tibios, a los que nos dolería parecernos, seguimos siendo lo mismo, y no empleamos ningún medio poderoso y enérgico para que nuestras comuniones sean más fervientes y más santas.

¿Qué hace, a decir verdad, comúnmente un *buen* sacerdote para aprovechar las misas que celebra? Se abstiene del pecado mortal y de ciertos peca-

dos veniales, lleva una vida regular en lo esencial, hace algunos ejercicios espirituales que tiene de costumbre; todo está muy bien, sin duda, eso es lo que hace ser buen sacerdote, que sus comuniones no sean sacrilegios y aun que puedan llamarse buenas comuniones. Pero las pequeñas faltas a que está sujeto, como las impaciencias, las burlas, el orgullo, la disipación, las susceptibilidades, los rencores, la negligencia en el servicio de Dios y otras varias miserias semejantes, que debían ser materia de otros tantos holocaustos en la mesa eucarística, ¿los mira como obstáculos reales a los frutos del Santo Sacrificio? ¿Trabaja todos los días para corregirse y hacer las comuniones cada vez más fructíferas? Cuando tiene la idea de prepararse a la Santa Misa, ¿se ocupa de otra cosa que de recitar algunas oraciones o practicar algunos actos que, siendo siempre los mismos, degeneran en rutina y nunca producen grandes efectos?

He ahí por qué permanecemos estacionados en las vías de la virtud; he ahí por qué la santa Eucaristía obra poco en nuestra alma en comparación de las maravillas que podría producir; he ahí por qué no llegamos nunca al feliz estado del sacerdote santo, en el que, como él encontraríamos inefables goces, virtudes, fervor siempre creciente, y gracias infinitas, que al santificarnos, santificarían también a multitud de almas cuya salvación está acaso ligada en los designios de Dios a nuestra propia santidad.

Nos felicitamos por nuestras virtudes cuando debíamos atacar las faltas que las afean; nos detenemos cuando es preciso combatir; trabajamos menos activamente para mejorar, cuando el sacerdo-

te santo se afana para ser más santo todavía; y, por último, descansamos cuando Dios nos dice a cada momento: *Surge... grandis enim tibi restat via.* Obedezcamos a esta divina palabra y también llegaremos a ser santos.

253.—¿Cómo ofrece el sacerdote *santo* el Sacrificio de la Misa?

No preguntamos si lo celebra, porque sería una pregunta ociosa. Todo el mundo sabe que el sacerdote santo no se abstiene de celebrar sino cuando física o moralmente se ve obligado a ello; ningún motivo ligero o poco serio le priva de la felicidad que gusta en el altar y de las preciosas gracias que allí recoge.

¿Diremos que celebra con modestia, dignidad y fervor? ¿Diremos que, desde que se presenta, comienza la edificación general, y dura aún mucho tiempo después que se retira? ¿Diremos que aquellos mismos que nunca le han visto, dejan escapar, desde que lo aperciben, este elogio espontáneo: "He ahí un sacerdote santo", como decían al ver celebrar a San Vicente de Paúl: *He ahí un santo, he ahí un ángel?* ¿Diremos, en fin, que su misa es, más que una misa, una elocuente y verdadera predicación, que con frecuencia convierte a pecadores endurecidos? Sí, debemos decir todo esto, porque todo es cierto, y también porque es soberanamente edificante y muy propio para inspirarnos el deseo de imitar a este excelente colega.

¡Cosa asombrosa! (permítasenos esta corta digresión): todos estimamos infinitamente a este santo sacerdote; su piedad nos edifica, sus virtudes nos atraen, su amabilidad nos seduce, sabemos la alta estima de que goza, somos testigos de los grandes frutos de su ministerio, tenemos la segu-

ridad de que es tan feliz como se puede ser en las santas funciones de su ministerio; ¡y todo esto no produce en nosotros más que una admiración estéril! ¡y nosotros seguimos por nuestro camino en lugar de abandonarlo y entrar en el suyo! ¡y el mal sacerdote sigue siéndolo! ¡y el sacerdote tibio continúa tibio! ¡y el mismo buen sacerdote, que no tiene más que seguir el ejemplo de su santo amigo, no tiene valor para practicar lo que admira!

Pero volvamos al altar donde hemos dejado al sacerdote santo. Los abundantes frutos que allí recoge, sólo son conocidos por Dios. Son la recompensa de las excelentes disposiciones en que va a celebrar los santos misterios. Su vida entera es una preparación al divino Sacrificio, que ofrece todos los días. Dios se entrega a él con todos sus dones, porque él se entrega a Dios con todo el amor de su corazón. Al paso que el mal sacerdote, el tibio, y a veces el bueno, bajan del altar en el mismo estado que subieron, él desciende con ardiente fervor, y animado de nuevo celo por su propia santificación y la de los demás. Habiendo apartado todos los obstáculos que se oponían a los efectos de la santa Eucaristía, ésta produce en él prodigios de gracia, cuya extensión ni él mismo conoce.

Cuando se celebra con santas disposiciones, no es el hombre quien opera, es Dios que ejecuta su obra en el corazón del sacerdote. "Entonces, dice "el P. Lallemant, el alma se cambia y se perfecciona. Nuestro Señor la libra de todas sus debilidades, limpia sus manchas, arranca sus malas costumbres, desarraiga las pasiones y apaga en ella "el fuego de la concupiscencia, según la medida de "sus disposiciones."

La acción de gracias que, para muchos, es una cosa larga, pesada y fastidiosa, es para el santo sacerdote un tiempo de inefables goces. "Una sola "comunión, decía San Francisco de Borja, me hace "infinitamente mas feliz que si gozase de todas las "delicias de la tierra, aunque fuesen eternas."

¿Quién nos hará sentir como siente el sacerdote santo? ¿Quién nos hará celebrar como él? Tengamos valor para vivir como él vive, y tendremos el placer de gustar lo que él gusta. "Suframos pér"didas inmensas, dice el Padre Lallemant, por no "conocer los bienes que tenemos en la Eucaristía "y prepararnos a ella. Nuestra estupidez en este "punto es deplorable... Nosotros que tenemos la "dicha de acercarnos todos los días a los santos al"tares, debiéramos prepararnos cada día para la "comunión del día siguiente. Nuestra vida no de"bía ser más que una continuada preparación para "decir Misa y comulgar."

254.—Daremos algunos consejos para ayudar a nuestros colegas a realizar en si mismos lo que admiran en el sacerdote santo.

1.° Apartémonos de todo pecado y estemos determinados a morir antes que a cometer deliberadamente uno, por pequeño que sea. *Ab omni specie mala abstinete vos.*

2.° Ejercitémonos sin cesar en la práctica de todas las virtudes y cultivemos la piedad. *Exerce teipsum ad pietatem.*

3.° Nunca pongamos límites a nuestra perfección y no digamos jamás: Ya es bastante, alma mía, descansa: *Anima requiesce;* sino imitemos a San Pablo, que no pensaba ni aun en el bien que había hecho, no queriendo ocuparse más que del que le faltaba que hacer: *Quae retro sunt obliviscens, ad ea*

quae sunt priora extendens meipsum ad destinatum persequor.

4.° Hagamos siempre una preparación próxima excelente. La oración bien hecha es ya una buena disposición, pero añadámosle siempre una preparación propiamente dicha, y seguramente conoceremos que esta preparación será recompensada por un suplemento de gracias y de fervor.

5.° Tengamos siempre, además de la intención general, el deseo ardiente de aplicar los frutos del Santo Sacrificio a la destrucción de algunos defectos particulares o al perfeccionamiento de algunas virtudes.

6.° Impongámonos la obligación de no decir una sola palabra inútil antes de la Santa Misa, sobre todo en la sacristía, y de no ocuparnos de ningún hecho material, profano, frívolo o ajeno al acto. "Cuando subo al altar, dice San Francisco de "Sales, pierdo de vista todas las cosas de la tierra".

7.° Tengamos habitualmente una hora fija para decir Misa, y escojamos la más cómoda para los fieles.

8.° Marchemos gravemente y con los ojos bajos al ir de la sacristía al altar. No imitemos a los que van sacudiendo la casulla a cada paso que dan, por efecto de la precipitación de su marcha.

9.° Subamos al altar lentamente y en la actitud de un hombre profundamente preocupado del tremendo Sacrificio que va a celebrar, y descendamos para rezar las oraciones al pie del altar con perfecta modestia y recogimiento.

10. Desde el principio de la Misa, pronunciemos cada palabra con corrección y tengamos cuidado con la precipitación de la lengua. No rivalicemos en velocidad con el acólito, porque esto da-

ría una pobre idea de nuestra piedad. "Los sacer-
"dotes, dice San Ligorio, que comienzan la Misa "de una manera precipitada, la acaban lo mismo; "consagran, toman el cuerpo de Jesucristo en sus "manos, y comulgan, como si el cuerpo del Salva-"dor fuera un simple pedazo de pan." El P. Avila dijo a uno de estos sacerdotes: "Por caridad, trá-"tele con más miramientos, que es el Hijo de un "buen Padre."

11. Hagamos lo mejor posible todas nuestras ceremonias, que son tan santas, tan bellas y tan misteriosas en su significado. El pueblo no nos juzga frecuentemente más que por sus ojos; nos proclama santos sacerdotes cuando lo edificamos por nuestros actos y sobre todo por nuestra piadosa dignidad en el altar.

12. Concedamos todo el tiempo conveniente a la celebración de la Santa Misa. No pasemos más de media hora, pero tampoco menos de veinticinco minutos. Si lo hacemos en menos tiempo, estemos seguros de haber cortado varias ceremonias o recitado las oraciones secretas con una prontitud que no sentaría bien conversando con una persona respetable.

13. Retirémonos del altar con un exterior perfectamente modesto, piadoso y recogido: *ignem spirantes et facti diabolo terribiles.*

14. No omitamos nunca la acción de gracias y concedámosle un cuarto de hora por lo menos. "La "acción de gracias, dice San Ligorio, en su acep-"ción lata, debe terminar con el día. ¡Qué lástima, "dice, qué desorden, qué escándalo no causan los "sacerdotes que, apenas han acabado de decir Misa "y de rezar cualquier oración corta en la Sacristía, "sin intención ni devoción, se ponen en seguida a

"discurrir sobre cosas inútiles o asuntos mundanos, "o salen de la Iglesia y van a llevar a Dios al me"dio de la calle".

15. No olvidemos nunca que el tiempo que sigue inmediatamente después de la celebración de la Misa, es el más santo de nuestra vida, y durante él, podemos obtener mayor número de gracias para los demás y para nosotros. Grabemos profundamente en nuestra alma estas palabras de San Buenaventura, con que terminamos: "Si después de la "Comunión no sentís algunos efectos del alimento "espiritual que habéis tomado, es señal de que "vuestra alma está enferma o muerta. Habéis me"tido fuego en vuestro seno, y no sentís calor; miel "en vuestra boca, y no sentís su dulzura".

CAPITULO IV

El oficio divino.—Importancia de este acto.—Conducta ordinaria de los sacerdotes en este punto.—Reglas prácticas.

255—El oficio divino, dice San Buenaventura, es una imitación del concierto de los bienaventurados en el Cielo: *Divinum officium imitatio coelestis concentus*. Es también un lazo que une a todos los miembros de la familia sacerdotal, por la recitación diaria de una plegaria común.

Estas dos consideraciones deben darnos ya una idea muy alta del oficio divino; pero si añadimos que está instituido por la Iglesia, que se remonta a gran antigüedad, que se compone de excelentes plegarias, de la Santa Escritura, que constituye su fondo, de los himnos sagrados que amenizan su forma, y de vidas de santos, que, al recordarnos

sus virtudes, nos animan a marchar valerosamente sobre sus huellas; si, por último, pensamos que hemos contraído la *rigurosa* obligación de rezarlo *todos los días,* so pena de *pecar mortalmente* por las omisiones o distracciones voluntarias y notables, hay que convenir en que este acto es muy importante y no está permitido a ningún sacerdote tratarlo con ligereza.

¡Con qué sentimiento de fe y de religión lo considerábamos en los primeros días que siguieron a nuestra ordenación! ¡Qué deseo de hacerlo bien! ¡Qué temor por las menores distracciones! ¡Qué ferviente preparación para prevenirlas! ¡Qué vigilancia y qué esfuerzos para rechazarlas cuando aparecían! ¡Qué impulsos de amor divino al cantar con David las alabanzas del Señor! Y, a pesar de estas santas disposiciones, ¡qué turbación de conciencia, aun cuando nada hubiera que reprochar con fundamento! ¡Y cómo nos aplicábamos sin motivo estas palabras que revelaban el feliz estado de nuestra alma: *Trepidaverunt timore ubi non erat timor!*

Hermosos días, días de fervor y piedad, ¿qué se ha hecho de vosotros? ¿En qué obscuro metal se ha cambiado el oro puro? ¿Dónde está la delicadeza de conciencia y las santas alarmas que hacían concebir tan ricas esperanzas? ¿Ha sufrido alguna alteración la obligación rigurosa impuesta por la Iglesia? De ninguna manera; sigue siendo lo que ha sido, y seguirá hasta el fin de los siglos. Nosotros somos los que hemos cambiado. Antes perfectos, hoy tibios y relajados, somos apenas la sombra de nosotros mismos, si comparamos nuestra actual frialdad a nuestro pasado ardor.

Nada, según creemos, pone tanto de relieve la

perfección del sacerdote santo, ni hace tan gran elogio suyo como el rezo siempre ferviente del oficio divino a los treinta o cuarenta años de sacerdocio.

Para saber si rezamos como es debido el oficio divino, hemos de considerar tres puntos: la preparación antes de comenzar —las disposiciones exteriores—, y las disposiciones interiores durante el rezo.

Examinemos bajo estos tres puntos de vista la conducta de los diversos sacerdotes respecto al oficio divino, a fin de conocer la categoría en que deben ser colocados.

256.—¿El *mal* sacerdote, lee el breviario, y cómo lo lee? Hay en este infortunado abismos insondables. Cuando se permite, sin remordimiento, el crimen de los crímenes, es decir, el sacrilegio, parece que la obligación del oficio divino ha de parecerle frívola y minuciosa; sin embargo, la experiencia nos enseña que el mal sacerdote que transige sin cuidado con la profanación del cuerpo y la sangre de Jesucristo, respeta todavía la ley de la Iglesia, que le obliga al breviario. Por lo menos, muchos se conducen de esta manera y de ellos es de quienes vamos a tratar aquí.

Concedamos que rezan el oficio divino: pero ¿cómo lo hacen?

Cuando se determinan fría y de mala gana al rezo, ¿hacen algo que remotamente se asemeje a una preparación? ¿tienen algún sentimiento, siquiera vago y general, de fe y de piedad? ¿tienen alguna intención de aprovechar lo que van a hacer, para calmar la cólera de Dios? ¿Piensan en implorar las luces y las gracias del Espíritu Santo para dar algún valor a lo que aún creen una obligación

rigurosa? No, nada de eso; hace mucho tiempo que no practican la preparación indispensable.

¿Cuál será, con tal principio, la disposición interior de su alma durante el rezo del oficio divino?

¿Lo rezan dignamente, *digne?* Si así fuera, estarían bajo la mirada de Dios con temor, pensando que los observa y lee en su alma los crímenes que recela; bendecirían su santo nombre, reconociéndose indignos de ser los instrumentos de su gloria; estarían penetrados de un profundo sentimiento de respeto y veneración hacia Aquel a quien hablan y cuyas propias palabras recitan. Que nos digan si tales sentimientos son los suyos...

¿Lo rezan atentamente, *attente?* ¿Cómo es posible, si se ve que tienen multitud de distracciones que comienzan y acaban con el oficio?

¿Lo rezan devotamente, *devote?* La devoción es el amor: ¿qué amor tienen a Dios, a quien ultrajan sin cesar? La devoción supone fervor; ¿qué fervor puede tener el que ni aun es sacerdote tibio? La devoción va acompañada de una santa alegría; ¿cuándo ha producido en éste el rezo tal sentimiento, tan conocido del sacerdote santo? ¿Qué alegría puede experimentar en una oración que le molesta, que nada dice a su corazón ni al de Dios, en una oración rezada de tal modo que constituye pecado: *Oratio ejus fiat in peccatum*, y que atrae sobre él estas terribles palabras: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?*

¡Qué oración! ¡qué estado! ¡qué sacerdote!

Si las disposiciones interiores son lamentables, ¿cómo serán las exteriores, que son su reflejo? Recitación tan rápida como la lengua lo permite, omisión de algunas partes que le parecen insigni-

ficantes, interrupción prolongada sin motivo o por frívolos pretextos, acaso para entregarse al pecado, cambio notable en el orden del oficio, faltas frecuentes contra las rúbricas, que se ignoran y jamás se han estudiado, inmodestia en las miradas, en la actitud y en todo el exterior: ¡qué acto de religión! ¡qué desorden! ¡qué recargo de pecado en la misma acción en que debía solicitarse el perdón de que se es culpable ante Dios!

Lloremos; queridos hermanos, lloremos por aquel que no sabe llorar, y roguemos a Dios que disipe sus tinieblas y lo convierta.

257.—El sacerdote *tibio* y *relajado* reza el oficio divino, ¿y cómo lo reza? Sí, el sacerdote tibio y relajado reza asiduamente el oficio divino y no se exime de él sin grave y legítima causa. Pero, ¿cómo lo reza? Teniendo, como antes hemos dicho, el habitual deseo de no caer en pecado mortal, podría creerse que toma algunas precauciones serias, que observa con cuidado y que se aplica más al rezo de su oficio que al de otras oraciones vocales que hace ordinariamente con tan poco fervor y piedad; porque bien sabe que puede pecar mortalmente al rezar el oficio divino, y este solo rayo de luz debiera naturalmente despertar su atención y precaverlo contra la mayor de las desgracias, que es incurrir en pecado grave.

Por desgracia, aquí no es la fe, no es la razón, sino la rutina quien triunfa. Se tiene la costumbre de mucho tiempo atrás; el oficio del sacerdote tibio es casi siempre fruto de los labios y casi nunca la dulce expansión de la verdadera piedad.

¡Cómo, pues! ¿queremos decir que reza habitualmente el oficio de modo que incurra por eso en pecado mortal? ¡Dios nos libre de afirmar positiva-

mente semejante cosa! ¿Podemos saber lo que pasa entre Dios y el alma del sacerdote tibio, mientras éste reza el oficio divino? ¿Estamos en estado de juzgar si hay por su parte negligencias bastante graves y distracciones bastante voluntarias y prolongadas para constituir culpa mortal? Este no es uno de esos actos notables sobre los que puede decidirse teológicamente con certidumbre: es un acto oculto, un acto interior, es, lo repetimos, un acto que pasa entre Dios y el alma del sacerdote tibio. Pero, por lo mismo que no es conocido más que de Dios sólo, decimos que exige, a causa de su gran importancia, grandes precauciones y atenta vigilancia, por parte del que lo ejecuta. Luego, como no vemos en el sacerdote tibio, ni estas grandes precauciones, ni esta exacta vigilancia, tememos que viole notablemente el precepto de la Iglesia relativo al oficio, sobre todo en ciertos malos días en que la negligencia es más notable y más frecuentes las distracciones. Este es un temor que manifestamos, temor desgraciadamente demasiado fundado, pero nada más.

He aquí un pensamiento que ofrecemos al sacerdote tibio y le rogamos le considere con atención. Cualquiera que sea su grado de relajamiento, ¿no es verdad que si hiciera voto de rezar cualquiera oración vocal, la rezaría con atención, o por lo menos sin distracciones voluntarias? Esto es indudable. ¿Por qué, pues, tiene tanta fidelidad a la ley que se ha impuesto por su voto, y tan poco respecto a la ley de la Iglesia que le obliga a rezar piadosamente el oficio divino? Lo mismo diremos de la penitencia sacramental. Por tibio y relajado que sea un sacerdote, creemos que cumple sin distracciones graves la penitencia que su confesor le im-

pone. ¿Por qué teme ofender a Dios cumpliendo mal la penitencia prescrita y no tiene este temor respecto a rezo tan importante que la Iglesia le impone?

Acaso dirá que si la oración que se impuso por voto y la penitencia de su confesor fuesen oraciones perpetuamente obligatorias, como lo es el oficio divino, concluiría por rezar las primeras como el segundo. Desgraciadamente, es probable que así sucediese; pero, ¿qué prueba esto, sino que se haría culpable en ambos puntos, como lo es ya relativamente al oficio divino? Porque deba cumplirse largo tiempo una obligación, no es permitido librarse de ella en ningún momento. ¿Por qué no se reza hoy el oficio divino como al principio, puesto que la ley que lo prescribe no ha dejado de estar en vigor?

Rogamos encarecidamente a aquellos de nuestros colegas que languidecen en la tibieza, que abran los ojos a la verdad y se coloquen en un terreno más sólido que el que han elegido. La paz y la felicidad no se encuentran en ese triste camino. Todo sacerdote que marcha por él, es desgraciado y hace participar a los demás de su desgracia. Su inteligencia está obscurecida respecto a sus obligaciones: *Non est intelligens;* ya no busca sólo la compañía de Dios: *Non est requirens Deum;* los sacerdotes relajados cuyo trato frecuenta, están como él al borde de un abismo: *Omnes declinaverunt;* su vida, que debía estar llena de obras santas, es una vida desordenada e inútil: *Simul inutiles facti sunt;* hacen el mal sin compensarlo con algún bien sólido: *Non est qui faciat bonum;* el temor de Dios, que los sostenía en el fervor al principio de su carrera, es reemplazado por una presuntuosa confianza que los ciega y los adormece: *Non est*

timor Dei ante oculos eorum; y, lo repetimos: les molesta un dolor secreto y desconocen la verdadera paz: *Infelicitas in viis eorum, et viam pacis nón cognoverunt.*

No creemos engañarnos afirmando que la obligación del oficio divino es una de las que refrenan más al sacerdote un poco adelantado en el camino de la tibieza y la relajación. Que vuelva a leer lo que hemos dicho de las disposiciones del mal sacerdote para este santo acto, y vea si no son casi iguales a las suyas.

258.—¿Cómo reza el *buen* sacerdote el oficio divino? Nos congratulamos al poder decir que, hablando en general, el buen sacerdote no peca gravemente con motivo del rezo del oficio divino. Tiene la intención y el deseo de cumplir convenientemente con esta obligación; se prepara más o menos perfectamente a esta obra santa; desecha las distracciones cuando las nota, y el conjunto de sus disposiciones le da una seguridad y un reposo que generalmente no tiene el sacerdote tibio y relajado. Todo esto es cierto, y nos regocijamos haciéndolo constar, pues los sacerdotes que nosotros llamamos *buenos* forman la gran masa común del clero.

Sin embargo, ¿no tenemos nada que decir de estos venerables colegas respecto al rezo del oficio divino? ¿Podemos felicitarlos en este punto sin ninguna restricción y aplicarles sin reserva estas consoladoras palabras: *Dicite justo quoniam bene?* No, desgraciadamente no podemos, y, si asi lo hiciéramos, serían los primeros a decirnos que exageramos su mérito y que nuestros elogios están mezclados con un poco de adulación. Así es que nos permitiremos exponerles algunas observacio-

ñes, cuya justicia probablemente reconocerán.

Les diremos, por ejemplo, que si habitualmente fuesen más vigilantes, más mortificados y más recogidos, si trabajasen más activamente para corregirse de sus pequeños defectos, si empleasen contra el pecado venial un poco del enérgico vigor que despliegan contra el mortal, si tuviesen más vigilancia consigo mismos, y los sentidos más reprimidos y castigados, estarán por eso mismo más unidos a Dios por el dulce lazo de un habitual fervor, lo cual evitaría la multitud de distracciones que los importunan, que los afligen, que los inquietan y que los privan, no sólo de la perfecta calma de la conciencia, sino también de la felicidad y de los arrebatos de amor que hacen las delicias del sacerdote santo durante el rezo del oficio divino.

Les diremos que si uniesen a esta preparación remota, una preparación próxima más atenta y más piadosa, si se recogiesen profundamente delante de Dios antes de pronunciar la primera palabra de su oficio, para implorar su asistencia y sus gracias con algunos instantes de *preparación mental*, dirigiendo perfectamente su intención, y proponiéndose siempre, para romper con la rutina, obtener un favor especial por medio de la obra santa que van a hacer, se hallarían indiscutiblemente más piadosos y atentos durante el oficio y estarían más seguros de haberlo rezado bien.

Les diremos que si escogiesen un sitio conveniente, que inspirase recogimiento por sí mismo, y no uno de esos lugares en que la distracción es inevitable, como una sacristía, donde siempre hay ruido, la cocina de un presbiterio, un camino público, o un sitio de paseo, y otros lugares de esta clase, estarían mucho menos distraídos y bastante

más dispuestos a cumplir la grave obligación que la Iglesia les impone.

Les diremos, por último, que si durante el oficio divino moderasen un poco la actividad de su lengua, si empleasen el tiempo necesario para pronunciar correctamente cada palabra, si no recitasen dos o tres versículos *uno tenore*, sin la menor pausa a la mitad ni al fin de cada versículo, no deteniéndose más que para respirar, y eso, como se ve algunas veces, pronunciando al aspirar y al respirar, lo cual sería muy inconveniente en una conversación ordinaria, Dios bendeciría su piadosa lentitud y les proporcionaría, en gracia del sacrificio de algunos minutos, un suplemento de gracias y de fervor.

¡Cuántos buenos sacerdotes descuidan los piadosos medios que acabamos de indicar y otros varios que más adelante indicaremos! La rutina, ese temible azote de la oración vocal, la rutina los vence, y ellos desgraciadamente hacen poco para combatirla. Así, el breviario no les agrada casi nunca; lo rezan porque hay que rezarlo, pero lo hacen sin unción, sin fervor, y por decirlo así, sin mérito. Si el valor de esta obra pudiera ponerse en el platillo de una balanza, y en el otro platillo el valor de la misma ejecutada por el sacerdote santo, nos asombraríamos de la ligereza de la primera y del peso de la segunda.

Pongamos remedio a este inconveniente, que es mucho más grave de lo que se cree, y no dejemos para nuestros últimos momentos pesares tardíos y acaso amargas inquietudes.

259.—¿Cómo reza el sacerdote santo el oficio divino? El sacerdote santo tiene por regla invariable rezar todo lo santamente que pueda todas las ora-

ciones que le son impuestas o que él se impone. Jamás dice: Esta oración no es obligatoria, es voluntaria, luego puedo hacerla con menos atención, recogimiento y piedad que si fuera de riguroso precepto. Cuando se prepara a hacer cualquier oración, la viva fe que le ilumina descubre en seguida la infinita majestad de Dios ante la cual va a postrarse, y ocupado en este pensamiento, ora todo lo mejor que puede, sin pararse a considerar si la oración a que se prepara es o no estrictamente obligatoria, y cuando ora, sólo porque habla con Dios, mira como absolutamente necesarios el respeto, la atención y la piedad durante su plegaria.

Sin embargo, su fervor se inflama algunas veces más particularmente con ocasión de ciertos ejercicios, y lo que sorprenderá acaso a nuestros colegas es que el oficio divino es una de las oraciones que hablan especialmente a su corazón. Sí, el rezo del oficio, que se hace con frecuencia sin un sentimiento de piedad muy vivo y aun con frialdad, es para el sacerdote santo una fuente inagotable de inefables consuelos. El pensamiento de que va a cantar las alabanzas de Dios, que por esto va a unirse a toda la corte celestial y a toda la Iglesia, con la cual, en nombre de la cual, y por la cual va a orar, obra poderosamente en su corazón y lo liga a la santa obra que va a ejecutar. Después, cuando ha preparado su alma por una dirección de intención atenta y especial, cada una de las palabras de la Santa Escritura se apodera de él, y le penetra, cada elevación de los salmos es una chispa que lo electriza y lo abrasa, y el tiempo del oficio, que generalmente parece a algunos un poco largo, transcurre para él con una rapidez que hace el elogio de su fervor.

Nosotros afirmaríamos que el sacerdote que ama el rezo del oficio divino, que se prepara a él con cuidado, que lo recita pausada, respetuosa y amorosamente, que se encuentra feliz rezándolo, y que está en estas disposiciones, no una vez por acaso, sino regularmente todos los días, sí, sin pedir más pruebas, afirmaríamos que es un sacerdote santo.

260.—Tomemos a este digno colega por modelo en este punto como en todos los demás, y observemos fielmente las siguientes reglas, que él mismo observa con una exactitud digna de elogio:

1.° Que nuestra conducta en conjunto sea santa y verdaderamente sacerdotal. Vivamos habitualmente en el temor y amor de Dios, y sea para nosotros una ley corresponder fielmente a su gracia en todas las cosas. Nuestras disposiciones, con relación al oficio divino, estarán en relación perfecta con nuestro grado de santidad y de perfección. El mal sacerdote, el tibio, reza descuidada y friamente; el buen sacerdote con un poco más de piedad, sólo el sacerdote santo lo reza como debe rezarse.

2.° No miremos el breviario como un peso penoso, o según la expresión del P. Valuy, como un odioso *pensum*, sino como un ejercicio que tiene sus dulzuras y sus alegrías cuando se ejecuta santamente. No lo consideremos sólo como una deuda que hay que pagar, sino como un medio de santificación para nosotros y para los demás. Nosotros lo consideramos pocas veces bajo este aspecto, así es en nuestras manos un medio de santificación poco menos que inútil.

3.° Recordemos con frecuencia el precepto que nos obliga a rezarlo y a rezarlo bien; pues olvidamos demasiado pronto lo que esta obligación tiene de grave e imponente. Después de habernos con-

movido los primeros días de nuestro sacerdocio, lo hemos ido olvidando y tratamos este santo acto como una obra común; de donde resulta la descuidada frialdad con que lo cumplimos.

4.° Estemos perpetuamente en guardia contra la rutina. No nos figuramos los frutos de que priva aun a los buenos sacerdotes en el rezo del oficio. Sólo el sacerdote santo, por su vigilancia y su piedad, es el que está libre de sus daños.

5.° Para conjurar y destruir la rutina, recurramos, antes de comenzar el oficio divino, a cualquier pensamiento importante que llame la atención de nuestro espíritu y disipe su ligereza. Digamos, por ejemplo: Si yo hubiera hecho voto de rezar bien la parte de mi breviario que voy a leer, si me hubiera sido impuesto por penitencia, si fuese a morir después de leerla, o la leyese a los pies de Jesucristo, ¿cómo la rezaría?

6.° No recemos el oficio inmediatamente después de una viva emoción producida por un sentimiento de alegría, de inquietud o de turbación, cuando veamos que este sentimiento absorbe de alguna manera nuestras reflexiones. En tales circunstancias, rezaríamos el oficio en un perpetuo estado de distracción, maquinalmente y sin piedad alguna.

7.° Escojamos para el oficio divino un lugar solitario y conveniente: por retirado que esté, siempre tendremos bastantes distracciones sin ir en cierta manera a buscarlas en los sitios donde siempre se presentan.

8.° Hagamos siempre, antes de empezar, algunos momentos de preparación *mental*. La oración *Aperi, Domine, os meum*, generalmente adoptada en la Iglesia, es en verdad excelente; pero casi siem-

per, por la costumbre que se tiene de rezarla, se dice sin atención. Antes de decirla preparémonos *mentalmente* algunos instantes, y tengamos siempre una atención especial al principio de cada oficio; y cuando digamos la plegaria *Aperi*, esforcémonos en decirla con lentitud y meditando el sentido de cada palabra.

9.° Tomemos de nuevo la costumbre de rezar esta oración preparatoria de rodillas, como en el seminario. Es un gran error creer que la actitud exterior no tiene importancia, y se verá que se está más satisfecho de los oficios durante los cuales se tenga una postura decente y respetuosa.

10. Por la misma razón, debemos evitar rezar el oficio en la cama, no estando enfermos, o tendidos en una butaca, o con las piernas cruzadas, o en cualquier postura inmodesta, que nos apresuraríamos a dejar si entrara una persona cualquiera.

11. Estudiemos con cuidado nuestras rúbricas, consultemos nuestro Breve y no interrumpamos jamás el oficio por causas frívolas. El desprecio de estas reglas acusa siempre un fondo de ligereza que no debe tener un sacerdote.

12. Seamos fieles en rezar el oficio a las horas marcadas: las pequeñas horas lo más pronto posible por la mañana; Vísperas y Completas después del medio día; Maitines y Laudes por la tarde, *cuando esté permitido comenzarlos*. No faltemos a esta regla sino por excepción, y no admitamos la excepción sino por causas graves. No vayamos a hacer como los sacerdotes tibios y relajados que, sin ningún motivo, dejan casi habitualmente todas las partes del oficio para el fin del día.

13. No haya precipitación al rezar el oficio. ¿Cómo es posible tener piedad recitando una ora-

ción vocal con toda la volubilidad de que es susceptible la lengua? Obrar así es demostrar fastidio; y fastidiarse de alabar a Dios, apresurándose a poner término a la conversación con él, es una inconveniencia que no tiene calificativo. Con algunos minutos más el oficio será rezado como se debe: *Digne, attente, ac devote.*

14. Vamos a aconsejar una cosa que, desgraciadamente, no será observada por la mayor parte de nuestros colegas: hacer una pequeña pausa a la mitad y al fin de cada versículo. Rogamos encarecidamente a nuestros lectores que se impongan esta obligación por uno o dos oficios, y verán cómo Dios recompensa su fidelidad con un notable aumento de piedad y de fervor.

15. ¡Guerra sin cuartel a las distracciones! Arrojémoslas en cuanto las apercibamos; si son demasiado importunas, detengámonos un instante, cerremos nuestro libro, imploremos la asistencia de Dios y volvamos a nuestra intención primitiva. Para precaver las distraciones, tengamos, además de lo que precede, una particular atención al sentido literal; convengamos en recordar la presencia de Dios cuando encontremos algunas palabras más santas que las demás, por ejemplo, *Jesus Christus, Dominus, Deus*, y, sobre todo, *Gloria Patri.* Hagamos a cada una de estas palabras una inclinación de cabeza o una pequeña señal de la cruz. Estos medios u otros semejantes, producirán infaliblemente excelentes efectos.

16. Por último, recemos de rodillas y con mucha atención las oraciones finales, y, sobre todo, el *Sacrosanctae*, con la intención de obtener el perdón de las faltas cometidas durante el oficio divino.

Tales son las reglas que observa el sacerdote

santo en tan importante acto. Observémoslas con fidelidad y recemos constantemente el oficio divino de manera que sea agradable a Dios, útil a la Iglesia, y santificador para nosotros mismos.

CAPITULO V

Examen particular.—Demostración de su necesidad.—Conducta de los sacerdotes respecto a este ejercicio.—Reglas prácticas.—Examen general.

261.—Todos conocemos la teoría del examen particular; sabemos que, por este ejercicio, nos dedicamos a considerar cada día, no el estado general de nuestra conciencia, sino su estado especial con relación a un vicio o una virtud, o alguno de nuestros ejercicios en ocupaciones, para ver las infidelidades o los pecados que hemos cometido, y trabajar seriamente para corregirnos de nuestras faltas y perfeccionar nuestras virtudes.

¿No es más que suficiente esta sencilla noción para hacernos apreciar la alta importancia de este ejercicio espiritual? ¿No es evidente que, por el examen particular, vamos derechos a la raíz del mal, y que es imposible que no concluyamos por extirparlo, si, provistos de la gracia de Dios, que concede siempre a las almas de buena voluntad, volvemos todos los días a la carga con nuevo deseo de combatir nuestras faltas, diciendo con David: *Persequar inimicos meos et comprehendam, et non convertar donec deficiant?*

Todos los ejercicios espirituales concurren sin duda muy activa y eficazmente a la destrucción de nuestros vicios, sobre todo cuando les damos esta

dirección por una intención especial; pero, en el examen particular, esta intención especial es precisamente lo que forma su fondo, pues su objeto directo y esencial es la destrucción de las faltas y la adquisición de las virtudes.

No nos sorprendamos si nuestros más sabios maestros en la vida espiritual recomiendan tanto el examen particular como uno de los más poderosos medios de santificación que pueden emplearse. No debe sorprendernos que Rodríguez, por ejemplo, se exprese así con ese motivo: "San Ignacio "prefería en algún modo el examen a la oración "misma; porque lo que no ha hecho más que pro"ponerse en la oración, debe practicarse en el exa"men, en el que debemos principalmente ocu"parnos de la extirpación de los vicios y la morti"ficación de las pasiones."

"Nada debe ser capaz, añade Rodríguez, de apar"tarnos de tan santo ejercicio; si alguna ocupación "indispensable nos impide hacerlo en el tiempo "marcado, hay que tratar de verificarlo después, lo "más pronto posible. La misma enfermedad que nos "dispensa de la oración, no nos dispensa del examen "particular ni del general; y así hay que tener por "máxima infalible no eximirse jamás de él por cual"quier causa que sea."

El mismo autor nos enseña que San Ignacio, el hombre visiblemente suscitado por Dios para regularizar y formular la enseñanza práctica de la perfección cristiana, religiosa y sacerdotal, no se contentó con establecer el examen particular en su Compañía, sino que quiso que se hiciese todo lo posible para hacerlo adoptar a las gentes del mundo. El mismo daba ejemplo en este punto; pues cuando emprendía la cura de cualquier en-

fermo espiritual, le ordenaba el saludable remedio del examen particular. Durante mucho tiempo no empleó en la guia espiritual de sus compañeros más que el ejercicio del examen y el frecuente uso de los Sacramentos, diciendo que cuando practicasen bien ciertas cosas, era lo bastante para continuar en el camino de la virtud; lo cual no lo decía seguramente San Ignacio para deprimir la oración que estimaba infinitamente. Por lo demás, se puede afirmar que el examen particular, hecho regularmente, según el método que daremos, es una especie de oración, de la cual se diferencia algo, más en la forma que en el fondo.

262.—No creamos que la práctica de este ejercicio es una novedad, ni mucho menos, en la Iglesia, pues se remonta a la más alta antigüedad. San Basilio, San Agustín, San Crisóstomo, San Antonio, San Bernardo y, en general, todos los fundadores de órdenes, quieren que se haga todos los días. Además, según afirman San Jerónimo y Santo Tomás, el mismo Pitágoras exigía que sus discípulos empleasen dos veces al día algún tiempo en examinarse con estas tres preguntas: ¿Qué he hecho yo? ¿Cómo he obrado yo? ¿Qué he dejado de hacer? Alegrándose de lo bueno y arrepintiéndose de lo malo que hubiese practicado. Según Rodríguez, otros varios filósofos, como Séneca, Plutarco y Epicteto, recomendaban la misma práctica.

Aparte de toda autoridad extrínseca, ¿no es evidente que un ejercicio que nos hace descender todos los días al fondo de nuestra conciencia para buscar nuestros pecados, para detestarlos cuando los conocemos, para humillarnos ante Dios, para ofrecerle que nos corregiremos, para pedirle la ayuda de su gracia, y en fin, para excogitar los me-

jores medios de reformarnos, no es evidente, repetimos, que este ejercicio bien hecho debe ser soberanamente eficaz?

Convenzámonos, aún más perfectamente, de esta verdad tan importante. ¿Cuál es el origen de nuestras miserias?—Nuestras faltas.—¿Cómo las conoceremos?—Entrando en nosotros mismos por el examen.—¿Cómo las combatiremos?—Por medio de ataques directos, vigorosos e incesantes, es decir, por el examen particular, que es el único de todos los ejercicios espirituales que da a nuestros enemigos combates de esta naturaleza. Luego este ejercicio es necesario.—¿No está bien palpable?

Procedamos de la manera opuesta.—¿Cuál es el origen de nuestras miserias?—Nuestras faltas.—¿Qué hemos de hacer para ignorarlas?—No entrar en nosotros mismos para ver el mal que hacen.—¿Cómo se han de mantener y fomentar?—No atacándolas nunca directa, vigorosa e incesantemente, es decir, renunciando al examen particular que es el único que las combate de ese modo.—Luego este ejercicio es necesario. No comprenderíamos que uno solo de nuestros lectores encontrase incompleta esa demostración.

263.—Pero, acaso se dirá que podemos entrar en nosotros sin hacer el examen particular, por ejemplo, en la oración, en la acción de gracias después de la Misa o en la lectura espiritual. Muy bien; mas entonces haréis el examen particular en la oración, en la acción de gracias y en la lectura espiritual; pero nunca tendrá tanta eficacia como si hicieseis de él un ejercicio aparte, un ejercicio especial en el que haríais *ex profeso* lo que no haréis sino superficial, ocasional e incompletamente en otros ejercicios, cuyo motivo principal no es ata-

car directamente los defectos, como el examen particular. De esto deducimos estos dos siguientes axiomas espirituales: *No nos corregiremos jamás de nuestras faltas sin el examen particular. Seguramente nos corregiremos de nuestras faltas, o por lo menos las debilitaremos notablemente, por el examen particular.*

Pero se dirá: nosotros creemos ser lo que llamáis *buenos* sacerdotes, aunque no hagamos el examen particular. Esto puede ser; pero no llegáis a sacerdotes *santos,* porque no lo hacéis; tenéis por eso hace tiempo, y probablemente tendréis toda la vida, algunas pequeñas faltas que os retienen y os detendrán en el segundo grado de la perfección, impidiéndoos llegar al primero.

Por último, se dirá, ¿es este ejercicio obligatorio? Sí, si es de obligación corregir nuestras faltas; pues, como hemos demostrado, no se corregirán sin él. ¿Qué sacerdote osará pretender que es permitido transigir con sus faltas y renunciar a combatirlas?

264.—Estamos profundamente convencidos de que el demonio hace esfuerzos increíbles para apartar las almas, sobre todo las de los sacerdotes, del examen particular. El ve también cómo a nosotros se nos oculta, por desgracia, que este ejercicio es eminentemente saludable: conoce tan perfectamente sus felices efectos en los que le son constantemente fieles, que no cesa de inspirarles disgusto a los que no lo practican; y es preciso convenir en que su esfuerzos son coronados muchas veces por el éxito.

¡Cuán pequeño es el número de los sacerdotes que hacen todos los dias su examen particular! Los malos sacerdotes y los sacerdotes relajados no lo

hacen jamás, y aun los buenos sacerdotes no le son fieles más que durante los ejercicios y algún tiempo después de esos días de renovación y de fervor. Sólo los sacerdotes santos adoptan su uso permanente, y aun entre ellos hay alguno a quien el enemigo de la salvación aparta a veces de esta santa práctica. Pero también todos aquellos que la descuidan permanecen estacionarios o retroceden en su camino, al paso que los sacerdotes santos, que la cumplen con regularidad constante, hacen cada día mayores progresos en el camino de la perfección.

Tomemos, pues, la firme resolución de serle perpetuamente fieles, y tengamos por seguro que este ejercicio nos proporcionará inmensas ventajas. Pero tengamos cuidado: no iremos muy lejos sin tener tentación de abandonarlo, y si lo descuidamos solamente algunos días, estaremos algunos meses sin practicarlo, y entonces volveremos a lo ordinario, que consiste, tratándose del examen, en echar por la noche una ojeada vaga y superficial sobre las faltas del día, lo cual no basta para producir en nosotros una reforma radical y completa. Tengamos, pues, valor y santa violencia, pues el reino de Dios cuesta eso: *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.*

265.—He aquí las reglas principales para asegurar el éxito de este ejercicio.

Los fervorosos discípulos de San Ignacio, nuestros excelentes modelos en materia de perfección, hacen cada día tres exámenes de conciencia. El primero por la mañana, al que llaman examen de previsión, porque sirve para prever las faltas que pueden verse expuestos a cometer durante el día en lo que es materia de su examen. El segundo al

medio día, que dura un cuarto de hora entero, durante el cual se piden cuenta de las faltas cometidas por la mañana. El tercero a la noche, que dura tanto como el anterior, en el que investigan lo que tienen de qué arrepentirse durante la segunda parte del día. Con tal práctica, diariamente repetida, no debe extrañarnos que nos edifiquen tanto por la santidad de su vida. ¿Qué falta puede arraigarse en un alma cuando se la combate de ese modo?

Si no tenemos valor para imitar a nuestros maestros en este punto, impongámonos a lo menos la obligación de hacer examen particular una vez al día.

Algunos lo hacen a la mitad del día, y entonces comprende el tiempo transcurrido desde el medio día del anterior. Otros lo hacen por la noche, y en este caso su examen comprende el día entero. Estos últimos dicen, y parece plausible, que ven mejor las faltas cometidas desde por la mañana que las del día anterior, que pueden haberse borrado ya de la memoria. Vea cada cual lo que crea más favorable en él para los frutos de este ejercicio.

Tocante a la materia del examen particular, los maestros de la vida espiritual recomiendan escoger las faltas que ofenden o escandalizan al prójimo y después atacar al defecto, que es como el jefe de los demás y que hace ordinariamente cometer más faltas.

Una sola falta o dos, cuando más, deben ser las materias del examen particular. Cuando se escogen varias, ya no es un combate singular. Las fuerzas del alma se dividen, y se recae en el inconveniente de las generalidades, que son comúnmente poco fecundas en buenos resultados. La especia-

lidad es siempre y en todo una cosa excelente.

No se debe escoger otra falta como objeto del examen particular, sino cuando se ha destruido o debilitado notablemente la que se combatió primero, a no ser que se crea conveniente atacar a otra algún tiempo, para volver en seguida a la carga contra la primera con nuevo celo.

Se debe disminuir todo lo posible la sequedad que siempre acompaña a un examen de conciencia cualquiera; y así es preciso no limitarse a una fría y penosa investigación, que será inútil si no va precedida y seguida de algunas consideraciones que esparcirán en el examen el suave perfume de la oración.

Para evitar el inconveniente que acabamos de indicar, he aquí lo que debemos hacer antes del examen propiamente dicho:

1.° Colocarse en presencia de Dios y pedirle su auxilio.

2.° Darle gracias por los beneficios recibidos, insistiendo particularmente en los principales.

3.° Detestar los pecados de toda la vida, y el abuso que se ha hecho de las gracias y beneficios de que nos ha colmado.

4.° Considerar el daño causado por la falta que se va a combatir, daño que continuaría si se transigiese; considerar también cuánto disgusta a Dios, con qué celo la combatían los santos, etc... Todo esto no debe ser largo; pero algunas reflexiones de esta naturaleza inflaman la voluntad y disponen favorablemente al examen.

5.° Examinar con cuidado los pensamientos, las palabras, las acciones y las omisiones, relativas al asunto del examen particular, recorriendo una tras otra las horas transcurridas desde el precedente

examen, y deteniéndose principalmente en las circunstancias en que se ha podido cometer más faltas. A medida que se descubre una nueva infidelidad, sobre todo cuando es algo considerable, es bueno exhalar un piadoso gemido o hacer una ferviente aspiración, siempre para amenizar el examen y quitarle su aspereza.

6.° Cuando está terminada la revisión de las faltas, excitarse a odiarlas por un buen acto de contrición, humillarse profundamente ante Dios, pedirle perdón e imponerse como penitencia uno o varios actos de la virtud opuesta a la falta que se combate. Una cosa esencial para corregirse bien es no dejar impune ninguna falta. También es bueno que la penitencia cueste un poco, sobre todo al amor propio, para expiar convenientemente las faltas cometidas y preservarse de las que se puedan cometer.

7.° Tomar la firme resolución de trabajar con vivo ardor hasta el próximo examen para extirpar la falta que queremos destruir.

8.° Rezar, al concluir, la oración dominical o cualquier otra.

Se recomienda en el intervalo de los exámenes observarse con particular cuidado para no cometer ninguna falta relativa a la materia del examen; castigándose siempre al notar alguna infidelidad.

No hablaremos del examen general que se hace todas las noches sobre las faltas del día. Salvo algunas diferencias, fáciles de apreciar, pueden aplicársele las reglas del examen particular. Si éste se hiciera por la noche, podría hacerse también otro de las faltas cometidas durante el día, teniendo, sin embargo, cuidado de conservar al particular su carácter distintivo y especial.

Tal es el método de este excelente ejercicio. ¡Quiera Dios que nuestros piadosos lectores adopten su uso constante y regularmente! En cambio de su fidelidad, les prometemos abundantes consuelos, la destrucción de las faltas que los afligen y la adquisición de las virtudes que, sin esta útil práctica, serían siempre más o menos imperfectas. Les aconsejamos como un medio de ayudar a su debilidad y combatir su abandono, que rueguen a su confesor les recuerde con frecuencia la obligación del examen particular y los interrogue cuidadosamente sobre este particular. Si dirigen a algunos sacerdotes, les rogamos que los exciten vivamente a que adopten la costumbre de este santo ejercicio. Dejamos con disgusto esta materia, ¡tan penetrados estamos por su alta importancia!

CAPITULO VI

Visita al Santísimo Sacramento.—Necesidad y ventajas de este ejercicio.—Conducta ordinaria de los sacerdotes respecto a él.—Reglas prácticas.

266.—La devoción al Santísimo Sacramento del Altar es tan santa, tan razonable y tan fecunda en gracias de toda especie, que no es posible descuidarla cuando se tiene fe en ella. ¿Cómo es posible creer formalmente que Jesucristo está presente en nuestros tabernáculos, que allí pasa por amor nuestro los días y las noches, esperándonos con paciencia, llamándonos por sus inspiraciones, recibiéndonos con ternura, hablándonos con amor, enriqueciédonos con sus dones con inagotable abundancia, y no tener más que fría indiferencia para quien obra tales prodigios de bondad?

Estas reflexiones, verdaderas para todos, son con más razón aplicables al sacerdote. La divina Eucaristía es su vida, su gloria, su bien y su tesoro. Decimos más, es obra suya porque es el ministro que la consagra, como lo reconoce con estas palabras antes de subir al altar. *Ego volo missam celebrare, et conficere corpus et sanguinem Domini nostri Jesuchristi.* El es quien con sus palabras hace descender a Jesucristo al altar, es quien lo deposita, quien lo encierra en el tabernáculo, quien tiene la llave de esta prisión de amor, y, permítasenos la frase, es el calabocero de este divino preso. Sí, Jesucristo se pone realmente a la disposición de su sacerdote, hasta el punto de que no se permite ningún movimiento, pues no quiere tener sino el que le imprime el sacerdote. ¡Qué asombrosas relaciones nos revela la Santa Eucaristía entre Jesucristo, que allí está su realidad, y el sacerdote, que es el ministro! ¡Qué obligación tenemos, sobre todo los sacerdotes, de tener particular devoción al Santísimo Sacramento del altar!

267.—Bourdaloue, con ocasión de las visitas al Santísimo Sacramento, cuya práctica recomienda con empeño en su *Retiro espiritual,* sienta estos tres grandes principios, que después desarrolla: "No hay devoción más sólida que la de visitar al "Santísimo Sacramento;—no hay nada más con- "forme a las intenciones y a los deseos de Jesu- "cristo,—y no hay nada más saludable ni más útil "para nosotros." Así vemos a todos los santos correr al altar con fe tan viva y tan ardiente; así los vemos pasar al pie del altar horas que, para ellos, transcurren como minutos; así vemos, aun a seglares, consagrar todos los días mucho tiempo a visitar a Jesús en el Santo Sacramento. Uno de éstos,

M. de Renty, nos ha dado, respecto a este punto, un magnífico ejemplo. He ahí lo que dice de él el P. Saint-Jure, que escribió su vida: "Pasaba en "oración varias horas de rodillas delante del San- "to Sacramento, y dijo cierto día a uno de sus "amigos que se admiraba de que pudiera pasar allí "tanto tiempo: *Es que allí se ensancha mi espí- "ritu y descansa, y cobra nuevos bríos.*"

En la *Práctica del Cristianismo,* obra que hemos compuesto para la tan numerosa clase de los que tienen la fe sin las obras, no hemos temido, en el plan de conducta que trazamos para los mundanos recién convertidos, exhortarles a hacer la visita al Santo Sacramento. Acaso no sea inútil reproducir aquí para los sacerdotes una parte de lo que hemos escrito para los simples fieles. Lo que es de gran conveniencia para éstos, ¿no será de rigurosa obligación para aquéllos?

"¡Ah!, les decimos, ¡si conociérais los dones de Dios!" *¡Si scires donum Dei!* ¡Si supiérais lo que es un altar habitado por Jesucristo! ¡Si supiérais los tesoros que encierra el *tabernáculo,* que dice muy poco a los sentidos, pero que arrebata al alma cuando la ilumina la fe y la abrasa el amor!

Despertemos esa fe que duerme; reanimemos el amor que está débil, y digámonos a nosotros mismos para derretir este hielo: Si alguno viniese a toda prisa a decirme que Jesucristo está corporalmente visible en una iglesia cercana, ¿permanecería yo en mi casa sin cuidarme de ver al Hijo de Dios, mi Salvador y mi Juez? No, seguramente no; en el mismo momento volaría a sus pies, sin duda alguna... ¡Oh, hombre inconsecuente y frívolo! qué necesidad tienes de ver por tus ojos lo que tan claramente ves con la fe? ¿Qué importa el velo,

si sabes que cubre la realidad que tú adoras? ¡Ah! si un buen hijo pudiera llegar a la puerta de un calabozo en que estuviese desgraciadamente preso su padre, ¿dejaría, por no poder verle, de ir allí todos los días a lanzar a través de la puerta algunas tiernas palabras para consolarlo, recordándole que le ama y piensa en él? En verdad, yo os lo declaro, el tabernáculo de nuestros altares es la prisión de amor en que yace Jesús y donde su ternura por nosotros lo tiene encadenado; esta ternura le hace decir estas notables palabras: "Mis delicias están con los hijos de los hombres." *Deliciae meae esse cum filiis hominum.*

268.—Pero, se dirá, ¿es necesaria tanta instancia? ¿No hace todo sacerdote de la visita al Santo Sacramento un artículo de su reglamento cotidiano? Sería muy lisonjero para nosotros pensarlo y creerlo, pero desgraciadamente no es así. El *mal* sacerdote no conoce la tierna devoción del tabernáculo, no sube al altar más que para profanarlo con el sacrilegio, y, cuando ha cometido este crimen, huye de la presencia de su Maestro; se oculta como Adán después de su pecado, y no reaparece sino para cometer una nueva profanación. Sus tinieblas son mayores y su alma se endurece.

El sacerdote *tibio y relajado* imita su deserción. El altar no tiene atractivo para él. Un muro de hielo separa su corazón del corazón de Jesucristo; la divina Eucaristía no tiene dulzura para él y le fastidia. Su corazón no está allí; la frivolidad lo absorbe. Si quisiera emprender de nuevo el camino del tabernáculo, que antes frecuentaba con tanta fe, bien pronto su tibieza se convertiría en amor, y una vida santa sucedería a su vida de desorden.

Pero, ¿visita el *buen* sacerdote diaria y exactamente al Santo Sacramento? La experiencia nos desmentiría si dijéramos que todos los buenos sacerdotes son perfectamente fieles a esta santa práctica. Sin duda que la estiman, saben los buenos efectos que produce, admiran a sus piadosos colegas que no faltan a ella jamás, exhortan a sus penitentes a adoptar esa práctica, pero con frecuencia no hacen lo que aconsejan a los demás.

¡Cuántos buenos sacerdotes, por fútiles motivos, omiten con frecuencia este santo ejercicio! Lo hacen algunos días, y luego lo abandonan; vuelven a él de nuevo, y lo abandonan otra vez. Para justificarse a sus propios ojos, dicen que les falta tiempo, que no les dejan espacio los deberes de su ministerio, que están agobiados de visitas y de asuntos; pero si quisieran ser justos, convendrían en que un fondo de descuido les impide casi siempre hacer lo que hac'an los Francisco Javier, los Regis, los Vicente Ferrer, los Domingo, los Vicente de Paúl, los Ligorio y otros muchos que estaban incomparablemente más ocupados, y que, sin embargo, encontraban todos los días largas horas para adorar a Jesucristo en el Sacramento de su amor.

Los sacerdotes *santos* se imponen la ley fija e invariable de esta divina práctica. Por abrumados de asuntos que estén, gustan de pasar todos los días deliciosos momentos al pie del altar. Allí, como M. de Renty, esparcen su espíritu y toman fuerzas; allí van a descansar de las fatigas de su ministerio, dóciles a la voz de Jesús, que les dice como a sus amados discípulos: *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum*; allí van a calentar su alma con el divino amor y a reanimar su

languidez; allí van a combatir las tentaciones; allí van a orar por los pecadores en general, por el rebaño que conducen, y más especialmente por los penitentes que dirigen.

¿Quién podría decir lo que pasa en estas conversaciones entre los sacerdotes santos y el divino Salvador? ¿Quién podría decir la edificación que dan por su fidelidad a este ejercicio? ¿Quién podría decir la ilimitada confianza que les conceden los pueblos cuando los ven todos los días adorar, como ángeles visibles, al Santo Sacramento del Altar? No nos engañemos; con frecuencia se sabe y se nota en el mundo si somos fieles a esta divina práctica, y tanto se edifican al vernos observarla, como se admiran de no encontrarnos en la iglesia, cuando una imperiosa necesidad nos llama allí.

Adoptemos todos esta santa costumbre: indemnicemos a Jesucristo de la frialdad de tantos corazones ingratos como le ultrajan; edifiquemos a las gentes con nuestra asiduidad en la visita, y santifiquémonos por la constante práctica de este santo ejercicio.

269.—Después de haber demostrado, con su ordinaria lógica, cuánto desea el divino Salvador que cumplamos con este deber, Bourdaloue añade estas notables palabras: "La consecuencia que debo "sacar de esta verdad, es que no puedo demostrar "más desprecio por el Sacramento de Jesucristo "que abandonarlo; ni ofender más sensiblemente "a este Dios de amor, que no hacer caso de las ins- "tancias que me hace... Si la corte de un príncipe "está desierta, debe sentir una viva confusión, "porque este es un signo manifiesto del poco caso "que hacen de él sus súbditos. Y, seguramente, el "Salvador, tan indignamente tratado y tan justa-

"mente irritado con tal olvido, puede hacerme el "mismo reproche que hizo a sus Apóstoles, que se "habían dormido en el puesto cuando él oraba: "*¿No habéis podido velar una hora conmigo?* Nada "tuvieron que decir para justificarse; ¿y qué pre- "texto podría servirme para disculpar mi negli- "gencia?"

¡Qué impresión no deben hacer estas palabras de Bourdaloue sobre tantos sacerdotes que, encargados de un pequeño ministerio, como hay muchos en los campos, confiesan que no tienen apenas nada que hacer durante la semana, y, sin embargo, no conceden casi nunca a Jesús en la Santa Eucaristía algunos de los instantes que conceden al juego, a los paseos y a las frívolas visitas!

"Nosotros no debíamos querer, dice el P. Lalle- "mant, ni ver, ni admirar otra cosa en la tierra, "que el Santo Sacramento. Si Dios mismo fuera "capaz de admirarse, no admiraría más que este "misterio y el de la Encarnación. Pero nosotros, "¿qué admiramos? Los honores, los talentos huma- "nos, otras bagatelas viles y despreciables, que nos "llenarán de confusión cuando a la hora de la muer- "te veamos cómo hemos tratado a nuestro Señor "en la Santa Eucaristía. Sobre todo, los sacerdotes "no debían respirar más que este adorable Sacra- "mento, cuyos ministros son."

No creemos necesario decir a nuestros piadosos lectores cómo deben hacerse las visitas al Santísimo Sacramento. Lo que decíamos respecto a esto en la *Práctica del Cristianismo,* podemos decirlo aquí: "¿Buscáis en los libros o preguntáis a alguien lo que vais a decir al amigo a quien visitáis? De ningún modo, sino que decís:" Voy a ver a mi amigo: y vais, sabiendo que la conversación saldrá

por sí sola. Haced lo mismo con Jesús, y cuandc estéis a sus pies, habladle como si vuestros ojos lo estuviesen viendo.

¡Ojalá nuestros lectores gusten la santa práctica de la visita al Santísimo Sacramento! Nos atrevemos a proclamar sacerdote santo al que la cumple fielmente todos los días. Impongámonos desde luego este piadoso ejercicio y consideremos como un deber conceder al divino Prisionero de nuestros altares algunos instantes de los que consagramos a fútiles placeres.

CAPITULO VII

Lectura espiritual.—Sus grandes ventajas.—Conducta ordinaria de los sacerdotes respecto a este ejercicio.—Reglas prácticas.

270.—Conocemos las grandes ventajas de la lectura espiritual. Sabemos que Dios se ha servido de ella en mil circunstancias para la salvación de las almas, y que, con frecuencia, una simple lectura, hecha casualmente y sin intención de sacar fruto, ha sido para algunos pecadores endurecidos el principio de una brillante y sólida conversión. La historia abunda en mil rasgos de esta naturaleza. Tambén está igualmente demostrada, por constante y universal experiencia, la utilidad de la lectura para nutrir el alma ya entregada a Dios, para ligarla a su servicio, y para sostener y excitar el fervor de su devoción. He ahí por qué todos los que quieren alcanzar sinceramente la perfección en la virtud se deciden a hacer todos los días una piadosa lectura. He aquí por qué en todas las congregaciones religiosas, en todos los seminarios, y aun

en todas las casas de educación bien ordenadas, la lectura espiritual está constantemente en uso.

Puesto que este ejercicio es tan saludable, y muchos piadosos seglares han recurrido a él para hacerse aún más piadosos, ¿no conviene que nosotros, sacerdotes, que, según Santo Tomás, debemos ser más perfectos que los mismos religiosos, nos ayudemos de este poderoso medio para adquirir la perfección que el sacerdocio nos impone?

271.—Sería en nosotros tanto más indisculpable no adoptar esta santa práctica, cuanto que es la más fácil de ejecutar entre todas. ¿Qué cosa más sencilla y fácil que ejecutar una lectura? Esto es lo que hemos hecho observar en la *Práctica del Cristianismo*. "Para asistir a misa, decimos nosotros, hay que salir de casa; para hacer oración, hay que ponerse de rodillas; para prepararse a la confesión, hay que escrutar la conciencia con un examen serio. Pero, para hacer una lectura, se queda uno en casa, no hay que ponerse de rodillas ni revolver la conciencia en busca de sus miserias: ¿qué hay, pues, que hacer? Se alarga el brazo para coger un libro, se lee, y las gracias corren a oleadas, llegando al corazón naturalmente y sin esfuerzos. Y sin embargo, la buena lectura es una oración; y no así como se quiera, sino la más fácil de todas. Estando el libro abierto, el alma ordena a los ojos que la provean del divino alimento que encierra; los ojos obedecen, y el alimento llega con maravillosa abundancia; y hecha la lectura se experimenta un aumento de luz, de valor, de fuerza y de consuelo que liga al servicio de Dios y obliga a volver a leer el libro que ha producido tan felices efectos."

272.—Después de haber leído lo que antecede,

debería hacerse de la lectura espiritual un ejercicio cotidiano para todos los sacerdotes; debería pensarse que aquellos mismos que desgraciadamente hacen mal la oración o la hacen pocas veces, deben por lo menos buscar en la lectura de algún libro bueno una especie de suplemento a la meditación que no tienen valor de hacer.

Lo decimos con disgusto: no todos los sacerdotes tienen valor para obrar así. La lectura piadosa no es para todos los sacerdotes un ejercicio habitual. Por fácil que sea en la práctica, siempre se encuentra alguna disculpa cuando no se tiene voluntad decidida.

El que tiene un deseo sincero de ser todo de Dios, el que se ve obligado a amarle, y que, según la expresión del Salvador, *tiene hambre y sed de justicia,* no necesita grandes razones para decidirse a adoptar la lectura espiritual. Abraza este ejercicio con santo ardor, considerándose dichoso al imponerse una práctica piadosa que tanto contribuye a su objeto. Quiere acercarse a Dios a pasos agigantados, quiere ser un santo sacerdote a fin de glorificar a Dios y salvar millares de almas, y la suya antes que todas las demás, y no hay medio que no emplee para realizar sus fervientes deseos. La lectura espiritual lo alimenta, lo ilumina, lo fortifica y lo abrasa; así es que la adopta inmediatamente con el gusto que se experimenta siempre que se encuentra un medio de llegar a la posesión de lo que se desea.

Pero cuando uno es frío o solamente tibio en el servicio de Dios, cuando no se quiere la perfección, cuando se aleja uno de ella cada vez más por continuas infidelidades, cuando consiste la felicidad en tonterías y bagatelas, entonces nos pesan los

ejercicios de piedad como una carga, los encontramos fatigosos e insípidos, y los abandonamos pronto.

273.—Lo que acabamos de decir explica la conducta del mal sacerdote y la del tibio, tocante a las prácticas piadosas en general y respecto a la lectura espiritual en particular. Uno y otro se abstienen de este santo ejercicio que, sin embargo, podría serles muy útil, como lo ha sido a otros muchos.

En cuanto al buen sacerdote, como no tiene para las prácticas piadosas la repugnancia de que hemos hablado, no renuncia en absoluto a la lectura espiritual; la hace algunas veces con buena voluntad y reconoce que, cuando la emplea con las disposiciones que garantizan su buen éxito, siempre tiene por qué felicitarse de su fidelidad. Desgraciadamente, esta fidelidad no es constante. Hace su lectura cuando encuentra en ello cierto gusto, y la deja en caso contrario; tan pronto lee un libro como otro; hace una lectura larga cuando le agrada, y corta cuando le fastidia; se prepara convenientemente a ella cuando tiene algún fervor, y la hace sin preparación cuando este fervor le falta. En este punto, como en otros varios, tiene por regla el gusto, el capricho, la inspiración del momento; y no la verdadera y sólida piedad. De eso procede el poco fruto de un ejercicio, que podría, si se quisiera, acarrear grandes beneficios.

274.—Sólo el sacerdote santo aprovecha estas ventajas. Es imposible decir el aumento de fe que encuentra en sus lecturas, y al hacerlas, se halla algunas veces más conmovido que en la misma oración. Cuando, con su tierna piedad, se recoge profundamente y busca a Dios, como San Agus-

tín, bajo las letras, Dios, que no quiere más que dilatarse amorosamnte en el alma fiel, le habla en cada palabra y le enternece algunas veces hasta hacerle llorar. En el arrebato de su dicha, besa piadosamente el libro que tanto le ha conmovido, y los frutos de su lectura se manifiestan en seguida por el nuevo ardor con que llena las diversas funciones de su ministerio.

Esto no es una exageración. Los mismos seglares atestiguarían, si hubiera necesidad, que las dulces emociones de que acabamos de hablar no son quiméricas. Un día, siendo todavía muy joven, entré sin llamar en un aposento donde encontré a dos personas jóvenes bañadas en lágrimas. Una de ellas tenía un libro, y comprendí al vuelo que su lectura había producido el enternecimiento de que era testigo. Me aproximé con curiosidad y vi con edificación que el libro que tan vivamente leían aquellas dos fervientes cristianas era un libro piadoso. Si Dios se comunica con tanta ternura a las almas del mundo, ¡cuánto más tiernas no serán sus expansiones en el alma de un sacerdote santo, que le es más querida!

275.—Para producir sus efectos en toda su plenitud, la lectura espiritual, como todos los demás ejercicios, exige disposiciones que vamos ahora a indicar. Al exponerlas, revelaremos el secreto del sacerdote santo.

Un punto fundamental en esta materia, es tener el sincero deseo de aprovecharse de este ejercicio para adelantar en la perfección. Si no tenemos ese vivo deseo, la lectura podrá quizá originarlo alguna vez, pero casi siempre será estéril y nos dejará en el mismo estado que antes de hacerla. La falta de gusto, de unción, de fervor, acaso fastidio, frialdad

y casi disgusto por esta santa práctica, son las causas de que la abreviemos y no tardemos en renunciar a ella.

La elección del libro es también un punto muy importante. Leer un libro que instruye más que conmueve, es hacer un estudio y no un ejercicio de piedad. Leer un libro que pica la curiosidad, es satisfacer el espíritu a expensas del corazón. Leer un libro escrito con brillantez, es buscar más bien la belleza del estilo que el jugo de la devoción. Leer ciertos libros, en verdad buenos, es algunas veces más un entretenimiento que un fruto real de gracia y de salud.

Regla general: leamos el libro que más nos conmueva con esa santa emoción que da más amor de Dios, más alejamiento de todo lo que le ofende, y más atractivos para la práctica exacta de la virtud.

Tal es, para nosotros, el buen libro, cualquiera que sea su estilo y su título.

No es preciso decir que la lectura de los Libros Sagrados es mejor que todas las demás. Recuperemos, si la hemos perdido, la costumbre del seminario, de leer diariamente, con piadosa y respetuosa atención, un capítulo del Nuevo Testamento; leamos también un capítulo del Antiguo, según la práctica de los sacerdotes santos, y para imitarlos hasta el fin, leamos a lo menos algunos versículos del excelente libro de *La Imitación de Cristo.*

276.—La preparación próxima es indispensable para la lectura espiritual; pues sólo casualmente producirá algún fruto, si no va precedida de esta preparación. Afirmamos que hay una notable diferencia entre la lectura hecha *ex abrupto,* y aquella antes de la cual nos recogemos algunos instantes

delante de Dios para pedirle el auxilio de su gracia y preparar el alma a recibirlo.

Leer con calma y meditar bien lo que se lee, es también una condición del éxito de la lectura espiritual. Una lectura precipitada es improductiva, pues las palabras deben infiltrarse gota a gota y no entrar a oleadas en el alma, para que penetren en ella y la santifiquen. La precipitación en la lectura denota casi siempre poco fervor y piedad, o por lo menos, poco deseo de aprovechar lo que se lee. Cuando estamos conmovidos al leer, nos detenemos voluntariamente para saborear lo que nos conmueve: pero, cuando no lo estamos, devoramos gran número de páginas para encontrar a cada instante algo nuevo y evitar el fastidio.

Es una excelente práctica, que recomiendan los maestros de la vida espiritual, suspender un momento la lectura cuando nos sentimos impresionados, y también lo es no esperar el golpe de la gracia, sino prevenirlo y provocarlo; haciendo de vez en cuanto atentas pausas para considerar, con espíritu de fe, algunas grandes verdades expuestas en el libro. Casi siempre se produce en momentos tales el fruto de la lectura, y nada rompe con la rutina como las reflexiones de esta naturaleza.

Por último, jamás debe terminarse este ejercicio sin tomar, con motivo de lo que se ha leído, algunas resoluciones prácticas, que hay que tratar en seguida de convertir en hechos, según el método de San Efrén, que reproducía en su conducta el fruto de sus lecturas: *Pingebat actibus paginam quam legerat.*

277.—¿Es posible, preguntamos, que una lectura espiritual, hecha con regularidad todos los días del modo que acabamos de indicar, no sea fecunda en

felices resultados? Sobre todo, si los demás ejercicios nos prestan su concurso, ¿cómo no llegaremos rápidamente al grado de sacerdotes santos? ¡Qué gozo y qué felicidad cuando lleguemos! ¡Cuán abundantes gracias coronarán nuestros esfuerzos! Y por consecuencia necesaria, ¡qué abundancia de frutos produciremos en el campo de la Iglesia!

Dediquémonos a la lectura, y que cada uno de nosotros considere como dirigidas a él mismo estas palabras del Apóstol: *Attende lectioni*. Hagamos, no lecturas frívolas que disipan, sino lecturas piadosas que edifican; no lecturas que nos hagan disgustar del servicio de Dios, sino otras que nos le hagan amar; no lecturas que enervan y amortiguan el celo, sino lecturas que reanimen incesantemente su ardor; y acordémonos de aquellas palabras de San Atanasio, con las que terminaremos: *Sine legendi studio, neminem ad Deum intentum videas.*

CAPITULO VIII

Devoción a la Santísima Virgen.—Cualidad especial que debe tener.—El Rosario.—Conducta ordinaria de los sacerdotes respecto a este ejercicio.—Oraciones vocales en general.—Reglas prácticas.

278.—Con ocasión de la oración llamada vulgarmente *Rosario*, nos alegramos de poder pagar nuestro tributo de homenaje a la Santísima Virgen, y de recomendar a nuestros dignos colegas que la honren durante todos los días de su vida con un culto especial.

Jamás la devoción a María ha estado tan extendida como hoy; hay un celo, un fervor, una necesidad de amor y reconocimiento tan grandes a esta

tierna Madre, que es imposible no sentirse profundamente impresionado. No hay aldea que no tenga el altar de María bien adornado y frecuentemente visitado, ni casa que no tenga imagen de esta buena Madre, ni parroquia, en la ciudad o en la aldea, donde no sea celebrado solemnemente el mes de María.

Por otra parte, acaso nunca fueron tan frecuentados como lo son en nuestros días los sitios de peregrinación donde se venera la Santísima Virgen. Los mismos pecadores ceden, a lo menos en parte, al movimiento general: si aún no honran a María con un culto práctico y meritorio, se recomiendan a las oraciones que las almas fervientes le dirigen, y con frecuencia, sin que se sepa, imploran ellos mismos, sobre todo en tiempo de adversidad, a la Madre de Misericordia que está en los cielos.

Las cofradías, congregaciones, asociaciones y devociones de toda especie en honor de María, son innumerables.

Siendo esto así, como lo es, ¿no es preciso que nosotros los sacerdotes nos dejemos arrastrar por la corriente? Mejor dicho, ¿no debemos nosotros dirigir esa corriente, juntar a los que se apartan, y sostener el ardor de los que ceden a su impulso? ¡Qué notable sería el contraste si en el camino que conduce hasta María, los corderos del rebaño adelantasen al pastor, y éste, obligado a seguirlos, lo hiciese a larga distancia y con mal ánimo! Felizmente no tenemos que lamentar tal desorden. Cada cosa está en su puesto: los corderos se precipitan de todas partes hacia la divina Pastora, pero los pastores van a su cabeza y dirigen su marcha. ¡Animo, pues, venerables colegas, ánimo! Amemos y hagamos amar tiernamente a

María: no sabemos lo que para nosotros alcanzará, en cambio del celo que despleguemos por la gloria y extensión de su culto.

279.—Sin retirar nada de lo dicho, permítasenos dar un consejo a nuestros dignos colegas, relativamente a la devoción de que hablamos. Esta devoción está seguramente en nuestros corazones, pero está lejos de serlo en el mismo grado y debemos esforzarnos en hacerla llegar al grado supremo. Decimos esto, no sólo por la propia santificación de nuestras almas, sino también por la edificación general y la salvación de los pueblos cuyos intereses espirituales nos están encomendados.

No es una común y vulgar devoción la que debemos tener a María; pues si no pasara de eso, no tendría nada de particular para los fieles, que con frecuencia la tienen más ferviente y desarrollada. No hay duda de que debemos honrar a María por los sentimientos de nuestro corazón y nuestras particulares devociones; pero además debemos manifestar en todas las ocasiones nuestro celo por el culto de esta divina Madre en nuestras palabras y en nuestros hechos; debemos sobrepujar a todos los que nos rodean en el fervor de nuestra devoción a María; debemos formarnos en este respecto una reputación particular, de manera que cuando las gentes que nos conocen hablen de nuestras cualidades o acaso de nuestras pequeñas faltas, se vean obligados a declarar que amamos tiernamente a la Santa Virgen, que la honramos con un culto particular y que somos en este punto, no sólo irreprochables, sino dignos de los mayores elogios.

Hemos creído que debíamos dar este consejo para estimular la fe de ciertos sacerdotes, que seguramente aman mucho a María, que están obli-

gados a ella por los lazos de algunas cofradías, que rezan todos los días oraciones particulares en honor suyo, pero que, por lo demás, no hacen en esto nada extraordinario, nada que llame la atención de las gentes, ni que denote que tienen una transcendental devoción a esta divina Madre.

280.—Pero, dirá quizá algún colega, ¿qué queréis que haga para merecer esa especial reputación de sacerdote celoso para la gloria de María? Nada más fácil, si queremos prestar atención y sobre todo si tenemos realmente en el fondo del corazón tierno amor a esta buena Madre.

Así, por ejemplo, hablemos con frecuencia de María, hablemos de ella con acento de fervor y de anhelo por su gloria. Invitemos a los pecadores a implorar su asistencia: recomendemos a los piadosos fieles que la amen más; aconsejemos a las madres que le consagren sus hijos y a los niños que le dirijan todos los días una ferviente plegaria; tengamos imágenes y pequeñas medallas en su honor y hagamos de ellas frecuentes distribuciones.

En la Iglesia, después de la visita del Santo Sacramento, hagamos una visita particular al altar de la Virgen María; adornémoslo con edificante magnificencia, recurramos para este adorno a la generosidad de los fieles; animemos a las señoras piadosas de la parroquia para que se ocupen en el adorno de la capilla de María; hagamos algunos sacrificios pecuniarios para comprar una hermosa imagen que llame la atención de los que entran en nuestra iglesia, imagen piadosa y modesta que impresione los corazones y los atraiga hacia la tierna Madre a quien representa.

Hablemos frecuente, muy frecuentemente, en el púlpito, de María, y hablemos siempre de ella con

una efusión de ternura y de amor que anuncie el fervor de nuestra devoción. Imitemos a los Santos, que, como San Ligorio, se imponía en la ley de no predicar jamás sin decir a lo menos algunas palabras en alabanza de María. Cuando la iglesia celebre alguna fiesta en su honor, no prediquemos nunca sobre un tema extraño al misterio del día, y no tratemos (como hacen algunos) de la muerte del pecador el día de la Natividad de la Virgen o del Infierno el día de la Asunción. Demos consejos particulares y frecuentemente repetidos para hacer honrar a María en las familias. Anunciemos novenas antes de sus fiestas, indiquemos las oraciones para cada día durante las novenas y recémoslas nosotros mismos con exactitud.

En el santo tribunal, hablemos, hablemos de María; hablemos de ella a los pecadores para que la invoquen en sus tentaciones, a los justos para que imploren su asistencia para los pecadores y para ellos mismos, a todos los penitentes, en fin, para que cultiven y propaguen esta devoción. No oigamos jamás una confesión sin decir algunas palabras para hacer amar a María.

He ahí bastantes medios para honrar y hacer honrar a esta tierna Madre; así probaremos que somos celosos de su gloria y adquiriremos la preciosa reputación de sacerdotes especialmente adictos a su culto.

¡Dios quiera que estos consejos sean fielmente seguidos! No dudemos que sus infalibles resultados serán frutos de salvación.

281,—Entre todas las oraciones que se hacen en la Iglesia en honor de María, no hay ninguna tan generalmente extendida como el Rosario. Enriquecido por varios Soberanos Pontífices con una mul-

titud de indulgencias, prescrito en todas las comunidades y seminarios, adoptado por todas las personas que hacen de la devoción una profesión especial, recompensado visiblemente por las gracias particulares que reciben todos los que lo rezan fielmente todos los días, ¿no debemos dedicarle nosotros un artículo particular de nuestro reglamento?

¿Sucede así? ¿Rezan fielmente todos los sacerdotes esta excelente oración? Bien quisiéramos decirlo; pero, por desgracia, la experiencia nos ha hecho una triste revelación. Esta santa práctica fatiga y molesta al *mal* sacerdote y el sacerdote *tibio* la abandonó mucho tiempo hace. El *buen* sacerdote no participa por completo de su negligencia, es cierto; pero cuando reza el Rosario, lo hace con una precipitación y una multitud de distracciones que le quitan casi todo su fruto.

El sacerdote santo es el que, en este como en otros puntos, nos da ejemplo de una constante regularidad y de una piedad ferviente. El Rosario ocupa un puesto en sus oraciones, y sin obligarse por voto a rezarlo todos los días, cosa de que se arrepiente el mismo San Francisco de Sales, encuentra siempre medio de cumplir con él. Si no puede rezarlo siempre al pie del altar, o delante de la imagen de María que adorna su aposento, lo reza cuando va a visitar los enfermos o a pasear, y no sólo lo reza: sino que lo reza con su fervor habitual. Transportado en espíritu al pie del trono de gloria que la Santísima Virgen ocupa en el cielo, se une a los ángeles y a los santos que la miran como a su Reina, y en tal compañía le ofrece sus tiernos homenajes. Sabiendo las numerosas indulgencias que van con el Rosario, y que para ga-

narlas hay que meditar *precisamente* los quince misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, se entrega a esta meditación, y así previene las distracciones que produce la repetición de una oración misma.

¡Feliz y digno sacerdote! ¡Dios bendiga tu edificante fervor, y ojalá tengas muchos imitadores entre tus colegas!

282.—Aprovecharemos esta circunstancia para decir algo de la oración vocal en general. Esta oración es sin duda muy buena, pues nuestro divino Salvador compuso una para nuestro uso y nos recomendó su rezó con estas palabras: *Sic orabitis*: *Pater noster qui es in coelis*... Pero es preciso convenir, sobre todo tratándose de la oración vocal, que es de temer la rutina. Sabiendo de memoria las oraciones que decimos habitualmente, y rezando todos los días las mismas, la atención se embota, el corazón se enfría, y las casi continuas distracciones echan a perder sus frutos. Para remediar estos graves inconvenientes, he aquí algunas reglas que recomendamos a nuestros dignos colegas:

1.° No multipliquemos demasiado nuestras oraciones vocales. Limitémonos, por ejemplo, a las oraciones de la mañana y de la noche, usadas en nuestras respectivas diócesis, y a las que se requieren para ganar las indulgencias de las cofradías a que estamos adscritos, salvo aquellas excepciones que sean convenientes, según las circunstancias particulares.

2.° Hagamos una preparación especial antes de las oraciones vocales. Puesto que sabemos que las distracciones son en ellas más frecuentes que en las otras, debemos comprender que la preparación piadosa de nuestro espíritu y de nuestro corazón

es doblemente necesaria. ¡Cuántas oraciones vocales son inútiles por falta de preparación.

3.° Impongámonos la obligación severa de rezar con calma. Un *Pater noster* y un *Ave María,* rezados así, valen infinitamente más que un cuarto de hora de oraciones rezadas con inconveniente volubilidad. ¿Merecen el nombre de oraciones? ¿Pensamos al rezarlas en las santas cosas que expresan? ¿Pensamos que las dirigimos a Dios y creemos que así le honramos? Si nos detuviesen de pronto en medio de tal torrente de palabras y nos dijesen: ¿Qué pedís en este momento a Dios? ¿No necesitaríamos reflexionar un instante para contestar con exactitud a esta pregunta? Corrijamos, corrijamos este defecto y tomemos por ley pronunciar lentamente y con pausa, gustando con el corazón lo que decimos, y tomando tiempo para extraer el jugo de devoción que se pueda.

4.° Si hacemos oración en compañía, en casa o en la iglesia, observemos muy fielmente la piadosa lentitud de que acabamos de hablar. Cuando se ha contraído la mala costumbre de rezar aprisa las oraciones vocales, casi nunca puede hacerse ya de otra manera. Aun en las reuniones de fieles se sigue la rapidez de costumbre, dándoles ocasión de pensar que si se ora tan deprisa en público, se hará más velozmente a solas. ¡Cuántas veces hemos oído a sacerdotes y sacerdotes buenos orar públicamente de ese modo! ¡y cuántas veces los hemos oído ser criticados por las gentes!

5.° Velemos sobre nuestro interior y nuestro exterior con particular cuidado, para librarnos de las distracciones que nos ataquen. Interrumpamos un momento nuestra oración para elevar nuestro corazón a Dios; impongámonos alguna mortifica-

ción o a lo menos una actitud enteramente modesta y respetuosa. Tomemos algunas veces el libro en que están las oraciones que rezamos de memoria. Es una experiencia que se ha hecho a veces con bastante éxito. Una oración que recemos casi siempre distraídos, será rezada piadosa y atentamente si la leemos palabra por palabra en un libro. La vista de los caracteres trazados en el papel tiene algo de sensible que recuerda al pensamiento lo que expresan, y por el contrario, rezando de memoria, y no teniendo el espíritu nada notable que lo atraiga, se abandona a todas las divagaciones naturales.

Tales son las reglas que hemos crído conveniente recordar para asegurar el éxito de tantas oraciones vocales como rezamos diariamente. Convirtamos en provecho personal nuestro, en este importantísimo punto de la oración, lo que tan bien sabemos enseñar a los demás. Glorifiquemos a Dios por este santo ejercicio, y guardémonos de ofenderle en el momento en que vamos a implorar su gracia. Oremos de modo que no nos veamos reducidos a decir con verdad lo que, con fina humildad de exageración decía San Agustín de sí mismo: "¡Ay! me hago más criminal por el mismo "ejercicio por el que debía hacerme más santo. "¡Quién me justificará ante Dios si mis oraciones "me condenan!"

CAPITULO IX

El sacerdote en la confesión.—Reglas y consejos prácticos.—Elección de confesor.—Confesión frecuente.—Examen.—Contrición.—Confesión.—Satisfacción.—Frutos de nuestras confesiones.

283.—La materia que enuncia el título de este capitulo, es excesivamente delicada, y la abordamos cocn gran temor. Por lo demás, le quitaremos gran parte de las dificultades que presenta. No tendremos la temeridad de acompañar a nuestros venerables colegas al santo tribunal de la Penitencia, adonde van como simples fieles a arrepentirse de sus culpas. Respetando el santuario de su conciencia, no entraremos en el detalle de lo que es materia habitual de sus confesiones.

El Sacramento de la Penitencia es la obra capital de la misericordia divina, y los sacerdotes que lo administran tienen derecho como los demás a los bienes espirituales que produce, si, como los demás, se acercan a él con las santas disposiciones que exige. ¡Ojalá recobremos la vida en este baño saludable y nuevas gracias y fuerzas nuevas, si es que no necesitamos alguna cosa más!

284.—*Elección de confesor.* La elección de confesor es la materia del primer consejo que tenemos que dar. Conocemos toda la importancia de la elección; pero acaso no estamos bastante convencidos de ella sino con relación a los seglares, lo cual sería un grave error.

La piedad del confesor no es siempre, pero sí con frecuencia, el termómetro de la piedad del penitente. Luego debemos elegir por confesor a un sacerdote *santo,* o al mejor de entre los *buenos,* si no estuviese a nuestro alcance un sacerdote santo,

lo que es poco probable. El contacto de tal sacerdote, el ejemplo de sus virtudes, las calurosas exhortaciones de su celo, todo esto es santamente contagioso y pasa siempre más o menos del confesor al penitente. Los santos no hablan como los demás hombres; sus palabras se escapan de sus ardientes corazones y son como chispas que derriten el hielo.

Ahora bien; ¿todo sacerdote santo es, con relación a todos sus colegas, un buen confesor? No; hay sacerdotes eminentes en santidad que tienen un fondo casi ilimitado de indulgencia y caridad. Tan misericordiosos para los demás como severos para consigo mismos, lo que, en general, es una excelente disposición, toleran, por exceso de bondad, lo que con caritativa firmeza debieran reprimir. Estos no deben ser elegidos, a lo menos por algunos.

Si vemos que nuestro confesor, aunque santo, es más indulgente que nuestra propia conciencia; si nos pasa lo que ella no pasa; si, *no siendo muy escrupulosos,* estamos inquietos y poco a gusto después de confesarnos; si algo nos dice que la ignorancia, o al menos una complaciente bondad dicta las decisiones que se nos han dado, tengamos cuidado: este confesor no es acaso el que nuestras necesidades espirituales requieren. ¿Quién sabe si su santidad no será un reparo contra los temores fundados, y si precisamente porque es un sacerdote santo, despreciamos las reclamaciones de nuestra conciencia, que tiene razón para hacerlas? Esta es una excepción; atengámonos a las reglas, y generalmente elegiremos por confesor a un sacerdote *ilustrado,* que sea al mismo tiempo sacerdote *santo.*

Cuanto menos perfectos seamos, tanta mayor ne-

cesidad tenemos de un sacerdote santo para llegar a ser, por sus cuidados, lo que aún no somos. ¡Qué sucedería, gran Dios, si un mal sacerdote escogiera por confesor a otro mal sacerdote como él! ¡qué sucedería si un sacerdote tibio, negligente y relajado tomase por confesor a un sacerdote que se le pareciese! ¿Qué celo tendrían para perfeccionar a tales sacerdotes los confesores que viesen en sus penitentes como un reflejo de sí mismos?

Regla general: tomemos, siempre que podamos, para confesor un sacerdote cuya santidad sea superior a la nuestra. Si sucede lo contrario, debemos temer que nuestro confesor no tenga toda la firmeza que sería de desear para reprender en nosotros lo que se tolera a sí mismo sin escrúpulo.

285.—Elijamos un confesor que tenga un gran celo por la santificación de los sacerdotes que se dirijan a él. Podría suceder que un sacerdote tuviese celo y aun mucho celo para dirigir a sus penitentes seglares, y poco para perfeccionar a sus penitentes sacerdotes; lo cual sería un verdadero contrasentido, porque nadie en la tierra está más obligado a la santidad que los sacerdotes. Estimulemos el celo de nuestro confesor, rogándole que no nos deje pasar nada, que insista en todas nuestras confesiones sobre tal o cual punto, respecto al cual sabemos que tenemos particular necesidad de ánimo y firmeza.

Elijamos un confesor que nos hable sin temor, con franqueza y con entera libertad. Algunas veces un sacerdote no está a su gusto con ciertos colegas, y no se atreve a decirles todo lo que piensa. Si es tímido por naturaleza, si es inferior en talento o en posición a su penitente, si tienen con él relaciones frecuentes y amistosas, experimenta cier-

ta cortedad, y los consejos que le da se resienten de la disposición en que se encuentra, lo cual puede atraer graves inconvenientes.

No nos confesemos con quien se confiese con nosotros, porque esto no deja de ser peligroso.

Elijamos, si es posible, un confesor que no viva a gran distancia de nuestra habitación. Cuando esta distancia es muy grande, suele suceder que, por ejemplo, cuando hay mal tiempo o más trabajo que de ordinario, nos confesamos con menos frecuencia que si tuviéramos el confesor cerca, lo cual nos causa un perjuicio espiritual más o menos notable.

Elijamos, en fin, un confesor nuevo si nos apercibimos de que no nos conviene el que tenemos. Indudablemente este cambio no debe verificarse por causas frívolas; pero si está motivado por graves consideraciones, no hay que titubear. No temamos colocar entre las consideraciones graves el poco fruto que sacamos de la dirección de nuestro confesor con relación a nuestro progreso espiritual, sobre todo, si sabemos positivamente que encontraremos en abundancia en otro colega lo que no encontramos en él.

Ya hemos dicho que hay confesores que son buenos y aun santos sacerdotes, pero que no se dedican a hacer progresar en la perfección a los sacerdotes que dirigen. Sea por timidez, por costumbre o por falta de ilustrado celo, oyen simplemente lo que se les declara, hacen una insignificante exhortación general, dan la absolución, y eso es todo.

Cuántos confesores, acaso, confiesan de largo tiempo atrás a algunos colegas y aún no les han preguntado lo siguiente: "¿Tenéis un reglamento de vida? ¿Cuáles son sus puntos principales? ¿Los

observáis con fidelidad? ¿Hacéis oración con exactitud? ¿Cuánto tiempo le dedicáis cada día? ¿Cómo la hacéis y qué fruto creéis alcanzar? ¿Hacéis el examen particular, la lectura espiritual y la visita al Santo Sacramento? ¿Cuál os parece que es vuestro mayor defecto? ¿Que hacéis para atacarlo? ¿Notáis si cede o si sucede lo contrario? ¿Qué hacéis por la conversión de los pecadores? ¿No hay alguno en vuestra parroquia, cuya conversión podríais emprender directa o indirectamente con probable éxito? ¿Lo hacéis así?

Estas preguntas y otras muchas, que un sacerdote ferviente y celoso no deja de hacer a los colegas que dirige, dan resultados excelentes. Con eso prueba cuanta importancia da a los puntos que señala y cuánta deben darle los penitentes. Estos, por su parte, sabiendo que van a dar cuenta de ello en todas las confesiones, adoptan el uso de los ejercicios espirituales que les han sido ordenados, y arreglan su conducta de modo que puedan dar respuestas satisfactorias en los interrogatorios nuevos que han de sufrir; lo cual no sucedería si tuvieran por confesor a sacerdote que se contentase con oir lo que declarasen, y que no se parase a descender a detalles.

286.—*Confesión frecuente.* No debemos dejar demasiado intervalo entre nuestras confesiones. Leemos en las vidas de muchos santos, *que no eran escrupulosos,* que se confesaban todos los días; así marchaban rápidamente por las vías de la perfección, pues nada contribuye tan poderosamente a la destrucción de las faltas y a la perfección de las virtudes, como la recepción muy frecuente del Sacramento de la Penitencia con las disposiciones que requiere.

Nuestras confesiones no pueden ser tan frecuentes como las de los santos de que hemos hablado; pero debiéramos adoptar la costumbre de la confesión semanal. Esa es la práctica de los sacerdotes santos. Ordinariamente, los buenos no dejan pasar la quincena. Los que habitualmente están más de quince días sin confesarse, están, con seguridad, más o menos adelantados en la vía de la tibieza y relajación, o en otra peor.

He aquí una observación que vamos a hacer respecto a esto a nuestros dignos colegas. La plenitud de los buenos efectos prácticos de una confesión bien hecha, no dura mucho más de tres o cuatro días. Al expirar este corto plazo, no se cometen faltas graves, pero comúnmente se siente cierta disminución de fervor, menos atención en las oraciones, menos continencia en las palabras y menos mortificación en los sentidos; pronto se cometen multitud de infidelidades imposibles el día de la confesión; y este pequeño abandono va siempre *crescendo* hasta que una nueva confesión viene a devolver al alma su energía que había perdido. Cuando tarda algún tiempo esta nueva confesión, el mal se agrava, la delicadeza de la conciencia se altera, los malos hábitos se arraigan y la perfección no llega nunca. Luego confesión frecuente, muy frecuente, si queremos sinceramente estar con los sacerdotes santos.

287.—*Examen.* Sondeemos bien, e interroguemos nuestra conciencia con cuidado. Fuera escrúpulos; el escrúpulo es una pequeña manía, algunas veces muy peligrosa, sobre todo para los sacerdotes y para las almas que dirigen. Se puede ser exacto sin ser escrupuloso.

No limitemos nuestro examen a dos o tres pun-

tos que son siempre los mismos, y que con frecuencia son menos importantes que los que descuidamos. Examinémonos sobre los deberes de nuestro estado, sobre el empleo del tiempo, sobre nuestros estudios, sobre el cuidado de nuestros enfermos, sobre la administración de los Sacramentos, sobre el arreglo de nuestra iglesia, sobre la negligencia en cuestión de limpieza, de ornamentos, corporales, paños y lienzos de altar, sobre la tardanza en cumplir las funciones o decir las misas ofrecidas, sobre las ausencias, los viajes, los juegos, los festines, el apego a los bienes de la tierra, el amor al dinero, el espíritu de interés, o, por el contrario, sobre la prodigalidad, los gastos frívolos, y las deudas contraídas con riesgo para los acreedores. No podríamos concluir si enumerásemos todos los puntos que debe abrazar el examen, de los cuales quizá apenas nos ocupamos cuando nos preparamos para la confesión.

288.—*Contrición*. Excitémonos a la contrición, no vaga y generalmente, englobando en la fórmula del acto ordinario el arrepentimiento de todos los pecados de nuestra vida, sino sondeando nuestras verdaderas e íntimas disposiciones con relación a cada pecado que el examen nos recuerde, a fin de ver si la confesión que vamos a hacer va a ser más bien una simple formalidad que un voto acompañado de un vivo y sincero aborrecimiento del pecado. Decimos, por ejemplo: *Deus non irridetur... Omnia nuda et aperta oculis ejus;* voy a confesar tal o cual falta, con las manos juntas, de rodillas, en la actitud de un criminal que pide perdón; voy a declarar que detesto esa falta, que no quiero cometerla más, que deseo aprovechar la gracia del Sacramento que voy a recibir. Pero,

¿son éstas, en realidad, mis disposiciones? ¿Estoy sincera y cordialmente resuelto a velar con cuidado, a huir de la ocasión, a orar con más fervor, a resistir con más violencia la tentación? *Deus non irridetur.* ¿Ve Dios en mí hoy, relativamente a esa falta, un arrepentimiento más acerbo que en tantas otras confesiones anteriores en que siempre he declarado lo mismo sin corregirme nunca?

He aquí el verdadero medio de excitarse a la contrición y de asegurarse de si no tiene más de apariencia que de realidad. Cuando se ha hecho esto después de cada falta, y se ha rendido a sí mismo, seriamente y sin vanagloriarse el testimonio de que quiere preservarse de nuevas caídas, entonces se fortifica su resolución meditando en las verdades más a propósito para desarrollar la contrición; se adopta, por ejemplo, el excelente método de Mons. de la Motte, Obispo de Amiens, que para excitarse al dolor de sus faltas, hacía mentalmente tres excursiones: una al infierno, pensando que lo había merecido; otra al cielo, pensando que había perdido todo derecho a poseerlo; la otra, en fin, al Calvario, donde se abismaba en su dolor a los pies de un Dios que sufrió y murió para salvarle.

Excitémonos a la contrición, según las reglas que acabamos de dar, y estemos seguros que nuestras confesiones serán bastante más fructuosas que lo que han sido hasta ese día.

289.—*Confesión.* Habiendo observado todo lo que precede, confesémonos, y demos a nuestra confesión las condiciones que sabemos debe tener; sinceridad, humildad, sencillez, precisión, prudencia, y siempre, en el fondo de todo esto, tengamos verdadero arrepentimiento, amargo arrepentimien-

to de las faltas que declaramos. Se dice en el mundo que los sacerdotes se confiesan peor que los seglares; eso no es cierto: el mundo, por lo demás, no puede saberlo.

Tan sólo una palabra diremos con relación a la confesión propiamente dicha: *Confesémonos de nuestros defectos tanto o más que de nuestros mismos pecados.* Expliquémonos; los defectos y los pecados no son la misma cosa; hay entre ellos la misma diferencia que entre el árbol y el fruto. El pecado es el fruto; el defecto es el árbol que produce este mal fruto. Puede cometerse, a veces, un pecado de orgullo sin tener el defecto del orgullo, o un pecado de ira sin tener el defecto de la impaciencia. Pero cuando se tiene un defecto, éste es un mal árbol que nunca deja de producir los pecados que son frutos. Ahora bien; decimos que hay que confesarse de los defectos, y no solamente de los pecados; es decir, que es necesario, después de haber confesado tal o cual pecado que se ha cometido, hacer conocer, además, el defecto que lo ha originado, lo cual es muy ventajoso y bastante más propio para esclarecer al confesor sobre el verdadero estado del penitente.

Debe comprenderse que hay una gran diferencia entre la acusación pura y simple de un acto pecaminoso y la manifestación del defecto que lo ha producido; la declaración del primero no hace adivinar siempre el segundo. Si yo digo, por ejemplo, que he tenido un movimiento de gran vivacidad, mi confesor creerá simplemente que he herido la virtud de la dulzura; pero si añado que esta vivacidad ha sido producida por una pequeña humillación que no he tenido valor para sufrir en silencio, y que casi siempre la misma causa produce el mis-

mo efecto, deducirá con razón que no he herido solamente la virtud de la dulzura, sino que he herido con los mismos golpes la virtud de la humildad y que, puesto que me hallo habitualmente dispuesto de esta manera cuando tengo que sufrir alguna humillación, no tan sólo la cólera es uno de mis defectos, sino también el orgullo. Sería lo mismo si yo confesase una frialdad, una sombra de rencor contra un colega, sin decir que la causa de ello es un mal fondo de envidia: mi confesor creería que yo había cometido un acto aislado contra la caridad, y no sabría que la envidia es también uno de mis defectos.

Vayamos siempre al manantial de cada pecado que confesamos y conduzcamos a él a nuestro confesor con el fin de que lo agote; o para servirnos de otra comparación, no nos contentemos con podar algunas ramas de nuestros malos árboles, sino ataquémosles a ellos mismos por la raíz, con el fin de llegar a una extirpación completa.

290.—*Satisfacción.* Nada diremos de esta última parte del Sacramento de la Penitencia, bien convencidos de que, bajo este concepto, ninguno entre nosotros tiene reproches que hacerse. No es en esto donde estriba la gran dificultad de nuestras confesiones; nos cuesta bastante más corregirnos de los pecados que confesamos, que hacer la ligera penitencia que los expía. Digamos solamente que sería muy ventajoso, para venir en ayuda de nuestra debilidad, suplicar a nuestro confesor que nos dé por penitencia hacer exactamente todos los días tal o cual ejercicio espiritual de que nos dispensamos algunas veces por desidia, o que nos imponga un número determinado de horas de estudio hasta la próxima confesión, o cualquier otra obra

favorable a nuestro adelanto espiritual, que quizá no nos sería nunca impuesta si no la pidiéramos especialmente.

Frutos de nuestra confesión.—Si seguimos con exacta fidelidad las reglas y consejos prácticos que acaban de dársenos relativamente al Sacramento de la Penitencia, es imposible que no hagamos rápidos progresos en la perfección; pues la penitencia, que hace pasar a los grandes culpables del estado de pecado al estado de gracia, hace pasar también a los justos del estado de penitencia rigurosa al estado de justicia consumada; y estas felices transiciones se hacen a veces con una prontitud asombrosa. Así como no hace falta para operarlas sino dos cosas: el auxilio de Dios y la voluntad del hombre; como el auxilio de Dios no nos falta nunca cuando lo imploramos en ferviente y asidua oración, y como, en fin, este auxilio se nos propone abundantemente en el Sacramento de la Penitencia, se sigue que si llevamos por disposición a este Sacramento la voluntad firme, sincera y perseverante de aplicarnos los frutos en toda su extensión, haremos más progresos en perfección durante algunas semanas solamente, que los que haríamos durante años enteros con disposiciones equívocas, imperfectas o aun con disposiciones ordinarias y comunes.

Esto debe hacernos reconocer un punto muy importante, y es que, a pesar de nuestras confesiones, nuestras protestas de arrepentimiento, nuestro aborrecimiento al pasado, nuestras buenas promesas para el porvenir, hay en el fondo de todo esto una voluntad débil, lánguida, sin nervio y sin fuerza; digámoslo de una vez, una voluntad que no lo es, y que constituye un estado aparte, una mane-

ra de ser característica, que nuestra lengua ha sentido la necesidad de expresar por una palabra que ha creado expresamente, la palabra *veleidad*. Creemos querer infinidad de cosas, que en realidad no queremos en manera alguna, por lo menos con esa voluntad firme que, si fuera tal, nos haría pasar rápidamente, con la voluntad de Dios, del deseo al acto.

En la vía de la salud, casi todos hemos fijado nuestro límite, y decimos, no formalmente, sino con el expresivo lenguaje de nuestras obras: "No vayamos más lejos; esto es suficiente perfección; podríamos ser *mejores*, pero somos *buenos;* esto basta." De aquí, ¿qué resulta? Que no trabajamos nada en corregir nuestras faltas siempre que no nos hagan retrogradar de una manera muy notable más allá del límite que nos hemos marcado.

Si confesáramos a nuestro confesor, o si nos confesásemos a nosotros mismos sinceramente esta disposición, podríamos observar su imperfección y determinarnos seriamente a mejorarla; pero lejos de reconocer y confesar esta disposición, nos la disimulamos, y, la confesión que debía reformarnos, nos sostiene por efecto de nuestra ceguedad, en el estado de imperfección en que nos hemos fijado.—Es, por nuestra falta, no un remedio, sino un velo que cubre nuestras miserias y que nos tranquiliza con su sombra. ¿De qué manera sucede esto? Es muy sencillo: nos confesamos, declaramos todos los pecados de que la conciencia nos acusa, hacemos un acto de contrición, recibimos la absolución, y aunque cometemos siempre las mismas faltas y no hacemos nunca esfuerzos extraordinarios para corregirnos, nos retiramos satisfechos después de cada confesión, como si hubiera produ-

cido todos sus efectos, lo cual no tiene lugar, porque en las confesiones siguientes no llevamos nunca disposiciones mejores. La confesión, lo repetimos, es en nuestras manos, y por nuestra culpa, un instrumento inútil bajo el punto de vista de nuestro perfeccionamiento: es un paliativo, no es un remedio; o, a lo más, es un acto de *conservación*, no es un acto de *mejoramiento* y de *progreso;* nos impide retroceder hasta los abismos, pero no nos hace llegar hasta la cúspide de la montaña santa.

¿Qué hacer para salir de esta especie de *in pace* en que nos hemos colocado? Imitar al sacerdote santo, que, en la vía de salud en que ha entrado generosamente, no fija ningún límite y no dice nunca: "Esto es bastante." *Sufficit,* imitar al sacerdote santo que, viendo ante sí inmensos espacios, avanza y avanza siempre a la voz de Jesús, que dice como a Pedro *Duc in altum;* imitar al sacerdote santo que, como el gran Apóstol, olvida las victorias alcanzadas, para correr con ardor en pos de otras nuevas victorias: *Quae retro sunt obliviscens, ad ea quae sunt priora extendens meipsum;* imitar al sacerdote santo, en fin, que, sabiendo que no puede ser nunca demasiado perfecto en la carrera del sacerdocio, y cuanto más lo sea más almas salvará, y asegurará más la suya propia, no pone nunca límites a su perfección y corresponde fielmente a todas las gracias que Dios le concede, para probarle que no es sordo a la invitación que le dirige con estas palabras: *Qui sanctus est, sanctificetur adhuc; qui justus, justificetur adhuc.*

Un poco de valor, venerables colegas, y nosotros también seremos santos, con santidad verdaderamente sacerdotal, que será el principio de nuestra verdadera felicidad en este mundo y en el otro.

CAPITULO X

Retiro anual.—Retiro mensual.—Preparación para la muerte.—Reglas y consejos prácticos relativos a los retiros espirituales.

291.—El supremo medio de renovación y santificación para un sacerdote, en cualquier estado en que pueda hallarse, es incontestablemente la gracia de un retiro. Desdichado de aquel a quien deja en el estado en que le encuentra cuando entra en él. ¿Con qué contará para hacerse mejor, si los prodigios con que le colma la divina misericordia durante estos días santos no operan en él ningún cambio apreciable? ¿Cómo producirán los medios ordinarios lo que un medio extraordinario, y por decirlo así, irresistible, no haya efectuado? ¿Cómo elevará un hilo una masa que la potente palanca del retiro no haya movido?

Este es un pensamiento que debe acudir a nuestra mente al instante cuando se nos concede este insigne favor. Cada uno de nosotros debe decir entonces con certeza: Voy a saber justamente de qué soy capaz. Si salgo del retiro tal como entré en él o próximamente lo mismo; si no salgo renovado como el águila que deja todas sus viejas plumas en tiempo de la muda para tomar otras nuevas; *renovabitur ut aquilae;* si vuelvo a mi género de vida habitual, no teniendo ni más vigilancia, ni más gusto en las oraciones, ni más alejamiento de mi vida frívola y disipada, ni más ardor en combatir mis defectos, ni más celo por mi santificación y por la de las almas que se me confían, ¿cuál es mi recurso, cuál es mi esperanza? Si los sacerdotes que aprovechan un retiro cuanto pueden, tienen una pena extrema en conservar perfectamente los frutos hasta el retiro siguiente, ¿qué debo pensar de

mí si aquél termina sin dejar en mi alma huellas de su paso?

Felizmente, nos complace el creerlo, no es así en manera alguna. Los efectos del retiro son muy variados, es cierto; pero no hay un sacerdote que no experimente, en grado más o menos elevado, sus benignas influencias.

El mal sacerdote, cuando asiste a él, sonda algunas veces la profundidad de sus llagas, se despierta al trueno de la palabra evangélica, se humilla a la vista de su horrible miseria, y deja caer algunas lágrimas a los pies del ferviente colega que levanta la mano para absolverle.

El sacerdote tibio y rejalado se reprocha su languidez, considera en el recogimiento del retiro las infidelidades sin nombre en que ha incurrido, reconoce el mal que ha hecho, el bien que ha omitido, los pocos frutos de su ministerio, y saliendo de su torpor, se aplica estas palabras que le convienen perfectamente: *Charitatem tuam primam reliquisti. Memor esto unde excideris; et age poenitentiam, et prima opera fac: cito autem venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco tuo, nisi poenitentiam egeris.*

El buen sacerdote reanima un fervor que se había amortiguado, combate defectos cuya gravedad se le ocultaba, sienta las bases para una vida más santa, aviva el ardor de su celo, prepara en su pensamiento las buenas obras a que va a dedicarse después de su retiro, y medita con fruto estas palabras del gran Apóstol: *Attende lectioni, exhortationi et doctrinae... Noli negligere gratiam quae in te est, quae data est tibi... cum impositione manuum presbyterii.*

El santo sacerdote, en fin, mejor dispuesto que

todos los demás, recibe también gracias más abundantes. No hay una inspiración que no acoja, no hay un deseo piadoso que no realice, ni un consejo que no convierta en precepto. Ya ferviente, se hace aún más; y santamente ávido de la perfección sacerdotal que hace sus delicias, sale del retiro con estas palabras de San Pablo por divisa: *Profectus meus manifestus sit omnibus.*

292.—Puesto que el retiro produce efectos tan asombrosos, ¿no debemos imponernos la obligación de estos ejercicios espirituales todos los años con inviolable exactitud? Esa es la voluntad de Dios, la súplica de la Iglesia, el ardiente deseo de nuestros venerables pontífices, la práctica de los santos, el uso general del clero, el grande y animado y único remedio para las heridas que recibimos de nuestros enemigos visibles e invisibles; ¡qué de razones para que vayamos cada año a acrisolarnos en el retiro!

No nos lo dispensemos nunca, y estemos convencidos que cuanto menos atraídos nos sintamos por él, tanto más necesario nos es. Es la falta de piedad que nos desvía; y ¿dónde encontrar la piedad si no vamos a buscarla al retiro, que es su fuente? Un sacerdote que no estimara este saludable ejercicio, que se lo dispensara sin escrúpulo, que gozara al verse privado de él por un obstáculo inesperado, y que viera, sin envidiarla, la dicha de sus colegas cuando vuelven del retiro radiantes de fervor, debía deducir con seguridad que tenía de él inmensa necesidad y que su estado reclama importantes reformas.

Tomemos, pues, la firme resolución de consagrar todos los años algunos días al retiro. Si una verdadera imposibilidad no nos permite hacerlo en co-

mún, ante la vista de nuestro Obispo, indemnicémonos de esta privación con un retiro particular, bien en una casa religiosa, bien en casa de algún sacerdote santo que de buen grado nos procure este precioso beneficio.

Asistamos al retiro particular de nuestra diócesis, si razones *muy graves* no se oponen a ello. Allí es donde nos llama la voluntad de Dios; allí donde hallamos las gracias que nos destina.

Se dirá quizá que se prefiere un retiro particular a un retiro general. Esta es una mala razón; no es lo que preferimos lo que debemos elegir, sino lo que place a Dios. Ahora bien, al retiro común es al que nos llama Dios por medio de nuestros superiores.

Se dirá que se está más recogido en un retiro particular, que en él se está mejor dispuesto y que se saca más fruto. Esta es también una mala razón; en todas partes se está recogido cuando se quiere estarlo. En los retiros pastorales, se ve una multitud de santos sacerdotes tan recogidos como si fueran trapistas; venid a engrosar su número, y puesto que el recogimiento os gusta tanto, estad seguros que el ejemplo de vuestra piedad no será estéril. En cuanto a los frutos que creéis más abundantes en un retiro particular que en un retiro general, Dios sólo los conoce: tomáis quizá por fruto cierto contentamiento que os proporciona ese retiro: pero ¿quién os dice que Dios no ve en esto un gusto personal satisfecho más bien que un fruto real? No sabemos sino una cosa, y es que Dios que nos llama al retiro común, aplica a este retiro, y no a ninguno otro, los grandes favores que nos destina.

Es sensible que no se vea en los retiros pastorales a los sacerdotes de la diócesis, que, pudiendo

asistir, van a hacer con preferencia retiros particulares. A menudo estos sacerdotes son modelos de fervor y de regularidad, pero no se hacen cargo de que sólo su presencia en los retiros generales es una predicación muda que conmueve algunas veces más a los ejercitantes que las predicaciones propiamente dichas. Si en los retiros las instrucciones son necesarias, el buen ejemplo de los sacerdotes santos lo es aún más.

Además, hay otro servicio eminentemente importante que estos dignos eclesiásticos son, quizá, los únicos que pueden prestarlo; nos referimos a la confesión de los sacerdotes durante los retiros. ¿Qué confesores escogerán los que necesitan de sacerdotes santos para llegar a ser santos ellos mismos, si los que les convendrían, más que ningún otro, no frecuentan los retiros comunes? Diremos con este motivo que el sacerdote santo que, sin razón legitima, rehusara confesar a sus colegas durante el retiro, sería un sacerdote egoísta que, por irreprochable que fuese en otros conceptos, no lo sería ciertamente en éste.

293.—**Debemos ir al retiro con intenciones santas y un vivo deseo de aprovecharlo para mejorar.** Ir al retiro por curiosidad, ¿sería una intención santa? Ir por un sentimiento de placer, por romper la monotonía de los hábitos ordinarios, para gozar allí de un espectáculo nuevo, para hallar allí antiguos amigos que no se han visto durante largo tiempo, ¿sería una intención santa? Ir porque van los otros, y por no querer singularizarse y hacerse notar por sus colegas, ¿sería esta una intención santa? Ir porque los superiores exigen que se vaya y se teme perder parte de su estimación no yendo, ¿es esta una intención santa? Ir sin objeto, sin mo-

tivo bien preciso, impulsado en cierto modo por el oleaje de los otros, ¿es esta una intención santa?

No respondemos a estas diversas preguntas por darse la respuesta por sí mismas. Vayamos todos al retiro con un deseo ardiente y sincero de corregir nuestros defectos, de afirmarnos en el bien, de renovarnos en el fervor y de hacernos más santos y más perfectos. Puesto que el retiro no se hace sino para realizar en nosotros estos felices efectos, debemos ir a ellos, por consiguiente, con una intención conforme a los designios que la divina misericordia se propone, ofreciéndonos este potente medio de salud.

Es muy conveniente prepararse con anticipación a la gracia del retiro con un recogimiento más profundo, con oraciones mejor hechas, con algunas prácticas de piedad extraordinarias y con serias reflexiones sobre los puntos principales que requieren una reforma pronta y radical. Debe también preverse, cuanto sea posible, con algún tiempo de anticipación, lo que pudiera preocupar y distraer durante el retiro, poner la correspondencia al corriente, arreglar los asuntos domésticos, desembarazarse de todos los cuidados de familia, visitar y confesar los enfermos, y tomar todas las medidas para que la salud de las almas no se perjudique durante los días de ausencia.

Cuando se han tomado así todas las disposiciones y llega el momento de partida, es una buena práctica ir algunos instantes a adorar el Santísimo Sacramento y solicitar la bendición del divino Salvador. Se depositan a sus pies todos los pensamientos de patria, de familia, de negocios y aun los temores e inquietudes relativos a los accidentes que podrían sobrevenir durante el retiro,

294.—Uno de los grandes obstáculos para los frutos de los retiros es ciertamente la disipación, como diremos en breve. Ahora bien; antes que empiece, aun antes de haber llegado al sitio en que tiene lugar, es de temer la disipación; nos referimos al viaje. Como los coches públicos están atestados de eclesiásticos que se dirigen al retiro de todos los puntos de la diócesis, es bastante natural, si no se está sobre aviso, entregarse a ciertas disipaciones ruidosas que no edifican nada y que serian ciertamente una triste preparación a la grande gracia que nos disponemos a recibir.

Guardémonos, queridos colegas, de que el conductor del coche en que nos instalamos diga malignamente a las gentes del mundo que, de todos los viajeros que conduce, los que hablan más y ríen más fuerte son los sacerdotes que van a los ejercicios espirituales. Hemos sido testigos a menudo del buen comportamiento de los eclesiásticos en estas circunstancias. La conversación era perfectamente conveniente y los ejercicios de piedad se hacían con edificante regularidad. Pero algunas veces las cosas pasan de otra manera, y se presentaba un poco el flanco a la malignidad de los conductores. Evitemos estas ligerezas en cualquier ocasión que sea, pero más especialmente cuando estemos en víspera de ejercicios.

295.—El momento de llegada al local designado para los ejercicios del retiro es aun una ocasión de disipación. Reina siempre entonces una agitación y un tumulto inconveniente. Sin embargo, los sacerdotes santos, que deben ser siempre nuestros modelos, hacen el menor ruido posible en toda esta confusión; se deslizan modesta, humilde y furtivamente en cierta manera hasta el sitio en

que se indica a cada uno la celda que debe ocupar, y desde que han tomado posesión de la suya, van sin dilación adonde el corazón les conduce, es decir, al pie del altar para adorar al divino Maestro y pedirle su bendición. Cuando han cumplido este deber piadoso, hacen con diligencia todas sus disposiciones, saludando cordialmente, pero sin ruido, a algunos amigos que encuentran, se sumergen en seguida en el retiro, aun antes que haya empezado.

Imitemos a estos fervientes colegas, y sumerjámonos como ellos en un profundo recogimiento, sin el cual no hay retiro ninguno. Sería de desear en gran manera que desde que se entona el *Veni Creator*, se cuidasen escrupulosamente de no pronunciar una sola palabra inútil, hasta el *Te Deum*. Si todos observasen fielmente este piadoso silencio, resultaría una edificación general, que contribuiría mucho más de lo que se cree al éxito del retiro.

Desgraciadamente esto no es ni sentido, ni comprendido por algunos a cuyos ojos parecerán quizá minuciosas nuestras observaciones sobre este punto, aunque sean realmente importantes. Los que, no se reprochan en manera alguna el carecer de recogimiento están acostumbrados en sus casas a hablar tanto como quieren, sin el menor miramiento, de suerte que, aun rompiendo frecuentemente el silencio, se creen todavía muy recogidos. Nos atrevemos a afirmar que aprovechan menos que todos los otros las gracias del retiro. ¡Y si fueran ellos los únicos en no aprovechar! pero al distraerse, distraen a otros que quizá, sin ellos, observarían el silencio. Lo que hay a veces de más chocante en esto, es que mientras que los ancianos del sacerdocio, esos padres venerables que dan ejemplo a todo el

mundo por su fervor, son recogidos como religiosos, los jóvenes sacerdotes son los que dan el ejemplo de la disipación.

Si, por desgracia, el predicador del retiro incurriera también en este inconveniente, y no insistiera muy particularmente y diversas veces sobre la necesidad del recogimiento, el retiro sería para todo el mundo mucho menos fructuoso que si hiciera sentir vivamente su alta importancia.

296.—Cuando los ejercicios han empezado, uno de los primeros cuidados, para cada ejercitante, debe ser escoger un confesor y preparar su confesión. Esta elección, como ya lo he dicho anteriormente, es un punto de extrema gravedad. Los superiores, para facilitar las confesiones, conceden poderes a un gran número de sacerdotes; pero se requiere mucho para que todos convengan igualmente a cada uno.

Suplicamos a nuestros lectores, cuando se hallen allí, que revisen las reglas que hemos sentado en el capítulo precedente, en el artículo: *Elección de un confesor,* y que hagan de ellas una aplicación exacta y concienzuda; es más que probable que, para ellos, el fruto del retiro dependa de esta elección importante. Añadiremos solamente a lo que hemos dicho en el capítulo que acabamos de indicar, que, en igualdad de condiciones, harán bien en elegir por confesor a algún ferviente director de seminario que, teniendo hábitos de *regla,* de *retiro* y de *estudio,* convienen generalmente más que muchos otros para recordar estas tres grandes bases de la vida eclesiástica a sacerdotes que algunas veces las han quebrantado fuertemente.

En cuanto a la confesión, a las cualidades que debe temer, a los puntos principales sobre que se

debe insistir, y a los otros detalles que comprende, no podemos sino remitir otra vez a nuestros lectores al capítulo precedente, que los invitamos a leer por entero desde el principio del retiro. Por lo demás, si tiene el sincero deseo de corregirse de sus defectos, de renovarse en el fervor y de *resucitar la gracia* adormecida en su alma, según la expresión de San Pablo, elegirán ciertamente un confesor tal como necesiten, y su confesión será excelente. Que recuerden que no es solamente una absolución lo que necesitan, sino que les es necesaria especialmente una dirección concienzuda y muy detallada.

Se preguntará quizá si es conveniente hacer confesiones generales o exámenes durante el retiro. A esto responderemos que, si se ha elegido un excelente confesor, y si se confía en él con sinceridad perfecta, habiéndole hecho conocer el estado del alma todo lo mejor posible, hay que atenerse a su decisión. Podrá decirse que, ordinariamente, una confesión general, más o menos completa, o, por lo menos un examen después de la última, si ésta ha sido buena, es muy útil durante el santo tiempo del retiro. Aconsejamos solamente que se haga esta confesión general o ese examen en los primeros días, y que después no les preocupe esto hasta el punto de no dar casi aplicación alguna a los ejercicios comunes; pues entonces sucedería, como decía cierto día un santo y sabio religioso, que se haría una confesión, pero no se observaría el retiro.

297.—La fidelidad puntual a todos los ejercicios del reglamento del retiro, es una condición esencial para su éxito. No hay ningún ejercicio poco importante en un retiro: forman un todo completo al

cual es necesario evitar que se le haga la menor brecha. La gracia mayor y decisiva en estos santos días, está algunas veces unida a un punto del reglamento por insignificante que en sí mismo parezca.

No debemos dispensarnos nunca, sin una razón muy grave, de un ejercicio hecho en común. No es nada edificante ver a un gran número de sacerdotes recitar el santo oficio paseándose por los jardines, mientras que otros le recitan en la iglesia. Sería bastante menos edificante aún verles reunirse después de esa recitación para charlar y reir como si se tratara de una diversión. Dios no habla al corazón de los que así se disipan. *Non in commotione Dominus.*

298.—Las predicaciones han dè oirse con el respeto que se debe a la palabra santa. Un sólo pensamiento debe ocupar nuestra alma mientras Dios la habla por el órgano de su ministro; es el de aprovechar cada palabra para nuestro adelanto espiritual, y hacernos inmediatamente su aplicación práctica.

Si queremos juzgar al predicador bajo el punto de vista de la ciencia y del talento, si nos entregamos al transporte de la admiración, si nos permitimos la causticidad de la crítica, si descuidamos el fondo para no pensar sino en la forma, si no nos ensimismamos después de cada instrucción, si esperamos una nueva con impaciencia, no gustándonos, por decirlo así, en el retiro sino discursos elocuentes del sacerdote que lo predica, y no hallando nada que hacer en nuestro interior durante los intervalos que separan las predicaciones, estamos en retiro sin estarlo; estamos en él en cuerpo, pero no de alma ni de corazón; las gracias pasan a olea-

das ante nosotros, pero sin ningún provecho para nuestra alma.

Toda predicación, cualquiera que sea, aun la más sencilla, la más común, la menos notable relativamente al estilo y a los pensamientos, es excelente para nosotros si queremos aprovecharla; toda predicación, al contrario, por elocuente, por sublime que pueda ser, nos es inútil si no descendemos a nuestra alma, después de haberla escuchado, para operar en ella las reformas cuya necesidad nos ha descubierto. ¡Qué discursos infructuosos en los retiros eclesiásticos, cuando no se está profundamente convencido de estas verdades!

Vayamos, pues, a oir al predicador como si fuese Jesucristo mismo que nos hablase. Pidamos a Dios con una ferviente oración, antes de cada instrucción, la gracia de aprovechar todas las palabras que se nos van a dirigir; y esta gracia, pidámosla igualmente para todos nuestros colegas. Después de la instrucción, repasémosla en nuestra inteligencia, meditémosla cuidadosamente ante Dios, y grabémosla para el porvenir en el memorial de nuestro retiro. Sucede a menudo que los sacerdotes dicen después de estos santos días: "¡Qué excelente retiro hemos tenido! ¡Qué profundidad la del predicador que nos lo ha dado! ¡Qué elocuencia la suya! ¡Qué bien conoce el corazón! ¡Qué bien trata las cuestiones eclesiásticas! ¡Nunca hemos tenido un retiro tan bueno!" Todo esto puede ser cierto, no considerado sino el predicador y las buenas cosas que ha dicho; pero no olvidemos que somos nosotros, tanto o más que él, los que hacemos los buenos retiros. ¡El ha cumplido bien con su deber, bendito sea Dios! ¿Pero hemos cumplido nosotros con el nuestro? He ahí lo esencial. Ha

predicado un buen retiro, esto está muy bien; pero no es en realidad bueno si no hemos sacado todos los frutos que él esperaba de los recursos de su talento, de los esfuerzos de su celo.

299.—Los recreos son peligrosos en tiempo de retiro. En ellos es donde estamos expuestos a perder, en algunos instantes, por la disipación, las gracias que se habían acumulado en el recogimiento; en ellos es donde nos permitimos la crítica del predicador; en ellos es donde se cesa de hablar de Dios para ocuparse de mil frivolidades y de mil pequeñeces que llenan el alma, y cuyo recuerdo se vuelve a presentar durante los ejercicios espirituales; en ellos apreciamos, discutimos y censuramos hasta las medidas disciplinarias proclamadas por el Obispo.

Se ha visto algunas veces distraerse totalmente en los retiros con motivo de medidas semejantes públicamente anunciadas. Cuando no son del agrado de muchos, cuando se preveía que habría que sufrir, cuando por tal o cual cosa se las desaprueba, entonces se emite con calor la opinión personal, se hacen esfuerzos para hacerla prevalecer, se combate a los que se hacen los apologistas de los reglamentos episcopales, se arrastra a los indecisos, se vuelve a insistir sobre esta materia durante las recreaciones siguientes, y algunas veces fuera de las recreaciones y el retiro, empezado en el recogimiento, termina en una especie de disipación general. Por esta razón, ¿nos será permitido suplicar humildemente a nuestros venerables pontífices que aplacen, en cuanto sea posible, hasta que finalicen los retiros, las comunicaciones que tengan que hacer a su clero, principalmente cuando puedan prever que encontrarán éstas, en

ciertos espíritus, algunos malos gérmenes de oposición?

En los recreos imitemos al sacerdote santo. El es santo en este ejercicio, como en todo lo demás; está en ellos con una dulce alegría, con una caridad que no se desmiente nunca, y un respeto a la autoridad que edifica aun a aquellos mismos que se separan de ella. Si afloja un poco el rigor de su recogimiento, es para desarmar el arco, y no para romperlo; si habla del predicador, es para recordar los buenos consejos que da, y no para emitir sobre sus discursos un juicio académico; si se entretiene con sus colegas sobre las nuevas medidas adoptadas por el Prelado, es para hacer resaltar su utilidad, y nunca para hacerlas objeto de sus censuras. De esta manera sale de sus recreos en el estado de fervor en que estaba antes de entrar en ellos, y tan dispuesto a tomar de nuevo la cadena de sus piadosos ejercicios, como si no los hubiera interrumpido por una hora de descanso y de reposo.

300.—La adopción de un régimen de vida es, en el retiro, un punto esencial. Uno de los más grandes azotes que los sacerdotes tienen que temer es, incontestablemente, la falta de orden. Cuando un eclesiástico renuncia a la vida reglamentada, no tiene casi por brújula sino el capricho y la inspiración del momento, comete infinidad de infidelidades y no hace en cierta manera el bien sino por casualidad; a menudo también, el bien que hace no es el que procede. Si queremos, pues, perpetuar los frutos del retiro, no debemos salir de él sin haber adoptado un régimen de vida, ni sin haber prometido formalmente a Dios y a nuestro confesor, que ocupa su lugar, ser inviolablemente fieles hasta el retiro próximo.

No lo olvidemos: *un retiro que no produce frutos sino durante el tiempo que dura, es un retiro incompleto.* No es durante el retiro, ni aun el día último del retiro, cuando podemos ver si es bueno; cuando ha pasado es cuando sabemos a qué atenernos respecto a su mérito.

Ahora bien; para que el porvenir no venga nunca a desmentir el presente, es necesario que formulemos un reglamento y que nos lo impongamos como una ley severa. En este reglamento debemos fijar la hora de levantarnos, el tiempo que queremos dar a nuestras meditaciones, la hora habitual de las comidas, de las confesiones, de la visita a los enfermos, del examen particular, de la lectura espiritual y de los otros ejercicios que practican los sacerdotes santos; debemos indicar cuándo nos confesamos y cómo nos confesamos; debemos anotar especialmente lo que se refiere a los recreos, al paseo, los viajes y los festines; debemos mencionar muy particularmente nuestro defecto principal y los medios que tenemos que emplear para destruirle. En fin, es muy conveniente que comuniquemos este reglamento a nuestro confesor del retiro, para que lo apruebe o lo modifique como le plazca, y a nuestro confesor habitual después del retiro, para que nos ayude con todo su poder a observarlo con fidelidad.

301.—Al volver a nuestras parroquias hallamos de nuevo el peligro de un viaje. No hay que decir que estando renovados por la gracia del retiro, debemos evidenciar esta renovación con un acrecentamiento de modestia, de recogimiento y de reserva en nuestras palabras y en todo nuestro exterior. La disipación, nada edificante al dirigirse al retiro, sería escandalosa al regreso. Vigilémonos, pues, a

nosotros mismos con mucha atención y hagamos ver a todos nuestros colegas que, como San Pablo, hemos aprovechado la gran gracia que se nos ha concedido: *Gratia Dei in me vacua non fuit.*

Una vez que nos entreguemos a nuestros hábitos ordinarios, demos mano a la obra con santo celo. Ejecutemos desde el primer día nuestro reglamento. Anotemos como una falta la más ligera infracción que tengamos que reprocharnos, y no dejemos de confesarnos de ella como de un pecado real. Pidamos a nuestro confesor auxilio y apoyo particularmente para tal o cual punto, cuya importancia nos haya descubierto la luz del retiro. Impongámonos alguna penitencia, bastante severa, cuando hayamos violado sin causa legítima alguno de los artículos de nuestro reglamento. Figurémonos que estamos aún en el retiro, y esforcémonos en conservar nuestro fervor. Recordemos que si cambiamos nosotros de conducta, no por esto las verdades que hayamos aprendido perderán su inmutabilidad: *Veritas Domini manet in aeternum.* Puesto que el retiro nos ha hecho gozar de una felicidad pura y sin mezcla, perpetuemos el retiro para que la misma causa continúe produciendo los mismos efectos.

En fin, demos cuenta de tiempo en tiempo, todos los meses, por ejemplo, a nuestro confesor del retiro, del estado de nuestra alma desde que hemos vuelto.

Esta práctica es excelente, pero es, por desgracia, muy raramente observada. Cuando, bajo la dirección de un sacerdote santo, hacemos un buen retiro, él no pediría nada mejor ciertamente que ayudarnos a conservar los frutos por relaciones epistolares; esto sería para él un dulce consuelo, y

para nosotros una ventaja inapreciable. ¡Qué felicidad, si viviendo de este modo hasta el próximo retiro, venimos a recoger de nuevo gracias aún más abundantes!

302.—Siendo bastante largo el tiempo de un retiro a otro, y haciéndose sentir inmediatamente durante este intervalo la pendiente al relajamiento, los maestros de la vida espiritual han aconsejado, y los sacerdotes santos observan con fidelidad, una práctica muy ventajosa que creemos deber indicar al terminar este capítulo. Esta santa práctica es conocida bajo el nombre de *Retiro mensual,* y en él nos proponemos, no solamente renovarnos en el retiro, sino también prepararnos a la muerte. He aquí de la manera que se hace, tal como se halla consignado en una obra litografiada, titulada: *Plan de una vida sacerdotal.*

"La víspera del día que ya haya escogido para el retiro mensual, antes de la comida, visita al Santo Sacramento para pedir a Nuestro Señor la gracia de hacer bien este retiro; recitación del *Veni Creator* y del *Ave María;* oración al Angel de la Guarda y al Santo protector que se haya escogido; rezo del Rosario con la misma intención.

"Al día siguiente levantarme con prontitud y fervor en unión de los despertadores de Jesucristo.

"En la santa Misa, comunión intelectual de viático; durante la acción de gracias, renovación de las promesas clericales y meditación sobre la principal causa de mi relajamiento.

"Durante el día una fidelidad mucho mayor en los ejercicios de piedad: la lectura espiritual de la obra *Plan de vida* (esta es la obra de que hemos extraído este método). Determinaré después de esta lectura algún punto particular al que yo haya sido

más infiel, y al que me aplicaré durante el mes siguiente. En fin, visita al Santo Sacramento y preparación a la muerte.

He aquí los principales actos de esta preparación, a la que no faltaré nunca, tal como se encuentran próximamente en el *Manual de piedad al uso de los seminarios,* donde encontraré al mismo tiempo reglas más detalladas para el retiro mensual.

"1.° La meditación durante media hora o una hora de los puntos siguientes: ¿Qué es la muerte? —¿Cuál ha sido mi vida pasada con relación a la muerte?—¿Cómo querría yo haber vivido a la hora de la muerte?—¿Qué medios debo tomar para conseguir una santa muerte?

"2.° La aceptación de la muerte por los motivos de sumisión a la voluntad divina, de penitencia, de religión, etc., que son propios de este acto.

"3.° Una ferviente oración para pedir a Dios la gracia de bien morir.

"4.° La lectura de alguna parte a lo menos de las oraciones de la Extrema-Unción y de la recomendación del alma."

¡Dígnese el Dios de toda misericordia repartir la plenitud de sus dones sobre los que lean este capítulo y concederles la gracia de recordarle con fruto durante los retiros que tengan la felicidad de hacer!

CAPITULO XI

Administración de los Sacramentos. — Disposiciones que exige.—Cómo puede ser un medio potente de santificación para el sacerdote

303.—Si hablamos aquí de la administración de los Sacramentos, no es para tratar a fondo esta materia, ni para exponer en detalle las reglas que hay que seguir para que los Sacramentos procuren a los que los reciben las gracias de que son origen. Esto no entra en manera alguna en el plan que nos hemos trazado. Al recorrer los ejercicios espirituales y las obras santas del sacerdote, tenemos principalmente a la vista su santificación propia, solamente secundaria la santificación de los fieles. Nos limitaremos, pues, a recordarle que no debe administrar mecánicamente los Sacramentos, ni creer que todo está bien cuando está conforme a los prinicipios teológicos que se refieren a su administración, inquietándose poco de hacer de esta función importante una obra de santificación para sí mismo.

El sacerdote santo, que se aprovecha de todo, se eleva cada día más en la escala de la perfección; ¿podría él conferir a cada instante a sus hermanos las gracias abundantes anexas al Sacramento que administra, sin buscar en él una ventaja real para sí mismo? Evidentemente esto no puede ser, y en efecto no lo es. El sacerdote santo no se deja arrancar nunca por la rutina los frutos de su divino ministerio. Aun en las obras cuyo fin directo y primario es la santificación de los pueblos, piensa en sí mismo y hace de ellas otros tantos medios eficaces de progreso espiritual y de perfeccionamiento. Entremos en sus sentimientos, y tomemos su conducta por regla de la nuestra.

304.—El primer pensamiento que debe ocuparnos relativamente a la administración de los Sacramentos, es su eminente santidad. Jesucristo al fundar la Iglesia no la ha confiado nada más precioso, nada más santo que los Sacramentos. Los dos prodigios que excitarán eternamente la admiración de los ángeles y de los hombres, es decir, el poder perdonar los pecados y de alimentar las almas con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, ¿no lo constituyen los Sacramentos? Lo decimos todos los días a los pueblos, los Sacramentos son los manantiales cuyas corrientes conducen la gracia a las almas; y adquiriendo todas las gracias al precio de la sangre de Jesucristo, no podemos imaginar nada más santo que los Sacramentos que las confirman.

Ahora bien; como las cosas santas deben tratarse santamente, según la doctrina formal del cuarto Concilio de Cartago: *Qui sancti non sunt, sancta tractare non debent,* se sigue que el sacerdote encargado de tratar de lo que hay de más santo en la Iglesia, debe ser él mismo un vaso de elección y de santidad. También San Pablo nos recuerda exclusivamente que la perfección de nuestra vida debe ser tal, que los mismos pueblos al verla reconozcan que somos dignos dispensadores de los divinos misterios: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei.*

305.—Lo que debe acudir a nuestra mente en seguida en esta importante materia, es la deplorable familiaridad que contraemos tan fácilmente con las cosas más santas, cuando no revivimos incesantemente en nuestra fe, por la meditación asidua de las verdades que proporciona y por el armonioso conjunto de una vida verdaderamente sacerdo-

tal. Aun viviendo así, el sacerdote santo llora todavía al sorprenderse algunas veces lejos de Dios, aun haciendo su obra. ¿Qué sucederá, pues, no diremos al mal sacerdote, sino al sacerdote tibio, negligente, relajado, a quien las cosas más santas dejan insensible? Esta familiaridad con los augustos misterios que dispensamos, seca hasta la raíz la piedad del sacerdote que tiene la desgracia de hacer de ella un hábito. ¿De dónde le vendrán las impresiones vivas, que solas operan grandes efectos en el alma si no es movido en manera alguna por lo que hay de más sagrado en las funciones que llena?

Declaremos, pues, una guerra incesante, una guerra sin piedad a la rutina. Hagamos a menudo de los Sacramentos que administramos el tema de nuestras lecturas y meditaciones, y si notamos tan sólo la sombra de la familiaridad con nuestras santas obras, dirijámonos una reprimenda severa, recordemos algún vigoroso pensamiento de fe, y hagamos por lo menos una corta reflexión sobre la santidad del Sacramento que hemos olvidado un instante.

306.—Estos consejos son tanto más importantes cuanto que no solamente nos santificarán si nos conformamos con ellos, sino que, por conveniencia necesaria, los fieles hallarán en la santidad de nuestras disposiciones un suplemento de gracia para ellos mismos.

No somos santos nunca para nosotros solos; siempre se comunica nuestra santidad, en cierta medida, a los que son testigos de ella; pero principalmente en la administración de los Sacramentos es donde esto se observa. ¡Qué diferencia entre un sacerdote que los administra con la piadosa dignidad que da el espíritu de fe, y la fría indiferencia

del que los administra maquinalmente y por rutina! Uno conmueve y edifica por su gravedad imponente, por el acento penetrado de su voz, por su exterior piadoso y recogido; el otro no hace impresión alguna, o la hace mala por su ligereza, por su precipitación y por un no sé qué que anuncia que apenas piensa en la divina función que ejerce.

Ved un sacerdote santo y un sacerdote trivial en el tribunal de la penitencia o cerca de un moribundo. Ambos van a administrar los mismos Sacramentos, ¡pero qué diferencia en la manera en que van a cumplir estos actos tan importantes de su augusto ministerio! Los penitentes del sacerdote santo se hallan conmovidos y enternecidos; los penitentes del sacerdote tibio permanecen fríos e insensibles; los enfermos visitados por el sacerdote santo van a ser por sus exhortaciones untuosas, penetrados de dolor a la vista de sus faltas, pero llenos de esperanza en la misericordia de Dios; los enfermos del sacerdote trivial, van a ser abandonados en cierto modo a sí mismos, no estando impregnadas las palabras que se les dirigen de ese espíritu de fe y de piedad que sólo tiene el secreto de conmover los corazones.

307.—¿Pero qué debemos hacer para administrar los Sacramentos con las disposiciones que hacen su administración santificante para nosotros mismos y para los que los reciben? Puesto que esta es una obra eminentemente santa, requiere, como todas las obras de esta naturaleza, una preparación lejana y una preparación próxima.

La preparación lejana consiste en una vida habitualmente piadosa y bien ordenada. Nunca un sacerdote tibio y relajado administrará los Sacramentos con la perfección que exigen. No le im-

presionarán; no tendrá sino ideas vagas y superficiales sobre los grandes efectos que producen, no sentirá en manera alguna la necesidad de evidenciar con la santidad de su vida esos frutos, no tendrá en manera alguna la alta idea de su ministerio que le inspiraría una fe viva, si meditara a su luz lo que hay de sublime en la función de *dispensador de los misterios de Dios;* y menos tendrá aún un profundo anonadamiento, cuyo pensamiento tendría siempre presente, si pusiera siempre en relación su bajeza con la eminencia de sus funciones. El sacerdote santo sólo tiene tales sentimientos; debemos, pues, ser santos como él para tenerlos nosotros también.

La preparación lejana consiste en el hábito del fervor, dedicándose completamente a la obra de la salud de las almas. La administración de un Sacramento cualquiera es una obra de celo y una obra del más alto precio. El sacerdote santo que se multiplica para salvar almas, siente que se inflama su celo cuando halla ocasión de emplearse en la administración de un Sacramento. Entonces, más que en cualquiera otra circunstancia, se considera como verdadero representante de Jesucristo mismo. Recordando que este divino Salador no ha economizado nada durante su vida mortal para salvar las almas, y que nos ha confiado los Sacramentos para que continuemos por su medio su divino ministerio, los administra con las disposiciones que debe esperarse del fervor habitual del celo que le anima. ¿Qué rasgo de semejanza podrá tener con él un sacerdote indiferente, que mirará friamente el triste estado de tantos pecadores que le rodean? Salvar a estos pecadores, he aquí el fin, atraerlos a los Sacramentos de Penitencia, y de Eucaristía, he aquí

el medio. ¡Qué celo, qué disposiciones tendrá para el empleo del medio, si el fin no le conmueve de ningún modo!

308.—La preparación próxima consiste primero en el estado de gracia; sólo esto nos prueba cuán santos son los Sacramentos, puesto que es necesario estar en gracia para administrarlos. ¡Estremece el pensar en la serie de profanaciones sacrílegas que se cometerían si se administraran hallándose en estado de pecado mortal. La ocasión de conferirlos se presenta a cada instante, y la necesidad de conferirlos es a menudo imperiosa, no admitiendo la menor dilación; ¡qué desgracia si no se está continuamente dispuesto a administrarlos sin crimen!

La preparación próxima consiste también en una oración ferviente, y no en una oración de rutina, durante la cual no se piensa en nada, ni se experimentan los sentimientos que expresa. ¿No sería verdaderamente sensible pasar de una obra, a veces completamente profana, de una lectura frívola, por ejemplo, o de una conversación más frívola aun, al santo tribunal de la Penitencia, al que se acude para conferir el Sacramento de la reconciliación a multitud de penitentes, sin haber antes implorado la asistencia de Dios para un ministerio tan santo y formidable? No es así como se conduce el sacerdote santo. Desde que trata de administrar un Sacramento cualquiera, en el instante mismo un pensamiento de fe se apodera de su alma y le abstrae la santidad del acto que va a operar. Bajo la influencia de este saludable pensamiento se recoge profundamente, se abisma en el sentimiento de su pequeñez, se coloca en manos de Dios como un indigno instrumento, y colmado de sus

gracias, Dios opera por él prodigios de misericordia y de salud.

La preparación próxima consiste además en la pureza de intención. La oración, de que acabamos de hablar, produce esta intención pura; pero debe reavivarse aún, principalmente en ocasión de ciertos Sacramentos, en los que sería tan fácil tenerla del todo diferente. No ver sino almas que salvar, olvidarlo todo para no pensar sino en Dios, unirse, confundirse en cierto modo con Jesucristo, y a su ejemplo, acoger lo mismo a los pobres que a los ricos, velar con solicitud, cualquiera que sea la persona que reclame la gracia de un Sacramento, he aquí las muestras de intención pura, sin la cual se tendrían casi necesariamente intenciones completamente humanas, intenciones manchadas por el espíritu de interés o por las inspiraciones de la vanagloria.

En fin, la preparación inmediatamente próxima consiste en la composición del exterior. Nada es más edificante que el continente grave, modesto y recogido del sacerdote santo cuando se prepara a conferir algún Sacramento. Cada movimiento que hace es como un acto de fe que produce; en esto se adivinaría al sacerdote santo aunque no se supiera que lo es en efecto. La modestia de su mirada, su piadosa lentitud al dirigirse al santo tribunal o a las fuentes sagradas, o al altar para distribuir la Santa Eucaristía, el conjunto exterior de su persona, todo esto penetra de respeto y hasta de fe a los fieles que le observan. ¿Sería así respecto al sacerdote que formara con su ferviente colega un notable contraste? Si el uno inspira respeto y piedad, ¿no inspirará éste sentimientos del todo contrarios?

Atención, pues, sobre nosotros mismos, y meditación frecuente de estas temibles palabras: *Maledictus qui facit opus Dei negligenter!*

309.—Cuando se es fiel a las recomendaciones que acabamos de hacer, no se administra un Sacramento, cualquiera que sea, sin sacar un provecho particular para sí mismo. Desgraciadamente, esto no siempre tiene lugar. En general, no pensamos apenas, al conferir los Sacramentos, sino en los frutos que van a producir en los que los reciben; algunas veces también la rutina nos quita este pensamiento y entonces obramos, como hemos dicho antes, mecánica y maquinalmente en el más santo de los misterios.

Para destruir esta rutina, y para hacer nuestro provecho particular de los Sacramentos que conferimos, es necesario que nos habituemos a no administrarlos sin hacer en esta ocasión un examen de nosotros mismos, y algunas reflexiones personales. Expliquemos nuestro pensamiento, diciendo una palabra de cada Sacramento.

310.—Soy llamado, por ejemplo, para administra el santo Bautismo. Si he adoptado en práctica los principios que acabamos de exponer, pensaré en primer lugar que voy a arrancar un alma al demonio y darla a Dios, lo cual es una obra inmensamente importante a los ojos de la fe. Penetrado de este pensamiento, que conservaré en mi memoria para excitar mi celo y alimentar mi piedad, haré ciertamente una plegaria preparatoria, excelente; estaré grave, modesto y recogido durante la ceremonia; siempre influído por mi pensamiento primitivo, recordaré que yo también he sido regenerado por el Bautismo y arrancado al demonio; pensaré en la desgracia que he tenido de violar mis

santos compromisos por mis numerosos pecados, y en la gracia que me ha hecho Dios al conferirme un segundo Baustismo por la penitencia.

Por otra parte, considerando la administración de este Sacramento como una obra de celo, rogaré por la criaturita de que llego a ser padre espiritual, la recomendaré muy especialmente a Jesús, a María, a los Santos que se le dan por patronos y a su buen Angel de la guarda, que veré, por mi fe, presente en la ceremonia.

En fin, mi celo me sugerirá sin duda algunas palabras de edificación que, proferidas con el acento de una fe viva, harán siempre alguna impresión en los asistentes, que dejaré penetrados de respeto hacia la Religión y hacia su ministro, lo que no tendría evidentemente lugar si hiciera todo lo contrario de lo que acaba de decirse.

311.—¿Se trata del Sacramento de la Penitencia? Las circunstancias son diferentes, pero el fondo de mi conducta será siempre el mismo si la he dado por base los principios sentados más arriba. Cuando deba dirigirme al santo tribunal, en lugar de decir vagamente y sin pensamiento de fe: Voy a confesar, casi como un obrero dice: Voy a trabajar, o un médico voy a ver a mis enfermos; diré en primer lugar: ¡Bendito seas, Dios mío, he aquí almas para salvar! Henchido de este pensamiento, iré prontamente y no de una manera indolente, iré de buen corazón y no de mala gana, iré con aire feliz y satisfecho, y no refunfuñando y murmurando.

Queriendo santificarme y santificar a los demás, haré al pie del altar una súplica todo lo ferviente posible. Además de la oración vocal ordinaria, haré algunas reflexiones, algunas invocaciones, alguna buena dirección de intención, y depositaré mi co-

razón en el de Jesús, para que El le abrase con los ardores del celo.

Me dirigiré en seguida al santo tribunal con una modestia angélica; me conduciré en él como un padre más bien que como un juez; permaneceré constantemente unido a Dios, cuya asistencia imploraré en las dificultades y embarazos que se presenten.

Pero para hacerme la confesión más directamente provechosa, pensaré en mis propios pecados al oir los de otros; recordaré con profundo sentimiento que los he cometido más graves aún que los que se me declaran, y bendeciré a Dios por haberme preservado por su gracia de los crímenes enormes cuya humillante confesión se me haga.

Cuando confiese alguna alma santa que llore faltas que apenas merecen tal nombre, me humillaré profundamente a la vista de faltas más graves que cometo todos los días sin escrúpulo. Testigo a cada instante de los prodigios de gracias de que soy instrumento, recordaré naturalmente que yo también he sido conquistado por la divina misericordia y daré gracias a Dios. El estudio práctico del corazón humano, que tendré que hacer, me hará entrar en mí mismo, y si obro siempre por espíritu de fe y no por rutina, brotarán incesantemente nuevas luces del alma de los otros a mi alma propia. Esta fuente de santificación personal es inagotable para el sacerdote santo.

Es, pues, un gran error creer que la administración de los Sacramentos no es provechosa sino a los que los reciben. Seamos santos, y cada Sacramento que confiramos será para nosotros mismos el principio de una santidad de más en más eminente. Un sacerdote venerable nos decía cierto día: "Cuando no tenga otra prueba de la divinidad que

los cambios asombrosos que se operan ante mis ojos en el santo tribunal, esto será bastante para darme fe.

312.—¿La administración de la Santa Eucaristía no es también para nosotros, ministros de este Sacramento, una mina fecunda que el espíritu de fe nos hace explotar para la santificación de nuestra alma, como de la de los otros?

Después de haber hecho la parte de celo, empleando todos los medios posibles, en el santo tribunal, y en el púlpito, y en las conversaciones particulares, hará que se determinen los fieles a recibir frecuentemente el augusto Sacramento de la Eucaristía; después de haberles hecho conocer sus frutos y de haberles recordado las disposiciones necesarias para recogerlos, ¿no hay ninguna enseñanza práctica para nosotros mismos en la administración de este Sacramento? Nos sentiríamos casi tentados a creerlo viendo la precipitación, la aparente indiferencia con que se obra algunas veces en esta circunstancia tan imponente y solemne.

Pero aquí también, el sacerdote santo nos enseña que el fervor cosecha allí donde la rutina no encuentra nada que recoger. Se aproxima al altar con su modestia ordinaria, sube a él lleno de santos pensamientos, abre el tabernáculo con piadoso estremecimiento, hace una genuflexión lenta y mesurada en la que se pinta la piedad que le anima, se vuelve para bendecir con espíritu de fe a los que va a alimentar, toma la santa Hostia con el recogimiento del respeto y del amor y profiere las palabras: *Ecce Agnus Dei,* con un tono tan penetrado, que se cree ver realmente el Dios que anuncia; desciende del altar como un ángel que desciende del cielo, y al dar la santa Comunión, mil piadosos

pensamientos se suceden en su alma. Piensa en las numerosas comuniones que ha hecho él mismo; piensa en el amor infinito de que este Sacramento es el núcleo; piensa en el celo siempre igual que anima a este divino Salvador para todas las almas, cualesquiera que sean, y da a su propio celo el carácter del de Jesús; recomienda a este tierno Pastor las ovejas que él alimenta con su carne adorable; piensa que está escoltado por muchas legiones de ángeles que adoran el Dios que él tiene en su mano. Cuando halla en la Mesa santa las almas fervientes que tanto ha edificado en el santo tribunal, él se humilla de nuevo al ver que le superan en santidad, aunque él comulgue más a menudo que ellas, y vuelve al altar, rico con una nueva cosecha de gracias y de méritos.

¡Qué diferencia entre esta conducta y la del sacerdote tibio, indiferente y distraído, que piensa apenas en la santa función que desempeña, y que tiene en éxtasis a la corte celestial!

¡Quién no admirará los generosos sentimientos que inspira una fe viva al corazón del sacerdote santo!

313.—Y cuando se aproxima al lecho de un moribundo para administrarle el último Sacramento que Jesucristo ha instituído para preparar al hombre en su último viaje, ¿no piensa él sino en el que lo va a recibir? Sin duda, le prodiga con efusión todos los tesoros espirituales de que es dispensador; le exhorta al arrepentimiento, a la confianza y al amor con el ardor del celo de que se halla poseído; en presencia de la eternidad, en cuyo dintel le ve colocado, dispuesto a hacer su irrevocable entrada, redobla sus esfuerzos para disponerle a sostener sin miedo la mirada de su Juez; por las

palabras untuosas y penetrantes que le dirige, llena su alma de consuelos y enternece hasta hacer llorar a los que asisten a esta dolorosa ceremonia.

Pero este lúgubre espectáculo, tan edificante para los otros, no es estéril para él mismo. Un sacerdote que no tiene sino una fe tibia y embotada se familiariza con todo, hasta con la vista de la muerte, que toca en cierto modo con su mano cuando imprime la última unción en los miembros descarnados de un moribundo. El sacerdote santo, al contrario, por la vivacidad de su fe, reaviva a cada instante el pensamiento de la muerte que tiende a borrarse de su alma. Cuando la ve de cerca esta muerte, en el lecho de un moribundo, piensa que bien pronto le herirá, y, presa de saludable terror, se interroga para saber si está dispuesto a recibir el golpe que le precipitará en la enternidad con su enorme peso de responsabilidad; se coloca mentalmente a los pies de su Juez, creyendo oir estas formidables palabras: *Redde rationem villicationis tuae,* y prepara su terrible cuenta por un acrecentamiento de celo, de fervor y de fidelidad.

Un día oímos a un sacerdote santo, pastor venerable que Dios nos había dado por modelo y por padre, proferir, de vuelta de una inhumación, estas palabras asombrosas que no hemos olvidado nunca: "Después de cuarenta años de sacerdocio, des- "pués de multitud de inhumaciones, no estoy aún "familiarizado con este sombrío espectáculo; no "oigo aún sin temblar el sordo caer de la tierra so- "bre un ataúd." La viveza de su fe lo había preparado contra esta familiaridad deplorable. Dios quiera que la nuestra se parezca a la suya, que no estemos cerca de un moribundo tan poco conmovi-

dos como el sacristán que nos acompaña, ni tan insensibles al borde de una fosa como el sepulturero que la ha abierto.

314.—También el Sacramento del matrimonio proporciona al sacerdote materia de reflexiones importantes para él mismo. Cuando ha edificado a los asistentes con su imponente dignidad, cuando ha celebrado los santos misterios con la viva piedad que impresiona aun a los que sólo están allí por ceremonia, después de haber pronunciado conmovedoras palabras para dar una alta idea de la santidad del acto de que es instrumento, gusta recogerse en sí mismo y elevarse a Dios para darle gracias por haber apartado los peligros que corrían los esposos a quienes acaba de unir; aprovecha la ocasión para bendecir al Dios de amor, por haberle apartado de la vida sensual, carnal y terrestre, y haberle llamado a una vida santa y casi angelical; lo bendice sobre todo por haberse dignado escoger su pobre alma por esposa en el día de su sacerdocio, y orando con fervor por aquellos cuya alianza acaba de consagrar, se regocija con transporte de la alianza mucho más estrecha y augusta que ha contraído él mismo con Jesucristo. Tan cierto es que todo se convierte en oro en las manos del sacerdote santo, y que todo coopera al bien de los que aman a Dios: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum.*

Por lo demás, no es sólo la administración de los Sacramentos lo que perfecciona al santo sacerdote; todas las funciones de su ministerio producen este efecto; sus predicaciones, su asistencia a los oficios públicos, sus visitas pastorales, su inspección de las escuelas, sus relaciones con los pobres, su vida entera y todos los actos de que está

llena: todo es para él materia y medio de continua santificación. Marchemos sobre sus huellas y esparzamos, como él, por todas partes, el aroma de Jesucristo, de manera que podamos embalsamar con este precioso olor todo lo que nos rodea, y decir con el Apóstol: *Christi bonus odor sumus.*

CONCLUSION

315.—Estamos tocando al término de nuestro trabajo. ¡Plegue al cielo que hayamos cumplido con el deber que nos hemos impuesto, para procurar la gloria de Dios y la santificación de sus ministros.

Recojámonos, al terminar, queridos colegas, y preguntémonos sin orgullo hasta qué punto la lectura de nuestra obra ha sido provechosa, a pesar de lo imperfecta que es. ¿No nos hemos contentado con juzgarlo, según costumbre de gran número de lectores, aprobando lo que nos ha parecido conveniente, y censurando lo que nos ha disgustado? ¿Acabada su lectura, no lo olvidaremos como a otros muchos que hemos olvidado? ¿Continuaremos viviendo como si nada hubiera que reformar en nuestra conducta? El libro cerrado y colocado en un estante de nuestra biblioteca, ¿no va a estar, como otros muchos, olvidado largo tiempo y condenado a una completa inutilidad? ¿No ha producido en nosotros su lectura algún efecto real? ¿Pensamos seriamente en los medios de cumplir los buenos deseos que nos ha inspirado? ¿Qué bien práctico va a producir en nuestra alma? ¿Qué falta vamos a atacar? ¿Qué virtud especial vamos a cultivar? ¿Qué precauciones vamos a tomar contra el abandono? ¿Qué hábitos piadosos vamos a contraer? ¿Qué nuevo artículo vamos a añadir a nuestro reglamento? ¿Qué obras de celo vamos a emprender? Tales son las preguntas que rogamos

encarecidamente a nuestros dignos colegas que se hagan a sí mismos.

Si se ha hecho a nuestra obra el honor de leerla con atención, se ha debido ver que nos hemos propuesto constantamente ser útiles:—1.°, a los *malos* sacerdotes, muy raros entre nosotros;—2.°, a los sacerdotes *tibios*, un poco menos raros que los anteriores;—3.°, a los *buenos* sacerdotes, muy numerosos en el campo de la Iglesia.

¡Qué felices seríamos si, por ejemplo, algún *mal* sacerdote, después de haber tenido el valor de leer lo que hemos escrito para la salvación de su alma, fuese en busca de un sacerdote santo y en el fervor de su expansión, estos dos sacerdotes, tan diferente entre si, profiriesen estas o semejantes palabras!

—"Al leer EL SACERDOTE SANTO, he hecho reflexiones que me turban. En ese libro he visto lo que debo ser y no soy, lo que debía hacer y ni siquiera he intentado; he visto las virtudes que me faltan y los vicios que me dominan, la sublimidad del sacerdocio y la indignidad de mi conducta, la multitud de gracias de que Dios me ha colmado, y el abuso que de ellas he hecho.—¿Qué habéis deducido de estas reflexiones?—Aún no lo sé.—Pero... —Esperemos...—Sí, indudablemente debéis esperar; pero la base de una esperanza sólida, querido amigo, es la firme determinación de cambiar inmediatamente de conducta. ¿Es esto lo que queréis hacer?—No tengo el suficiente valor.—Ese valor es una gracia que Dios no rehusa jamás cuando se le pide con fervor.—Yo no lo hago; no puedo.—Podéis hacerlo ahora y siempre, hasta que vuestro corazón dé el último latido; pedid, pues, y para que vuestra plegaria sea fecunda, haced alguna penitencia.—Esa sola palabra me repugna.—Huid de la

ocasión.—No tengo fuerza.—Echaos a los pies de un sacerdote santo.—Ya lo he hecho cien veces y siempre en vano.—Retiraos.—Ya lo hago hace veinte años y soy siempre el mismo; me siento hundir cada vez más en el abismo.—¿Qué queréis entonces. amigo mío?—No lo sé. Esperemos...—¿En qué?—Dios es bueno; él tendrá piedad de mí.—Sí, en caso de que hagáis lo que os aconsejo; pero no si continuáis abusando de su bondad y provocando su cólera.—Eso digo yo a los demás.—¿Y por qué no os lo decís eficazmente a vos mismo?—Es verdad; esperemos...—¿En qué queréis aún esperar?—Acaso encuentre en el porvenir lo que me rehusa el presente.—El porvenir, querido hermano, es una palabra llena de ilusiones, mejor dicho, el porvenir no significa ni puede absolutamente nada en nuestra conversión. Dios y Dios solo es el que puede hacerlo. El porvenir con que contáis es espantoso, pues cada día aumentáis el número de vuestros crímenes y disminuís el número de gracias que os son tan necesarias. ¿Y no contáis para nada con la muerte, tan súbita entre nosotros, que puede de un momento a otro precipitaros en la eternidad?—Es verdad, es verdad; acabáis de confundirme. ¡Gran Dios! ¡Qué desorden! ¡Qué estado el mío! ¡Qué caos! ¡Qué infierno anticipado! Esto es hecho; *yo me levanto y voy a mi Padre;* oradle para que me perdone."

¡Ojalá que el infortunado colega que acaso lea estas líneas, y se reconozca en este sombrío cuadro, rompa sus cadenas, y dé a su corona sacerdotal todo el esplendor que ha perdido en el fango del vicio!

¡Qué dicha si, a su vez, algún sacerdote *tibio* fuese a abrir su corazón a un fervoroso colega y tuvieran la siguiente o parecida conversación!

—"Ya lo sabía antes, pero ahora lo sé mejor; estoy indudablemente en la categoría de los sacerdotes tibios.—Es una gran desgracia, mi digno amigo; ¿pero es verdad que estáis en esa situación?—Os digo que es indudable; por lo demás, juzgad vos mismo. A excepción de los grandes escándalos, de los pecados mortales evidentes y de algunos menos graves a los que tengo natural aversión, no me violento en nada para evitar lo que creo venial y digo: *Esto puede pasar*. Lastimo más o menos todas las virtudes; no tengo ninguna afición al estudio y sí a las diversiones; la vida retirada se me hace insoportable, y no tengo gusto más que para los festines, los viajes y las visitas frívolas. Mi ministerio es muy poco fructuoso; el santo tribunal me abruma, catequizo mal, predico sin instruir, no hago nada de particular por la conversión de los pecadores, descuido los enfermos y los pobres, y sobre todo, las miserias espirituales de estos últimos. Mi iglesia apenas está decente, mi sacristía está en desorden, mis ornamentos en un estado lastimoso, mi negligencia y mi incuria aparecen en todas partes. Tocante a mis obras espirituales, éstas se reducen a la Misa, al oficio divino y alguna oración de vez en cuando; pero ¡ay! ¡Cómo hago las tres cosas!—Querido amigo, la sinceridad de vuestras palabras me conmueve y me edifica; pero, ¿qué consecuencia sacáis de vuestras reflexiones?—Eso es lo que estoy meditando.—¿No es natural la consecuencia?—Si, en teoría; pero en la práctica es un trabajo rudo.—Dios os ayudará, y todo lo podréis con su gracia.—No tengo duda, pero mi dejadez me espanta. Además, no estoy en el camino de los malos sacerdotes.—No, pero estáis en el que conduce a él.—Yo no quisiera cometer un pecado mortal.—

¿Estáis seguro de no haber cometido ninguno entre la multitud de los que llamáis veniales?—No tengo esa seguridad.—¿Estáis seguro de no pasar algún día la línea que os separa del mal sacerdote? —Debo temer esa desgracia; pues no hago nada para preservarme de ella.—¿Pensáis que Dios está satisfecho de vuestra conducta?—No.—¿Está en relación con la santidad de vuestro estado?—No.—¿Edificáis a las gentes con el ejemplo de las virtudes que predicáis?—No.—Trabajáis como debéis por la salvación de las almas de que estáis encargado?—No.—¿Sois feliz en el servicio de Dios?—No.—¿Está vuestra conciencia tranquila?—No.—¿Quisiérais morir en el estado en que os encontráis?—No.—¿Si no cambiáis, creéis que una santa muerte coronará vuestra vida?—No.—Entonces, amigo querido, ¿qué más queréis que mis preguntas y vuestras respuestas para determinaros, cueste lo que cueste, a practicar una reforma tan indispensable?—Es verdad; ya no quiero resistir a la gracia: *Me levanto y voy a mi padre.* Dios mío, bendito seáis por el feliz cambio cuyo pensamiento me habéis inspirado. *Dixi, nunc coepi; haec mutatio dexterae Excelsi.*

Qué gran dicha sería también, que algún *buen* sacerdote, queriendo responder a la voz de Dios, que le dice con amor: *Amice, ascende superius,* se dirigiese a un sacerdote santo amigo suyo y le hablase de esta manera:

—Vengo, querido colega, a exponeros el estado de mi alma y a confiaros mis sentimientos íntimos. —Hablad, querido amigo; vos no sois, gracias a Dios, ni un mal sacerdote ni un sacerdote tibio y relajado.—Es posible; pero, según el libro que acabo de leer, no soy un sacerdote *santo,* esto es deci-

ros (y perdonadme), que creo pertenecer a la numerosa clase que el libro llama *buenos* sacerdotes. —En ese caso, ¿no os limitáis en cuestión de obras santas a lo estrictamente necesario?—No.—¿Tenéis costumbres piadosas?—Sí.—¿Gozáis de la confianza, del respeto y de la estimación de las gentes?—Así lo creo.—¿Vuestra conciencia no transige ni aun con los pecados veniales un poco notables e intencionados?—Así es; pero no estoy completamente en paz.—¿Cómo es eso?—Escuchadme; si veo que hay alguna distancia entre mí y el sacerdote *tibio,* también la veo entre mi conducta y la del sacerdote *santo.* Me contento con lo bueno sin cuidarme de lo mejor. Sé que tengo defectos, pero disimulo su gravedad; me parece que los combato, pero no es asi. Mis confesiones me tranquilizan, y sin embargo, el progreso en la piedad no es uno de sus frutos. Tengo un reglamento, pero lo violo; hago oración, pero no agrada a Dios; quiero salvar almas en mi ministerio, pero conozco que salvaría más si fuese santo; no tengo grandes remordimientos, pero no gozo de ciertos consuelos. ¿No tenía razón al deciros que la paz de que gozo no es una paz completa?—Es verdad, querido colega, pero si queréis gozarla volved siempre a la carga con nuevos bríos, reglamentad vuestra vida, haced mejor vuestras oraciones, no dejéis un solo día el examen particular; huid del mundo, los juegos y los festines, no busquéis la felicidad más que en la piedad y en el estudio; entregaos a las obras de caridad, elegid un sacerdote santo para confesor; decidle que también queréis ser sacerdote santo; rogadle que os ayude con todas sus fuerzas a realizar este deseo, y Dios bendecirá vuestros esfuerzos.—Vuestras palabras resuenan dulcemente en el fon-

do de mi conciencia: ¡ojalá sean el germen del feliz cambio que yo deseo!

Vayamos todos a buscar a esos fervientes colegas, cuyas palabras y ejemplos atraen tanto. Bien conocemos a estos héroes del sacerdocio, a estos venerables sacerdotes, que son los únicos que ignoran el tesoro de méritos que poseen y que todos los dias aumenta. El espíritu eclesiástico los penetra hasta el punto de que son sacerdotes, en todo, por todo y siempre. El único pensamiento de estos hombres de Dios, es una predicación muda que dice en el fondo de la conciencia: *Inspice et fac secundum exemplar.* ¡Qué dulzura! ¡qué caridad! ¡qué modestia! ¡qué humildad! ¡qué obediencia! ¡qué amor al retiro y al estudio! ¡qué celo por la salvación de las almas! ¡qué vida tan llena de buenas obras! ¡qué aversión a toda disipación! ¡qué ardor para todo lo que nutre el alma y la une a Dios! ¿Quién puede decir el fervor de sus oraciones, de sus Santos sacrificios, de sus lecturas, de sus exámenes y de sus visitas a Jesús en el Sacramento de su amor? ¿Y quién contará los frutos de su ministerio, los pecadores salvados por la eficacia de sus oraciones, por la dulce persuasión de sus consejos, y por la atracción irresistible de su ejemplo?

Bendigamos a Dios, queridos colegas, por haber distribuido en las diócesis estos dignos y santos sacerdotes para que nos sirvan de guía y de modelo.

Acaso se dirá que para ser verdadero debíamos poner algunas sombras en el cuadro anterior. Reconocemos la justicia de la observación, pues la perfección no existe ni existirá jamás en la tierra. Póngase atención, y se verá que no pueden echársele en cara actos pecaminosos al sacerdote santo. Pueden ser singularidades, ciertas excentricida-

des, rarezas y originalidades sin consecuencias, miras acaso un poco estrechas, celo demasiado ardiente para sostener una buena causa, y otras pequeñeces de las que no resulta jamás un pecado bien caracterizado, por poco notable que sea, y menos cometido deliberadamente. Nosotros también tenemos, como el sacerdote santo, nuestras manías y rarezas; pero tenemos también una multitud de faltas más o menos considerables, en las que él no incurre.

Puesto que vemos aquellos de nuestros colegas que tienen defectos, evitemos lo que nos disguste en su conducta y practiquemos lo que nos edifique.

¡Manos a la obra, colegas! La vida pasa con rapidez; el sol comienza a ponerse: *Inclinata est jam dies;* el peso de nuestra responsabilidad aumenta a cada instante; la hora del tremendo juicio va a sonar pronto. Un poco de tiempo más, *adhuc modicum,* y la gran eternidad va a absorbernos. ¿Estamos dispuestos a entrar? ¿Están en regla nuestras cuentas? ¿Somos lo que debemos? Y, por último, ¿podemos aplicarnos, como el sacerdote santo, aquellas palabras del gran Apóstol, y decir con confianza: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona justitiae quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex?* ¡Así sea!

¡AMEN! ¡AMEN! ¡IN AETERNUM AMEN!

¡LAUDETUR JESUS CHRISTUS!

FIN

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Págs.

TERCERA PARTE